

LOUIS DE WOHL

A faint, sepia-toned portrait of Louis de Wohl, a man with a beard and dark hair, wearing a dark jacket with a white collar, is positioned in the upper center of the cover.

El Oriente *en llamas*

Biografía novelada de San Francisco Xavier

12^a
EDICIÓN

The lower half of the book cover features a sepia-toned illustration of the Taj Mahal in Agra, India. The white marble mausoleum is reflected in the calm waters of the reflecting pool in the foreground. The sky is a warm, golden-yellow color, suggesting a sunset or sunrise.

ARCADUZ
PALABRA

LOUIS DE WOHL

EL ORIENTE
EN LLAMAS

**Biografía novelada
de San Francisco Xavier**

ARCADUZ

Título original: *Set all afire*

Colección: Arcaduz

© 1953 by Louis de Wohl

© Renewed 1981 by Magdalene de Wohl

© Ediciones Palabra, S. A., 2014

Paseo de la Castellana, 210 – 28046 MADRID (España)

Telf.: (34) 91 350 77 20 – (34) 91 350 77 39

www.palabra.es

epalsa@palabra.es

© Traducción: Joaquín Esteban Perruca

Diseño de cubierta: Marta Tapias

Diseño de EPUB: Erick Castillo Avila

ISBN: 978-84-9061-152-4

Todos los derechos reservados

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

LIBRO PRIMERO

Indiscutiblemente, el nombre de Calle de los Perros le venía como anillo al dedo. Los estudiantes del Colegio Montaigu decían que se llamaba así por culpa de los estudiantes del Colegio de Santa Bárbara y estos aseguraban que los responsables eran los del Colegio Montaigu. Los parisinos, sin embargo, estaban convencidos de que unos y otros se lo merecían igualmente.

En realidad, perros de verdad había muy pocos, entre otras cosas, porque difícilmente encontraban un hueso que roer. Si por casualidad hallaban uno, era seguro que procedía del Colegio de Santa Bárbara. Los estudiantes del Colegio Montaigu no echaban huesos a la calle: los roían ellos... Y es que Montaigu era uno de los Colegios universitarios más pobres de París, hasta el punto de que, en comparación, el de Santa Bárbara podía pasar por opulento.

Con tiempo seco y soleado, la *Calle de los Perros* era sucia y polvorienta; cuando llovía, un barrizal intransitable.

Un joven estudiante que contemplaba la calle asomado a la ventana de una habitación del Colegio de Santa Bárbara se echó a reír y, dirigiéndose a otro que debía de estar dentro, bromeó:

—Oye, Pierre... ¿Has visto alguna vez un asno camino del Colegio?

Pierre Favre, de veintidós años de edad, con cara de soñador, continuó escribiendo, pero esbozó una sonrisa que, aunque él no lo sabía, se ganaba la simpatía de todos.

—Si no fuese faltar a la caridad —repuso—, diría que he visto muchos.

El joven asomado a la ventana volvió a reír.

—¡No seas tonto! —exclamó—. Quiero decir un auténtico asno. Con cola. Y cuatro patas... Ven y compruébalo tú mismo.

Obediente, Pierre Favre se incorporó, con la pluma de ave en la mano, y se asomó a la ventana.

—Sí, veo al asno —dijo—, y también al mendigo que lo lleva.

—Pues debe de estar loco, si piensa que le darán algo en esta calle...

—Espera, espera —le interrumpió Favre—. El asno va cargado de libros. Tal vez quiera venderlos...

—Está listo. Le compadezco. ¡Pobre viejo!

—No tan viejo, Francisco... En cuanto alguien tiene diez o doce años más que nosotros, lo consideramos viejo... Ese hombre no tendrá más de treinta y cinco años.

—¡Ni hablar! ¿No ves que se está quedando calvo?... Espera a que vuelva la cabeza

y verás... Pero ¿qué veo? Se ha parado a la puerta del Colegio y habla con el portero...

—Está en los huesos... y cojea un poco.

Francisco se retiró de la ventana.

—No es posible... No es posible... —murmuró enfadado—. Tal vez haya entrado para que le den algo —dijo Favre.

—No es eso, Pierre. Ese hombre es vasco.

—¿Y qué?

—Un hombre de buena familia. Basta con verle la cara... y las manos. No, no es un mendigo... Me gustaría saber cómo se llama. Escribiría una carta a su familia y...

—¡No me hagas reír! —exclamó Favre impetuosamente—. No la terminarías jamás. No te he visto escribir una sola carta en los dos años que llevamos compartiendo esta habitación.

—Te equivocas. Escribo siempre que necesito dinero... Tres veces al año, por lo menos.

—Pero tu famosa carta al Rey todavía está ahí, en la alacena... y hace dos meses que la empezaste.

—No te enfades, Pierre. A mí no se me da la pluma como a ti. Además, es una carta muy delicada. ¡No sabes hasta qué punto! Mi madre quiere que sea canónigo en Pamplona, pero el Cabildo no me elegirá jamás, a menos que presente una carta de nobleza...

—Pero tú eres noble, ¿no es así?

—Sí, lo soy... Pero todo el mundo pretende ser noble hoy en día.

—Menos yo —sonrió Pierre—. Mi único feudo ha sido un rebaño de ovejas en Saboya... Y no me quejo, Francisco; las ovejas son una delicia: nobles, dóciles, sencillas... Cuidándolas, se piensa mucho. Entonces, mi mayor deseo era estudiar, aprender muchas cosas. Ahora que las sé, añoro mis ovejas...

Francisco puso una mano en el hombro de Pierre y le apretó con cariño.

—Serás un buen sacerdote, ya lo verás. Y tendrás un montón de ovejas a tu cargo. No serán tan sencillas ni tan nobles como las otras, desde luego... Las conozco bien. Ayudé a mi padre y a mis hermanos a agrupar diversos rebaños que se habían introducido en nuestros dominios y sus dueños pretendían llevarse sin pagar tributo...

—Pero ese es un privilegio real, tengo entendido...

—Sí, lo es; pero hace cincuenta años el Rey otorgó a mi abuelo y a sus herederos el pleno dominio de Ydocín, en el valle de Ybargoiti... Incluido el derecho a nombrar jueces, alcaides, alguaciles, y a establecer sixantenas y calonyas...

—¿Qué son sixantenas y calonyas? —preguntó Pierre, asombrado.

—Tributos —repuso Francisco, como de pasada—. Mejor dicho: multas que tienen que pagar los familiares de los asesinos, bandoleros y ladrones...

—Pero —insinuó Pierre—, si posees esos privilegios, ¿por qué no los muestras?

—Porque no valen para nada. El Cabildo de Pamplona no los reconoce. Hay que ser hidalgo, es decir, noble desde la cuarta generación. Mis antepasados eran nobles, pero tengo que demostrarlo y Su Majestad el Rey confirmarlo.

—Me alegro de no ser noble —repuso Pierre, convencido.

Guardó silencio unos instantes y añadió:

—Lo que no me explico es por qué, si eso es tan importante para ti, no acabas esa dichosa carta.

—Porque no es tan fácil, ya te lo he dicho. Además, no estoy seguro de que quiera ser canónigo. Creo que hay otras cosas mejores en la vida... Tengo que pensarlo.

—Pero el tiempo corre...

—Tengo tiempo de sobra.

—¿Para jugar al frontón?

—¿Hay algo malo en eso?... Me gusta, y lo hago bien. He ganado el año pasado y este año volveré a ganar... No te preocupes: ya me meteré con los discursos de ese *Picarón* cuando se aproximen los exámenes.

—¿Los discursos de ese *Picarón*...?

—Sí, hombre, sí... Los discursos contra Catalina y contra Averroes.

Pierre Favre abrió mucho los ojos y estalló en carcajadas.

—¿Te refieres a Cicerón?... ¡Buen pícaro estás tú hecho! Y no es Catalina, sino Catilina... Ni Averroes, sino Verres...

—De acuerdo, de acuerdo... Ya sabes lo mal que se me dan los nombres propios.

—Sí, pero no se te olvidan los más difíciles, como Ydocín. ¿Y cuál era el otro?... Ybargoiti...

—Eso es otra cosa. Se trata de nombres vascos, verdaderos nombres... ¿Qué me importa a mí que Cicerón perorase contra Averroes o contra Verres?... Me da igual. Y, ahora, perdóname, porque me tengo que ir. He de acudir al Prado de los Monjes...

—¿A jugar a la pelota?

—No. A competir en salto de altura y en salto de vallas. Estos franchutes creen que son los mejores en todo y tengo que demostrarles que se equivocan... ¡Miguel! ¿Dónde se habrá metido ese...?

—¿Me llamaba, señor?

El paje de Francisco era un vasco típico de las montañas, huesudo, desgarbado y de pronunciados pómulos.

—Mi caballo, Miguel... Volveré al anochecer.

* * *

El demacrado individuo que llevaba un asno cargado de libros no era un mendigo,

pero mendigaba. Sin embargo, al portero del Colegio Montaigu no le había pedido una limosna: le había rogado que inscribiera su nombre en la lista de estudiantes...

El portero pensó que era un lunático: ¡Un estudiante de treinta y siete años que aparentaba más de cuarenta! Y además no tenía dinero para pagar el alojamiento... Así que le indicó dónde estaba la *Casa de los pobres* y le dijo que allí no le cobrarían nada.

El extraño individuo le dio las gracias e hizo una reverencia con la dignidad de un gentilhombre. Solo cuando el portero le dijo que en la *Casa de los pobres* no se podía entrar después del crepúsculo ni salir antes del alba, pareció contrariado: eso le haría perder un par de clases diarias...

El portero se encogió de hombros, mientras el individuo se alejaba; ¿qué podía hacer él?... Apretando los labios con gran esfuerzo, consiguió leer el nombre que el pordiosero había escrito en el libro-registro: Íñigo de Loyola... Español tenía que ser... ¿Acaso se podía esperar algo bueno de España?

* * *

El consejo de familia reunido en el Castillo de Xavier ofrecía un aspecto tan torvo como los muros de la fortaleza. Ni siquiera los pájaros anidaban en aquel lugar primitivo y hosco, privado de todo verdor.

Desde la muerte de su esposo, hacía trece años, y sobre todo desde la fracasada insurrección de Navarra, hacía siete (en la cual sus dos hijos mayores habían participado, pagándolo muy caro), Doña María de Azpilicueta se había ido consumiendo hasta convertirse, si no en una sombra, sí en una escuálida, huesuda y austera dama, estirada y fúnebre.

El Rey de España se había vengado desmochando las torres del Castillo de Xavier, derribando sus defensas exteriores, desmantelando el puente levadizo y rellenando los fosos. A la madre y a los hijos rebeldes solo les había quedado el cuerpo interior, mondo y lirondo, y un puñado de ducados...

—¡Un paje! —exclamó Doña María torvamente—. ¡Y un caballo!

—Pero, madre —murmuró Juan Xavier—, tened en cuenta que eso es lo menos a que puede aspirar un hidalgo...

Doña María lo miró, iracunda.

—¿Cómo te atreves a defender las extravagancias de tu hermano?

—Ese Landívar es también estudiante, al parecer —intervino Miguel Xavier—. Lo que no entiendo es cómo amos y criados pueden sentarse juntos en clase y convivir en esos colegios parisinos...

—Todo es posible en Francia —repuso Juan Xavier, con tono rencoroso—. ¿Acaso el Rey de Francia no nos dejó en la estacada cuando la causa de Navarra se torció?

—¡Un paje y un caballo! —repitió Doña María—. ¿Y ahora qué?... Fue un error

enviar a Francisco a París. Nunca terminará sus estudios... Hace tiempo que debía estar aquí. Tiene ya veintidós años, Juan, y, aunque no es tan apuesto como tú, no le hubiese sido difícil encontrar una joven respetable con una buena dote que... Por cierto, Juan: ¿Cuándo piensas casarte tú?... Es absurdo que sigas soltero...

—Las mujeres, madre —repuso Juan—, se casan con los ricos y nosotros carecemos de fortuna. Además, no gozamos del favor del Rey...

Un criado anciano, escurrido y huesudo como su señora, irrumpió en el salón. Estaba tan excitado que le temblaban los labios. Se acercó a Doña María y le susurró algo al oído.

—Serénate, Mateo... ¿Quieres decirme *quién* es?

El anciano criado volvió a susurrar.

—¿Quién? —exclamó Doña María, abriendo mucho los ojos. Luego, ya más serena, ordenó:

—Haz pasar inmediatamente a Su Reverencia... ¡Aprisa!

El anciano salió trastabillando y Doña María anunció a sus hijos:

—Su Reverencia la Abadesa está aquí...

Atónitos, los dos jóvenes se irguieron. Lo último que podían haber imaginado era que su hermana —la hija mayor de Doña María— estuviese allí, pues hacía seis años que había ingresado en el Convento de las Clarisas de Gandía y ahora era la Madre Abadesa.

En realidad no era tan raro —en aquella época— que una monja de clausura visitase de vez en cuando a su familia, pero con Doña Magdalena era distinto. Desde que había hecho sus votos perpetuos no había vuelto a salir del convento, y, cuando sus familiares iban a visitarla, solo la veían a través de la reja del locutorio.

Doña María también se puso en pie cuando la espigada y delgada monja entró en el salón. Y, lo mismo que sus hijos, la saludó con una reverencia, pues para ellos ya no era una hija y hermana, sino una sierva de Dios.

La Abadesa también hizo una reverencia, pero omitió el «beso de cortesía». Era mejor así.

—¿Quiere ocupar mi asiento Vuestra Reverencia? —preguntó Doña María.

La Abadesa declinó cortésmente el honor y se sentó en una silla más baja, justo en el borde. Juan Xavier, agudo observador, se dio cuenta de que todo el peso de su cuerpo descansaba en sus piernas y en sus pies, hasta el punto de que permanecería en esa misma postura si alguien retirase la silla. Sin duda había aceptado sentarse por cortesía, pero no para descansar. «Parece un fantasma», pensó Juan, inquieto.

Doña María se fijó en las arrugas que surcaban las comisuras de los labios de Magdalena, en las ojeras que circundaban sus ojos, que hablaban de ayunos y de vigiliass. «Está agotada», pensó. «No vivirá mucho...». Sintió que se le desgarraba el corazón y hubiese querido avisarle, decírselo, suplicarle que se cuidase un poco, pero sabía que

sería inútil.

—¡Cuánto agradecemos esta visita de Vuestra Reverencia! —murmuró.

—Estoy aquí a causa de Francisco —dijo Magdalena.

—¿De Francisco...? —jadeó Doña María—. ¡Estábamos hablando de él!

La monja asintió con la cabeza.

—Ya lo sabía —susurró—. Estaba turbada por su culpa...

Los dos hermanos, cada vez más desasosegados, se miraron.

—Yo también —dijo Doña María—; no se toma en serio sus estudios... Se ha comprado un caballo y tiene un paje a su servicio... Pierde el tiempo jugando y no parece saber lo que quiere ser...

Ante la sorpresa de todos, Doña Magdalena sonrió. Era una sonrisa cálida, gozosa, que iluminaba su cara pálida y macilenta.

—Mi querido hermano Francisco... —murmuró.

—La actitud de Vuestra Reverencia me desconcierta —dijo Doña María con brusquedad.

—Hay muy poco malo en Francisco —dijo Magdalena—, y mucho bueno. Tanto, que Dios no puede dejar que se pierda.

—Tendría que estar ya en Navarra... Estoy pensando en hacerle venir —musitó Doña María.

—Ahora sé por qué estoy aquí...

—Vuestra Reverencia ha dicho que había venido por Francisco.

La Abadesa negó con la cabeza.

—No, por él no... Por vos.

—No comprendo...

—Algo me decía que le pondríais obstáculos en su camino —dijo Magdalena gentilmente.

—No puedo permitirme el lujo de pagar sus caprichos —protestó Doña María—. Bien lo sabe Dios.

—Sí, lo sabe, madre, y ve los sacrificios que hacéis —repuso la monja sonriendo—. Francisco no tiene por qué llevar una vida de placer y de lujo, eso no... Pero no le hagáis venir. Os lo suplico.

—Pero... pero... ¡ese paje! ¡Y el caballo!

—Prescindirá de esas cosas en su momento... Será él quien se convertirá en paje de Dios y en corcel de Dios... y dará a Dios mucha gloria. Pero ha de prepararse, de equiparse para esa tarea, y debe seguir donde está.

Siguió un tenso silencio.

—Si ese es vuestro deseo —repuso por fin Doña María—, dejaré las cosas como están.

—No es mi deseo —aclaró la Abadesa—. Es la voluntad de Dios.

Una radiante sonrisa iluminó su rostro cuando se puso en pie. Saludó a su madre, luego a sus hermanos, y se deslizó hacia la puerta sin decir una palabra, ingrátida y ligera, como una aparición.

Doña María ordenó a sus hijos que salieran con un gesto imperioso y ellos obedecieron sin rechistar.

Ya en el corredor, Miguel corrió hacia la bodega.

—Tengo que echar un trago —murmuró hoscamente.

—Yo también —dijo Juan—. Y comer algo... Me siento desfallecer...

* * *

Como de costumbre, Pierre Favre se despertó con el áspero repiqueteo de la campanilla, pero, también como de costumbre, Francisco no se despertó.

Eran las cuatro de la madrugada y Pierre Favre se alegró de que la noche hubiera terminado, al menos para él, aunque fuera todavía estaba oscuro como boca de lobo y la lluvia tamborileaba en los vidrios de la ventana.

Llevaba varias noches durmiendo mal; estaba inquieto, desasosegado, y sabía por qué, aunque no quería admitirlo. Sí, estaba nervioso, y la causa de su nerviosismo era su compañero de cuarto, que seguía durmiendo en el catre de al lado con tanta profundidad que, al respirar, el aire que expelía le hacía retemblar los labios.

Francisco había vuelto a salir esa noche, lo cual quería decir que Miguel Landívar había logrado que les prestasen unos ducados... Era maestro en el arte de dar sablazos, y siempre, siempre, para... *eso*. Era sorprendente que un hombre como Francisco, para el cual tanto significaban la nobleza y el rango, se dejase influir por un criado. Pero tal vez no fuese así. Tal vez no era la influencia de Landívar, sino de ese profesor, García, que, *vox populi*, arrastaba a algunos estudiantes en sus correrías nocturnas. El portero, bien untado, no abría la boca, pero los estudiantes, *sotto voce*, se ufanaban de sus aventuras.

¿Era la vida que llevaban algunos tan excitante como decían? ¿Tanto se disfrutaba haciendo... haciendo eso? Y, si así era, ¿no estaría él perdiendo el tiempo?...

A los doce años, Pierre Favre, por su cuenta, había hecho voto de castidad perpetua en una capilla de las montañas de su Saboya natal... ¿Estaba obligado realmente a cumplir un voto que había hecho cuando era un niño que no sabía nada del mundo?...

Nada del mundo, sí, pero mucho de Dios. Más quizá que ahora, a pesar de todos sus estudios...

Encendió una vela.

—Francisco, despierta... Vamos, despierta de una vez.

El aludido dio un respingo y se incorporó.

—Llévatela —refunfuñó con enojo—. No quiero volverla a ver.

—¿De qué hablas?... La campana ha dejado de sonar...

—¿La campana? —exclamó Francisco, bostezando—; ¡ah, otro día ya! El de ayer todavía me ronda por la cabeza.

Saltó de la cama y se estiró.

—Tienes suerte, Pierre...

—¿Por qué?

—Porque has dormido... García me ha traído en jaque, buscando otra madriguera... Pero son todas iguales. Estoy harto... Hoy es martes, ¿no?... El torneo de salto de altura en la *Ile-aux-vaches* y yo apenas he dormido un par de horas. ¡Condénalo García! Perderé, ya lo verás.

Se acercó a la jofaina y empezó a lavarse la cara, salpicándolo todo.

—¿Lo has pasado bien? —preguntó Pierre.

Pero al punto se arrepintió. «¿Por qué le hago preguntas?», pensó. «Sé lo que me va a responder... ¿No será que le pregunto por eso, para enterarme de cosas que debería ignorar...?».

—García te diría que sí —repuso Francisco con sorna—, pero él no tiene nada que perder.

—¿Qué quieres decir? («¿Por qué le pregunto? ¿Por qué?»).

—¿No te has dado cuenta de lo largas que lleva las mangas últimamente?... Trata de esconder las pústulas, Pierre, porque ha atrapado el mal gálico. Algo horrible. Una de esas mujeres estaba llena de bubas, yo las he visto —se estremeció—. Por eso he bebido y bebido, hasta olvidarme de todo...

Hizo una pausa y añadió:

—Si no gano el torneo hoy, no volveré a salir con García.

—Ojalá pierdas —repuso Pierre con pasión.

Francisco dejó de secarse el rostro con la toalla, le miró fijamente y se echó a reír.

—No todos podemos aspirar a ser santos como tú, Pierre.

—No digas eso —murmuró Pierre Favre:

Y, ante el asombro de Francisco, rompió a llorar.

* * *

Aquel fue un mal día para Francisco. Ganó el torneo de salto, sí, pero solo porque su más peligroso rival, un inglés patilargo, no se presentó. Saltó poco y mal, y, cuando luego acudió a las clases del mediodía, Pierre se lo contó:

—Van a meter dos estudiantes más en nuestra habitación.

—¿Dos?... Eso es imposible. ¿Acaso quieren que durmamos unos encima de otros? ¡Están locos!

Pero en ese momento llegó el profesor y tuvieron que callar.

En cuanto terminó la clase, Francisco atacó de nuevo.

—¿Y quiénes son?... ¿Españoles tal vez?

—Sí, españoles —respondió Pierre.

Francisco vio el cielo abierto.

—Uno es Juan de la Peña —añadió Pierre.

—No está mal. Buena familia. ¿Y el otro?

—Me han dicho... —vaciló Pierre—. Bueno, que es ese que ha dejado Montaigu.

—No lo conozco. ¿Cómo se llama?

—No lo sé. Pero lo he visto, y tú también. Hace unos meses, tal vez un año... ¿Recuerdas el mendigo con el asno?

—¡No me digas que es ese! No me lo creo... ¿Qué viene a hacer en Santa Bárbara un pordiosero andrajoso?... No, no. Me niego a compartir con él mi cuarto.

—Sabes bien que no puedes negarte —repuso Pierre Favre—. Además, estás equivocado, porque es de lo más amable y servicial...

* * *

Diego de Gouvea, Rector del Colegio de Santa Bárbara, se encargó personalmente de presentar esa misma tarde al amable «pordiosero» a Francisco Xavier.

—Este es Íñigo de Loyola —le dijo—, un compatriota y paisano vuestro... Necesita que alguien le ponga al día, sobre todo en la filosofía de Aristóteles. Confío en que podréis ayudarle en los ratos libres...

Y, antes de que Francisco pudiera decir una palabra, abandonó la habitación.

Francisco se quedó mirando de hito en hito al recién llegado (pálido, bajito y calvo) con disimulado desdén.

—Siento mucho causaros tantas molestias, Don Francisco —dijo Íñigo de Loyola con amabilidad—. Trataré de facilitaros la labor...

Francisco estaba tan indignado que no supo apreciar tanta humildad.

—El Rector ha escogido mal —dijo con acritud—. Yo no sé enseñar... Debería haberos confiado a un estudiante aventajado como Pierre Favre, que lo hará mejor que yo... Lo harás, ¿verdad, Pierre?... Y, ahora, os ruego que me excuséis.

Y, ante el asombro de ambos, desapareció.

—No se lo toméis en cuenta, Don Íñigo —musitó Pierre—. Es un poco brusco a veces, pero tiene buen corazón. Si me lo permitís, trataré de ayudaros...

—Gracias... muchas gracias —dijo humildemente Íñigo—. Estoy enteramente a vuestra disposición.

Por la noche, Francisco habló con Pierre a solas y, a su manera, se disculpó.

—Lo siento, Pierre, pero no he podido evitarlo... Será, como tú dices, todo lo amable que quieras, pero a mí no me agrada. Hay algo inquietante en él...

—Tiene una insaciable sed de conocimientos... ¿Te has fijado en sus ojos?
—No. ¿Qué pasa con sus ojos?
—Que son brillantes y bellos... ¡Y qué humildad! Es inexplicable su actitud, sobre todo si se tiene en cuenta que podría ser mi padre... o el tuyo.
—Gracias, Pierre —dijo Francisco—, por el favor que me haces...
Y, con resentimiento, añadió:
—Debería estarle agradecido... Le he proporcionado un nuevo asno.

* * *

—¿Está Don Íñigo? —preguntó un estudiante llamado Bobadilla.
—Sí —respondió Francisco—. Llegó hará cosa de una hora.
—¡Ah, magnífico!... Qué día tan bueno hace, ¿verdad?
—¿Para quién? —ironizó Francisco.
Pero Bobadilla no le oyó, porque ya subía, saltando los escalones de tres en tres. De pronto apareció Landívar, caminando con su felina agilidad.
—Maestro...
—¿Qué sucede?
—El profesor García me ha dicho que si lo acompañáis esta noche...
—Ni hablar —repuso Francisco ásperamente.
—Siento no haber podido obtener ningún dinero esta vez, pero el profesor me ha dicho que no nos preocupemos, que invita él.
—¿Está Don Íñigo? —preguntó otro estudiante llamado Salmerón.
—Sí, está...
—Gracias —repuso Salmerón. Y echó a correr escaleras arriba.
—No me da la gana salir con García. Quiero dormir...
—Pero me ha dicho que...
—Sí, sí, Don Íñigo está arriba —gritó Francisco antes de que otro estudiante llamado Laynez pudiese abrir la boca.
—Por fin sé cuál es vuestra especialidad, Don Francisco —dijo Laynez alegremente —: adivinar el pensamiento... ¡Gran arte, a fe mía!... Gracias.
—¿Sabéis que ese hombre es judío? —dijo Miguel Landívar con desprecio.
—Sí, creo que lleva algo de sangre judía en las venas, pero es el más inteligente de todos. No me explico por qué...
—El profesor García me ha dicho que él...
—¿Quieres dejar a García en paz? Te he dicho que no quiero salir con él y basta. ¿Cómo voy a aprobar esos malditos exámenes saliendo todas las noches?
—El profesor García dice que los pasaréis y que podréis ocupar una cátedra vacante que hay en el Colegio de Dormans-Beauvais. Eso se rumorea, al menos...

—Eres único para escuchar chismes. Te van a crecer las orejas como a un elefante. Y ahora vete: tengo mucho que hacer.

—Sí, como el pobre señor Favre —sonrió Miguel Landívar mostrando su blanca dentadura—. Siempre estudiando, estudiando... No sabe hacer otra cosa. Lo mismo que todos los discípulos de ese mendigo santurrón.

Francisco frunció el ceño.

—¿Discípulos?... Tu estás loco, Landívar.

—No estoy loco, maestro. Digo la verdad. Hace tiempo que se reúnen en secreto con ese pordiosero... Se sientan alrededor de él y beben sus palabras... Los lleva a confesarse y luego a comulgar por lo menos dos veces al mes.

—¿Y eso es malo? —preguntó Francisco, con desdén.

—Al menos sospechoso, si me lo permitís.

—¿Qué quieres decir?

—Que con mis orejas de elefante he oído ciertas cosas acerca de ese mendigo beato... Ha tenido problemas con la Santa Inquisición.

—¡Dios santo! No es posible...

—Un par de veces, al menos... Algunos dicen que tres. Ha estado en prisión acusado de herejía, en Salamanca...

—¿En prisión? ¿Por herejía?... Era culpable, pues...

Landívar se encogió de hombros.

—No lo sé. Yo no soy teólogo...

Francisco observó un tono falso en su voz.

—Vamos, Miguel... ¿Era culpable o no?

—Si hubiesen probado su culpa —admitió Landívar—, no estaría aquí. Pero sus ideas siguen siendo sospechosas.

—Puede ser —gruñó Francisco—. Todo es posible en un hombre como él.

—Y todavía hay más —susurró Landívar—. Esconde en sus alforjas un libro escrito por él...

Francisco estalló en carcajadas.

—¡Un libro! ¡No lo puedo creer! ¡Si no sabe una palabra de latín!... Bueno, ahora sabe un poco, pero me habría gustado que le hubieses oído cuando llegó... Hasta el bueno de Pierre Favre se rió... Y ahora me dices que ha escrito un libro...

—Sí, pero no se lo muestra a nadie.

—¿Por qué? —preguntó Francisco—. ¿Se trata acaso de un libro de magia?

—No tengo ni idea —admitió Landívar—. Pudiera ser...

—Mira, Miguel: Pierre Favre no se hubiera dejado meter en una cosa así. Es una estupidez. Ese hombre podrá ser un charlatán, un chiflado, un santurrón que no sabe hablar más que de religión, pero nada más.

Landívar hizo un gesto hosco y su rostro se ensombreció.

—Esos son los peores —murmuró.

* * *

—El asunto es muy serio —dijo el profesor García tirando nerviosamente de sus largas mangas—, y creo que es mi deber facilitaros toda la información que poseo.

Don Diego de Gouvea jugueteó con su historiada pluma de ave.

—He de admitir que Don Íñigo de Loyola es un hombre extraño. No acabo de comprenderlo. ¿Por qué trata de reunir tantos jóvenes insustanciales a su alrededor? ¿A qué vienen tanto secreteo, tantas devotas formalidades, tanto debate interminable? ¡Como si no pudiese discutir en clase!... No sé qué pretende...

—Así es —afirmó García—. Y yo diría más: ¿por qué somete a esos jóvenes a extraños ejercicios ascéticos, les obliga a vestir tan pobremente, como si fueran pordioseros, y a llevar un género de vida que desmerece de su posición y de su rango?... Nuestros alumnos no son frailes mendicantes. Son estudiantes procedentes de las mejores familias y somos responsables de su educación. Hablan de imitar a Cristo —se lo he oído decir a Laynez más de una vez—, pero la realidad es que a quien imitan es a ese cuarentón inútil que tan mal ejemplo les da...

Don Diego de Gouvea frunció el ceño.

—Gracias por vuestra información —dijo—. Pensaré en lo que me habéis dicho. Felizmente, la influencia de Don Íñigo es muy limitada, su círculo, muy reducido: Laynez, Bobadilla, Favre, Salmerón y ese joven, Rodríguez...

—Así es —asintió García—. Pienso que es una buena señal —y una prueba de la libertad de espíritu de nuestros residentes— que dos de los tres que comparten su misma habitación se hayan mantenido al margen.

—¿Os referís a Francisco Xavier y a Juan de la Peña? —preguntó el Rector.

—Justamente. Huyen de él como de la peste.

Don Diego sonrió.

—Ninguno de los dos parece muy amigo de la pobreza —ironizó—. Dejaremos las cosas como están, de momento. Pero, como sea necesario actuar, os aseguro que actuaremos.

* * *

Fue necesario actuar al día siguiente. Estalló un escándalo en el cuarto ocupado por el «sospechoso» y hubo que despertar al Rector, que estaba durmiendo la siesta.

En el corredor reinaba la confusión: Varios estudiantes rodeaban a Juan de la Peña, que, a grito pelado, repetía histéricamente que no estaba dispuesto a compartir su habitación con un hombre contagiado de peste.

—¡Silencio! —ordenó Don Diego—. ¿Qué es lo que sucede?

Juan de la Peña temblaba de rabia.

—Ese desgraciado de Loyola —farfulló—. Se ha pasado la mañana cuidando a un tipo que tiene una enfermedad infecciosa... El médico dice que puede ser la peste y ahora ese insensato viene y pretende dormir en el mismo cuarto que nosotros...

Los ojos del Rector se achicaron y sus labios se contrajeron.

—¿Dónde está ahora?

Íñigo de Loyola avanzó por el corredor y todos se apartaron. Algunos huyeron, porque no podían soportar el hedor que emanaba de sus ropas.

—¡Habéis puesto en peligro a todo el Colegio! —gritó el profesor García tirando de las mangas para no mostrar sus pústulas. ¡Este es el mejor Colegio de la mejor Universidad del mundo, no un hospital apestoso!

El acusado, pálido como un muerto y con la cabeza hundida en el pecho, no decía nada, aunque Don Diego le miraba insistentemente, esperando que se defendiese. Pero no se defendió. Cansado de esperar, el Rector sentenció por fin.

—Mañana, en el almuerzo, Íñigo de Loyola se someterá al castigo del claustro. De momento —añadió—, dormirá en el desván. La habitación que ocupaba será desalojada y rociada con vinagre. Eso es todo.

Dicho lo cual, se retiró con airada dignidad, dispuesto a seguir su interrumpida siesta.

Íñigo de Loyola, por su parte, se dirigió al desván y los demás se dispersaron.

—¿En qué consiste el castigo del claustro? —preguntó Juan de la Peña—. ¿En una reprimenda pública?

—Nada de eso —contestó Laynez con sus ojos negros contraídos por la indignación—. Desnudan al acusado de medio cuerpo para arriba, le atan las manos a la espalda y le hacen avanzar entre una doble hilera de profesores y alumnos provistos de palos, látigos y bastones... Eso van a hacer con un hombre de casi cuarenta años que no ha hecho nada malo... A menos que sea malo seguir el ejemplo de Cristo... o del buen samaritano.

Dio media vuelta y se alejó.

—Pues a mí me parece que se lo tiene merecido —insistió Juan de la Peña.

—Tal vez se haya rebajado —dijo Francisco, muy tieso—, pero sigue siendo un caballero, un hidalgo por nacimiento, que no se merece ese trato...

—Entonces, ¿te parece mal el castigo que le ha impuesto Don Diego? —dijo otro estudiante del grupo de García—. Pues yo creo que ese santurrón se lo merece.

—No me parece bien ni mal —grito Francisco acaloradamente—, pero estoy harto de todo... De Don Diego, de ese hipócrita de García, que está lleno de pústulas y señala a ese pobre con el dedo, y también de ti, que eres ruin y mezquino... Y, si eso te molesta, ven a la Isla de las Vacas a batirte conmigo... Tal vez necesites una lección de cristiana caridad...

El estudiante se alejó y Francisco se quedó solo. «Y esta noche el cuarto apestará a vinagre» —musitó—. «¡Peste de devotos!».

* * *

El castigo se convirtió en la comidilla del Colegio. Los estudiantes estaban divididos, pero la mayoría lo aprobaba y esperaba ansiosamente que llegara el momento de aplicarlo.

El temperamental Bobadilla defendía al acusado acaloradamente y casi llegó a las manos con uno de los paniaguados del profesor García. Laynez, Salmerón, Rodríguez y Favre, por su parte, intentaron entrevistarse con el Rector, pero Don Diego se negó a recibirlos. Entonces, se reunieron todos y decidieron formar una muralla protectora en torno a Don Íñigo cuando entrase en el comedor. Pierre Favre advirtió que, si hacían eso, los demás estudiantes se les echarían encima.

—¡Mejor! —gritó Bobadilla—. ¡Tendrán su merecido!

—¿Y si recabáramos la ayuda de Francisco Xavier? —dijo Laynez, dubitativo—. Es el más fuerte de todos los estudiantes...

Lo intentaron, pero Francisco dijo que no quería saber nada del asunto.

A la hora del almuerzo, la mayoría de los alumnos —y de los profesores— se presentaron en el comedor armados de palos, bastones, cachiporras y fustas. El profesor García se encargó de formar dos hileras y dijo a un alumno que, cuando entrase el «reo», se pusiera delante de él para evitar que echase a correr y escapase de los golpes. Francisco, por su parte, contemplaba todo aquello con manifiesto desdén.

Cuando el bastón del mayordomo golpeó el suelo, anunciando la llegada del Rector, todo el mundo se puso en pie y dirigió la mirada hacia la puerta.

El asombro fue general, porque Don Diego y Don Íñigo hicieron su entrada codo a codo. En cuanto al «reo», no solo no iba desnudo de medio cuerpo para arriba, sino que llevaba su mejor casaca negra.

Lenta, solemnemente, Don Diego acompañó a Don Íñigo hasta su asiento, le rogó que se sentara, se inclinó ante él y siguió avanzando hacia su propio sitio.

Fustas y cachiporras desaparecieron como por ensalmo. Don García estaba tan alicaído, tan demudado, que daba lástima. Se escucharon risitas contenidas, bisbiseos, y luego se hizo el silencio. El Rector, entonces, entonó el *Benedicite* y acto seguido comenzó el almuerzo... El más tenso y silencioso almuerzo en la historia del Colegio.

Concluido el yantar, los pasillos se llenaron de susurros y de gritos. ¿Qué había sucedido? ¿Por qué el Rector había cambiado de actitud?

Alguien dijo que, aquella misma tarde, Don Íñigo había ido a hablar con Don Diego, pero nadie sabía lo que le había dicho... Y un estudiante siciliano aseguró que aquel hombre tenía *mal'occhio*, que era un brujo...

—Nadie puede resistir su mirada... Lo sé bien. En mi pueblo había una vieja bruja que...

—Vieja bruja serás tú. Ese hombre es un santo.

—Es un brujo. Garrou me ha contado que el criado de Don Diego le ha dicho que, al cabo de un rato de conversación con Don Íñigo, el Rector se hincó de rodillas y le pidió perdón.

—¿Perdón, por qué?

—No lo sé, pero lo hizo.

—No me lo creo.

* * *

Miguel Landívar dejó de cepillar la casaca de Francisco y se lo quedó mirando fijamente.

—¿Qué opináis de todo esto? —preguntó.

—¿Y tú qué tienes que decirme?

—Que es cosa de magia. ¿Recordáis lo que os dije sobre el libro que tiene escondido?... Pues esa es la clave. Tiene un pacto con el demonio.

—Estás loco, Miguel. Anda, termina de cepillar eso y lárgate.

¡Qué extraño era todo! —pensó Francisco cuando se quedó solo—. Lo más extraño, tal vez, que no se había mostrado arrogante ni victorioso. Ni siquiera había quitado los ojos del plato durante la comida, para saborear su triunfo... Había permanecido allí, tranquilo, lejano, indiferente, como ajeno a todo... ¿Dominio de sí mismo?... Si se tratara de eso, debía tener una voluntad de hierro. Pero no, no era eso... Había en él algo que se le escapaba, algo insondable. Las personas como Miguel, cuando se topan con alguien así, piensan que es cosa del demonio y las que son como Pierre Favre, que es cosa de Dios.

«Sea lo que sea —decidió Francisco—, no es asunto mío».

* * *

Tampoco era asunto de Don Íñigo ayudar a Don Francisco a redactar la carta al Rey, y sin embargo lo hizo. La cosa surgió un día en que Francisco, nervioso, juraba y perjuraba que era incapaz de encontrar las palabras apropiadas. Don Íñigo, que en ese momento estaba en el cuarto, sonrió amablemente y se ofreció a ayudarlo.

Si le hubiese criticado el lenguaje en que estaba escrita la carta —francamente pedestre—, se hubiese negado a admitir esa ayuda, pero la sonrisa de Don Íñigo le había desarmado. Así que accedió, y entonces Don Íñigo sugirió algunos cambios.

—Es tan estúpido suplicar humildemente que se le reconozca a uno lo que le corresponde... —exclamó Francisco cuando hubo terminado de redactar la carta—. Pero

qué se le va a hacer. Necesito ese certificado de nobleza a cualquier precio.

—Lo mismo opinaba yo hace algún tiempo —dijo Íñigo.

Francisco pensó que, si le preguntaba qué era lo que le había hecho cambiar de parecer, estaba perdido, así que guardó silencio.

—Con mucho gusto os contaría lo que me hizo cambiar de opinión —prosiguió Don Íñigo—, pero no es preciso. Encontraréis la respuesta en un par de líneas del Evangelio de san Marcos, en el versículo treinta y seis del octavo capítulo.

Dicho lo cual, saludó a Francisco con una leve y digna inclinación de cabeza y le dejó solo. Este se dispuso a pasar a limpio la misiva al Rey, pero las palabras de Íñigo no se le iban de la cabeza. ¿Qué diría san Marcos en el versículo treinta y seis del octavo capítulo?... «Bueno, que diga lo que quiera... Tengo que terminar esta carta y entregarla al correo... No puedo conformarme con ser profesor en Dormans-Beauvais, aunque sea un buen Colegio... Tengo que ser canónigo en Pamplona».

Repentinamente, se detuvo de nuevo. San Marcos, versículo treinta y seis del octavo capítulo...

Decidió salir de dudas. Se levantó, abrió la alacena, sacó una vieja Biblia y fue pasando hojas hasta dar con la cita. Sí, allí estaba: «¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?».

Cerró el libro, indignado. ¡Menuda impertinencia! ¿Qué le hacía pensar a ese... meapilas, a ese pordiosero, que Don Francisco Xavier fuese a perder su alma? ¡Que se ocupase de la suya! ¿Acaso era algo malo aspirar a ser profesor de un Colegio tan cristiano como el de Dormans-Beauvais o canónigo de un Cabildo tan honorable como el de Pamplona? ¿Acaso era preciso mendigar y hacer cosas raras para salvar el alma?

«Ahora me explico por qué ha tenido problemas con la Inquisición».

Estaba tan indignado que concluyó la carta a toda prisa y corrió a entregarla al correo del Rey.

* * *

—Don Francisco —susurró Miguel Landívar con misterio—, el señor Sarpillier espera abajo.

—¿Quién?

—El que os vendió el caballo.

—Querrá que le pague, claro...

—Sí, maestro.

Francisco suspiró. Había escrito ya dos veces a su madre pidiéndole dinero y nada...

—¿Te queda algo, Miguel?

—Nada, Don Francisco.

—Ese... ese «Sarpullido» es insaciable. Le pagué un primer plazo hace un año, otro

hace seis meses, y ahora querrá que le pague otro...

—Lo que quiere es que le paguéis todo lo que falta.

—Entonces dile a ese... «Sarpullido» que solo quedan por pagar las patas, así que, si quiere, que se las lleve. Solo las patas.

—El Señor *Sarpillier* —recalcó Miguel— dice que, si no le pagáis, volverá mañana con los alguaciles y se llevará el caballo.

—Me va a oír, si hace eso —gritó Francisco, furioso.

Pero no las tenía todas consigo, porque sabía que en Santa Bárbara se podían tener deudas siempre que no interviniesen las autoridades. Así pues, cambió de actitud rápidamente.

—Miguel... —insinuó—. ¿Seguro que no tienes nada? ¿Nadie está dispuesto a prestártelo?

—No, Don Francisco.

—Ese individuo es un bandido... Un canalla.

Pasó un día tan malhumorado que ni siquiera a Pierre Favre dirigió la palabra.

Al anochecer fue a los establos para despedirse de su caballo, un hermoso corcel de cinco años.

Allí lo encontró Don Íñigo, con los ojos bañados en lágrimas.

—Perdonad que os moleste, Francisco, pero me han dicho que quieren arrebatáros el caballo porque no habéis acabado de pagarlo... ¿Puedo hacer algo?

—¿Hacer algo? —repuso Francisco mirándole de hito en hito—. ¿El qué?...

—¿Cuánto os queda por pagar?

—Once ducados.

—Este caballo vale por lo menos cincuenta —dijo Don Íñigo acariciando el cuello del noble animal—. Aquí tenéis esos once ducados. Dádselos al vendedor y podréis quedaros con él...

—¿Acaso acabáis de heredar? —exclamó Francisco mirando, estupefacto, el montoncito de ducados que Don Íñigo acababa de depositar en su mano.

Luego, desconcertado, añadió:

—No sabía que fuerais un potentado...

Pero al punto se arrepintió. Aquel comentario era todavía más inoportuno que el primero. «No hago más que meter la pata...».

—Es todo lo que tengo —comentó Don Íñigo—. Pero no lo necesito.

—Pero no es justo que me lo deis a mí...

—Mirad, Don Francisco: Sé lo que ese caballo significa para vos, porque yo también los he tenido... Además, en nuestra tierra adoramos a los caballos, ¿no es cierto?

—Sí, pero yo no soy amigo vuestro... No me debéis nada... Si aceptase, me sentiría obligado a...

—Por favor, no digáis tonterías —exclamó Don Íñigo tratando de serenar al desconcertado Francisco—. ¿Acaso tendré que recordar a una persona de vuestro rango que no se pueden poner condiciones al servicio que un caballero rinde a otro caballero...?

Francisco enrojeció hasta la raíz del cabello.

—Pero, si buscáis una razón de lo que hago —añadió Don Íñigo—, la encontraréis en el Evangelio de san Mateo, capítulo veinticinco, versículo cuarenta.

Dicho lo cual abandonó el establo. Francisco le vio alejarse, cojeando un poco, pero con tal dignidad que no pudo por menos de quedar admirado.

Sin embargo, pronto reaccionó. ¿Qué se traía entre manos? Otra maldita cita... Esta vez, de san Mateo. ¿Otra impertinencia tal vez?... Seguramente.

Fuera como fuese, conservaba el caballo.

—De buena te has librado, amigo mío —susurró, acariciándole—. Lo malo es que sospecho que voy a tener que pagar muy alto precio por ti... Y no me gusta nada.

Corrió a su habitación y buscó en la Biblia la cita de san Mateo:

«En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de estos hermanos menores a mí me lo hicisteis». Francisco quedó anonadado.

* * *

En la enfermería del Convento de Clarisas de la ciudad de Gandía, dos monjas yacían en sendos camastros.

Una de ellas, la Madre Inés, flaca y huesuda, era de origen campesino y tenía sesenta y cinco años; la otra, más joven, era la Madre Abadesa, Doña Magdalena de Jasu y Azpilicueta.

Las dos estaban agonizando.

Las demás monjas, de rodillas en torno a las camas, rezaban por las moribundas, encomendando a Dios sus almas, que estaban a punto de abandonar aquellos cuerpos quebrantados. El Padre Lamberto, el capellán, dirigía las preces.

La monja más anciana se retorció en su agonía, torturada por los dolores de un cáncer que la devoraba. Su respiración era espasmódica y cada espasmo concluía con un ronco alarido de animal herido.

Magdalena, consumida por la fiebre, también sufría, pero todavía era capaz de rezar: por la comunidad, por su madre, que había muerto dos meses antes, por sus hermanos Juan y Miguel... y por Francisco, el más joven, solo en París, que tenía que convertirse en siervo de Dios y en corcel de Dios, una vez que le dejara entrar en su vida... Pero ¿le dejaría?...

Turbada por ese pensamiento, rogó al Señor que le permitiese ayudar a Francisco ahora, o, al menos, en la hora de su muerte...

De pronto, escuchó el ronco alarido de Sor Inés, y, al punto, sintió el irreprimible deseo de hacer algo por ella. ¿No había dicho el Señor que lo que hagamos por el más pequeño de sus hermanos a Él se lo hacemos?...

Así pues, sacando fuerzas de flaqueza, pidió a Dios que le traspasara a ella los espantosos dolores de Sor Inés.

Instantes más tarde, afilados cuchillos empezaron a clavarse en su pecho, por lo que no pudo reprimir un grito sofocado, solo uno...

Mientras tanto, a su lado, la Madre Inés dejaba de quejarse y caía en un sopor tranquilo.

El Padre Lamberto continuó rezando las preces por los agonizantes, pero entre Magdalena y él cayó un telón de insoportables dolores que la envolvió por completo.

A medianoche, las dos murieron, con una sonrisa en los labios. Pero, cuando las monjas empezaron a amortajarlas, descubrieron que la Madre Abadesa tenía la lengua partida en dos. No había querido que sus hijas se dieran cuenta de hasta qué punto estaba padeciendo...

* * *

Francisco estaba furioso.

—Por el amor de Dios, Laynez —explotó—. ¿Quieres decirme lo que os traéis entre manos?

Los ojos de Diego Laynez se iluminaron.

—¡Ah! —exclamó irónico—. ¿Ahora te interesas por nosotros?

Francisco hizo un gesto de displicencia.

—No me interesa en absoluto lo que hacéis en vuestro círculo, en vuestra hermandad o como queráis llamar a vuestras reuniones de magia... Al contrario. Lo que me irrita es tanto secreteo...

—No está mal... —sonrió Laynez—. La ira es una pasión ardiente... Y no es a los ardorosos o a los fríos a quienes Dios ha prometido vomitar de su boca, sino a los tibios...

—Lo mismo que él —murmuró Francisco—. Solo que él cita el capítulo y el versículo y te obliga a consultar la Biblia... ¡Bonita manera de perseguir a la gente a golpe de citas! Todos sois iguales... Os está haciendo a su imagen y semejanza... ¿Por qué ese empeño en convertirlos en mendicantes...? He de admitir que tiene una personalidad muy marcada (como García, aunque este la utilice para ensuciarse) y que es lógico que influya sobre vosotros... Pero no es solo eso: es que ya todos tenéis su mismo aspecto, os parecéis en todo a él... Tú y Favre y Salmerón y Bobadilla...

—Salmerón y yo hemos recorrido el mismo camino juntos... En él ha obrado maravillas, y ellos dicen que también en mí, pero uno nunca ve las cosas tan claras como

los demás...

—¿De qué estás hablando? ¿Qué cosas? ¿Qué camino? ¿Qué maravillas?

Diego Laynez no respondió a esas preguntas.

—Ojalá llegue pronto tu momento —dijo evasivamente—. No conviene hablar de ello antes de que suceda.

Francisco estaba cada vez más desconcertado.

—Vamos a ver: ¿Tiene algo que ver con el libro que lleva en sus alforjas? —preguntó Francisco, incisivo.

Laynez se sorprendió.

—¿Cómo sabes tú eso?

—¡Ah! ¡Así que he dado en el clavo!... Miguel Landívar estaba en lo cierto.

—Pues sí, tiene que ver —reconoció Laynez—. Te aseguro que no existe otro libro igual... Lo que pasa es que hay que estar maduro para leerlo, y eso lo tiene que decidir él.

—Y, cuando uno está maduro, lo vende todo, se transforma en un mendigo y se organiza un gran escándalo, como con Peralta, Castro y Amador...

—Tal vez no estuviesen maduros... Además, era gente influyente, como ese García... Y fueron sus amigos quienes organizaron el escándalo... ¡Pobre Rector! ¡Qué mal lo pasó!... Pero ahora ya no hay escándalo, ¿no?...

—Tengo entendido que la Inquisición tomó cartas en el asunto...

—Así es. Algún miserable presentó una queja y se abrió una investigación. Pero Don Íñigo habló con los inquisidores y todo se solucionó. No es la primera vez que le sucede...

—Sí, ya he oído hablar de ello... Y no me gusta nada. Es una mala señal que un hombre tenga problemas con la Inquisición, aquí o en Salamanca...

—Sucedio en Alcalá —aclaró Laynez—. Yo estaba estudiando allí cuando llegó Don Íñigo y empezó a predicar. Le acusaron de herejía y lo metieron en la cárcel... Fue una felonía, porque no era verdad. Hasta el mismo Arzobispo acudió a visitarle, y un conocido doctor de la Universidad escribió a un inquisidor diciéndole que quien estaba encadenado era el mismo san Pablo...

—Bueno, bueno...

—Pues tenía razón. No creas que el mundo ha cambiado tanto, Francisco. Cuando se predica la doctrina de Cristo en toda su pureza, las gentes se escandalizan... Y, como no pueden volver a crucificarle, tratan de hacer callar a quien le anuncia. Cuanto más fiel es a su palabra, peor le reciben.

—Todo eso está muy bien —dijo Francisco—, pero no veo por qué no se va a poder ser un buen cristiano si no se corre detrás de ese Don Íñigo...

—¡Claro que se puede! —exclamó Diego Laynez. Se puede ser buen cristiano en

todos los estados y en todas las situaciones... Pero a algunos de nosotros, Francisco, Dios nos pide más... nos pide todo... Se echa uno a temblar cuando se da cuenta. Yo creí que iba a volverme loco. Pero entonces...

Se paró en seco.

—He hablado demasiado —dijo—. Ya sabrás lo demás a su debido tiempo.

—Lo dudo —repuso Francisco, muy tieso.

En cuanto Diego Laynez salió de la habitación, entró Miguel Landívar.

—Así que están tratando de conquistaros —dijo con tono sombrío en cuanto Laynez se hubo alejado.

—¿Quieres callarte? —repuso Francisco, enojado.

Pero el criado no le hizo caso.

—Dicen que ese Laynez es el más inteligente de todos... Y como saben que a vuesa merced no le gusta hablar con el otro, os envían a este...

—¿Con qué objeto?

—Sin duda, para ganaros a su causa... Para hacer de vos un santurrón... y un mendigo.

Había tal odio en la voz del criado, que Francisco se sorprendió.

—Parece ser que la idea te repugna —dijo Francisco, sonriendo.

Miguel Landívar explotó:

—Maestro —gimió—, sois un gran hombre... Seréis doctor dentro de unas semanas y empezaréis a subir, a subir... ¿Quién sabe?... Tal vez lleguéis a ser duque o príncipe de la Iglesia... Podéis lograrlo todo, si no hacéis caso a esos pordioseros.

—Está bien, Landívar —cortó Don Francisco—. Si otra vez necesito tus consejos, volveré a llamarte. Ahora puedes irte.

El paje salió cabizbajo, sin decir una palabra, pero su actitud era de clara rebeldía.

«Ambiciona para mí más que yo mismo», pensó Francisco. Pero no era cierto; porque innumerables veces había soñado con un escudo ducal, con un bastón de mariscal, con un capelo cardenalicio... Eran sueños, sí, pero, de momento, un puesto de canónigo en el Cabildo de Pamplona podía ser una realidad pacífica y tranquila.

Tendría que decidirse.

* * *

—A veces —susurró Francisco—, sueño con un ducado, con una capitanía general o con la púrpura cardenalicia... Luego vuelvo a la realidad y pienso que ser canónigo en Pamplona es más apacible...

—Conozco esos sentimientos —susurró a su vez el hombre que yacía en el camastro contiguo—. A todo eso, y a más, aspiraba yo cuando era de tu edad.

—¿Más?... ¿A qué más?

—Soñaba con conquistar nuevas tierras para el Rey y gobernarlas en su nombre... Soñaba con alcanzar los favores de la Reina, una vez que hubiese ganado fama y honor...

Un hombrecillo cojo con barbita puntiaguda, que se estaba quedando calvo; un hombre maduro al que un estudiante joven, Pierre Favre, había tenido que explicar los rudimentos de la filosofía de Aristóteles; un pobre lisiado que pasaba las vacaciones de verano mendigando en provincias, en Inglaterra, en Holanda... Y ese mismo hombre, de pronto, entregaba a un joven noble, orgulloso de su hidalguía, las piezas de oro que necesitaba para pagar un caballo...

—Eran sueños muy nobles... ¿Por qué los disteis de lado?

—Porque no eran tan nobles... ni tan grandes.

—¿Cómo? —exclamo Francisco, alzando la voz.

Ambos se sobresaltaron y miraron alrededor. Pero Favre y de la Peña no habían resollado: seguían durmiendo a pierna suelta.

—No lo suficiente —repitió el hombrecillo del camastro de al lado—. Un duque es menos que un rey, y el rey puede ser injusto y castigarlo; una reina es una gran dama, pero puede traicionarnos... Sin embargo, un hombre que sirve al Rey de Reyes y a la Reina de los cielos, si permanece fiel, no tiene que temer injusticias ni castigos o traiciones... Al contrario: tendrá una recompensa inimaginable.

—Sí, pero, mientras tanto, aquí en la tierra... ¿Tendrá acaso que llevar una vida miserable?

—Cuando las ambiciones de un hombre son absolutas, ilimitadas, no se detiene en esas cosas. No necesita nada: ni honores, ni títulos, ni posesiones... En Dios lo posee todo. Con servirle, le basta.

Francisco guardó silencio unos instantes. Luego preguntó:

—¿Dónde habéis leído eso? ¿En Aristóteles? ¿En Pedro Lombardo?

—En ninguna parte. Me vino al pensamiento en la sala de armas de Loyola, después de que me quebraran la pierna por tercera vez para poner los huesos en su sitio... Y luego en Montserrat y en la cueva de Manresa, cuando escribí mi libro...

El libro. El *claviculum* mágico, el talismán que Landívar temía tanto y que, según Laynez, era un auténtico tesoro, si uno estaba maduro para asimilarlo. ¿Qué tendría ese libro para merecer juicios tan contradictorios?... No se atrevía a preguntarlo, sin duda porque no estaba todavía «maduro»...

—¿Cómo os rompisteis la pierna?

—Me hirieron en el sitio de Pamplona... Los físicos franceses me colocaron mal los huesos y los españoles me los dejaron todavía peor. Tuvieron que quebrarme la pierna de nuevo, porque uno de los huesos asomaba por la rodilla y no había modo de ocultarlo... Pura vanidad, Francisco... Y, sin embargo, fue entonces cuando empecé a reflexionar y

decidí servir al Rey de reyes... Fue como una revelación, como iniciar una nueva vida... Pero toda vida nueva tiene un comienzo, una infancia... La mía transcurrió en Manresa. Luego fui a Tierra Santa...

—¿Cómo, si habíais renunciado a cuanto poseáis?... El viaje es largo y costoso.

—Confiado en la Providencia divina. Lo dice el Señor en el Sermón de la Montaña... Y, si Dios quiere, volveré a Tierra Santa, esta vez con otros hombres resueltos a servirle...

—¿Mendigando?...

—Pedir limosna es solo un medio, bueno para la humildad, y también para despertar la caridad en el corazón del prójimo. Además, la pobreza libera a quien la abraza. Los demás no le envidian, excepto unos pocos, y esos pueden satisfacer su envidia imitándole... Quien no posee nada tiene su mente libre, no solo sus manos. Los ricos, los avaros, dicen que estamos locos, y puede ser que lo estemos. Pero olvidan que un loco tiene más fuerza que un cuerdo, no porque sea más fuerte, sino porque no piensa en protegerse. Pone todo su empeño en aplastar al enemigo...

—Ese es el pensamiento de un soldado —observó Francisco.

—Es que yo soy un soldado —afirmó Don Íñigo—. Y soldados serán los que sigan mi camino... Buenas noches, Francisco.

—Buenas noches.

Don Íñigo guardó silencio y Francisco hizo lo mismo. Solo al cabo de un rato se dio cuenta de la manera expeditiva con que aquel había dado por concluida la conversación. Sus «buenas noches» habían sido como el repiqueteo de una campana que ponía fin a una clase... «Ha terminado la lección primera».

Le hubiese gustado sentirse enojado, pero no lo estaba.

De pronto, oyó a Don Íñigo respirar profundamente en su camastro: se había dormido.

* * *

—¡Profesor! —exclamó Landívar mostrando su blanca fila de dientes con sonrisa triunfal—. ¡Regente del Colegio de Dormans-Beauvais! Un gran día, señor... El primero de una serie de grandes días... En adelante, no faltará quien nos preste dinero, aunque no será necesario, porque os pagarán en buenos ducados...

—¿Es que no sabes pensar en otra cosa, Miguel?

—No, señor. Por cierto: ¿Cuándo pensáis trasladaros a las habitaciones de los profesores?... No está bien que todo un Regente duerma con tres estudiantes en la misma habitación.

—Olvidas, Miguel —repuso Francisco—, que también ellos han logrado su título... Y tu odiado Don Íñigo, un título mejor: Maestro en Artes.

Miguel apretó los labios.

—Eso no cambia nada —murmuró—. A ese nada le hará cambiar.

Don Francisco miró fijamente a su paje.

—Miguel —dijo reposadamente—, temo que lo que te voy a decir te va a contrariar... Pienso renunciar a mi cátedra en Dormans-Beauvais.

—Me lo temía —susurró Landívar, palideciendo—. ¿Y qué pensáis hacer?

—Lo que voy a hacer —repuso con calma Don Francisco— tampoco te va a gustar... Hemos de separarnos, Miguel.

Miguel se quedó rígido y bajó los ojos.

—El mendigo santurrón —barbotó—. Es eso, ¿no?...

—Sí, se trata de Don Íñigo... Yo también voy a ser un mendigo santurrón. Por eso hemos de separarnos.

Miguel Landívar calló. No sabía qué hacer con las manos. Por fin, preguntó:

—Mañana es fiesta, ¿no es así?

—Sí, la festividad de la Asunción.

—El día en que ese... ese Don Íñigo y los suyos piensan hacer un juramento, ¿verdad?

—Así es.

Francisco estaba asombrado. ¿Cómo ese diablo era capaz de enterarse de todo? Hubiese sido un espía perfecto. Pero ¿por qué se tomaba tanto interés por Don Íñigo?

De repente, le dio pena aquel pobre hombre, más ambicioso que él mismo, que durante años le había sido fiel...

—No te lo tomes tan a pecho, Miguel... Vete y vuelve mañana por la tarde... Te pagaré.

—Gracias, pero no se trata de eso —dijo con aspereza.

Dio media vuelta y se retiró. Ya en la puerta, sin volverse ni mirar, musitó:

—Buenas noches, Don Francisco...

—Buenas noches, Miguel.

* * *

Instantes más tarde, Francisco se había olvidado de él. «Mañana empieza una nueva vida para mí», pensó. No iba a ser fácil... La mayor de todas las aventuras... ¿Era eso, el ansia de aventuras, lo que le había inducido a...? Tal vez. Eso, y la repugnancia a llevar una vida gris y monótona como canónigo en Pamplona. ¿Le alegraba la idea de renunciar a todo?... Estaba contento, desde luego, pero su alegría no podía compararse con la de Laynez, Salmerón o Bobadilla, ni con el radiante entusiasmo de Pierre Favre. Quizá Bobadilla... sí era aventurero por naturaleza, tan impulsivo como él... Y Favre, no digamos: capaz de echarse de cabeza en un volcán en erupción por la causa de

Jesucristo. Pero Laynez, un intelectual, un hombre de lógica fría e implacable, ¿cómo podía estar tan embobado como un amante? Y Salmerón y Rodríguez, tan jóvenes, alegres y juguetones... ¿Qué les hacía mostrarse tan seguros, tan decididos, cada uno a su manera, ardiendo de celo a pesar de su inmadurez...?

¿Sería a causa del libro...? Todos ellos —menos él— habían pasado treinta días a solas con don Íñigo... y con el libro. Solo a él le había dicho que esperase... y esperando estaba.

¿Qué les sucedía a todos cuando se enfrentaban con esa... prueba, o lo que fuese? Al cabo de treinta días, la transformación era completa...

¿Por qué Don Íñigo le había permitido a él hacer la promesa sin pasar esa prueba? ¿Es que él no necesitaba esa transformación...? Pudiera ser, ya que, aunque ninguno le había explicado en qué consistía, él sospechaba que se trataba de una especie de maniobras militares... Sí, eso debía de ser: Don Íñigo era un militar convertido en soldado de Cristo, pero los demás no tenían ninguna instrucción militar. Por eso tenían que entrenarse. A él, sin embargo, procedente de una familia de soldados, todo aquello le hubiese resultado familiar... Por eso Don Íñigo, con su perspicacia, le había dispensado a él...

¡Y en solo treinta días! ¿Cómo era capaz Don Íñigo de transformarlos a todos en tan poco tiempo...? ¿No era demasiado arriesgado...? El celo ardiente que ahora mostraban, su decisión y energía, ¿iban a durar...? Temía que no. Sin embargo, él de pura cepa militar...

De repente, se sobresaltó. «Pero... ¿en qué estoy pensando? Todo eso es una estupidez... No quiero reconocer la realidad, la única realidad: que todavía no estoy maduro... ¡Eso es! Mi querido y noble Pierre Favre, Salmerón y todos los demás han pasado la prueba porque sí lo estaban... ¡El noble, valiente, altivo y orgulloso Francisco Xavier! Estúpido, miserable, necio, eso es lo que soy... Seguro que necesito la prueba del libro más que los demás...».

* * *

Miguel Landívar deambulaba por las calles, camino de su posada. Una, dos, tres veces se detuvo a la puerta de las tabernas, manoseando unas monedas que llevaba en la faltriquera, pero una, dos, tres veces, resistió la tentación. Cuando llegó a la posada —cerca del Hospital de Saint Jacques— subió a su habitación y se tumbó en la cama. No podía dormir. Sus ojos, fijos en el sucio techo, se negaban a cerrarse, así que empezó a canturrear una canción popular, tan monótona como el redoblar de un tambor...

De repente, se incorporó, rebuscó en sus alforjas, y allí, en el fondo, encontró lo que quería: un largo cuchillo de afilada hoja... Se arrancó un pelo de su rizada y negra cabellera y, con el filo del cuchillo, lo partió en dos. Sonriente, se volvió a acostar. Solo

entonces se durmió.

* * *

Aquella noche, Francisco durmió muy mal. El pensamiento de que no era digno de formar parte del grupo de Don Íñigo no se le iba de la cabeza. Se despertó muchas veces y, antes de que tocara la campana, ya estaba en pie.

Pálido y ojeroso, decidió hablar con Don Íñigo antes de partir y dejar que él resolviera lo que debía hacer...

Hubiese podido preguntárselo durante la noche —seguían durmiendo todos en el mismo cuarto, Favre, de la Peña y él—, pero no le había parecido discreto ni oportuno. Además, Don Íñigo tampoco había dormido bien. Le había oído revolverse en el lecho varias veces, y suspirar... Tal vez estuviese preocupado, tal vez fuese ese dolor agudo en el costado que, según decía, le asaltaba a veces, y los físicos eran incapaces de diagnosticar.

Francisco había visto cómo, antes del alba, Don Íñigo se había levantado y había salido de puntillas de la habitación; conocía su costumbre de pasar media hora en la capilla antes de que tocara la campana, así que a la capilla se dirigió.

Caminaba casi a tientas por los pasillos cuando, de repente, topó con alguien en la oscuridad. Al punto, escuchó una horrible blasfemia y, como por instinto, tendió su mano y asió a una sombra por el brazo. Algo cayó al suelo y se oyó un ruido metálico.

—¿Quién eres? —susurró Francisco mientras apretaba la garganta de aquella sombra—. ¿Qué haces aquí?

—¡Maldición! —gorgoteó alguien—. ¡Sois vos!

Francisco, al punto, reconoció la voz.

—¡Miguel! ¿Te has vuelto loco...?

De pronto, se oyeron unos pasos y la luz de una vela iluminó el corredor. Era Don Íñigo, que, enseguida, se hizo cargo de la situación: Francisco, como un oso, abrazado a Landívar, este congestionado por la presión y el cuchillo en el suelo...

—No, Don Francisco, no... —boqueó Landívar—. No era a vos... sino a ese... a ese seductor.

—Soltadle, Francisco —ordenó Don Íñigo con tono imperioso.

—Pero... pero...

—Soltadle os digo —insistió.

Francisco obedeció y Landívar quedó como un pelele, con los brazos colgando a lo largo del cuerpo y la cabeza hundida en el pecho.

—Te perdono —dijo Don Íñigo—. Vete en paz.

Landívar cayó de rodillas ante él, musitando incoherencias.

—No te dirijas a mí... Dirígete a Dios...

Y, volviéndose hacia Francisco, añadió:

—Vámonos.

Juntos, se dirigieron a la capilla y, cuando salieron, Landívar había desaparecido. Entonces sonó la campana y de la Peña y Favre se despertaron.

Minutos más tarde, Laynez, Rodríguez, Bobadilla y Salmerón se reunieron con ellos en la puerta del Colegio. Solo entonces, Francisco se dio cuenta de que no había manifestado sus dudas a Don Íñigo.

* * *

Las campanas de todas las iglesias de París repicaban gozosas cuando el grupo empezó a subir la colina de Montmartre, coronada por la Abadía benedictina de Saint Pierre. Alrededor, se veían unas cuantas casas humildes, salpicadas entre los árboles, y algunos molinos cuyas aspas, quietas en la fiesta de la Asunción, parecían evocar la estrecha relación entre el Pan y la Cruz.

Los siete hombres que formaban el grupo no subieron hasta la maciza Abadía; entraron en una capilla que se alzaba a mitad de camino, dedicada al Santo patrón de Francia, Saint Denis, en el lugar de su martirio.

El único sacerdote del grupo era Pierre Favre, ordenado unos meses antes. Les recibió la sacristana de las monjas benedictinas, Pierrette Rouillard, que entregó a Favre las llaves de la cripta, donde se revistió para la Misa. Salmerón, el más joven de todos, le ayudó.

Había llegado el momento solemne. Dentro de unos minutos, todos pronunciarían sus votos, que les comprometerían solemne e irrevocablemente a servir a Dios y al prójimo, a vivir en pobreza, a guardar castidad perfecta y a peregrinar a Jerusalén, donde, por mayoría, decidirían si se quedaban allí, predicando a Cristo a los mahometanos, o regresaban a Europa.

Habían discutido el tema durante varias semanas, sin dejar ningún cabo suelto. Los acontecimientos políticos tal vez les impidieran llegar a Tierra Santa e incluso emprender el viaje, en cuyo caso permanecerían en Venecia un año. Si en ese tiempo no podían partir, irían a Roma y se pondrían por entero a disposición del Papa... Irían donde él les enviara, «predicando el Evangelio por todas partes, ya fuese en tierra de turcos o en la de cualquier otro tirano enemigo de Cristo», como había dicho Don Íñigo.

Jerusalén significaba mucho todavía para la Cristiandad, tras varios siglos de Cruzadas. Los cristianos habían ganado y perdido la Ciudad Santa varias veces, en una serie de batallas parecidas a las de las almas, que pierden y recobran la gracia.

Había sido el Islam el que había comenzado la guerra, cuando las hordas de Tarik, hacía ya ocho siglos, habían atravesado las Columnas de Hércules y se habían apoderado de aquel Peñón que habían rebautizado con el nombre de su caudillo: Jebel-Tarik,

Gibraltar... Luego habían ocupado toda España, y solo en Francia se les había podido detener... Más tarde, la Cristiandad entera había reaccionado y en todas partes se había hecho retroceder al invasor musulmán. Sin embargo, no había sido posible expulsarlo de España hasta varios siglos más tarde, apenas hacía unas cuantas décadas, e incluso ahora el Gran Turco, el temible sucesor de Selim, Solimán el Magnífico, seguía enarbolando el verde estandarte de Mahoma, el Profeta, y amenazando a la Cristiandad. Pocos países se habían librado de la crueldad de sus jenízaros, de las *razzias* de sus corsarios berberiscos, de las cargas de su caballería, de la desolación sembrada por su artillería, la mejor del mundo...

Y, para colmo, la Cristiandad se había escindido en dos: de un lado, esos herejes protestantes, cada vez más poderosos y fuertes; de otro, los católicos, que desgraciadamente tampoco estaban unidos entre sí, pues el Emperador Carlos V y Francisco I, rey de Francia, no se ponían de acuerdo...

En tales circunstancias, ¿cómo pensar en organizar una nueva Cruzada...? La única cruzada posible era predicar a Cristo, con el Evangelio en la mano.

Y esa era precisamente la cruzada que planeaban esos siete hombres. Solo siete...

«Es una locura», había dicho Laynez cuando Íñigo les expuso por primera vez sus planes. «Sí, la locura de la Cruz», había respondido este... Y, de pronto, todos habían sentido flotar la sombra de san Pablo en el dismantelado cuartucho en que se encontraban. Pero, con el tiempo, todos habían terminado por contagiarse de aquella locura y, como Laynez había dicho, de la fuerza de los locos, más fuertes que los demás porque se olvidan de ellos mismos.

Y comenzó la Santa Misa, con la liturgia de la festividad de la Asunción de la Virgen María en cuerpo y alma a los cielos, celebrada en toda la Cristiandad desde el siglo V.

Todos conocían la tierna devoción de Don Íñigo a la Reina de los cielos, y a ninguno le había sorprendido que hubiese escogido una fiesta suya para la fundación de su santa hermandad. Había sido Ella, la Señora, quien le había inspirado y señalado el camino cuando yacía en el lecho del dolor, en Loyola. Y en otra fiesta Suya, la Anunciación, había renunciado al mundo, mientras pasaba la noche en tensa vigilia en la iglesia de Montserrat. Con todo, ninguno pudo contener su emoción cuando Pierre Favre leyó la Epístola, tomada no de una carta a los Apóstoles, sino de un libro del Antiguo Testamento, el *Eclesiástico*:

«En todo pueblo y nación imperé,
en todos busqué descansar,
para establecer en ellos mi morada.
Entonces, el Creador de todas las cosas me ordenó,
el Hacedor fijó el lugar de mi habitación.

Y me dijo: Habita en Jacob
y establece tu tienda en Israel (...)
Y así tuve en Sión morada fija y estable,
reposé en la ciudad por Él amada
y en Jerusalén tuve la sede de mi imperio.
Eché raíces en el pueblo glorioso,
en la porción del Señor, en su heredad (...)).

Y María les siguió hablando:

«Como cedro del Líbano, crecí,
como ciprés de los montes del Hermón.
Crecí como palma de Engadí,
como rosal de Jericó (...)
Como vid eché hermosos sarmientos
y mis flores dieron ricos y sabrosos frutos.
Yo soy la madre del amor hermoso,
del temor, de la ciencia y de la santa esperanza.
Venid a mí cuantos me deseáis
y saciaos de mis frutos...».

Sí, como decía el Evangelio, aplicando a la Virgen Santísima unas palabras de Jesús a otra María, Ella había escogido la mejor parte y nadie se la arrebataría, pasara lo que pasase...

Y qué emoción al oír luego en el Ofertorio: «María ha sido llevada en cuerpo y alma a los cielos, y los ángeles se alegran. ¡Alleluia!».

Llegó el momento de la Consagración. Cristo descendió a la Sagrada Hostia, *era* la Hostia... Y Favre, *in persona Christi*, la partió, como el Cuerpo de Cristo quedó roto en la Cruz; luego, repartió los fragmentos entre los otros seis... Fue entonces cuando todos, uno a uno, formularon sus votos.

Cuando abandonaron la cripta de la capilla y salieron al exterior, el brillante sol del estío hacía cabrillear los tejados de París. Las campanas seguían volteando y ellos eran incapaces de hablar, llenos como estaban de Dios. Se sentaron junto a la fuente de Saint Denis, donde el santo había sufrido martirio según la tradición, y sacaron de sus alforjas unos huevos cocidos, un poco de fruta y una hogaza de pan. Solo entonces recobraron el habla, entablando una entrecortada y nerviosa conversación, como suele ocurrir siempre que uno se repone de una fuerte emoción.

Francisco, de repente, recordó que no había contado a Don Íñigo lo que le quería

decir. Iba a hacerlo cuando este se le encaró y, sonriendo, le dijo:

—Por cierto... He encontrado un lugar apartado para ti. Mañana iremos y empezará los Ejercicios...

* * *

—Me gustaría que todo hubiese terminado y ya estuviese aquí, sano y salvo —dijo Laynez, meditabundo.

El joven Salmerón se le quedó mirando, intrigado.

—Todos hemos pasado esa prueba y aquí estamos —dijo—. ¿Por qué el no...?

Laynez hizo una mueca, nervioso.

—Porque no tiene sentido de la moderación. Es un impulsivo. Yo solo ayuné un par de días. Luego tomé pan y agua, y lo mismo hiciste tú... Me temo que Francisco no haga lo mismo.

—¡Claro que lo hará! Don Íñigo se ocupará de ello. Estará con él todo el tiempo.

—Sabes que no. Solo estará a ratos, para orientarle y dirigirle... Y sabe Dios lo que hará Francisco cuando se quede solo... Temo que sucumba. La primera semana es bastante dura, pero lo peor viene luego, en la tercera... ¡Ese Tercer Preludio!... Y el Punto Sexto... Nunca lo olvidaré. Recuerdo el efecto que me causó y me imagino el que causará en Francisco.

Salmerón, impresionado, reflexionó unos instantes.

—Verdad es que no hemos hecho voto de obediencia, porque no somos una Orden todavía... Pero Íñigo es nuestro Capitán, nuestro Padre espiritual... Si Francisco le desobedece...

—Obedecerá. Así lo espero. Sin embargo, me gustaría que todo hubiese terminado...

* * *

Fue Simón Rodríguez quien contó más tarde, por escrito, lo que había hecho Francisco en la Tercera Semana, mientras luchaba con ángeles de luz y de tinieblas.

Ese manual militar del alma que son los *Ejercicios Espirituales*, en el Punto Quinto del Primer Día de la Tercera Semana, dice: «Meditar en qué condiciones la Divinidad de Cristo se ocultó y, en lugar de destruir a sus enemigos, permitió que su Humanidad experimentara cruelísimos castigos». Y en el Punto Sexto: «Considerando lo que Cristo padeció por nuestros pecados, pensar en lo que nosotros debemos hacer por Él».

¿Qué debemos hacer por Cristo? ¿Qué castigos imponerse...?

No hacía mucho tiempo todavía, se consideraba mejor que sus hermanos, más noble, más inteligente, más fuerte, mejor atleta. Había pasado meses y meses entrenándose para ser el mejor en salto de altura, para ganar los torneos de lucha y de esgrima, para que todo el mundo le admirase... Así que había decidido atarse una soga a la cintura y

apretarla, apretarla, hasta que se clavase en las carnes... Solo entonces había proseguido sus meditaciones.

Cuando Íñigo fue a verle, tenía los brazos amoratados y la soga tan hundida en las carnes que era imposible cortarla.

Lo intentaron una y otra vez, sin lograrlo. Entonces se pusieron a rezar, pues temían que perdiera uno de los brazos, gangrenado, pero, tras dos días de horrible agonía, la soga se rompió por sí misma y Francisco quedó liberado.

«Fue un favor especialísimo de Dios —dejó escrito Simón Rodríguez—, pues, incomprensiblemente, se recuperó enseguida».

* * *

Un año más tarde, también en la festividad de la Asunción de la Virgen María, renovaron los votos. Tres nuevos miembros se unieron a la hermandad: Claude Le Jay, Paschale Broet y Jean Codure, todos ellos franceses.

Pero Don Íñigo no estaba: Había partido hacia España para visitar no solo a sus familiares, sino también a los de Laynez, Bobadilla, Salmerón y Xavier e informarles del camino que habían emprendido sus respectivos hijos y hermanos.

Tres meses más tarde, los que habían permanecido en París abandonaron la ciudad, camino de Venecia, donde esperaban reunirse con su Padre espiritual y partir hacia Tierra Santa.

Ya habían vendido cuanto poseían; solo llevaban consigo un rosario y una bolsa de cuero con un ejemplar de la Biblia, un breviario y los papeles que demostraban que eran todos universitarios.

Vestían la tradicional casaca negra de los profesores y se cubrían la cabeza con un sombrero de fieltro de anchas alas, como solían hacer los estudiantes.

Sus compañeros de la Universidad trataron de disuadirlos. Aquello era una locura. Si querían servir a Dios, ¿por qué no hacerlo en París? ¿Tenía sentido ir a meterse en la boca del lobo...? No llegarían muy lejos: los detendrían las tropas francesas o las españolas... Se toparán con los agentes secretos de Francisco I o de Carlos V, y caerán en sospechas. Antes de alcanzar Venecia, todos estarán entre rejas o, lo que es peor: muertos...

Ellos respondían siempre con la mayor corrección, pero sin dar su brazo a torcer. Si esa era la voluntad de Dios...

El día de la partida llegó un correo preguntando por Don Francisco de Jasu y Xavier. Subió a su habitación y encontró al noble caballero limpiando cuidadosamente su calzado. Y, como el correo mostrase su asombro, Don Francisco, señalando las botas, se lo explicó:

—Un caballero debe cuidar a sus servidores, si quiere que cumplan con su deber...

El correo no respondió. Le entregó la misiva, escrita en sólido pergamino y sellada con un sello tan grande como la palma de la mano. Luego se inclinó cortésmente y salió de la habitación.

Cuando se hubo ido, Francisco rompió el sello y leyó la carta.

«Yo, el Emperador... por la presente y definitiva resolución, declaro que:

Don Francisco de Jasu y Xavier pertenece a una familia de antiguo linaje y, por tanto, es noble e hidalgo. En consecuencia, faculto a él y a sus descendientes en línea directa para que usen y disfruten de todas las prerrogativas, exenciones, honores, cargos, tierras, privilegios, libertades y derechos que corresponden a los nobles, hidalgos y gentilhombres de nuestro Reino de Navarra, allí y en cualquier parte...».

La esperada carta había llegado por fin. ¡Qué ironía!... Se echó a reír con ganas y continuó limpiando sus botas.

Todavía estaba riendo cuando entró Diego Laynez.

—Tengo algo más que añadir al equipaje —dijo Francisco mostrándole la carta—. Aunque tal vez sea mejor que lo deje...

—No, llévalo —contestó Diego Laynez—. Puede sernos muy útil si topamos con las tropas del Emperador.

Francisco asintió. No había pensado en ello. Laynez tenía que ser el que...

—Todo tiene su lado bueno —murmuró.

* * *

Tres días después de rebasar Meaux, una pareja de estudiantes les alcanzó. Uno de ellos, Carlos, era hermano de Simón Rodríguez; el otro era también portugués. Venían a decirles que no prosiguieran, que era una locura.

—Hay guerra por todas partes... ¿Qué vais a hacer, sin armas y sin dinero...? Sed razonables y regresad con nosotros.

No les hicieron caso, y Simón Rodríguez incluso trató de que se unieran a ellos.

—Venid vosotros con nosotros...

—No, gracias —contestó Carlos—. No quiero morir de hambre...

—Toma estos rábanos —repuso Simón, ofreciendo a su hermano un manojo que les había dado una campesina casi tan voluminosa como su vaca.

Los dos estudiantes dieron media vuelta y se encaminaron hacia París.

Unos días más tarde, toparon con un destacamento de soldados franceses, que los detuvieron. El sargento que mandaba la patrulla trató de interrogar a Francisco, a quien tomó por el jefe del grupo, pero este, consciente de su mal acento francés, no abrió la boca.

Jean Codure trató de echarle una mano.

—*¿Qu'est-ce qu'il y a, mon sergent...?*

—¿Quiénes sois? —repuso el sargento.

—Estudiantes procedentes de París.

—¿De dónde sois?

—De París.

—No te hagas el tonto... Quiero decir que de qué país sois.

—¿Acaso no sabéis que París está en Francia?

El sargento se irritó.

—No te falta desparpajo, muchacho. Ya veo que tú eres parisino... ¿Pero esos?

—Le juro, *mon sergent*, que todos somos de París.

El sargento no se quedó muy tranquilo, pero les permitió continuar su viaje.

Días más tarde, cerca ya de Metz, se encontraron con una riada de fugitivos franceses y luego con las tropas del Emperador. Francisco extrajo su carta de nobleza y la blandió ante los asombrados ojos de los soldados, mientras gritaba: «¡Somos españoles! ¡Somos españoles!».

En ambas ocasiones habían escapado de una muerte segura por los pelos. Si los franceses —o los españoles— hubiesen descubierto que en el grupo había franceses y españoles, habrían dado buena cuenta de ellos. Árboles y sogas no escaseaban... Y morir ahorcado no debe de ser agradable. Además, una cosa es morir por la Fe, como un mártir, y otra, como espías o traidores.

En otra ocasión los dejaron pasar porque los soldados los tomaron por retrasados mentales. Y es que no era fácil descubrir en aquellos individuos macilentos, sucios y desharapados, empapados y embarrados por las lluvias de noviembre, a un grupo de doctores en Filosofía y de maestros en Artes.

Cuando entraron en tierras germanas, los tres franceses de la expedición se convirtieron en sordomudos, porque sus habitantes o eran fieles al Emperador o eran protestantes.

En una taberna de la ciudad de Constanza, un estrafulario pastor protestante les desafió a celebrar un debate público, porque ellos no se recataban de proclamar que eran católicos. El pastor, entre otros autores «cristianísimos», citó a Virgilio y les prometió que les presentaría a sus hijos. Laynez le llevó a su terreno y asentó sus proposiciones de manera tan firme que el pastor tuvo que admitir que no podía rebatirle. «¿Cómo? —ironizó Laynez—. ¿Así que mantenéis posiciones que no podéis defender?».

Aquello era demasiado, y el pastor alemán se irguió iracundo.

—Mañana —gritó— haré que os encadenen... Entonces veréis si soy capaz o no de defender mis posiciones...

Aquella misma noche abandonaron Constanza.

—Lo has triturado —comentó Salmerón ya en el camino—. ¡Eres un genio!

—Tal vez —suspiró Laynez—, pero eso no ha evitado que hayamos tenido que hacer

una retirada estratégica...

En Suiza también tuvieron ocasión de discutir lo suyo. Zwinglio, Farel y Oecolampadius ya habían pasado por Berna, Basilea y otras ciudades helvéticas.

—Deberíamos quedarnos aquí —sugirió Francisco—. No nos faltaría trabajo...

—Lo mismo que en Alemania —replicó Broet.

—Con una diferencia —dijo Laynez.

—¿Cuál?

—Que aquí hace todavía más frío.

* * *

Cuando llegaron a Venecia, tras seis semanas de viaje, las campanas celebraban la festividad de la Epifanía y, por primera vez en mucho tiempo, ni nevaba ni llovía.

El sacristán de la Catedral de San Marcos les facilitó una dirección que, para ellos, era más valiosa que todos los tesoros de esa joya del Adriático que era Venecia. Ni siquiera repararon en los palazzi que se reflejaban en los canales, en la belleza de la laguna, en las tiendas que exhibían las más costosas y variadas mercancías... No se extasiaron con la elegancia de las venecianas, a quienes trataban de imitar todas las damas de la Cristiandad, ni mostraron el menor interés por el Palacio del Dogo o por el Puente de los Suspiros, que conducía a la «cámara de plomo», de la que nadie regresaba jamás. Lo único que les interesaba era encontrar la modesta vivienda de un anciano español, situada en un barrio miserable de la ciudad...

¡Qué alegría cuando dieron con ella! ¡Y qué emoción cuando salió a su encuentro Don Íñigo, más pálido y delgado que nunca, con sus negros ojos brillando en lo profundo de sus cuencas y los brazos abiertos! Todos le abrazaron y él los acogió en su regazo como un padre que vuelve a ver a sus hijos tras una larga separación. Luego, la casa se llenó de lágrimas y risas, y hasta el mismo Laynez, el más serio de todos, fue incapaz de reprimir su emoción.

Todos querían saber cosas de la estancia de su Padre espiritual en España, y los españoles se interesaron especialmente por la reacción de sus respectivas familias al tener conocimiento de su insólita decisión. Don Íñigo, por su parte, les preguntó cómo se habían arreglado para llegar hasta allí, atravesando países que estaban en guerra y en los que cundía la herejía. ¿Era cierto, como se comentaba en España, que Suiza y Alemania estaban casi perdidas? ¿Habían permanecido fieles a sus normas de vida? ¿Habían hecho examen de conciencia dos veces al día? ¿Habían podido confesar y comulgar todas las semanas?... Pero nadie se entendía, porque todos hablaban al mismo tiempo y se arrebataban la palabra, hasta el punto de que el anciano español que había acogido a Don Íñigo pensó que estaban todos locos.

Poco a poco lograron enterarse de que Don Íñigo llevaba ya bastante tiempo en

Venecia y que había corrido no pocas aventuras y peligros desde que salió de España; que sus respectivas familias estaban bien, pero que no entendían nada; que su Padre espiritual proyectaba ir a Roma, pero que, al mismo tiempo, vacilaba...

Era ya noche cerrada cuando Francisco Xavier logró hablar con Don Íñigo unos instantes a solas. Sabía ya que su único hermano vivo, Miguel, se había casado con una mujer rica, de alcurnia, y que vivía con mucho lujo, pero también sabía —o presentía, porque Don Íñigo no había sido demasiado explícito— que la noticia de su decisión no le había agradado en absoluto... Es más, sospechaba que quien le había hecho llegar a toda prisa la carta de nobleza —dirigida en principio al Castillo de Xavier— había sido Miguel, en un desesperado intento de apartarle del camino emprendido. ¡Cómo iba a admitir que un hidalgo como él se convirtiese en pordiosero!

—No le ha gustado nada, ¿verdad? —preguntó, sonriendo.

Don Íñigo le devolvió la sonrisa.

—No, ciertamente... Pero no te preocupes. Encontrarás la respuesta en el capítulo décimo del Evangelio de san Mateo, versículos treinta y siete y treinta y ocho.

Aquella misma noche sacó la vieja Biblia de sus alforjas y leyó la cita; decía así:

«El que ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama al hijo o a la hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí...».

LIBRO SEGUNDO

No había barco. Al otro lado del vasto mar, pálido aquel invierno, estaba Tierra Santa, pero no había ningún barco que los condujese...

¿Qué hacer? ¿Ir a Roma?... Íñigo vacilaba todavía.

Ahora sabía el motivo: el temible Obispo de Chieti, Gian Pietro Caraffa, le había declarado la guerra... Los motivos no estaban claros, pero sin duda tenían algo que ver con el apego del Obispo a la pompa y al lujo y al amor a la pobreza de Don Íñigo. Y es que no dejaba de ser una provocación que este le hubiera escrito una carta en la que, entre otras cosas, le decía:

«Cuando un hombre de rango y de exaltada dignidad usa un hábito más ornado y ocupa habitaciones mejor amuebladas que los demás religiosos de su Orden, yo no me escandalizo ni me asusto... Sin embargo, no estaría de más que considerase cómo se condujeron los santos, como Domingo o Francisco, y que pidiera a Dios le iluminase, porque hay cosas que tal vez sean lícitas, pero no son convenientes...».

Realmente, aquello era demasiado. ¡Decir esas cosas a un venerable anciano y además Obispo!

Y, ahora, Gian Pietro Caraffa estaba en Roma, para recibir el capelo cardenalicio. Y en Roma se encontraba el Doctor Don Pedro Ortiz, Embajador extraordinario del Emperador Carlos V (que se había opuesto a los planes y proyectos de Don Íñigo desde los tiempos de París), para tratar con el Papa el delicado asunto del divorcio de Enrique VIII de Inglaterra y Catalina de Aragón... Dos poderosos enemigos que hacían el aire de Roma muy poco saludable para él.

Pero no todos eran enemigos. También contaba en Roma con seguidores y amigos, como Diego de Hoces, dos hermanos apellidados Eguía y algunos altos dignatarios que habían hecho los Ejercicios. Uno de ellos era John Helyar, Maestro de Artes en la Universidad de Oxford, que había abandonado su patria ante la persecución del Rey; otro, un ilustre prelado, Gaspar de Dotti...

En cualquier caso, convenía esperar, pero no con los brazos cruzados. Ahora que estaban por fin todos juntos, tenían que combatir; un combate contra un enemigo que, como la hidra de Lerna tenía muchas cabezas: incredulidad, inmoralidad, ignorancia, pobreza, enfermedad, miseria...

Empezaron por los lugares en los que se podían encontrar muchos de esos males juntos, el Hospital de Incurables y el de San Pablo y San Juan, y atacaron con tal vigor que en poco tiempo transformaron por completo el aspecto y el ambiente que reinaba en

ellos: limpiaron, barrieron, lavaron y empezaron a tratar a los pacientes con amor y delicadeza. Pidieron limosnas para los enfermos, recabaron alimentos y establecieron turnos de vela por la noche para que siempre estuviesen atendidos. Y todo con tanta alegría que pronto se tornó contagiosa, como una nueva infección.

Para muchos de ellos, no era nueva aquella actividad, pues en París ya habían hecho lo mismo. Con todo, no era fácil acostumbrarse, ya que en ciertos casos extremos la repugnancia era atroz... En una ocasión, un anciano leproso, cubierto de llagas espantosas, rogó a Francisco que le rascara la espalda, pues no podía soportar la picazón. Con manos temblorosas se acercó y, como no podía evitar el asco que aquello le causaba, pensó en aquel otro Francisco, el Loco de Dios, que, avergonzado del horror que le producía la lepra, corrió hacia un leproso y lo abrazó. Solo entonces fue capaz no solo de aliviar la desazón del enfermo con sus manos, sino de besar aquellas pústulas repugnantes e incluso de chupar el pus...

Cuando se irguió, vio que a su lado estaba Simón Rodríguez, contemplándole asombrado.

Francisco titubeó unos instantes y luego murmuró:

—¿Sabes?... He recordado lo que dijo el Señor: «Beberéis licores ponzoñosos y no os dañarán...».

Y añadió:

—Íñigo podría decirte en qué Evangelio está.

* * *

Como seguían sin encontrar un navío que les llevase a Palestina, Don Íñigo resolvió, por fin, enviar a sus hijos espirituales a Roma. Él, sin embargo, se quedaría en Venecia.

La tarea que les encomendó consistía en tratar de ver al Papa, rogarle que los bendijera y pedirle que les permitiera ordenarse sacerdotes antes de partir hacia Tierra Santa. Ningún airado cardenal tenía nada contra ellos, así que esperaba que no encontrasen oposición.

Viajaron sin equipaje, como siempre, y en los tres días que tardaron en llegar a Rávena no encontraron a nadie por el camino, y, por tanto, nada que comer. Tuvieron que alimentarse de raíces y piñones. En Ancona, para pagar los derechos de peaje, tuvieron que empeñar el breviario y otros libros de Laynez, que rescataron luego pidiendo limosna.

Se detuvieron en el Santuario de Nuestra Señora de Loreto, para poner su misión en manos de la Virgen. Luego, atravesaron los Apeninos y los Montes Sabinos, durmiendo en establos y en chozas abandonadas, siempre hambrientos...

En Roma se sucedieron las sorpresas. Una de las primeras personas con que se encontraron fue con el Doctor Ortiz. El temido Embajador, alto y obeso, vestido con lujo

y ostentación, les sometió a un estrecho interrogatorio.

—Así que es ese extravagante caballero de Loyola quien os ha enviado a Roma... Nunca pensé que nadie le seguiría, pero, por lo que se ve, ha logrado su propósito... Y sois todos doctores, ¿no es así? A fe mía que no lo parecéis... Bien, bien... ¿Y qué es lo que os ha traído por aquí?

Layne trágó saliva. Era inútil tratar de engañar a un hombre como Ortiz, así que dijo la verdad.

—Con que queréis ver al Santo Padre... —sonrió maliciosamente el Embajador—. Nada menos. Bien, bien... Veremos qué podemos hacer. De momento, lavad esas ropas que lleváis y limpiad las botas... Por cierto, ¿dónde os alojáis...? ¡Ah, sí! En la Casa de los pobres, me habéis dicho. Bonito lugar... Semejante a cierto establo de Belén, ¿no es eso?

Hizo una breve pausa y añadió:

—Tendréis noticias mías. Os lo prometo.

Y el voluminoso prelado, dando bandazos como un buque, se retiró, dejando a todos sumidos en la mayor confusión.

—Algo me dice —susurró Favre— que cumplirá su promesa.

Francisco asintió.

—¡Seguro! Tendremos noticias de esa gruesa *Lombriz*... No tardará en comunicarnos la orden de expulsión.

Pero pasaron varios días y nada sucedió. Luego, una mañana se presentó en la Casa de los pobres un funcionario del Vaticano para comunicarles que el Santo Padre les invitaba a almorzar... Ortiz había cumplido su palabra.

Asombrado, Layne exclamó:

—Si nuestro Padre lo supiera, no se lo creería.

* * *

Cuando lo supo, se conmovió. No solo porque aquella visita había sido un éxito, sino también por las demás que siguieron.

Paulo III, que ocupaba por entonces la sede de San Pedro, semejaba un patriarca del Antiguo Testamento, con su larga barba blanca, negros ojos y aguileña nariz. Le gustaba invitar a su mesa a doctores y letrados para hablar de temas teológicos y filosóficos, y, en esta ocasión, no había quedado defraudado. Aquellos jóvenes universitarios le impresionaron y, cuando le contaron que querían ir a Jerusalén, decidió darles sesenta ducados de su propio peculio para costearles el pasaje, aunque dudaba mucho que pudieran realizar su propósito, dada la situación en que se encontraba la Cristiandad...

Era muy pesada la carga que llevaba el Papa sobre los hombros. Tan pesada, que un hombre más frágil no la hubiese podido soportar. Inglaterra y gran parte de Alemania y

Suiza se habían apartado de la verdadera Fe y grupos de rebeldes pululaban por casi todos los países. Además era grande la enemistad que reinaba entre los príncipes católicos, mientras crecía la amenaza de los turcos, que en cualquier momento podían dar un nuevo golpe de mano.

Los Estados Pontificios, por su parte, apenas habían empezado a recobrase del duro golpe que les habían infligido, hacía diez años, las tropas germanas y españolas del Emperador, mandadas por el Condestable de Borbón, que habían saqueado, quemado y asolado Roma, hasta tal punto que, cuando se fueron, era una ciudad en ruinas con menos de treinta mil habitantes.

Tal era la situación con que se había encontrado Paulo III al suceder al pobre Clemente VII, quien había permanecido prisionero más de seis meses en el Castillo de Sant'Angelo, mientras en las calles de Roma la soldadesca se dedicaba al asesinato, la rapiña y el saqueo.

Alejandro Farnesio tenía ya sesenta y siete años cuando ocupó la sede de San Pedro. Estaba muy enfermo y se rumoreaba que el Cónclave lo había elegido como último recurso, ya que los cardenales no lograban ponerse de acuerdo y pensaban que su pontificado no sería más que un breve interregno. Pero Alejandro Farnesio —ahora Paulo III— no solo no había muerto enseguida, sino que, recuperado, en vez de quedar aplastado por el peso de la triple tiara, estaba resuelto a encarar todos los problemas. Había removido cielo y tierra para reconciliar a Carlos V con Francisco I y estaba formando una Liga Santa de todos los príncipes cristianos para luchar contra el Turco.

Pero lo que más urgía era la reforma de la Iglesia, una reforma que habría que hacer desde dentro, no desde fuera...

En la primera audiencia, y en las que siguieron, había observado detenidamente a aquellos nueve hombres: al agudo Laynez, brillante polemista; a Pierre Favre, tan encantador y amable; al joven Salmerón, siempre entusiasta; al vital Bobadilla, tan lleno de energía; a Francisco Xavier, rebosante de celo... Sí, aquellos hombres jóvenes y decididos podían ser muy útiles para la causa de la Iglesia...

Sin dudar un momento, accedió a lo que pedían: recibir las sagradas órdenes. En cuanto al viaje a Jerusalén, podían realizarlo, si ese era su deseo, aunque estaba convencido de que llegar a Tierra Santa, en aquellos momentos, era casi tan difícil como alcanzar la Luna. ¿No sería mejor que se quedaran en Roma...? No les faltaría trabajo en la Ciudad Eterna... En fin, que hicieran lo que quisieran: se trabaja mejor cuando se hace a gusto...

* * *

Exultantes, volvieron a Venecia. Siguieron trabajando en los hospitales y, el 24 de junio, todos (excepto Pierre Favre, que ya era sacerdote) recibieron las sagradas órdenes.

Sin embargo, ninguno de ellos celebró su primera Misa hasta mucho más tarde, después de ayunar y rezar durante cuarenta días en grupos de dos, por separado. Luego se reunieron en Vicenza, en las ruinas de un monasterio abandonado. Solo entonces oficiaron su primera Misa, con una excepción: Don Íñigo... Resuelto como era para los asuntos materiales, jamás se apresuraba cuando se trataba de asuntos del alma, sobre todo de la suya. Solo un año después de su ordenación, consideró que era digno de celebrar el Santo Sacrificio.

* * *

Por entonces, Francisco cayó enfermo. El aire emponzoñado de las Marismas Pontinas se cebó en el más fuerte de todos. Las tercianas le hacían arder de fiebre hoy, y mañana tiritar de frío. Salió de ellas débil y consumido.

Había transcurrido un año (tiempo fijado por Don Íñigo para desistir del viaje) sin encontrar un navío que los llevara a Tierra Santa, así que dio orden de trasladarse a Roma sin más dilaciones.

Francisco, muy quebrantado todavía, hubiese debido esperar un poco, pero solo una orden tajante le habría hecho desistir de emprender el viaje, que, como siempre, hicieron a pie, solos o en pequeños grupos, y sin ningún dinero.

El primero en llegar a Roma fue Simón Rodríguez, que encontró una pequeña casa en la que podían alojarse todos. Era una humilde morada próxima a *Trinitá dei Monti*, con una renta tan baja que podrían pagarla si mendigaban un poco.

Pronto supo por qué era tan barata. La primera noche que pasó en ella escuchó pasos por las escaleras y muebles y platos danzaron por los aires, como impulsados por manos invisibles... Pero Simón Rodríguez no había aprendido Lógica en vano en el Colegio de Santa Bárbara, así que extrajo sus conclusiones: Si se trataba de ladrones, no le importaba, porque no tenía dinero, y, si se trataba del demonio, solo podría hacerle daño si Dios se lo permitía; y, si Dios se lo permitía, era que él se lo merecía. Con lo cual, se quedó completamente tranquilo, dio media vuelta en el lecho y se quedó dormido.

Los ruidos no cesaron cuando llegaron los demás, pero todos adoptaron la misma actitud filosófica.

Francisco llegó el último, exhausto tras el largo y fatigoso viaje. Parecía la sombra de sí mismo.

La primera noche, se sobresaltó con los ruidos, y Rodríguez le explicó lo que sucedía. «Bueno —comentó Francisco—, si se trata de fantasmas, me tomarán por uno de ellos...».

A la mañana siguiente, cuando se levantó, encontró a Don Íñigo en la puerta de la casa, con un hombre arrodillado a sus pies. Se frotó los ojos, todavía cargados por el sueño, porque no podía creer lo que veía: aquel hombre era Miguel Landívar.

—Perdón, Don Íñigo, perdón —decía con voz quebrada—. Ved mi contrición... He venido a Roma a pie... No me rechacéis, Don Íñigo... Dejadme permanecer aquí, con vos... y con mi antiguo amo. Haré lo que queráis... cualquier cosa. Nunca os agradeceré bastante el que no me denunciaseis cuando... cuando intenté mataros. No me rechacéis ahora, por favor...

Don Íñigo le ayudó a levantarse.

—Al que intentasteis matar era otro —dijo sonriendo—. Yo ya no soy Íñigo de Loyola. Soy el Padre *Ignatius*... Y, si buscáis un amo, aquí no lo encontraréis. En París éramos estudiantes o maestros en Artes. Ahora somos servidores, es decir, sacerdotes.

—Sé que no soy digno —sollozó Landívar—. No, no lo soy...

Entonces, sus ojos se encontraron con los de Francisco y se echó a llorar.

—Maestro... Don Francisco... Pa... padre —tartamudeó—, ¡interceded a mi favor!

—Pasa —dijo entonces el hombre que ahora se hacía llamar Ignacio.

Había actuado tan deprisa que Francisco no pudo decir una palabra; con gran tacto, había querido evitar a este el tener que decidir en un tema tan delicado.

Miguel Landívar entró y con él —ahora sí— entró el demonio en aquella casa...

* * *

A la manera como un general envía destacamentos de tropas a los puntos estratégicos de una fortaleza, el Padre Ignacio destacó a sus hombres en diversas iglesias. El Papa le había dicho, por medio de Laynez, que Roma estaba tan necesitada de oír la palabra de Dios como Jerusalén, y todos se pusieron a predicar. Él mismo empezó a hacerlo en Nuestra Señora de Montserrat, que era la iglesia de los españoles; Favre, en San Lorenzo in Damaso; Laynez, en San Salvador in lauro; Bobadilla, en San Celso; Rodríguez, en los Santos Ángeles; Salmerón, en Santa Lucía, y Francisco alternando con Le Jay, en San Luis de los franceses.

Muchas cosas habían mejorado en los diez años transcurridos desde aquel terrible día en que la Ciudad Eterna había sido saqueada y quemada por los feroces lansquenets. La vida había vuelto a sus cauces normales, Roma había recobrado su pulso y las iglesias, consagradas de nuevo, eran muy frecuentadas; con todo, el tono moral de la ciudad seguía siendo muy bajo; tanto, que en diversos países de la Cristiandad se decía que era peligroso para los buenos cristianos visitarla, pues podían quedar escandalizados. Era preciso, pues, mucho celo, mucho entusiasmo por la causa de Dios, para elevarlo.

Francisco solía predicar en un buen francés o en un mal italiano. No le inhibía en absoluto hablar en una lengua cuyo vocabulario no dominaba. Le entendían y eso bastaba.

Landívar, invariablemente, iba a escucharle. Compartía en todo la vida de los «iñiguistas», como algunos los llamaban: rezaba con ellos, trabajaba, pedía limosna, los

acompañaba a todas partes... Pero era Francisco el que más le interesaba.

* * *

Fue en la iglesia de San Luis de los franceses, durante un sermón de Francisco, cuando Landívar habló por primera vez con la Condesa Venozza Morini. La había visto ya un par de veces más en otros sermones y se había fijado en aquella hermosa mujer, todavía joven, exquisitamente ataviada, que lucía una espléndida cabellera roja (genuina, no una peluca, como en otros casos). Discretamente, había preguntado quién era, y se había enterado de que no procedía de una familia noble, pero que hacía un par de lustros se había casado con el Conde Moroni, muerto poco después durante el saqueo de Roma, defendiendo a su esposa de los asaltos de dos soldados borrachos, a uno de los cuales, antes de morir, había matado...

A la Condesa, sin embargo, no le había matado la pena ni acogotado las dificultades. En los años que siguieron había logrado rehacer su fortuna y se decía que estaba en muy buenas relaciones con altos dignatarios que la visitaban a menudo, aunque de tapadillo, claro...

En suma: una mujer de recursos, inteligente y guapa, que en más de una ocasión había ayudado a jóvenes eclesiásticos a relacionarse con personas capaces de auparlos...

Miguel Landívar intuyó enseguida que la gentil dama se sentía atraída por Don Francisco, a pesar de su raída sotana. No era extraño: al fin y al cabo, Don Francisco (no se acostumbraba a llamarle Padre) tenía una estampa distinguida, de verdadero hidalgo...

¿No se podría hacer algo? A él no le importaba pedir limosna si era preciso... Pero, cuando un hombre se convierte en obispo y se viste de púrpura, ya no es necesario...

Entabló conversación con la Condesa Venozza Morini a la salida de la iglesia, cuando le ofreció agua bendita y le dijo que era una bendición de Dios ver que una tan bella y noble dama como ella se tomase tanto interés por la religión.

La Condesa le devolvió el cumplido con la gentil sonrisa que solía reservar para quienes usaban sotana, ya que Landívar, como todos los «iñiguistas», la llevaba.

—Es el predicador más maravilloso que he conocido —susurró—. Debéis estar orgulloso de tenerlo en vuestra parroquia.

—Os equivocáis, señora —replicó cortésmente Landívar—. Yo no soy sacerdote. No soy más que un simple servidor de la comunidad a la que pertenece el Padre Francisco. Cuando estaba en el mundo, era su paje...

—Así pues, procede de una familia noble —exclamó la dama.

—Así es, señora...

—Lo imaginaba. Solo una noble cuna y una refinada educación pueden producir unas manos tan bellas, tan elocuentes... Jamás faltó a sus sermones... Son tan cálidos,

tan elevados... Incluso cuando nos amenaza con terribles penas por nuestros pecados... ¿Confiesa en alguna parte?

—En esta misma iglesia. Cuatro horas diarias.

La Condesa pareció reflexionar.

—Me temo que no voy a ser capaz de venir aquí —dijo por fin—. Es tan impersonal un confesonario... ¿No podría verle en su casa?

Miguel pensó en la destartalada casuca comunitaria, en los golfillos que acudían a ella para aprender catecismo o llenar el estómago, en el Padre Ignacio...

—Creo que no va a ser posible, señora —dijo, contristado—. Pero —añadió con sonrisa maliciosa— tal vez pueda persuadirle para que vaya a la suya...

—¡Oh, eso sería maravilloso! —exclamó la Condesa—. Me gustaría tanto...

Y, echando mano a su monedero, extrajo una pieza de oro que el mozo aceptó tras muchos aspavientos. Luego le dio su dirección, y Miguel, aunque ya se la sabía de memoria, la repitió varias veces, como para evitar que se le olvidara.

* * *

Reinaba gran agitación entre los «iñiguistas». Hacía tiempo que estaban preocupados a causa de los sermones de un extraño monje, Agostino Mainardi de Saluzzo. Estaban convencidos de que, aunque muy sutiles, muchas de sus afirmaciones eran pura herejía. Pero lo peor de todo era que gozaba de gran popularidad y que algunos clérigos muy bien situados le apoyaban abiertamente. ¿Qué se podía hacer? Habían intentado corregirle en privado, y él, en principio, había aceptado las observaciones, pero la realidad era que seguía repitiendo sus errores, sin que las autoridades eclesiásticas dijese nada.

—No es más que vanidad —comentó Laynez—. Predicar entraña siempre ese riesgo... Y lo malo es que sus falsos argumentos atraen a los más sencillos, deslumbrados por su elocuencia.

—Si es vanidad o no —intervino el Padre Ignacio— es cosa suya y de su confesor. Lo que me preocupa es el mal que puede hacer al pueblo... No basta, por eso, con lo que hemos hecho, corregirle a solas... Ahora es preciso atajar los errores que anda esparciendo.

—Pero —observó Salmerón— sus amigos se nos echarán encima. Es un hombre muy influyente.

El Padre Ignacio se le quedó mirando con aire severo.

—Recuerda, hijo mío, lo que dice san Pablo: «Si después de tanto tiempo tratara todavía de agradar a los hombres, dejaría de ser lo que soy: servidor de Cristo...».

Al domingo siguiente se lanzaron al ataque. El Padre Ignacio, por su parte, fue a ver a los dos más ardientes admiradores de Mainardi, los sacerdotes españoles Mudarra y

Castilla, y les advirtió del peligro. Estos, inmediatamente, avisaron a Mainardi, que montó en cólera. Pero los «iñiguistas» prosiguieron denunciándole desde el púlpito, por lo que comenzó el combate...

* * *

Cuando Miguel le dijo a Don Francisco que una noble dama deseaba ardientemente confesarse con él, pero que no quería que la vieran haciendo cola ante su confesonario, el joven sacerdote sonrió benévolamente.

Lo comprendía. Comprendía los escrúpulos, debilidades y temores de ciertas personas. Había mujeres que eran capaces de confesar fácilmente pecados atroces, pero ocultaban pequeñas faltas que herían su vanidad o su amor propio. Y hombres había que eran incapaces de entrar en un confesonario, porque les parecía ahogarse... ¡Qué cosas! Pero un sacerdote tiene que ser indulgente...

Le agradaba también el interés de su antiguo paje. ¡Qué esfuerzos hacía para adaptarse a la vida y costumbres de la comunidad!

Así pues, acompañado por Miguel, se dirigió presuroso al *Palazzo* Morini.

La Condesa lo recibió con una especie de gozo contenido y pareció contrariada cuando el sacerdote rechazó una copa de vino y unas golosinas. Así pues, empezó a hablarle de su pasado, de su matrimonio con el Conde Morini, de sus contrariedades... Sí, su marido era muy bueno, muy generoso, pero realmente nunca la había comprendido... Y ahora su vida estaba vacía... ¿Amigos? Sí, tenía muchos. Pero los hombres van siempre a lo suyo y las mujeres necesitan cariño... Por eso, qué maravilloso era encontrar un hombre como el Padre Francisco, desinteresado, limpio, entregado a un gran ideal... ¿De verdad que no quería una copa de vino?... Debería probarlo, porque era excelente, de los viñedos de Frascati. Se lo había regalado el Príncipe Urghino... Muy joven, muy elegante, todas las mujeres se enamoraban de él en cuanto lo conocían... Pero nada en la cabeza. A ella le había regalado el anillo que llevaba en el dedo meñique. Sí, era un zafiro, valía mucho, pero no significaba gran cosa para él, a pesar de que había pretendido a su madre. Precioso, ¿verdad?... Sin embargo...

Francisco la interrumpió. No quería agraviarla, pero le rogaba que le perdonase, porque él había venido para oírla en confesión.

¡Naturalmente! Claro que sí... Solo que no era fácil empezar a contar ciertas cosas así, de pronto... Los hombres eran siempre tan fríos, tan directos... Incluso los sacerdotes, a veces, no acababan de darse cuenta de lo sensibles y delicadas que son las mujeres. Ella, por ejemplo, era incapaz de confesarse con un desconocido. Temía que no la comprendiera. No era ese el caso, ni mucho menos... Ella se sentía aliviada con su mera presencia, pero...

Francisco volvió a interrumpirla. ¿Se había preparado...? ¿Había hecho examen de conciencia...?

No, no lo había hecho. Era incapaz de hacerlo sola. ¡Hacía tanto tiempo que se había confesado por última vez! Pero estaba segura de que con él podría... ¿Era verdad que era un noble español, un *hidalgo*...? Eso, sin duda, facilitaría mucho las cosas...

Francisco intervino de nuevo. ¿Acaso no sabía que eso era lo de menos...? La única nobleza para él, ahora, era la de ser sacerdote de Jesucristo. Lo demás no importaba...

Por supuesto, por supuesto... Ya lo sabía. Sin embargo, era muy distinto tratar con un rudo sacerdote que hacerlo con él, tan gentil y comprensivo... Y es que, desde que le vio en el púlpito, tuvo como una corazonada, como la seguridad de que podría ayudarla, de que la entendería...

Y, ni corta ni perezosa, tomó sus manos entre las suyas, esas manos tan bellas, dignas de servir de modelo a un gran pintor para las manos de un Cristo...

Francisco, sintiendo que la sangre se le subía a la cabeza, abrió su boca para repudiar la actitud y las palabras de la Condesa, pero no tuvo tiempo, porque esta apretó su rostro contra el suyo, anhelante, sonriendo...

Entonces, dando un fuerte tirón, Francisco retiró sus manos, se puso en pie y, con energía, dijo:

—Señora, si he venido aquí, ha sido para perdonaros vuestros pecados, no para añadir uno nuevo...

Y, resueltamente, se encaminó hacia la puerta, pero una risa sarcástica le detuvo. Entonces se volvió hacia ella y, con voz de trueno, dijo:

—¡Arrepentíos, señora!... ¡Arrepentíos!

Cuando abandonó aquella casa era tal su rabia y su desconsuelo que no reparó en un clérigo que lo vio salir: era el Padre Pedro de Castilla, el gran admirador del monje Mainardi.

* * *

Al día siguiente, Roma entera era una olla de rumores. Un grupo de clérigos extranjeros se había permitido difundir toda clase de calumnias sobre el Padre Mainardi, ese gran orador, que además era un santo, respetado y admirado por todos... Pura envidia. O algo peor todavía: un intento de cubrirse las espaldas acusando a los demás, porque los verdaderos herejes eran ellos. Y, además, falsarios e hipócritas: a uno de ellos lo habían sorprendido saliendo de la casa de una famosa cortesana, Venzona Morini, que cambiaba de amantes como de vestido...

Al Padre Ignacio no le sorprendió nada de eso, excepto lo de la famosa cortesana. ¿Había ido a verla alguno de sus hijos?

Francisco, consternado, le contó lo sucedido.

—Ha sido una imprudencia —le dijo Ignacio, muy serio—. Deberías haberte informado sobre esa mujer antes de visitarla...

Luego hizo llamar a Landívar y le reprochó su conducta. Este, en lugar de disculparse, estalló de rabia. Farfullando, acusó a Ignacio, a Francisco y a todos de odiarle, de echarle en cara todo lo que hacía mal.

—Me... me gustaría poder deciros —balbució— cómo os desprecio...

Ignacio, sin inmutarse, le ordenó que se fuese.

—Pensaba irme de todas maneras —voceó Landívar—. Sí, me voy, pero sabréis de mí... Y muy pronto.

Estaba tan fuera de sí, tan furioso, que, en cuanto encontró posada, tomó papel y pluma y escribió una carta a Ignacio en la que le acusaba de haber arruinado la vida de Don Francisco. Él y solo él le había engatusado, haciéndole unirse a esa banda de mendigos. Pero él —Landívar— no había podido soportarlo. Merecía la pena intentarlo de nuevo... La Condesa Morini era una gran dama muy bien relacionada y, a través de ella, Don Francisco hubiese podido reconstruir su vida. ¿Quién sabe? Tal vez hubiese llegado a ser cardenal o por lo menos obispo... Pero no. Por culpa de Ignacio, había insultado a aquella mujer y reanudado mansamente su miserable vida. Tal vez fuese demasiado tarde para librarle de las garras de Ignacio, pero en cuanto a él —Landívar— ya sabía lo que tenía que hacer.

Sin alterarse, Ignacio leyó la carta y luego la guardó en sitio seguro. Tal vez el día de mañana pudiese serle útil...

No tardó en descubrir que las amenazas de Landívar no eran vanas. Se había pasado al bando de Mainardi y una nueva oleada de calumnias se esparcía por Roma... Ignacio no era otra cosa que un prófugo, un convicto, que había estado en la cárcel varias veces y había huido. Se hacía pasar por santo, pero en realidad era un sospechoso de herejía que había tenido problemas con la Inquisición varias veces: en Alcalá, en Salamanca, en París y en otros sitios. Incluso en Venecia le habían detenido...

Las calumnias cundían y los romanos empezaban a preguntarse si no era peligroso dejar que Ignacio y los suyos enseñasen el catecismo a sus hijos...

* * *

A Benedetto Conversini, Gobernador de Roma, no le agradaba nada que aquel hombre pálido y calvo, que cojeaba un poco, fuese a visitarle. Sabía quién era, desde luego —Roma hervía de rumores sobre el Padre Ignacio y los suyos—, y la visita satisfacía su curiosidad por conocerle, pero le repugnaba la idea de verse sumergido en un torbellino de disquisiciones teológicas y acusaciones mutuas, sobre todo teniendo en cuenta que Mainardi tenía altos valedores y amigos. Sin embargo, el pálido sacerdote se lo ganó enseguida...

No venía para polemizar —dijo—. El era un caballero que quería exponer simplemente un asunto de honor a otro caballero... ¿Por qué le acusaban indirectamente, sembrando confusión entre el pueblo? Que los acusadores y sus cómplices diesen la cara y le acusaran abiertamente... Por eso había venido. Él —Conversini— era la máxima autoridad en Roma —después del Papa— y tal vez supiese quiénes eran los acusadores...

Conversini vaciló unos instantes. En realidad, no era fácil determinar quiénes eran, ya que los rumores son simples rumores. Sin embargo, había oído hablar de dos sacerdotes españoles, Mudarra y Castilla, y de cierto individuo apellidado Landívar que afirmaba con énfasis que conocía al Padre Ignacio y a sus seguidores y sabía lo que hacían... Según sus noticias, lo que esos sacerdotes decían se basaba en la información que les suministraba Landívar.

Muy cortésmente, pero con insistencia, el Padre Ignacio sugirió a Conversini un careo con Landívar, y el Gobernador terminó asintiendo, no sin alivio. Al fin y al cabo, aquel hombre —Landívar— no le causaría problemas, pues carecía de relaciones y de prestigio.

Lo que no sabía el Gobernador era que se enfrentaba con un genio de la estrategia. Ignoraba que, para Ignacio, la confrontación con Landívar no era más que el prelude, el primer cañonazo del combate, y que ya había estudiado los demás movimientos con absoluta precisión.

El Gobernador, pues, envió una citación a Landívar. Este se presentó y, al ver al Padre Ignacio, se quedó de una pieza. Intentó defenderse, pero fueron tantas sus contradicciones, que quedó en ridículo. Entonces, Ignacio, calmadamente, exhibió la carta que evidenciaba el rencor de Landívar y sus inútiles manejos para comprometer al Padre Francisco con la Condesa Morini. Ante lo cual Landívar cantó de plano y el Gobernador lo desterró de Roma, creyendo que así mataba dos pájaros de un tiro: complacía al Padre Ignacio y, al mismo tiempo, se quitaba de encima un testigo que solo podía desprestigiar a Mainardi y a los de su partido. Sin embargo, en cuanto Landívar desapareció de escena (lanzando juramentos y blasfemias), el Padre Ignacio solicitó un careo con Mudarra y Castilla. Conversini no se podía negar y tampoco los dos sacerdotes españoles...

Se celebró, pero los partidarios de Mainardi negaron todo. Ellos no habían hecho ni dicho nada; ellos no tenían la culpa de que ciertos rumores, quizá infundados, se hubiesen esparcido por Roma. Sí, un individuo llamado Landívar les había abordado y había formulado ciertas acusaciones, pero ellos no le habían hecho caso ni le habían empleado a su servicio. Ellos nada tenían que ver con él... Cosa que no sucedía con la comunidad del Padre Ignacio, que lo había tenido a su servicio...

Pero el Padre Ignacio no se dio por satisfecho. Ni qué decir tiene que Conversini sí, y

trató de dar por zanjado el asunto. Era mejor dejar tranquilo a Mainardi, pues incluso el Papa le había recibido y, al parecer, se había mostrado complacido con sus arrebatadora elocuencia...

El Padre Ignacio sabía que, mientras su honor y el de los suyos, así como su rectitud y ortodoxia, estuvieran en entredicho, su labor y su futuro correrían serio peligro. Los niños seguían sin frecuentar la catequesis y aquí y allá continuaban surgiendo críticas y reticencias contra ellos, cuando no ataques directos. Algunos incluso decían que lo mejor sería quemar en la hoguera, por herejes, a aquellos «curas extranjeros»...

Ignacio intentó en vano que Conversini iniciara una investigación oficial, pues eso era lo que el Gobernador quería evitar a toda costa. Entonces, el Padre Ignacio decidió utilizar la artillería gruesa. Movilizó a todos sus amigos y las cartas empezaron a llover sobre los obispos de las diócesis en que él y sus seguidores habían trabajado: Alcalá, Salamanca, París, Venecia, Vicenza, Bolonia, Padua... Otras fueron a parar a manos de los directores de hospitales, vicarios generales y laicos eminentes de numerosas ciudades. En todas ellas se pedía que diesen testimonio sobre la moral, el comportamiento, el carácter y las enseñanzas de los «iñiguistas». Luego destacó una unidad móvil, formada por Diego Laynez y Pierre Favre, ante el Papa, que acababa de conseguir una tregua de diez años entre el Emperador y el Rey de Francia. Paulo III los acogió benévolamente y les prometió interesarse por su problema, pero, como pasaban semanas y el Papa no decía nada, Ignacio decidió entrevistarse con el Cardenal Contarini, hombre de gran peso en la Curia romana. Ignacio le propuso hacer los *Ejercicios* y, ante su regocijada sorpresa, Contarini aceptó encantado.

Cuando resultó evidente que Laynez y Favre no habían logrado movilizar al Papa, Ignacio en persona solicitó una audiencia. Una vez más, el voluminoso Doctor Ortiz actuó de intermediario.

En Salamanca, cuando la Inquisición había investigado sus enseñanzas, Ignacio se había defendido con un largo alegato que había durado tres horas. Ahora, ante el Papa, hizo exactamente lo mismo, pues no solo le expuso el caso en términos generales, sino que le explicó con detalle todo lo que le había sucedido.

Paulo III, que no se distinguía por su paciencia, le escuchó atentamente, comprendiendo enseguida que tenía ante él un hombre de mucha más talla que Mainardi. Pocas veces, en la historia de la Iglesia, habrían informado mejor a un Papa de un asunto que parecía de menor importancia.

Paulo III no tardó en darse cuenta de que tras lo que Ignacio le contaba se escondía una astuta estrategia. Quería tener libres las manos, limpias, para emprender su tarea. Y él —el Papa—, como toda persona inteligente y previsora que se encontraba con Ignacio, comprendió enseguida que no podía permanecer neutral... Así pues, concluida la audiencia, ordenó a Conversini que abriera cuanto antes una investigación oficial.

Justo a tiempo: las cartas que Ignacio había enviado por docenas empezaban a tener respuesta. El despacho del Gobernador rebosaba de cartas de apoyo, alabanza y estímulo para Ignacio y los suyos. Eran tantas, que retrasaban la iniciación de la encuesta, por lo que el Cardenal Contarini tomó el asunto en sus manos y rogó al Gobernador que la abriera.

Cosa curiosa: casi todos los miembros del Santo Oficio que tenían que testificar a favor o en contra del Padre Ignacio se encontraban casualmente en Roma: Figueroa, de la Universidad de Alcalá; Mateo Ori, de la de París; Gaspar de Dotti, de la de Venecia; y, por supuesto, el Doctor Ortiz... Todos se mostraron dispuestos a dar su testimonio.

Ante tal despliegue de documentación y de testigos, los mainardistas empezaron a replegarse, primero lentamente y luego a toda prisa.

Cuando el Gobernador hizo público el resultado de la encuesta (declarando que todos los rumores y acusaciones contra los «iñiguistas» eran falsos y sin fundamento, afirmando que su vida, su moral y sus enseñanzas eran dignas de alabanza, y exhortando a los fieles para que los tuviesen por buenos y dignos de confianza), Mainardi canceló el sermón que tenía anunciado y, poco después, abandonó Roma e Italia.

La posición de los «iñiguistas» quedó así firmemente asentada y niños y mayores volvieron a afluir a las clases de catecismo y a los sermones.

Pocas semanas más tarde, el día de Navidad de 1538, el Padre Ignacio celebraba, por fin, su primera Misa en la Basílica de Santa María la Mayor. Concretamente, en la capilla del Pesebre.

* * *

El invierno de 1538-1539 fue uno de los más duros que se recordaban. Las gentes morían a centenares de hambre y de frío. Muchos amanecían congelados en plena calle. Los iñiguistas, peregrinos sin peregrinación, hacían lo que podían para remediar esos males.

Tras abandonar la mísera morada próxima a *Trinitá dei Monti*, se habían instalado en una casa más grande, pero no menos destartalada, cerca de Torre Melangolo, que pronto se convirtió en hospital y albergue para los más pobres entre los pobres, a quienes consolaban, para quienes mendigaban y con quienes compartían su lecho. A veces llegaron a tener trescientos o cuatrocientos desgraciados bajo su techo, dando de comer a diario a otros tantos. Ellos seguían siendo diez, pero procuraban tratar a todos con cariño y respeto, como si fuesen el mismo Cristo.

Desde que el Papa les había dicho que en Roma podían ser tan necesarios como en Jerusalén, una idea rondaba su cabeza: fundar una nueva Orden.

El entusiasmo de Salmerón y el amor de todos hacia Don Íñigo les había hecho llamarse —o que muchos les llamaran— los iñiguistas. Pero Íñigo, ahora, era el Padre

Ignatius y, además, todos sabían que a este no le gustaba nada ese apelativo.

Con frecuencia, la gente les preguntaba quiénes eran. Y, como ya no podían decir que eran «estudiantes de París», solían responder que «compañeros de Jesús» o que caminaban en su compañía.

Esas frases habían ido calando en la mente del Padre Ignacio y, una vez que los demás estaban hablando de ello, él los interrumpió y murmuró lentamente:

—Caminamos en compañía de Jesús, ciertamente, pero también somos Su *Compañía*... Su milicia. Soldados de Cristo...

Los ojos de Francisco se iluminaron. Para él, descendiente de un linaje de guerreros, esas palabras significaban mucho. «La Compañía de Jesús», repitió en español.

Ignacio le miró, sonriendo, y en ese mismo instante supo que así se llamaría la nueva Orden.

* * *

Pero no solo el nombre era revolucionario: esa nueva Orden prescindiría del Coro, del rezo de las Horas en común, algo que nadie se había atrevido a proponer todavía. Por otra parte, además de los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, tendrían un cuarto voto: el de absoluta fidelidad y obediencia al Santo Padre, para que este pudiese enviar a sus miembros a donde le pluguiera.

No discutían estas cosas entre ellos. A propuesta de Ignacio se abstendrían de influir los unos sobre los otros, «guardando sus almas en reposo, en completa dependencia de la Voluntad divina». Solo en sesión plenaria debatirían, llegado el momento, lo que se debía hacer, procurando llegar a un acuerdo.

Así lo hicieron. La decisión fue unánime y se completó con una nueva sugerencia: la Orden tendría un solo Capitán, una sola cabeza, vitalicia...

Condensada en cinco breves capítulos, Ignacio sometió la Carta o Estatutos de la *Compañía de Jesús* —en latín *Societas Jesu*— a la consideración y estudio del Padre Tomás Badía, dominico, que ejercía el cargo de Maestro del Sacro Palacio pontificio. El Padre Badía, a su vez, la sometió a la consideración del Papa, y, cuando el Cardenal Contarini le dijo a Ignacio que Paulo III la había recibido con benévolo asentimiento, todos se llenaron de gozo en la destartalada casona próxima a Torre Melangolo. Todos sabían, sin embargo (y sobre todo Ignacio), que aquello no era más que el principio y que surgirían dificultades. No se equivocaron, pues pronto supieron que una de las personalidades llamadas a firmar la correspondiente Bula papal, el Doctor Ghinucci, se había negado a hacerlo. Luego, el Cardenal Guidiccioni (que, como todo el mundo sabía, no quería que se fundaran más órdenes religiosas e incluso quería reducir a cuatro —benedictinos, cistercienses, dominicos y franciscanos— las existentes) se negó igualmente.

Cuando lo supieron, nueve de los diez hombres que se sentaban a la frugal mesa de Torre Melangolo se entristecieron y, al mismo tiempo, se asombraron, pues no podían comprender que Ignacio no se inmutara. Estaban convencidos de que el hecho de que el asunto estuviese en manos del Cardenal Giudiccioni significaba el rechazo de sus planes y, tal vez también, la muerte de su nonnata Orden.

Años más tarde, Ignacio diría a Laynez: «Si todo lo que había planeado hubiese fallado y todos mis deseos se hubiesen visto frustrados y mi lucha hubiese sido vana, un cuarto de hora de oración me habría tranquilizado y dejado tan alegre como antes».

* * *

La Orden todavía no había sido aprobada, pero ya trabajaba. La Bula papal todavía no había sido expedida, pero el Papa ya había hecho uso de lo que preveían los Estatutos de la Compañía: disponer de los miembros de la Orden, enviarlos a cualquier parte... Y, así, Paulo III envió al Padre Broet a Siena, a Laynez y a Favre a Parma, a Bobadilla a Calabria, y a Codure y a Salmerón nada menos que a Irlanda...

Solo Francisco Xavier y Simón Rodríguez pudieron quedarse en Roma, con el Padre Ignacio.

* * *

El Embajador de Portugal ante la Santa Sede abrió precipitadamente una carta que acababa de entregarle un correo especial. Decía así:

A Don Pedro Mascareñas, mi amigo

Yo, el Rey.

Como sabéis, nuestro principal designio, como antes el de mi padre (que Dios tenga en su gloria), al emprender la conquista de la India y de otras tierras que mantenemos con tantos riesgos, quebrantos y peligros, ha sido siempre el acrecentamiento de nuestra Santa Fe Católica. Para lograrlo, hemos soportado con buen ánimo cargas y sufrimientos, siendo nuestra constante preocupación asegurar que en nuestros dominios haya sacerdotes letrados y virtuosos capaces de exhortar e instruir a los recién convertidos a la Fe.

Hasta la fecha, hemos podido hacerlo con la ayuda de Dios Nuestro Señor, pero, ahora que la labor cobra nuevo incremento, considero que es nuestro deber obtener nuevos trabajadores para la Viña del Señor.

Recientemente, Mestre Diego de Gouvea, desde París, nos ha informado de la existencia de ciertos clérigos de grandes dotes y vida virtuosa, los cuales, procedentes de París, han llegado a Roma después de consagrarse, con votos, al servicio de Dios, y que, sosteniéndose solo con las limosnas de los fieles, predicán por todas partes y hacen muchísimo bien.

Con fecha 23 de noviembre pasado, uno de ellos escribió una carta al susodicho Diego; en ella le decía que, si al Santo Padre le complacía, irían gustosos a la India, ya que habían prometido obedecerle. Incluyo una copia de la carta... y os encarezco que os informéis puntualmente de la vida que llevan, así como de su erudición, costumbres y proyectos, y que me hagáis saber si su propósito es extender y aumentar la Fe Católica con sus plegarias y su ejemplo.

Si, como suponemos, es necesaria la sanción del Santo Padre, os ruego que les pidáis formalmente que tengan la bondad de solicitarla en nuestro nombre.

Mestre Pedro de Mascareñas suspiró, aliviado. Su principal tarea en Roma había consistido en presionar al Papa para que se dignara reconocer al Tribunal de la Inquisición que el Rey Juan III había establecido por su cuenta en sus dominios, pero, hasta la fecha, no había tenido ningún éxito. Tras una docena de audiencias, no había avanzado un solo paso. Parecía como si al Papa no le agradase tomar medidas enérgicas contra quienes ponían en peligro la verdadera Fe, aunque, naturalmente, no lo reconociera.

Otra cosa era este nuevo encargo del rey, que un hombre como él, bien relacionado, podía resolver fácilmente y con diligencia. Llevaba tiempo más que sobrado en el servicio diplomático para comprender que la primera y más importante obligación de un embajador era no defraudar a su soberano.

* * *

Ignacio se había visto obligado a enviar a Simón Rodríguez a Siena y él había quedado en Roma solo con Francisco Xavier, aunque ayudado por unos cuantos sacerdotes que aspiraban a formar parte de la comunidad ignaciana.

—Duques, príncipes y ciudades no cesan de pedir al Santo Padre que envíe sacerdotes doctos y bien preparados —exclamó el Padre Ignacio—. Y ahora es nada menos que un rey... Aunque nos multiplicáramos por diez o por veinte, no daríamos abasto...

—Y mientras tanto, ese Cardenal Irrisioni, sin decir una palabra —comentó Francisco.

—Guidiccioni —le corrigió Ignacio mecánicamente.

Hizo volver a Simón Rodríguez de Siena y a Bobadilla de Calabria. Simón era portugués, y a su rey, Juan III, le agradaría su elección. En cuanto al alegre y vivaz Bobadilla, sería un buen compañero para el Padre Paolo, un joven sacerdote de Camerino que también deseaba ir a la India.

* * *

Bobadilla regresó de Calabria enfermo, demacrado y consumido, y se encontró con

que Ignacio también estaba enfermo. Veinte horas diarias de actividad y solo cuatro de sueño habían quebrantado profundamente su salud, lo mismo que la de Bobadilla, con una sola diferencia: que Ignacio padecía, como en otros tiempos, de agudos dolores en un costado y Bobadilla tenía un ataque de ciática.

Tampoco a Francisco le faltaba trabajo. Con casi todos sus compañeros lejos, tenía que hacer de secretario del Padre Ignacio, sin abandonar por eso sus demás actividades. Hubiese preferido volver a atarse una gruesa soga a la cintura o sudar a chorros como cuando hacía deporte... Porque la correspondencia le llegaba a Ignacio en creciente riada y cada vez le llevaba más tiempo contestarla. Además, se hacía un lío con los nombres, que, sin querer, modificaba. Y lo malo era que, a fuerza de repetirlos, los demás le imitaban. Y así, el Cardenal Guidiccioni se había quedado con *Irrisio* y el Doctor Ortiz, con *Lombriz*. En cuanto a la señora Fausta Jancolina, que estaba empeñada en hacerles donación de una casa, pero imponiéndoles una serie de absurdas condiciones, estuvo a punto de quedarse con el poco agradable mote de *Infesta Colina*.

A pesar de todo, el voto de obediencia, todavía no formulado, le mantenía atado a la mesa, rebosante de cartas, aunque soñaba noche y día con la India. Mucho antes de que se presentase Don Pedro de Mascareñas, había dicho a Laynez que había tenido un sueño en el que un nativo de aquel país le pedía que le llevase a hombros, pero que al intentar cargarlo sobre sus espaldas no había podido levantarlo, por lo mucho que pesaba. Laynez le había respondido que no entendía nada de nada y Francisco no quiso decirle que su mayor anhelo era ser disparado como una flecha y clavarse en el corazón de Asia, porque hubiese faltado a la humildad. Ahora sabía dominarse y por eso no había abierto los labios cuando Ignacio había enviado a los demás a misiones delicadas, dejándole a él en Roma, ocupado en tareas burocráticas, como... sí, como si no confiara del todo en él.

Pero lo peor había sido que, cuando había llegado Mascareñas solicitando dos sacerdotes para la India (con el permiso del Papa), el Padre Ignacio había escogido a otros y a él no le había dicho nada, aunque se encontraba allí, a su lado, y los otros lejos, realizando misiones delicadas. Estaba claro, pues, que Ignacio no quería contar con él... Sin duda tenía sus razones, buenas y poderosas razones, como siempre que actuaba...

Sí: Simón Rodríguez era el hombre adecuado y si Bobadilla —Dios lo quisiera— se recobraba pronto... Nadie como él para esa tarea, con su tesón, su energía, su fe inquebrantable... Además, ¿qué era la India?... Un lejano país lleno de paganos que hablaban innumerables lenguas y adoraban a toda clase de dioses, como en tantos otros. Al fin y al cabo, decía Ignacio —y también el Papa—, Jerusalén y Tierra Santa estaban allí donde un hombre trabajaba por la gloria de Dios, ya fuese Roma o Siena, Parma o Calabria, Irlanda o Lisboa o esa India lejana. Incluso allí, en aquel cuarto, ante aquella mesa, rebosante de cartas...

Estas cosas se decía una y otra vez, pero no se convencía. Lo reconociese o no,

estaba decepcionado, lo mismo que cuando Ignacio desistió de peregrinar a Tierra Santa.

En cuanto a la India... Conquistarla era tanto como dar un golpe mortal al paganismo en sus entrañas, luchar en primera fila, no resignarse a ser un escribiente que contesta cartas...

Lo de Ignacio era otra cosa. Un General debe permanecer en el puesto de mando, para dirigirlo todo y dictar órdenes. Además, Laynez le había contado lo que había sucedido en la capilla de La Storta, camino de Roma:

—El Padre Ignacio ha tenido una visión al entrar en la capilla —le había susurrado al oído un día—. Desde entonces sabe que debe permanecer en Roma.

Sí, Ignacio tenía que estar en Roma. Y Francisco Xavier también, mientras Ignacio no dispusiese otra cosa.

Lo malo era que no la disponía...

* * *

Un mensajero, con la librea del Embajador de Portugal, se presentó muy de mañana y solicitó ver con urgencia al Padre Ignacio, que todavía no se había levantado. Minutos más tarde, mandaba llamar a Francisco.

—Don Pedro de Mascareñas ha enviado un mensajero para decirme que no puede esperar —le explicó con calma—. Partirá mañana. Rodríguez está preparado, pero Bobadilla no puede viajar todavía.

Hizo una breve pausa y luego añadió, cortante:

—¿Querías sustituirle?

—Estoy dispuesto —respondió Francisco con voz ronca y grave.

—Tendrás que estar mañana a las diez en punto en la Embajada. Iréis a caballo, claro... Hay que llegar cuanto antes.

—De acuerdo —contestó radiante de satisfacción, sin poder evitarlo.

Regresó a su cuarto y se puso a hacer el equipaje. Poca cosa: Unos cuantos libros, unas mudas de lino, un par de calzas... De pronto recordó que sus pantalones estaban descosidos y que tenía rota la sotana. Tomó aguja e hilo y se puso a remendarla.

* * *

Despertó muy de mañana, cuando todavía no había amanecido. Rezó sus oraciones, se lavó la cara y las manos, se vistió y se dirigió a la capilla para celebrar la Santa Misa. Luego desayunó y, cuando hubo terminado, volvió a su habitación para escribir tres cartas confidenciales: En la primera, daba su conformidad por anticipado a cualquier decisión que, en su ausencia, la comunidad tomase; en la segunda, daba su voto a favor del Padre Ignacio para cuando se celebrase la elección de Superior de la Orden; en la tercera, pedía al Padre Laynez que hiciera en su nombre los votos correspondientes ante

el Superior, una vez elegido.

Al filo de las nueve, fue a despedirse del Padre Ignacio.

Lo encontró ya levantado, terminando de vestirse. Ignacio le echó una mano por encima del hombro y le acompañó hasta la puerta, cojeando un poco.

—Rodríguez partió hará cosa de media hora —comentó.

La mañana era hermosa.

—¿Quién... quién —balbució Francisco— os ayudará ahora a despachar tanta carta?

Ignacio sonrió, pero no dijo nada.

Y, de pronto, Francisco supo que no volvería a ver a Ignacio, ese hombre indefinible que había llegado a conquistarle. Comprendió de golpe hasta qué punto le amaba, con un cariño mayor que el que sentía por todos... Un cariño tal vez enraizado en la tierra y el aire de la patria común, crecido y sazonado en la larga lucha que había mantenido para atraerle a su causa. Y supo también que la puerta del Cielo, para él, había sido aquel hombre calvo, pequeño y frágil que iba a ser en la tierra, para Cristo, lo que san Miguel era para Dios en el paraíso.

—Anda —dijo por fin Ignacio—. Ve y prende fuego a todo...

LIBRO TERCERO

En el espléndido salón de audiencias, aquellos dos hombres, con sus raídas sotanas, causaron sensación.

En toda Europa no había una Corte más fastuosa que la de Portugal, por entonces en la cumbre de su poder y de su gloria. Ni siquiera la de Francia podía competir con ella en esplendor. El Papa Borgia, Alejandro VI, de infausta memoria, había dividido las tierras recién descubiertas entre España y Portugal mediante el simple expediente de trazar una línea, de norte a sur, en un mapamundi, separando así, de manera más o menos pacífica, sus respectivas esferas de influencia. Desde entonces, las riquezas de cuatro continentes afluían pródigamente hacia Lisboa, contribuyendo no poco a ese esplendor del salón de audiencias del palacio real, donde los príncipes singaleses y los rajás hindúes exhibían sus magníficas joyas, compitiendo en lujo y en riqueza con los cortesanos del rey.

Comparada con esa magnificencia, la situación de Carlos V, el Emperador, era casi de pobreza. Ciertamente, era también rey de España, pero tenía que viajar incesantemente por sus dominios de Europa y sostener guerras gravosísimas para tratar de conservar sus tierras y acabar con las disputas de los príncipes alemanes, profundamente divididos tras la reforma protestante.

—Ya me estoy acostumbrando a todo esto —susurró Simón Rodríguez—. Algunos de esos altos señores son ahora amigos míos. ¿Ves ese duque que está allí, al fondo, vestido todo de terciopelo negro...? Pues está haciendo los Ejercicios. Es una persona excelente.

Lanzó una risita contenida y añadió:

—Si Bobadilla conociese gente tan distinguida, se hincharía como un pavo.

Francisco no dijo nada. Había llegado hacía solo cuatro días, mientras que Rodríguez, que había seguido una ruta más corta, llevaba ya varias semanas.

Estaba sudando. Lisboa era un horno en esa época del año, mucho más que Roma. ¡Qué diferencia con el frescor de la brisa que le había acariciado al atravesar Navarra! Sin embargo, no había podido visitar el castillo de sus antepasados, donde había nacido, ni las tumbas de su madre, de su hermano y de la Abadesa, su santa hermana... Don Pedro de Mascareñas, siempre impaciente, no quería detenerse... Quizá hubiese sido mejor así. Lo que importaba era que todos estuviesen en el cielo. Además, los vivos le esperaban y él, que había soñado con morir en Xavier, ya no tenía ningún interés en gozar de un rico mausoleo como el que tendrían en su día estos cortesanos... ¿Por qué se mostraría Simón —lo mismo que Bobadilla— tan contento de codearse con duques y

marqueses cuando todos los días gozaban de la presencia de Dios mismo en el Santo Sacrificio de la Misa?

¡Qué calor hacía! ¿Sería lo mismo en la India...? En muchos sentidos, Lisboa era para él como un preludio o anticipo de lo que le esperaba allí. Ya había visto centenares y centenares de esclavos negros traídos de las posesiones africanas y sabía que Portugal había perdido la flor y nata de sus hijos en aquellas lejanas tierras de ilimitadas posibilidades. Unos habían perecido allí y otros habían vuelto corrompidos por los vicios de Oriente o por el poder abusivo que habían ejercido sobre pueblos y razas que consideraban inferiores...

—Don Pedro de Mascareñas, Embajador Extraordinario ante la Santa Sede, y los Padres Rodríguez y Xavier, Majestades —anunció el Maestro de Ceremonias.

Convertidos en el centro de todas las miradas, avanzaron precedidos por el Embajador, que caminaba contoneándose.

Sus Majestades, el Rey Juan y la Reina Catalina, parecían muñecos envueltos en sedas, joyas y brocados; unos muñecos que hablaban gentil y suavemente. Por eso, tal vez, Francisco, a pesar de sus escasos conocimientos de portugués, pudo comprenderlos.

El rey estaba complacido, muy complacido. Le habían hablado muy bien de los Reverendos Padres. Era muy necesario que hubiese en la Corte clérigos inteligentes, sabios y de buenas costumbres, como ellos.

—Nos sería muy grato —terminó diciendo el rey— que aceptaseis ser *padres confesores* de nuestros pajes, os encargaseis de su educación y vigilaseis su conducta... Son cerca de un centenar, creo...

Rodríguez asintió encantado, pero no así Francisco.

—Majestad —dijo acaloradamente—, tengo entendido que pensabais enviarnos a la India...

—Sí, claro, claro... Aunque lo lamento, porque aquí os necesitamos... Pero las naos no parten en esta época del año, porque nunca llegarían. En aquellas regiones, los vientos son muy peligrosos...

Estaba claro que el rey se enorgullecía de sus conocimientos náuticos.

—Parten a finales de marzo —añadió—. Mientras tanto, estamos seguros de que vuestras reverencias querrán ayudarnos... La juventud de nuestro reino nos es particularmente grata...

¡A finales de marzo! ¡Casi nueve meses!

Los dos sacerdotes hicieron una profunda reverencia con intención de retirarse, pero el rey los detuvo.

—¡Aguardad un instante! Olvidaba deciros que deseábamos que bendijeseis a nuestros hijos... los dos que Dios, en su infinita misericordia, ha querido darnos.

Hizo una señal con la mano y en la sala de audiencias entraron otros dos muñequitos

envueltos en joyas, sedas y brocados: una niña de unos doce años, la Infanta María, y un niño de tres, llamado Juan como su padre.

Los Padres Rodríguez y Xavier los bendijeron, les dirigieron unas palabras amables, y los infantitos se retiraron.

—Os alojaréis en palacio, naturalmente —dijo el rey.

Francisco volvió a intervenir.

—Si nos lo permite Vuestra Majestad —dijo resueltamente—, preferiríamos seguir viviendo como hasta ahora lo hemos hecho: en el hospital de los pobres y mendigando para nuestro sustento.

Mascareñas carraspeó, inquieto.

—Al rey no se le contradice —susurró.

Pero el rey sonrió, complacido.

—Nos permitiréis al menos que os enviemos comida del palacio —dijo.

Francisco se inclinó profundamente.

—Los enfermos del hospicio apreciarán en lo que vale vuestra generosidad, Majestad.

* * *

Cuando algún tiempo más tarde el rey le dijo a Simón Rodríguez que pensaba confiar a los Padres de la nueva Orden un Colegio Universitario en Coimbra y una residencia en Lisboa y otra en Évora, Rodríguez, exultante, escribió una carta a Ignacio en la que, entre otras cosas, le decía que la tierra, en Portugal, era fertilísima y el rey bondadosísimo, y que Su Majestad estaba empeñado en que permanecieran allí y reformaran las costumbres del reino. Muchos jóvenes habían hecho o estaban haciendo los Ejercicios y algunos de ellos ya habían expresado su deseo de pertenecer a la Compañía.

Francisco, por su parte, también le escribió en parecidos términos, pero facilitándole un informe impersonal y detallado, sin expresar sus deseos ni sus propias impresiones. Rodríguez, sin embargo, en su primera carta y en las que siguieron, dejaba entrever claramente que prefería quedarse en Lisboa, aunque no lo manifestara.

Ignacio, en Roma, meditó largamente. Sabía que sus dos hijos eran sinceros y dignos de confianza. ¿No sería sumamente ventajoso que se quedasen en un país cuyo rey se mostraba tan favorable a la Compañía?

Optó por un compromiso. Rodríguez podría quedarse, si quería, y Francisco, si el rey lo permitía, marcharía a la India con Pablo de Camerino.

Y así fue. Rodríguez, gran organizador, comenzó inmediatamente a poner en práctica los deseos del rey, preparando a un grupo de excelentes jóvenes para que se encargaran del Colegio de Coimbra.

En sus visitas a diversos hospitales de la ciudad, Francisco se había encontrado varias veces con un extraño individuo vestido con una especie de sotana gris. Era un hombretón de cara redonda, expresión bonachona y azules ojos infantiles. Tenía unas manos y unos pies enormes y era difícil determinar su edad. ¿Veintiocho, treinta, treinta y cinco años...? Parecía un oso cuando iba de cama en cama, con movimientos suaves, pesados y lentos. Cuidaba con delicadeza y cariño a los enfermos y tenía una increíble habilidad con sus dedos gordos; cuando se acercaba al lecho de un enfermo, lanzaba un sordo gruñido, pero los pacientes no se asustaban, porque había algo de tranquilizador en esos gruñidos de oso, que parecían decir: «Calma, calma, cuidaré de ti, no te preocupes...».

La tercera vez que Francisco lo vio, le abordó de frente.

—Me alegra ver que os tomáis tanto interés por los enfermos, Padre...

El hombrón se puso colorado, lleno de vergüenza.

—No... no soy sacerdote, Padre —dijo embarazado.

—Hermano, entonces...

—Tampoco. Simplemente un hombre.

—Pero un hombre de gran corazón —repuso Francisco.

—Hago lo que puedo —gruñó el gigante—. Yo... ¿sabe?... intenté... hummmm... ser sacerdote.

—Comprendo. ¿Y...?

—El latín —murmuró, moviendo la cabeza—. Los verbos...

—¿Qué verbos?

—Los irregulares. Pudieron conmigo. Lo intenté —seguía moviendo la cabeza como un oso—, pero... pero... Perdonadme, Padre.

Dio media vuelta y se dirigió hacia un anciano que necesitaba que le cambiasen las vendas que cubrían sus piernas ulceradas.

Francisco vio cómo lo hacía, con inmenso tacto.

—Lo habéis hecho muy bien —le dijo cuando hubo terminado—. ¿Realmente vuestro latín era tan malo?

Volvió a mover la cabeza.

—Muy malo, Padre. Aprendí el *Pater*, y el *Gloria*, y el *Credo*, y el *Ave*... Pero incluso en el Credo me atrancaba en el Espíritu Santo, *dominem et vivificantem*...

—*Dominum et vivificantem* —corrigió Francisco.

—¿Lo ve, Padre?... *Vificante*. Sabía que lo decía mal.

Francisco trató de quitar hierro al asunto.

—Bueno, pero el latín no es todo —sonrió—. ¿Qué otras cosas se os daban bien?

—Nada —dijo el hombrón mansamente—. Nada... excepto lo que puedo hacer con

las manos. Los Padres, en el Colegio, decían que Dios se había olvidado de poner un cerebro en mi cabeza... ¿Pensáis que es cierto?

—No, no lo creo —contestó Francisco, muy serio—. Dios no olvida nada... ni a nadie. Los Padres, sin embargo, creo que sí olvidaron algo; la caridad cristiana.

—Oh, no —protestó el hombretón—. Ellos decían que habría sido falta de caridad dejarme proseguir mis estudios, porque no habría hecho más que perder el tiempo... Solo se me daba bien cargar grandes pesos, así que empecé a visitar los hospitales... Aquí sé que puedo ser útil. Cojo en brazos a los pacientes y los siento en una silla mientras les hago la cama.

—¿Y por qué elegisteis este tipo de trabajo? Hubieseis podido ganar buenos ducados como cargador de muelle.

—Sí, cargando barriles —dijo despectivamente—. O baúles... o fardos. No, no me interesa. Me gustan las personas. Las quiero.

Francisco sonrió, conmovido.

—¿Y cómo os llamáis?

—Mansilla —contestó aquel hombre—. Francisco Mansilla.

—Yo también me llamo Francisco. Francisco Xavier.

—Llevamos el nombre de un gran santo —comentó, con su redonda cara resplandeciente—. San Francisco de Asís... Dicen que hablaba con los pájaros... Y con los lobos... ¡Menudo santo! Me hubiese gustado poder honrar mejor su nombre —musitó contrariado.

—Estoy seguro de que está muy contento de vos.

Francisco se retiró y procuró saber algo más de aquel hombre. Le informaron que, en efecto, había querido ser sacerdote, pero que no habían tardado en rechazarlo. Lo volvió a intentar en otro colegio, pero también lo rechazaron. Sí, el latín era el principal obstáculo, pero no el único. La filosofía, por ejemplo... Era incapaz de entender nada. Una vez había comentado que no creía que saber tantas cosas fuese tan necesario, que prefería aprenderse de memoria todo lo que Nuestro Señor había dicho mientras permaneció aquí abajo...

Cuando Francisco volvió a encontrarle, le preguntó a bocajarro si le gustaría acompañarle a la India.

Mansilla abrió mucho los ojos.

—¿A la India? —preguntó—. ¿Es de allí de donde vienen esos hombres morenos con las cabezas vendadas y esos trajes cubiertos de perlas y de esmeraldas?

—Sí, así es... Pero allí hay otros muchos hombres que no llevan nada de eso, porque son tan pobres como los enfermos de este hospital. Y además son paganos... Quiero ir allí para llevarles a Nuestro Señor Jesucristo y echarles una mano. ¿Querías ayudarme?

Mansilla meditó unos instantes.

—Creo que a san Francisco le gustaría eso —musitó, mientras se rascaba la cabeza—. Pero ¿de qué os valdría? —añadía—. No tengo sesos... ¿qué podría decir a esos hombres?

—Yo trataré de enseñarte —respondió Francisco—. Tendrás que escucharme atentamente y aprender de memoria cuanto yo te diga. Dentro de unos años podrás ser sacerdote.

Los ojos de Mansilla se iluminaron.

—Sería como un milagro —exclamó gozoso—. Como hablar a los pájaros...

* * *

A comienzos de marzo, Francisco conoció al nuevo Gobernador de Goa, que viajaría en el mismo barco que él, para tomar posesión de su cargo.

Don Martín Alfonso de Sousa era un hombre cordial y fanfarrón, con veinte años de experiencia en la administración colonial.

—Sí, he estado en la India antes —le dijo a Francisco Xavier—, y también en Brasil... Eso es vivir, Padre; vivir con todas las de la ley. Aquí, en Lisboa, uno puede apoltronarse y dejar que el trasero tome forma de almohadón... Pero en esas tierras... Os podéis ir preparando, porque un viaje como el que vamos a emprender no es como sentarse en el claustro de un monasterio y enseñar a los mozos el catecismo... Aunque a los mozos del barco un poco de catecismo tampoco les vendría mal... En fin, sed bienvenidos.

Francisco respondió que en ningún momento había pensado que se tratase de un viaje de placer.

—Desde luego que no... ¿Habéis viajado alguna vez en un velero? —preguntó el Gobernador.

Francisco negó con la cabeza.

—Pues, si no lo habéis hecho —prosiguió—, os espera más de una sorpresa. Nuestro navío, el *Santiago*, es bastante grande, unas quinientas toneladas, pero aun así... Sabed que cada pasajero tiene que cuidar de su propia manutención y procurar que no le roben la comida, que suele corromperse al aproximarse al Ecuador... El pan se llena de moho y de gusanos... ¡Condenados! Los tiene que haber hecho el demonio, no puedo creer que los haya hecho Dios... Perdonad, Padre, mi manera de hablar... Tendréis que corregirme cuando sea necesario. Su Majestad el Rey no tolera ese lenguaje, y menos a bordo. Cuento con vuestra ayuda... Sois benedictino, ¿verdad?

Francisco le dijo que no, que pertenecía a una Orden cuya principal tarea era la propagación de la Fe.

El Gobernador asintió.

—Magnífico, magnífico... Al sur de la India hay una isla llamada Ceilán. Allí no hay

moros ni judíos, solo paganos... Buena gente, lo mismo que su rey. Tal vez cosechéis frutos abundantes. En cuanto a lo que os he dicho sobre la comida a bordo, no tenéis que preocuparos. Os sentaréis a mi mesa... ¿Ya os han dicho lo que tenéis que llevar, qué clase de ropas y de enseres?

—El Rey me ha dicho que hable con el Conde de Castañeira, que él me indicará.

—Ah, sí, está bien. Él sabe mucho de eso. Todo un caballero, el Conde. Viaja a lo grande... Cuando viaje. Bien. Nos volveremos a ver más adelante, Padre.

Francisco salió encantado de la entrevista. El Gobernador era un hombre sumamente campechano. ¡Y qué suerte que ya hubiera estado antes en la India! Eso le ayudaría mucho al principio, porque estaba tan inquieto, tan desorientado, que no podía dormir... Conocía bien a los cristianos, por pecadores que fueran... Pero esos paganos, ¿cómo serían? ¿De qué forma tratarlos...? Había escrito al Padre Ignacio, expresándole sus dudas y temores, pero no había recibido respuesta. Además, no era justo echar esa carga sobre sus hombros... Eso, sin contar con que el Padre Ignacio había tratado con musulmanes, pero no con paganos... Sí, era una suerte poder contar con una persona como el Gobernador, con tantos años de experiencia...

Lo que Francisco no sabía era que Don Martín Alfonso de Sousa, como otros muchos portugueses, conocía a los hindúes, sí, pero solo de dos maneras: combatiendo contra ellos o teniéndolos postrados a sus plantas, como criados...

Su entrevista con el Conde de Castañeira fue muy distinta. Ejercía el cargo de Mayordomo de Palacio y era un hombre exquisito, de suprema elegancia, que hablaba con la estudiada afectación de los cortesanos.

—Encantado de conoceros, reverendo Padre —gorgojeó—. Estoy a vuestra entera disposición... Su Majestad el Rey me ha escrito recomendándoos... ¿Veis? Os leeré la carta: «Al Conde de Castañeira, mi amigo...». Como veis, el Rey me trata con toda confianza. Pero sigo: «... mi amigo: Como sabéis, Mestre Francisco Xavier y Micer Pablo de Camerino, clérigos de la Orden de San Pedro...». Una Orden nueva, ¿no es así, Padre...?

Francisco asintió, sin atreverse a corregir el error del nombre. Al fin y al cabo, el rey no tenía por qué saber cómo se llamaba una Orden todavía no erigida canónicamente.

—Ah, magnífico —prosiguió el Conde—, «... clérigos de la Orden de San Pedro, partirán pronto hacia la India. Os encomiendo, pues, y os solicito que dictéis las órdenes oportunas para que sean bien recibidos y alojados a bordo del *Santiago*. Procurad que a cada uno de ellos se le faciliten dos equipos completos de ropa, uno para la travesía y el otro para su llegada. Que se le den cuantos libros pidan y que se le provea también de medicinas y de provisiones, así como de cuanto sea preciso para el viaje...». Como veis, Su Majestad ha pensado en todo.

—Su Majestad —dijo con toda sinceridad Francisco— es demasiado amable con

nosotros.

—Supongo que ya tendréis *moço* de cámara —insinuó el conde.

—Sí —repuso Francisco sonriendo—, el mejor de todos: yo mismo.

El Conde sonrió también, pero de manera forzada.

—¡Ah, no! —repuso—; debéis llevar una persona que os sirva, con una librea decente... yo me ocuparé de eso.

—Por amor de Dios —replicó Francisco—, dispensadme de tales encumbramientos, señor Conde.

El elegante caballero alzó las manos al cielo.

—¡Un lacayo un encumbramiento! —exclamó con el tono de una madre que ve que su hijo se empeña en comer con los dedos—. ¡Pero si es indispensable!

Luego se calmó un poco y añadió:

—En fin, si eso os contraría tanto, pondré un simple criado a vuestro servicio, en lugar de un lacayo con librea.

—Señor Conde... no quiero lacayos ni criados —repuso Francisco con firmeza.

El Conde no salía de su asombro.

—Reverendo Padre, no podéis hacer eso. Tal vez no reparéis en lo que supondría en un país como este. El trabajo manual es algo despreciable y tendríais que trabajar mucho en el barco... Eso os desacreditaría, os quitaría toda autoridad entre los tripulantes y los pasajeros.

Francisco ya no pudo más y se levantó de su asiento.

—Señor Conde —dijo con contenida rabia—, es ese falso prestigio y esa falsa autoridad las que han desacreditado a la Iglesia de Dios, por culpa de algunos clérigos y prelados. El verdadero prestigio y la verdadera autoridad se adquieren lavándose la propia ropa y haciéndose la comida, sin tener servidores, y dedicándose en cuerpo y alma al servicio de las almas.

Al Conde de Castañeira hacía muchos, muchísimos años, que no le había hablado así nadie. Se le cortó la respiración y empezó a hincharse como un pavo, pero, antes de que pudiese expulsar el aire, Francisco ya había hecho una reverencia y se había retirado.

Una vez en la calle, mientras le envolvían los vulgares, honestos y conocidos olores a vino, a sudor y a ajo, Francisco se fue calmando. Gracias a Dios, no se le había ocurrido mencionar la carta que llevaba en el bolsillo de su raída sotana... No, no era una carta del Emperador, ni del rey Don Juan, aunque este quizá conociera lo que decía. Era más que eso, aunque hubiese llegado en un modesto sobre, acompañada por una breve nota escrita por Ignacio mismo. Porque se trataba de una Bula del Papa, escrita en fino pergamino, en la cual se nombraba a Francisco Xavier «Nuncio Apostólico de Su Santidad en las islas del Mar Rojo, Golfo Pérsico y Océano Índico, así como en las plazas y provincias de la India a este lado del Ganges y del promontorio llamado Cabo

de Buena Esperanza...».

Y todavía había más: una carta escrita por el mismo Papa a los «príncipes y gobernantes» de aquellas tierras lejanas...

* * *

El Doctor Cosme de Saraiva ya estaba un tanto «entonado» cuando subió a bordo del *Santiago*, y casi borracho cuando el navío comenzó a navegar, a velas desplegadas, por el estuario del Tajo.

—No hay nada mejor que un poco de vino para evitar el mareo —le explicó al Padre Xavier—. Os lo recomiendo...

Francisco lo miró con gesto severo y no respondió palabra.

—¿Es vuestro primer viaje en barco? —preguntó el médico.

—Sí, el primero.

—Me lo imaginaba —dijo gesticulando—. Os doy un par de días, a lo sumo una semana. Luego vendréis a mí para pedir consejo... Mejor dicho: me mandaréis aviso, porque no podréis moveros. No es el alcohol el que afloja las piernas en el mar, Padre...

Francisco apretó los labios. Todo para él era nuevo, distinto. Un mundo propio. Una especie de islote flotante, abigarrado, habitado solo por hombres...

—No va ninguna mujer a bordo, ¿verdad? —preguntó indiferente.

—No, Padre... Y podéis estar contento. Si las hubiera, tendríais que pasaros todo el día oyendo confesiones. En estos barcos nunca viajan mujeres. Es mejor así. La tripulación no echa de menos a las tuyas, que se quedan en tierra, y los pasajeros son todos aventureros deseosos de hacer fortuna... Además, al Gobernador no le gusta que los hombres casados vayan a la India. Prefiere que se casen allí con las nativas. Muchos lo hacen... Es una buena política. Así se extiende por el mundo la sangre portuguesa. Un poco mezclada, sí, pero eso no es malo, ¿no os parece...?

Francisco estaba perplejo. No sabía si el Doctor Saraiva hablaba en broma o en serio.

—Me han dicho —prosiguió el físico— que sois un invitado del Capitán y que os sentaréis a su mesa con el Gobernador y su séquito.

Francisco asintió con la cabeza.

—Un buen hombre, el Gobernador... Y con suerte. Ganó fama en Brasil, hace cinco años... Y ahora, Virrey de la India. Eso supone medio millón de doblones al año, por lo menos... ¡Fabuloso país!... Una mina. Allí todo es objeto de compraventa: puestos, cargos, títulos, oficios... Y luego están los recaudadores de impuestos. Nadie les pregunta lo que recaudan con tal de que entreguen fuertes sumas al Gobernador... De Sousa sabe todo eso. Lo malo es cómo transportar luego a Portugal tantas riquezas... Siempre hay peligro de naufragar, como de ser asaltado por los piratas, tanto a la ida como a la vuelta... Por suerte, el *Santiago* es un navío sólido... Viajo en él por tercera

vez. Y además lleva al Virrey. Lo malo es que el mar no respeta a nadie...

—El mar también es siervo de Dios y está sometido a su Providencia —sentenció Francisco.

El Doctor hizo un gesto despectivo.

—¡Menudo siervo! Caprichoso, voraz, insaciable...

—Lo mismo que nosotros, los hombres...

—Decís eso porque no lo conocéis. Padre. He encontrado hombres capaces de matar a su padre por una pieza de oro... o por un trago, pero ninguno tan despiadado como el mar... Además, hace a los hombres crueles, inhumanos...

Se interrumpió y lanzó una sonora carcajada.

—Será mejor que no prosiga —murmuró—. Acabaría por aterrorizaros.

—No me asustáis, os lo aseguro —respondió Francisco.

El Doctor se encogió de hombros.

—Tanto mejor —dijo—. Pero recordad lo que os he dicho. Dentro de unos días pensaréis de otra manera. Entonces, no dudéis en consultarme. Quedad con Dios, Padre...

Y se alejó por cubierta, con las piernas un tanto arqueadas, pero pisando firme.

Francisco respiró hondo. El aire parecía más fresco ahora que el médico estaba lejos y no sentía su aliento...

El día era maravilloso: una mañana de abril, tibia y soleada... Un don de Dios, como tantos otros. Porque no era una simple coincidencia el que hubiesen levado anclas el mismo día del mismo mes en que había nacido, treinta y cinco años antes... Y eso que le había contrariado mucho que la partida del barco, prevista para finales de marzo, se hubiese retrasado a causa del mal tiempo. Le quemaba el alma lo que Ignacio le había dicho al despedirle en Roma —«Prende fuego a todo»— y ardía en deseos... Le hubiese gustado estar ya en la India, bautizando paganos. Pero Dios siempre sabe lo que hace, y ahora el *Santiago* desplegaba sus velas el día de su cumpleaños...

Contempló unos instantes a los hombres que llenaban la cubierta y el puente: marineros, soldados, mercaderes, oficiales, aventureros, leguleyos, caballeros, criados... y un buen número de expresidiarios. Todos ellos, durante varios meses, constituirían su «rebaño»... Cerca de setecientas almas a su cargo.

Lenta y majestuosamente, la nao siguió avanzando por las aguas del Tajo. Velas y aparejos proyectaban sus cambiantes sombras en cubierta, y de las embarcaciones amarradas a ambas orillas del estuario llegaban roncós gritos de despedida y un multicolor flamear de banderolas y pañuelos. Galeones y galeras, carracas y carabelas, cárabas y faluchas, zabias y balandros saludaban a su hermano mayor, a punto de emprender el más largo viaje conocido al país del oro y los esclavos, de las piedras preciosas y de las mujeres de ojos negros y almendrados... A ese país fabuloso que

ignoraba aún que el Hijo de Dios había muerto y resucitado para salvarnos...

El fuerte que dominaba la salida del Tajo disparó un cañonazo... El de la buena suerte, como lo llamaban. Luego, una columna de humo se elevó al cielo, ocultando por un instante la imponente Torre de Belém, fortaleza, iglesia y monasterio.

De pronto, entre la tripulación estalló una especie de tumulto. Los marineros corrieron hacia un punto de cubierta y rodearon a dos hombres que se batían a duelo. Francisco oyó el entrechocar de los aceros y se abalanzó sobre los que formaban círculo con tal ímpetu que todos retrocedieron.

Aquellos dos individuos, dos forzudos matones, se acechaban mutuamente, provistos de largos cuchillos. Francisco se puso en medio y luego clavó en ellos sus ojos, que relampagueaban de furia.

—¿Cómo te llamas? —preguntó a uno de ellos con tono firme y resuelto, mientras le sujetaba el brazo.

—Oliveira... Padre —dijo entrecortadamente.

—¿Y tú? —preguntó al otro, atenazándole la muñeca con la mano.

—Ortao... pa... para servirle.

—¿Y para qué vais a la India?

—Para hacer fortuna —repusieron ambos, casi a coro.

—¿Y creéis realmente que la mejor manera de lograrla es degollaros mutuamente? —preguntó Francisco sin soltarles el brazo.

—Pero, Padre, es que este ha dicho que yo era... —se disculpó Oliveira.

—No importa lo que dijera... ¿Por qué lo ha dicho?

—Porque me empujó, Padre —repuso el otro—. Lo hizo aposta y estuve a punto de caer por la borda y...

—Yo no hice eso...

—¡Callaos! —ordenó Francisco, aumentando la presión sobre los brazos de aquellos dos hombres, que seguían forcejeando para tratar de librarse de las manos que los atenazaban y volver a enzarzarse—. Si seguís comportándoos como dos mentecatos, jamás haréis fortuna, aunque encontréis una mina de diamantes... Lo que queríais hacer no es solo una locura, sino también un horrendo pecado... Así que reconciliaos... Daos la mano. ¡Vamos!

De mala gana, e impelidos por Francisco, aquellos dos hombres hicieron las paces.

—Así está mejor —dijo el sacerdote—. Ahora, venid conmigo, que vais a confesaros...

Soltó sus brazos y se dirigió presuroso a la toldilla de popa, seguido por los dos mocetones, que caminaban cabizbajos.

El Doctor Cosme de Saraiva, que contemplaba la escena desde lejos, con una bota de vino en la mano, no pudo evitar que una expresión de asombro iluminase su cara.

—Extraña manera de comportarse en la mesa —comentó el señor Don Diego Pereira—. No sé si Vuestra Excelencia lo habrá observado, pero vi cómo ese fraile o lo que sea se llevaba toda su comida envuelta en una servilleta...

El Gobernador sonrió con indulgencia.

—No se lo toméis en cuenta, Señor Pereira... Hizo lo mismo en la mesa del Rey, según me han contado...

—¿Es que ha hecho voto de comer a solas?

—Nada de eso. Es muy amigo de esa chusma de las bodegas... Les lleva comida en cuanto puede... y no desaprovecha ninguna oportunidad, como habéis observado. Es un buen hombre.

Pereira vació su copa y se limpió los bigotes.

—Será un buen hombre —gruñó—, pero es de lamentar que Vuestra Excelencia no pueda gozar de la compañía de algún clérigo más... comunicativo en este viaje. Apenas despega los labios, y en cuanto a sus dos compañeros... Bueno, uno tampoco habla mucho y el otro es como un elefante... Ni siquiera es sacerdote, según me han dicho.

Don Martín Alfonso de Sousa lanzó una inquisitiva mirada al rico mercader.

—No sabe lo que lamento que los invitados a mi mesa no sean de su agrado —dijo cortante.

El Señor Pereira enrojeció hasta el cuello, con tantas estrías como el de un galápago.

—Excelencia —murmuró—, es un gran honor sentarse a su mesa. Precisamente por eso me hubiese gustado ver en ella alguien más... preparado que esos monjes, o frailes, o lo que sean... Corrían rumores de que el Nuncio Apostólico viajaría en este barco, pero, por lo que se ve, no era cierto.

—Os equivocáis, Señor Pereira —repuso el Virrey, triunfante—: El Padre Francisco Xavier es el Nuncio Apostólico...

El efecto que sus palabras causaron en el mercader pareció regocijarle.

—En ese caso —repuso Pereira, dispuesto a no dar su brazo a torcer—, debe de ser que el Santo Padre está tan arruinado que no puede equipar a sus nuncios de manera adecuada, ni proporcionarles un séquito digno de su rango... Es penoso comprobar que las cosas hayan podido llegar a tales extremos...

Don Martín se acarició la barba, entreverada de diminutas perlas.

—Puede que tengáis razón —comentó dubitativo—, pero no lo creo... No, no se trata de eso. Por cierto —añadió enseguida con tono resuelto—, os ruego encarecidamente que no hagáis uso de lo que os he dicho. Su Majestad el Rey tuvo la gentileza de informarme de ello, pero el Padre Francisco prefiere que no se sepa, al menos hasta llegar a la India.

—Comprendo, comprendo... —dijo el Señor Pereira haciendo un guiño—. El

Nuncio papal viaja de incógnito, como solía hacer Harún-al-Rachid, el viejo Califa...

—¡Señor Pereira! —exclamó airadamente el Virrey—. ¿Osáis comparar a un hombre de Dios con un infiel, aunque sea califa?...

Y, sirviéndose vino, apuró de un sorbo la copa.

—*Mea culpa!* —repuso el mercader golpeándose el pecho—. Disculpádmeme por haber dicho eso.

—Incógnito... —murmuró el Virrey de Goa y Gobernador de la India—. Habéis dado con la palabra justa. Hasta ahora creía poder situar a los hombres y descubrir cómo eran, pero este... No me embaraza deciros, Señor Pereira, que hay algo en el nuevo Nuncio que no comprendo en absoluto. No me preguntéis qué es, porque no podría decíroslo...

* * *

—Uno, dos, tres... cuatro... —contó Mansilla torpemente, horadando el aire con su enorme dedo índice—. No veo el quinto.

—¿Qué estáis haciendo? —le preguntó Francisco.

—Contando los barcos... Se ha perdido uno. ¿No habían partido cinco?... Ahora no hay más que cuatro.

Francisco sonrió, compadecido.

—Olvidas el nuestro —dijo.

—¡Oh, tenéis razón! —exclamó Mansilla abriendo mucho la boca—. Entonces no se ha perdido ninguno...

Francisco no respondió, pero entregó al gigante una servilleta anudada, repleta de comida.

—Anda, ve y entrega esto al anciano que se ha roto una pierna. Dile que procuraré llevarle algo de vino... Por cierto, ¿dónde está el Padre Camerino?

—Confesando, Padre.

—Está bien. Anda, corre.

Mansilla se alejó, balanceándose. Seguía siendo incapaz de recitar el Credo en latín sin equivocarse, aunque había mejorado algo. Al fin y al cabo, no habían hecho más que comenzar el viaje...

Francisco contempló el sol poniente. Se acercaba la hora de la oración de la tarde. Se acercó a la toldilla de popa, abriéndose paso entre pequeños hornillos de leña en los que grupos de hombres, en círculo, cocinaban su cena. Eran, probablemente, los últimos, los más débiles, que habían tenido que esperar a que los demás les dejaran sitio.

Trepó por la escalerilla y, ya en la cubierta de popa, observó los cuatro navíos que seguían al *Santiago* con las velas desplegadas. Parecían surgir de las aguas del océano como extrañas flores marinas —blancas, ocre, amarillas— que el sol poniente

tornasolaba.

Cinco naves. Cinco. La flota que, una vez al año, enviaba Portugal al lejano Oriente. De ellas, a veces, solo una llegaba. Era confortador verlas; sin las otras, el *Santiago* hubiese sido como un gigante solitario, perdido en esa inmensidad púrpura, verde, azul o gris que era la mar oceánica...

Desechó esos pensamientos y rezó unos instantes, en silencio, para dar tiempo a que aquellos pobres hombres de abajo concluyesen su cena. Luego, cuando hubieron terminado, alzó sus brazos al cielo, hizo la señal de la Cruz y gritó bien alto: «*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti...*».

Veinte, treinta, cincuenta rostros se volvieron hacia él y otras tantas manos hicieron la señal de la Cruz mientras Francisco incoaba la Letanía Lauretana —que era el broche de oro de la jornada en los navíos de la Real Flota de las Indias— y todos —pasajeros y tripulantes— contestaban a coro:

—Señor, tened piedad...

—Señor, tened piedad...

—Cristo, tened piedad...

—Cristo, tened piedad...

Uno a uno, todos los pasajeros y tripulantes se fueron acercando desde el castillo de proa, la toldilla de popa, las cubiertas, con las manos juntas y los rostros iluminados.

—Santa María:

—Rogad por nosotros.

—Santa Madre de Dios:

—Rogad por nosotros.

—Santa Virgen de las vírgenes:

—Rogad por nosotros...

Mercaderes y oficiales, aventureros y expresidarios, caballeros con calzas y casacas de brocado, funcionarios con gorgueras almidonadas, rudos marineros con anillos en las orejas, guardias del séquito del Virrey con las manos en la empuñadura de la espada, todos rezaban. Incluso el Virrey, sombra solitaria de terciopelo negro, asomó a la puerta de su camarote para unirse a la plegaria.

—Madre purísima:

—Rogad por nosotros.

—Madre castísima:

—Rogad por nosotros...

Muchos de los presentes serían implacables con el enemigo. Muchos no eran puros ni castos... Pero lo sabían. Sabían que eran pecadores, primer paso para ser misericordiosos. Y también sabían que tenían una Madre en el cielo a la que querían y honraban.

Madre del buen consejo:

—Rogad por nosotros...

El buque entero era una plegaria. Las invocaciones henchían las velas, como una fuerza recóndita que impulsara la nave; como el ornato vivo, palpitante, de ese inmenso manto de la Virgen formado por el azul del cielo sobre el azul del mar y de las olas...

* * *

El manto azul se había desvanecido. Ahora el navío danzaba vertiginosamente en un caos de olas enfurecidas y espumeantes de rabia que subían y bajaban.

Los otros cuatro barcos habían desaparecido. Inútil disparar un cañonazo de aviso en tales circunstancias. Inútil e innecesario, porque no había peligro de que un navío corsario les atacase en aquellas aguas.

Francisco ya era víctima del mareo, lo mismo que el Padre Pablo y Mansilla, a quien un fuerte golpe de viento había hecho caer de una escala.

—Empiezo a dudar de que esto sea bueno —había dicho, indignado—. Si Dios hubiese querido que el hombre navegara, habría hecho el mar tan firme como la tierra que pisamos...

El Padre Pablo le replicó que en tierra firme también había terremotos y riadas, pero no logró convencerle.

Arrastrándose, Francisco logró hacerse con un cubo de agua que no consiguieron beber antes de que se derramase. A través de la portañola, podían ver la interminable sucesión de olas enloquecidas que unas veces se arremolinaban o rompían contra los costados del barco y otras abrían simas profundas en el agua o se erguían como montañas. La nao, como otra Arca de Noé, parecía descender de pronto a los infiernos y luego, súbitamente, remontarse hasta un cielo del que Dios Nuestro Señor se hubiese ausentado; temblaba y se estremecía como un ser humano, haciendo castañetear con siniestros crujidos el maderamen del casco. Los fardos de la bodega se proyectaban contra el techo y luego caían estrepitosamente al suelo. Portillos y mamparas golpeaban con tal fuerza que, como los huesos del cuerpo, parecían descoyuntarse... No había ritmo ni simetría de ninguna clase en aquellos movimientos infernales. Hasta respirar resultaba difícil en medio de aquel torbellino interminable.

No solo quienes navegaban por primera vez, sino hasta los marineros más avezados estaban convencidos de que el final se acercaba. Juramentos y plegarias se alternaban, entremezclados con los gritos y lamentos de quienes habían resultado heridos al caerles encima un tonel, una barrica o un pesado fardo.

Palmo a palmo, Francisco consiguió arrastrarse para acudir en ayuda de un pobre hombre cuyas piernas habían quedado aplastadas por un enorme fardo, pero, cuando logró llegar hasta él, observó desolado que tenía también destrozado el cráneo. Era un

hombre joven que sin duda se dirigía a la India en busca de fortuna. Recobró el conocimiento unos instantes y, por señas, pidió la absolución al sacerdote. Francisco le absolvió, pero le fue imposible administrarle la Santa Unción o darle el Viático. La fuerza demoníaca de la tempestad se lo impidió, entre bramidos triunfales...

Gritos de «¡Confesión!... ¡Confesión!» llegaban de todas partes y Francisco prosiguió arrastrándose de un lugar a otro. En otras dos ocasiones tuvo que cerrar los ojos a otros dos desgraciados.

La tempestad siguió rugiendo toda aquella noche y no cesó durante doce días completos. No era posible encender ningún fuego, por lo que incluso aquellos que todavía hubiesen podido comer algo a pesar del mareo, tuvieron que contentarse con un poco de pescado ahumado, galletas y agua.

Al tercer día cayó un barril sobre un tal da Silva, un borrachín empedernido que yacía a solo unos pasos del lugar en que el Padre Pablo y Mansilla dormitaban juntos. Murió al instante. Rezaron por él, y Mansilla, a pesar del mareo, procedió a amortajar el cadáver.

—Ha sido un barril de vino de Madeira lo que le ha matado —comentó con Francisco—. Me había dicho que el vino lo mataría más pronto o más tarde... Lo decía en broma, pero Dios le ha hecho caso...

Francisco estuvo a punto de reprenderle severamente, pero no llegó a hacerlo. Sabía que Mansilla era incapaz de decir algo que casi sonaba a blasfemo. Era que el pobre no sabía expresarse...

Con frecuencia, veía al Doctor Saraiva correr dando tumbos al cuidado de los heridos o de los enfermos. Parecía poco afectado por el frenético voltar del barco, aunque a veces caía al suelo y tenía que proseguir arrastrándose a cuatro patas. ¿Estaría borracho?... Imposible saberlo en aquellas circunstancias. En cualquier caso, las recetas del médico eran siempre las mismas: una sangría o una purga, cosas ambas capaces de matar a un caballo.

Al concluir el día duodécimo, la tempestad comenzó a amainar, pero como todo el carbón y la leña que había en el barco estaba empapada, fue imposible encender ningún fuego, aunque tanto la tripulación como los pasajeros estaban ateridos y extenuados. Con todo, algunos lo intentaron, pero fue tal la humareda que la guardia del Virrey tuvo que intervenir para apagarlos, haciendo uso de sus armas.

Cuando los primeros trozos de leña empezaron a secarse, los pasajeros más fuertes y atrevidos los arrebataron y se pusieron a cocinar como fieras salvajes. Uno de ellos estuvo a punto de matar a Francisco cuando intentó obtener un puchero de potaje para dárselo a los enfermos que no podían moverse. El capitán mandó que al agresor le pusieran grilletes, pero Francisco rogó que se los quitaran «si aceptaba la penitencia que él le impusiese». El hombre asintió y Francisco le hizo abstenerse de comer comida

guisada durante una semana y dársela a los enfermos.

Un día, alguien descubrió que cinco individuos se habían aprovechado de la confusión reinante durante la tormenta para robar objetos valiosos a muchos pasajeros. El Capitán constituyó un tribunal, escuchó a los testigos, examinó las pruebas y condenó a cada ladrón a cien latigazos. Francisco le suplicó en vano que tuviera merced: el Capitán se mostró inflexible.

—Un barco sin disciplina marcha hacia la ruina, Padre, y yo soy quien ha de evitar que tal cosa suceda. Le ruego encarecidamente que no vuelva a pedirme clemencia en este viaje.

Cuatro de los cinco reos sobrevivieron a la ejecución de la sentencia. El quinto murió por la noche, con Francisco a su lado.

Pocos días más tarde, la Real Flota de Indias, con el *Santiago* al frente, entraba en la Región de la Muerte.

* * *

«Región de la Muerte» era el nombre que Vasco de Gama había dado a las costas de Guinea.

—Ahora os daréis cuenta —dijo a Francisco el Doctor Saraiva— de que el mar puede ser más peligroso cuando se calma que cuando ruge como impulsado por todos los diablos.

Francisco no dijo nada. Se limitó a seguir mezclando las pócimas y ungüentos que necesitaban los ochenta y tantos enfermos y heridos que había a bordo. Ayudado por Mansilla —increíblemente hábil con sus enormes dedos— colaboraba con el físico, que no daba abasto para atenderlos a todos. Sabía, sin embargo, que Saraiva estaba en lo cierto, aunque apenas hacía una semana que se habían internado en la Región de la Muerte.

No soplaba ni una brizna de viento. Las velas caían flácidas, desmayadas, y el navío parecía estar anclado en medio del océano.

Todo era quietud y silencio. Cuando algo o alguien se movía, parecían quebrarse las leyes de la naturaleza, porque la Región de la Muerte exigía inmovilidad absoluta.

El sol caía a plomo sobre el barco. ¡Y qué sol!... Abrasaba la piel, secaba la garganta, ponía círculos de fuego en torno a los ojos legañosos, hacía delirar a muchos, como a los hermanos Gómez, refugiados en la bodega, donde el calor, por la humedad, era aún más insoportable... Todo el mundo quería beber agua, pero no era tan fácil, porque el Capitán la había racionado. Se había convertido en un precioso líquido, aunque estaba caliente y apestaba.

Los alimentos se estaban corrompiendo. El pan y la carne estaban llenos de gusanos y las semillas germinaban...

—No tardarán en darse los primeros casos de escorbuto —sentenció el Doctor Saraiva—. ¿Todavía no habéis perdido ningún diente, Padre?

Francisco negó con la cabeza y siguió preparando las pócimas. Luego, al cabo de un rato, preguntó:

—¿Cuánto suele durar esto?

—No sabría decíroslo —repuso acariciándose su negra barba—. Ni tampoco el capitán... Solo Dios podría contestaros.

* * *

Una semana transcurrió, y luego otra y otra. Cada día, Francisco tenía la impresión de que no podría soportar otro semejante.

El *Santiago* se había convertido en un buque fantasma. El mar —terso, plomizo—, en espectral océano. Lo único que se movía, que parecía tener vida propia, era el mundo diminuto que bullía en el pan, en la carne, en el agua... Con todo, los hombres, extenuados, se avalanzaban sobre ese pan verdoso, sobre esa carne agusanada, sobre esa agua putrefacta. El agua, sobre todo, era para ellos como el elixir de la vida, más valioso y deseable que todos los tesoros de Catay y de las Indias... Un cazo lleno cada cuatro horas, desde la salida del sol hasta el ocaso, y nada por la noche... Había quien arrebatara el cazo de los labios de otro, más débil y extenuado. Francisco, a lo largo de las últimas semanas, había visto esta escena varias veces y siempre había arrebatado el cazo al ladrón y se lo había devuelto al expoliado. Solo en dos ocasiones había tenido que hacer uso de la fuerza... de la poca fuerza que le quedaba. Él, por su parte, solía compartir su ración con quienes habían sido privados de la suya en otra parte del barco.

—Si seguís haciendo eso —le había advertido el Doctor Saraiva—, no llegaréis vivo a la India, Padre.

Su tono era severo, pero no exento de un punto de admiración.

El Doctor estaba en lo cierto, como pudo comprobar Francisco cuando todo lo que le rodeaba empezó a dar vueltas y se puso negro...

Despertó en el camarote del físico.

—No es nada —le tranquilizó este—. Le he sangrado un poco. Volveré a sangrarle mañana. Tome, beba un buen trago de agua... ¿Ya se encuentra mejor?

Sí, estaba mejor. Pero durante tres días consecutivos hubo que sangrarle.

—A mí también me ha puesto sanguijuelas tres veces —comentó Mansilla malhumorado—. Yo creo que ese hombre se bebe la sangre... ¿Puede un hombre emborracharse con sangre?...

Y seguía sin levantarse un soplo de viento. La Región de la Muerte mantenía al *Santiago* apresado en sus redes. Poco a poco, despacio, el calor iba chupando la sangre a todos, tripulantes y pasajeros, que yacían aletargados, en alucinado silencio. Solo cuando

se distribuía el agua, se erguían como galvanizados, gruñendo, boqueando y riñendo.

Cada vez se hacía más difícil compartir un poco de agua. La ración resultaba a todas luces insuficiente y, para no desesperarse, había que evitar pensar que quedaban cuatro horas para beber otro trago.

No era fácil rezar. El *Padrenuestro*, el *Avemaría*, la *Salve*, se confundían en la mente, y, si se leía el Breviario, las letras del Oficio Divino saltaban y brincaban como si, ellas también, quisieran lanzarse al agua.

Día tras día moría alguien. Ayer, ocho; hoy, diez... ¿Mañana?...

Era casi imposible rezar la Letanía Lauretana por las tardes. Las invocaciones se negaban a salir de las gargantas, reseca y apergaminadas. Francisco recorría las cubiertas, alentando a los más extenuados, que elevaban hacia él sus rostros macilentos y sus hundidos y apagados ojos.

—No os preocupéis, amigos... Dios os oye... Yo rezaré por vosotros...

Algunos trataban de responder a las invocaciones, pero de su boca no salían más que roncros susurros. Entonces, Francisco, compadecido, los bendecía, extendiendo su brazo.

Con frecuencia, se dirigía a la *ciudadela* (como solía llamar al castillo de popa, donde estaba el camarote del Capitán, el del Virrey y dos más para su séquito) para pedir ayuda y tratar de evitar que muriera algún pobre hombre cuya vida pendía de un hilo. Generalmente, pedía que le dieran una copa de vino y, cuando se la daban, la volcaba en un cazo que escondía bajo su sotana y llevaba presuroso al enfermo.

Incluso en la «ciudadela» reinaba el mal humor, aunque aquellos caballeros disponían de abundantes provisiones y habían instalado un toldo para proteger sus camarotes de los rayos del sol. Más abajo, en cubierta, los hombres luchaban a puñetazos y patadas para hacerse con una miserable sombra; dos de ellos, que no habían conseguido estar a la sombra desde hacía varios días, se volvieron locos y saltaron por la borda; en unos instantes los tiburones dieron buena cuenta de ellos, sin que nadie pudiera hacer nada para evitarlo.

—Nos rodean por todas partes —comentó Mansilla con repugnancia—. Los he visto. Son tantos que no he podido contarlos. Parece como si estuvieran esperando a que todos terminemos así.

Un martes (¿o fue un miércoles...?, no, no, un martes), el Doctor Saraiva tuvo que aplicar sanguijuelas de nuevo a Francisco y a Mansilla. Francisco había tenido que intervenir en un duelo entre dos caballeros del séquito del Virrey; cuando logró separarlos y les preguntó por qué se batían, ninguno lo recordaba, aunque le dieron a entender que debía de haber sido por una terrible ofensa...

—¿Imagináis, caballeros, lo que pensaría Nuestro Señor si tuvieseis que comparecer ante su presencia y le contarais esa estúpida historia? —repuso indignado Francisco.

Un día, se hizo ya imposible permanecer en el interior del barco, en los camarotes o

en las bodegas, porque el navío entero era como un horno inmenso. La cera y la grasa, el sebo y la manteca, e incluso la brea que unía el maderamen, se derritieron, y en el casco, por encima de la línea de flotación, empezaron a abrirse grietas y fisuras.

Luego, de repente, sobrevino la lluvia.

Cuando los pasajeros vieron las nubes que se perfilaban en el horizonte, se llenaron de júbilo, pero el rostro de los marineros se tornó aún más sombrío.

Cayeron las primeras gotas, densas, cálidas. Luego se desató el diluvio. El barco quedó anegado en un par de minutos. Después, cesó de llover de pronto.

Al atardecer se desató otro torrencial aguacero, que duró diez minutos.

A la mañana siguiente, el Doctor Saraiva estaba más ocupado que nunca. Más de la mitad de los hombres a bordo tenía hinchazones y rojeces en los sobacos y en las ingles.

—No, no es la peste, a Dios gracias —dijo el doctor a Francisco, que había visto parecidas infecciones en los hospitales de Roma y de Venecia—, pero es muy doloroso. Hasta la lluvia, en estas latitudes, está podrida...

Siguieron cuatro días de calor insoportable que costó la vida a quince pasajeros. Luego, se levantó un poco de viento y la Región de la Muerte empezó a quedar atrás. Surgieron negras nubes de improviso, retumbó lejano el estampido del trueno, y el mar, hasta entonces una balsa de aceite, se rizó, espumeante, al soplo de la brisa. Finalmente, se desató un fuerte viento y las olas, primero suaves dunas, terminaron por convertirse en colinas altivas. Las velas del *Santiago*, hinchadas poco a poco, se pusieron tensas.

—¡Avanzamos! —gritó Mansilla, gozoso.

—Gracias a Dios —suspiró el Padre Camerino—. Creo que no hubiese podido aguantar un solo día más.

El Doctor Saraiva hizo un gesto despectivo.

—El problema no es ese —sentenció, sombrío—. El que tiene que aguantar es el navío, y el calor lo ha desencuadrado. Rogad a Dios que resista, porque, si no, los tiburones darán buena cuenta de nosotros *todos*...

* * *

El *Santiago* aguantó. Un centenar de veces, en las semanas que siguieron, pareció que no lo lograría, pero lo hizo, aunque la tripulación tuvo que trabajar febrilmente para reparar los daños causados primero por la tempestad y luego por los tórridos calores.

El bochorno, gracias al movimiento del barco y a la brisa, ya no era insoportable, pero el agua y las demás provisiones seguían estando corrompidas, por lo que, tras la pasajera euforia, un mayor descorazonamiento hizo presa en muchos. Ya no les interesaba llegar a puerto. Uno a uno, se fueron refugiando en las oscuras sentinas y en las húmedas bodegas, como si quisieran regresar al vientre materno, donde no hay que tener valor ni buscar el alimento...

Fue entre ellos donde cundió la muerte, pues no eran capaces de ofrecer resistencia a la enfermedad y al desaliento. Francisco hizo todo lo que pudo, vendando sus heridas y lavando sus pústulas sanguinolentas, pero, a pesar de sus cuidados y de las purgas y sangrías del médico, muchos de ellos fallecieron.

Luego, un día, la tempestad estalló de nuevo, con tal violencia que convirtió al buque en un único cuerpo, doliente y enfermo. Las encías sangrantes, las úlceras, los diviesos; los piojos, las lombrices, los gusanos; el agua corrompida, la falta de alimentos... Todo, todo —incluso la desesperación o el desaliento— se desvaneció en un instante ante la amenaza brutal de una muerte inminente. Era como si un demonio cruel juguetease con ellos, haciéndoles ver, de golpe, lo mucho que, a pesar de todo, apreciaban la vida, por miserable que fuese.

Olas de un tamaño que jamás habían visto rompían sobre el barco, envolviéndolo en cascadas de espuma nacarada.

—Es la prueba definitiva —musitó el Doctor Saraiva mientras sangraba a Francisco por enésima vez—. Tal vez la supere o tal vez no... Vos, desde luego, no, a menos que dejéis de comportaros como si fueseis el padre y la madre de cada uno.

—Eso —dijo Francisco con voz muy débil— es lo que debe ser un sacerdote.

Y se desmayó.

De Saraiva estalló en juramentos.

—Un físico de mierda, eso es lo que soy yo... Como todos. Ignoramos por completo el arte de curar. Somos... somos simples carniceros... ¡Ah!, pero cómo me gustaría saber, aunque fuera tan solo un poco, para curar a este cretino, a este necio... a este condenado santo... Sois demasiado bueno para morir aquí, en este maldito barco... ¿Me oís?...

—No —repuso Mansilla, que, estólidamente, se mantenía a su lado—. No os ha escuchado, porque, si lo hubiera hecho, habría tenido que echaros a patadas... Además, Don Francisco no necesita que le curéis.

—¿Ah, no?... ¿Y por qué?

—Porque se pondrá bueno.

—¿Y cómo lo sabéis?

—Dios le necesita. No tengáis cuidado...

Y, como si nada hubiera dicho, se puso a frotarle, con amorosa energía, la espalda y los brazos.

* * *

Cuando amainó el temporal, una procesión de espectros brotó de las entrañas del barco llevando en sus brazos macilentos toda clase de objetos —mantas, libros, ropas, cestos— para que se secaran al sol, de tal forma que la cubierta se convirtió en una

especie de mercadillo de pueblo en el que nadie compraba ni vendía.

El mar seguía embravecido, pero ahora sus movimientos eran rítmicos y el navío cortaba las aguas sin bruscas sacudidas.

—Lo peor ya ha pasado, creo —dijo el Doctor Saraiva, ceñudo—, pero no para vos, Padre, a menos que sigáis sin moveros durante unos días, hasta que doblemos el Cabo...

—¿Cómo sabéis que ya estamos cerca? —preguntó Francisco.

El físico hizo una expresiva mueca.

—¿Veis aquel viejo marinero de piel curtida y barba entrecana?... Es Márquez, el segundo timonel.

—¿El que se está cambiando la camisa?

—El mismo... ¡Eh, Márquez!

—Diga, Doctor...

—Eso que estáis haciendo quiere decir que...

—Sí, Doctor —dijo contemplando la camisa que acababa de ponerse, una vieja prenda sucia y raída—. Ya sabe que siempre cambio de camisa cuando doblamos el Cabo.

—¿Lo veis? —dijo Saraiva a Francisco—. Lo que yo os decía.

Al atardecer, vieron la Cruz del Sur, que parpadeaba en un cielo sin nubes de tormenta. Mansilla estaba eufórico.

—No sabía —dijo— que Dios también llevase una cruz pectoral... Y mucho más brillante, por cierto, que la del Abad benedictino que me expulsó del noviciado...

* * *

Por fin, los cinco navíos navegaban juntos de nuevo y, a bordo de cada uno de ellos, reinaba la alegría por haber sido capaces de superar todos los peligros.

Sin embargo, no habían terminado los riesgos. El más importante, el del estrecho de Mozambique, lleno de ocultos arrecifes y dominado por corrientes opuestas. La sonda, allí, marcaba cincuenta brazas de profundidad en un punto y quince en el siguiente. El viento cambiaba a cada momento, hasta veinte o treinta veces en una sola noche. La tripulación terminaba rendida tras tanto cambiar el rumbo y plegar y desplegar las velas, y el Capitán no podía abandonar el puente de mando ni un solo momento.

Las provisiones escaseaban y las pocas que quedaban estaban medio podridas o podridas del todo. Lo único que se podía comer eran judías en aceite o pan en aceite. Hubo que tirar la carne al mar y Mansilla comentó que, si hubiese habido más, habría acabado con todos los tiburones...

El día de la Asunción de la Virgen se desencadenó otra tormenta, pero Francisco no por eso dejó de predicar, como todos los días de fiesta.

—No irá nadie a escucharos —murmuró el Padre Pablo de Camerino—, con este

maldito tiempo...

—Vendrán —comentó Mansilla—, porque es el día de la Virgen. Y, si no vienen —añadió—, serán los peces los que saquen la cabeza del agua para oíros.

Vinieron. Juntos, arracimados, apoyándose unos en otros para sostenerse... Varios cientos de espectros hambrientos y famélicos se reunieron en cubierta para escucharle.

Habló a todos al mismo tiempo, pero parecía que estaba conversando con cada uno de ellos. Y lo que les decía era... que estuviesen contentos...

Aquellos hombres olvidaron los crujidos del casco, el crepitar de la lluvia, los silbidos del viento. Hombres desdentados, con las encías inflamadas, tiritando de fiebre, escuchaban absortos, sonrientes.

—No comprendo cómo pueden oírle, en medio de tan terrible tormenta —comentó el Padre Pablo.

—Lo mismo que escuchaban los pájaros a san Francisco —replicó triunfante Mansilla.

* * *

Tres días más tarde divisaron tierra firme.

—No penséis encontrar un paraíso tropical —comentó el Doctor Saraiva—. Mozambique es una isleta de coral con un clima pestilente... Lo más apropiado para acabar de una vez con los que están luchando entre la vida y la muerte... Al fin y al cabo no es más que un presidio.

—Me espera, pues, un buen trabajo —murmuró Francisco.

—Pero no ahora —replicó Saraiva—. Necesitáis descansar algún tiempo. ¡Tenéis que obedecerme! Es casi un milagro que os tengáis en pie... ¿Es que no queréis llegar vivo a la India?

—Si es preciso, podéis sangrarme otra vez —dijo Francisco, sonriente—. Ya estoy acostumbrado.

—Lo que tenéis que hacer es descansar ocho o diez días —dijo el Doctor, con énfasis—. Después, ya veremos... Tenemos tiempo de sobra. Estaremos en esta maldita isla bastantes meses.

—¿Cuántos calculáis? —preguntó Francisco.

El físico resopló.

—Puff... Emprendimos el viaje tarde y hemos tardado mucho por culpa de esas malditas tempestades... Tendremos que esperar a que soplen de nuevo los monzones...

—¿Cuándo?

—En el mes de abril.

¡Abril! Y estaban en agosto...

El Doctor Saraiva no se había equivocado: Francisco se encontraba muy débil, casi extenuado... Pero ¿cómo permanecer cruzado de brazos viendo los cadáveres ambulantes que descendían del barco?... El hospital de Mozambique no daba abasto para alojar y atender a todos los que vomitaba a tierra la Flota de las Indias.

Cuando Mansilla trató de recordarle lo que Saraiva había dicho, los ojos de Francisco se convirtieron en ascuas.

—Si Nuestro Señor Jesucristo estuviese aquí —dijo— desangrándose, muñéndose, ¿dejarías que me quedase en cama sin atenderle?

—No, Padre.

—Pues todos los que sufren son el mismo Jesucristo.

Aunque uno de los pacientes del hospital le contagió las fiebres, no por eso se detuvo. Siguió cuidando a los enfermos hasta que un pasajero del *Santiago* le vio demacrado, lívido, a punto de desmayarse, y le dijo:

—No podéis continuar así, Padre... Tembláis de fiebre. Necesitáis que alguien os cuide mucho más que estos...

Francisco se secó con el dorso de la mano el sudor febril que perlaba su frente.

—Solo uno más —murmuró roncamente—. Un pobre hombre que desvaría y está al borde de la muerte. Cuando termine con él, descansaré un poco. No os preocupéis por mí, Mestre João...

Pero Mestre João sí que se preocupó. Al día siguiente volvió al hospital y fue derecho al cuartucho que ocupaba el Padre Francisco, pero cuando entró en la habitación pudo comprobar que no era él quien ocupaba el lecho: era un marinero del *Santiago* el que yacía, moribundo, en el sucio camastro, hecho de tiras de cuero. A su lado, sentado sobre un tosco madero, se hallaba el Padre Francisco, conversando con el marinero... Ninguno de los dos reparó en Mestre João, porque el Padre Francisco hablaba al marinero de la misericordia divina y este, de los muchos pecados que había cometido.

Mestre João, de puntillas, salió precipitadamente del cuarto.

Cuando al día siguiente regresó al hospital, Saraiva le dijo que Francisco estaba enfermo.

—¡Vaya novedad! —exclamó Mestre João—. Lo estará hoy como lo estaba ayer y anteayer...

—No, está peor —replicó el Doctor sombríamente—. He tenido que ponerme muy serio y obligarle a acostarse... ¿Sabíais vos que no usaba su lecho?

Mestre João asintió:

—Se lo prestó a un marinero...

—Sí, pero murió anoche, después de que el Padre Francisco le oyera en confesión y le administrara el Viático.

Mestre João no se atrevió a decir que también lo sabía.

—¡Menudo pájaro! —prosiguió el Doctor Saraiva—. Se burlaba de... bueno, de todo. Tenía el diablo en el cuerpo... o al menos merodeándole. ¡Qué suerte ha tenido! El Padre Francisco lo volvió del revés, como a un calcetín viejo... Pero, claro, se desmayó en cuanto hubo terminado, así que no tuve más remedio que llevármelo a mi cuarto y rogarle por todos los santos que no se mueva hasta que se ponga bueno.

* * *

Al principio, el Doctor Saraiva dudaba seriamente de que sanara. El Padre Pablo y Francisco Mansilla iban a verle varias veces al día y, cada vez que preguntaban al doctor qué opinaba, este se encogía de hombros, negándose a hacer ningún pronóstico.

—Ya os avisaré, si le viera en peligro —solía decir, agorero.

Tras la fina mampara de bambú que ocultaba el lecho, se oían a veces palabras incoherentes, seguidas de fatigosos silencios.

En una ocasión, el doctor les permitió verle.

—No le hará ningún mal. Delira constantemente.

«Malo, malo», susurraba el enfermo. «Es fácil, Magdalena, muy sencillo... Bueno, bueno... Ya me voy».

—¿Lo veis? —dijo Saraiva—. No se entiende... Y, si le habláis, no responde. Está inconsciente.

—No comprendo cómo Dios puede permitir estas cosas —murmuró el Padre Pablo tristemente.

Francisco, como movido por un resorte, se incorporó en el lecho y, sin abrir los ojos, dijo abruptamente:

—¿Cómo osáis erigiros en juez de lo que Dios hace?... Deberíais ser más prudente.

Y, sin abrir los ojos, volvió a desplomarse en el lecho.

«Prende fuego a todo —murmuró—. Préndele fuego...».

Lleva así dos días con sus noches —comentó Saraiva—. Si, al menos, dispusiese de un poco de hielo... ¡Isla de mierda!... Y tampoco puedo sangrarle, está demasiado débil...

«Los moros son un caso perdido, no puedo con ellos, Magdalena», dijo Francisco en son de queja. «Que vengan los otros, todos ellos...».

—¡Pobre Padre Francisco! —exclamó Mansilla con lágrimas en los ojos.

«No os compadezcáis de mí porque sea pobre» —dijo Francisco con toda claridad—. «El Señor bendijo a los pobres». Luego empezó a desvariar otra vez: «No debo olvidar al viejo chismoso... no... olvidar... chismoso...».

—Así solía llamar a un marinero del barco —explicó Mansilla—. Era griego y se llamaba Misopoulos... Murió dos días antes de llegar aquí.

El Doctor Saraiva hundió la cabeza en el pecho.

—No puedo hacer nada —susurró—. Delira, como veis. Dice tonterías, excepto cuando habla de Dios o de sus cosas... Entonces se muestra lúcido.

—Al revés que mucha gente —observó Mansilla.

—Sí, menos los que deliran siempre —concluyó Saraiva.

* * *

Días más tarde, Francisco estaba fuera de peligro y al cabo de cinco quería reanudar su tarea. El Doctor echaba chispas. Intentó persuadirle para que no lo hiciera, pero, ante su fracaso, cerró el cuarto con llave y dejó a Francisco dentro.

El primer día no pasó nada, pero el segundo comprobó, consternado, que había agujereado la pared y se había ido. El Doctor Saraiva se quedó de piedra cuando lo encontró en el hospital, cuidando los enfermos. Iba a increparle airadamente, pero no lo hizo, porque no tardó en darse cuenta de que aquella actividad no solo no parecía debilitarle, sino que le fortalecía.

Era tanto el trabajo en el hospital desde la llegada de la Flota de Indias que transcurrieron tres meses antes de que Francisco Xavier encontrase un rato libre para enviar al Padre Ignacio un informe detallado de todo lo sucedido.

* * *

No le ocurría lo mismo al nuevo Virrey de Goa, Don Martín Alfonso de Sousa. Tener que permanecer durante meses inactivo en esta isla olvidada llamada Mozambique era una de las peores cosas que le habían sucedido en su vida. Ocho meses inútiles, ocho meses perdidos... Ocho meses: tiempo más que suficiente para reorganizar toda la colonia. Por no decir nada de las riquezas que hubiese podido acumular en ese tiempo.

La vida, en Mozambique, no podía ser más aburrida. No había nadie con quien tratar, excepto el «Gobernador», título completamente ridículo para un simple capitán que tenía unos cien hombres a sus órdenes y vivía en un «palacio» que parecía un gallinero, aunque fuese el mejor edificio de la colonia. Al «Gobernador» ni siquiera se le había ocurrido ponerlo a su disposición... Él no habría aceptado, por supuesto, pero hubiese debido ofrecérselo... De Sousa siguió alojándose en los camarotes del *Santiago* hasta que sus hombres construyeron una casa de bambú para él y su séquito.

No había posibilidad de hacer deporte, ni de alternar con mujeres hermosas... Bueno, había algunas, pero, como era un lugar muy pequeño y todo el mundo se conocía, había que ser sumamente discreto.

Los oficiales más jóvenes no eran nada discretos, desde luego. Sobre todo Don Álvaro de Ataíde da Gama, el hermano menor del predecesor del nuevo Virrey, Don Esteban da Gama, quien, como sabía todo el mundo, se había hartado de robar a

mansalva durante su mandato, prolongado ahora ocho meses por culpa de los vientos...

Una choza de bambú en lugar de un palacio en Goa. Un mortal aburrimiento. Una carencia absoluta de noticias. Y ninguna mujer... Bueno, casi ninguna.

Sin embargo, Su Eminencia Reverendísima, el Nuncio Apostólico, se lo pasaba en grande cuidando enfermos, enseñando el catecismo a los niños y predicando en la iglesia... Casi le daba envidia. Sí, casi...

Era todo un hombre, ese Padre Francisco, el más extraordinario de todos los nuncios apostólicos que había conocido... Sí, todo un hombre. El tipo de persona que uno querría tener a su lado cuando se tuercen las cosas... Aunque no le arrendaba las ganancias cuando llegasen a Goa... Pero, en fin, eso era cosa suya. Mientras tanto, lo mejor era ayudarle en todo lo que estuviese en su mano cuando volviese con otra de sus sorprendentes peticiones: más camas para el hospital, unas barricas de vino, un poco más de comida, más medicinas o permiso para construir una escuela donde enseñar a leer y a escribir a los cientos de niños mestizos que pululaban por la isla... Sí, el Padre Francisco tenía tiempo más que suficiente para convertir la isla de Mozambique en una colonia modelo y seguramente lo haría. A él, el Virrey, solo le quedaba beber, jugar a los dados y oír cotilleos. Deleznables actividades, sí, pero ¿qué iba a hacer si no había otras?... Bueno, casi ninguna otra.

Tal era la situación y el ánimo de Don Martín Alfonso de Sousa cuando vinieron a decirle que habían avistado un navío que se aproximaba a la isla.

¿Una nao? ¿Ahora? ¿En febrero, dos meses antes de que empezaran a soplar los monzones?... Y no era un barco de cabotaje, no, ni un falucho, sino un navío de gran tamaño.

Inmediatamente mandó dar la señal de alarma. Era muy poco probable que se tratase de un buque corsario turco, aunque esos diablos estaban presentes en todos los mares. Además, si lo era, lo pensaría dos veces antes de atacar un puerto en el que permanecían anclados cinco navíos de la Real Flota de Indias portuguesa... Con todo, había que ser precavido.

Cuatro de los cinco buques cargaron sus cañones y colocaron a sus hombres en línea de combate. En cuanto al *Santiago*, no corría peligro, ya que estaba atracado junto al muelle.

No tardaron mucho en llegar noticias procedentes del *San Pedro* anunciando que se trataba de un navío portugués, el *Coulam*. ¡Qué alivio! Hubiese sido horrible tener que luchar con los corsarios.

El *Coulam* era un navío mercante de tonelaje medio que, al parecer, venía de Goa. ¿Qué le traería a Mozambique en esta época del año...?

* * *

El *Coulam* no pudo entrar en el pequeño puerto. Los cinco navíos de la Flota de Indias se lo impedían, así que ancló aguas afuera, tras una complicada maniobra.

Don Martín Alfonso de Sousa esperaba impaciente en el muelle que llegase el Capitán del *Coulam*, que ya habría sido informado de la presencia del nuevo Virrey de Goa. ¿Qué noticias traería?

Al cabo de una hora de espera se aproximó un bote de remos, manejados por dos nativos de Mozambique, en el cual iba un caballero elegantemente vestido que gesticulaba frenéticamente y, de vez en cuando, miraba hacia atrás como un fugitivo que esperara ver aparecer a sus perseguidores en cualquier momento.

—Prended a ese hombre en cuanto llegue y traedlo a mi presencia —ordenó secamente Don Martín.

Minutos más tarde, el extraño individuo, sin duda profundamente aliviado, saludaba al nuevo Virrey. Dijo llamarse Don Suárez de Mello y confirmó que el *Coulam* procedía de Goa; su Capitán se llamaba Luis Méndez de Vasconcellos... No, no sabía por qué no venía a presentar sus respetos al nuevo Virrey, pero lo sospechaba...

—¿Podría hablar a solas con Vuestra Excelencia? —terminó diciendo.

Don Martín miró al recién llegado de hito en hito. No, no era el tipo de hombre que suele usar una daga o un arma de fuego a traición... Además, no parecía llevar ninguna de las dos cosas. Y Don Martín iba armado, lo mismo que las personas de su séquito. Así que asintió con la cabeza.

—Excelencia —dijo Don Suárez en cuanto estuvieron solos—, he venido para prestaros un gran servicio...

—Eso es muy prometedor —repuso Don Martín entre irónico y escéptico.

—El ex-vicey de Goa —prosiguió el caballero— no es precisamente mi amigo... Difícilmente podría serlo, ya que se ha enemistado con todos los hombres honestos y decentes de Goa. Sus felonías han sido tales que no me extrañaría que lo prendiesen en cuanto llegue a Lisboa... si no lo matan antes.

—Esas acusaciones son muy graves —dijo Don Martín sosegadamente—. No dudo de vuestra palabra, pero será muy difícil probarlo...

—En Goa conspiran contra vos, Excelencia —prosiguió Suárez sin hacer caso de la incredulidad de Don Martín de Sousa—. Y los conspiradores han decidido quitaros de en-medio antes de que lleguéis a la colonia. Todo el mundo sabe que no podréis partir de aquí antes de los monzones de abril... Hay tiempo de sobra, pues, para librarse de los testigos más peligrosos... Una vez que lo hayan hecho, Don Esteban da Gama cree que todo se apaciguará, que no habrá ninguna investigación... Confía además en que la reputación de su difunto padre le protegerá ante sus posibles acusadores...

—Don Vasco da Gama fue un gran portugués y un gran hombre —dijo el nuevo Virrey, contrariado—. Desgraciadamente, no se puede decir lo mismo de los hijos... Sin

embargo, si no aportáis las pruebas que os he dicho...

—Esas pruebas existen —afirmó Suárez, convencido—. Las encontraréis en las cartas que Don Esteban da Gama envía a su hermano menor, Don Álvaro de Ataíde da Gama, que viaja con vos en uno de los navíos... Y la razón por la que el Capitán del *Coulam* no ha venido a presentaros sus respetos es, sin duda, que quiere asegurarse, ante todo, de que esas cartas lleguen a poder de Don Álvaro sin interferencia alguna...

Don Martín se restregó nerviosamente las manos.

—Don Suárez —dijo por fin—, esas acusaciones son gravísimas. Si, por azar, me estuvierais mintiendo...

—Los barcos tienen palos muy altos —contestó sonriendo— y siempre hay maromas a mano... No es difícil colgar a un hombre por el cuello. Os aseguro, Excelencia, que no me gustaría terminar de esa manera.

Al Virrey le sonaba el nombre de Suárez de Mello. ¿No era el de un rico comerciante, bastante poco escrupuloso, por cierto?

—¿El Capitán Luis Méndez de Vasconcellos es uno de... de los conspiradores? —preguntó abiertamente.

—Lo es, Excelencia. Le han dado cien mil piezas de oro para que haga llegar las cartas a su destinatario.

—Parecéis estar muy bien informado, Don Suárez...

Este sonrió de nuevo.

—Jamás hubiera osado contar todo esto a Vuestra Excelencia sin asegurarme primero.

—Así lo espero... Y, si todo ello se confirma, seréis debidamente recompensado.

—No deseo ninguna recompensa —dijo con altivez—. Lo único que quiero es conservar los privilegios de que goza mi Compañía y que Don Esteban quiere arrebatarme...

—Nadie os arrebatará nada, Don Suárez.

Dicho lo cual, el Virrey mandó llamar a sus ayudantes, que acudieron presurosos, temiendo alguna celada.

—Don Marcelo —dijo el Virrey—, quiero que reunáis treinta hombres, abordéis al *Coulam* y prendáis a su Capitán, Don Luis Méndez de Vasconcellos. Una vez hecho eso, tomad el mando del navío. Que me traigan al Capitán, por la fuerza si es preciso. Registrad su camarote... Todo lo que encontréis escrito, hasta la última carta, selladlo y traédmelo. No permitáis, bajo ningún pretexto, que el *Coulam* abandone la isla.

Don Suárez intervino, tras una tosecilla previa.

—Tal vez Don Luis ya no esté a bordo...

—Lo sé, Don Suárez... No he terminado todavía. Vos, Don Enrique —dijo dirigiéndose a otro oficial de su séquito—, iréis al *San Pedro*. Pediréis de mi parte al

Capitán que os preste diez hombres y luego prenderéis a Don Álvaro de Ataíde da Gama. Registraréis su camarote y me traeréis hasta el último trozo de papel escrito. Si encontráis allí al Capitán del *Coulam*, Don Luis Méndez de Vasconcellos, le prenderéis también. No daréis ninguna explicación a los prisioneros; les diréis simplemente que actuáis bajo mis órdenes. Id, caballeros...

* * *

—Llevan tres días confinados en completo aislamiento —dijo el Doctor Saraiva muy bajito—. Y dicen que el Virrey no abandona su camarote... Al parecer está leyendo un montón de cartas y documentos y cambiando impresiones con sus ayudantes y con Pereira... ¿Recordáis? Aquel rico mercader que viaja a bordo del *Santiago*... Dicen que el Virrey está que bufa. No se habla de otra cosa en toda la colonia.

—Pero ¿de qué se trata? —preguntó Francisco abriendo mucho los ojos.

El Doctor Saraiva rió sardónicamente.

—El asunto más sucio que podáis imaginaros... ¡Política! Cada nuevo gobernador quiere llegar pisando firme, y una de las formas de demostrarlo es tratar de probar que su predecesor estaba corrompido o era incompetente. Así, cuando cese en su cargo, siempre podría decir, por mal que lo haya hecho, que peor lo había encontrado todo a su llegada. Es algo muy simple.

—Don Martín siempre se ha portado conmigo correctamente. No, no puede ser la clase de hombre que vos me habéis descrito. No me lo imagino...

—Sí, lo comprendo —repuso el Doctor, condescendiente—. Sois incapaz de imaginar eso. Pero así son las cosas en la política. Evidentemente, el ex-irrey no era tampoco un modelo de honradez... Lo que no sé es cómo terminará todo esto. Parece que Don Esteban da Gama había escrito una o varias cartas a su hermano pequeño y Don Martín se ha apoderado de ellas. ¿Quién le habló de esas cartas?... Misterio. Siempre hay un Judas en estos casos... Lo más sorprendente es la rapidez con que todo ha sucedido. El *Coulam* no había hecho más que llegar cuando, en un abrir y cerrar de ojos, Ataíde y Vasconcellos ya eran prisioneros.

—¿Cómo me alegro de no ser militar ni funcionario! —exclamó Francisco—. Por cierto, ¿cómo va el enfermo de la cama ocho?

—Está mejor. Es sorprendente... Ayer le administrasteis el Santo Viático, ¿no es eso?

—Sí. A veces produce ese efecto.

El Doctor frunció el ceño.

—Me pregunto... —murmuró, dejando la frase incompleta.

—¿El qué, Doctor?

—Tal vez os parezca una tontería, pero a veces me pregunto si no existirá una

estrecha relación entre el alma y el cuerpo. He comprobado que, cuando absolvéis a un enfermo grave y le perdonáis sus pecados, se siente como confortado, como más fuerte. ¿Puede esa nueva fuerza fortalecer su cuerpo y... y salvarle de la muerte?... ¡Oh, estoy diciendo insensateces!... Pero mirad, mirad quién viene.

Un ayudante del Virrey hizo su entrada en la sala del hospital, vestido con elegancia y haciendo tintinear su espada.

—Padre Francisco —dijo inclinándose respetuosamente—, su Excelencia el Virrey requiere vuestra presencia a bordo del *Coulam*.

—¿Del *Coulam*? —preguntó Francisco extrañado—. Querréis decir del *Santiago*.

—No, Padre. Del *Coulam*. Y deberéis llevar todos vuestros efectos personales. El *Coulam* zarpará hacia la India esta misma tarde.

* * *

—¿Qué significa todo esto? —gritó enfurecido Don Álvaro de Ataíde—. ¿Por qué me habéis prendido y habéis registrado todas mis pertenencias? ¿Por qué me habéis traído a este buque?...

El Virrey no se dignó levantarse. Desde su asiento, lanzó una glacial mirada a Don Álvaro.

—Deberíais estarme agradecido —dijo—. No pretendo más que recuperar el tiempo perdido en Lisboa, al partir el siete de abril en lugar de haberlo hecho el día de la Anunciación en el mes de marzo... Treinta días de diferencia no son muchos, pero se prolongan innecesariamente si uno tiene la desgracia de perder los vientos favorables... Por eso he decidido proseguir el viaje en el *Coulam*, sin esperar a los monzones. Eso os permitirá reuniros con vuestro noble hermano mucho antes de lo que esperabais... Pero no parecéis muy contento... Me pregunto si el retraso no sería para vos algo... conveniente. Y también para vuestro hermano...

Don Álvaro de Ataíde se quedó blanco como la cal.

—No comprendo lo que tratáis de insinuar —repuso—. Y os exijo una explicación de esa adivinanza...

—¿Conocéis al señor Pereira? —preguntó el Virrey, señalando al comerciante que se mantenía un tanto apartado—. Es un hombre de gran experiencia en el comercio de las Indias Orientales. Tiene flota y factorías propias. Me ha ayudado mucho estos últimos días, cuando traté de resolver la «adivinanza», como habéis dicho... Y he llegado a la conclusión de que nuestro retraso en Lisboa no se debió al mal tiempo, sino a las maquinaciones de ciertos caballeros que estaban empeñados en que la flota esperase la llegada de ciertas mercancías... las cuales, por cierto, no llegaron nunca. Parece ser, también, que ciertas personas relacionadas con las autoridades portuarias recibieron buenos ducados (y no precisamente del Gobierno, don Álvaro) por los servicios

prestados, que consistían, entre otras cosas, en propalar la especie de que se había desencadenado una terrible tempestad en el Atlántico. Las autoridades portuarias, por su parte, se creyeron el cuento del retraso de las mercancías; estaban convencidos de que un grupo de comerciantes esperaban ansiosamente su llegada... Y eso es todo, por el momento. Seguramente, cuando la justicia tome cartas en el asunto saldrán a relucir otras cosas. En cualquier caso, tengo poderosas razones para creer que vos, Don Álvaro, conocéis perfectamente este asunto...

—Yo no sé absolutamente nada, Excelencia.

—¿No lo sabéis?... Dejad, pues, que os refresque la memoria. La Compañía que tenía tanto interés en que llegasen las mercancías, aunque no llegaron, y que consiguió retrasar treinta días la partida de la Real Flota de Indias —y ahora varios meses— no es otra que la de Don Ambrosio Valdés...

—No conozco a ese hombre —dijo de Ataide despectivamente.

—¿No? ¿Cómo es posible, entonces, que el Señor Pereira os viese con el socio mayoritario de esa Compañía tres días antes de nuestra partida?

—No había visto antes al señor Pereira —repuso Ataide—, aunque había oído decir que ha amasado una considerable fortuna utilizando medios muy poco... ortodoxos. Sabía también que había comenzado su carrera como paje de González Coutiño, y me sorprende mucho que su palabra pese más que la de un da Gama... Sin duda mi hermano Don Esteban tendrá algo que decir sobre todo esto.

—Sin duda... Lo malo es que vuestro noble hermano ya lo ha dicho —dijo el Virrey, sonriendo.

—Vi a este caballero... Juro que lo vi —barbotó Pereira, sudando profusamente.

Parecía que iba a darle un ataque de apoplejía en cualquier momento.

El Virrey le hizo un gentil saludo.

—Gracias, señor Pereira. Habéis rendido al país y a mí un valioso servicio que jamás olvidaré.

—Tampoco yo —dijo de Ataide, ceñudo.

Un ayudante anunció en ese momento la llegada del Padre Francisco.

—Que pase —dijo el Virrey, tras vacilar un momento.

Al entrar Francisco se sorprendió al ver la gravedad de los rostros de los presentes. El Virrey se puso en pie y, con decisión, dijo:

—Caballeros, ha llegado el momento de decirles oficialmente que el Padre Francisco Xavier es el Nuncio Apostólico para las Indias Orientales y debe ser tratado como Eminencia...

Hubo más de una sorpresa, porque no todos los presentes lo sabían.

Francisco frunció el ceño.

—Debéis perdonarme, Eminencia —dijo el Virrey respetuosamente—, pero el

asunto que estamos tratando es sumamente serio y me alegro de que estéis presente y podáis juzgar con la autoridad que corresponde a vuestra dignidad... Una silla para su Eminencia, Marcelo.

Francisco se negó a sentarse.

—Como queráis, Pa... Eminencia —dijo el Virrey—. Os estaba diciendo, Don Álvaro, que vuestro noble hermano ya había dicho algo sobre el tema, y no es del todo exacto. En realidad no ha hablado: ha escrito... Dos cartas cuyo destinatario sois vos.

—¿Dónde están esas cartas? —preguntó Don Álvaro con presteza.

—Yo las tengo —repuso el Virrey, con calma.

—¿Habéis... habéis osado interceptarlas y tal vez leerlas?

—En efecto. ¿Acaso tendré necesidad de recordaros, Don Álvaro, que yo soy aquí el representante oficial de Su Majestad el Rey tanto en materias civiles como militares? Además, tenía poderosas razones para suponer que esas cartas revelarían un caso de traición...

Don Álvaro abrió la boca, pero no dijo nada.

—¿Qué sabéis, Don Álvaro, de una suma de cinco mil cruzados en poder del Capitán Méndez de Vasconcellos?

—No sé absolutamente nada. ¿Cómo iba a saberlo? No he visto en mi vida a ese Capitán Vasconcellos, aunque quizá el Señor Pereira diga que nos ha visto juntos... en sueños, por supuesto.

—Pero no me negaréis que es una fuerte suma para un simple Capitán de un pequeño navío mercante —insistió el Virrey, imperturbable.

—Si es grande o pequeña, a mí no me interesa —replicó con altivez Ataide.

—¿Ah, no?... Tal vez a vuestro hermano sí que le interese. Se lo preguntaré en cuanto lleguemos. Esto y otras muchas cosas. Mientras tanto, Don Álvaro, permaneceréis en vuestro camarote, lo mismo que el Capitán Vasconcellos... Y no intentéis escapar, porque estaréis vigilados.

El Virrey dio por zanjado el asunto y se dirigió a Francisco.

—Para vuestra información, Padre... es decir, Eminencia, os diré que este no ha sido un juicio, sino un simple interrogatorio. Sé, sin embargo, que ha habido una conspiración y me complace que hayáis sido testigo de esta investigación previa. Habéis de saber que nuestra partida de Lisboa no se retrasó a causa del mal tiempo, sino por una estratagema. No puedo mostraros ahora las cartas que Don Esteban da Gama ha escrito a su hermano, pero todo saldrá a la luz cuando lleguemos a Goa, dos meses antes, por cierto, de la fecha en que nos esperan... ¡Marcelo! Llevad a Don Álvaro de Ataide a su camarote y poned un centinela que permanezca día y noche a la puerta... Haced lo mismo con el Capitán Vasconcellos. El Capitán Vargas se hará cargo del *Coulam*. Ahora, por favor, dejadme solo con el Padre Francisco.

—¡Criminales! ¡Bandidos! ¡Advenedizos! —gritó exasperado Don Álvaro de Ataide—. El Rey será informado de todo esto...

—Lleváoslo, Marcelo —cortó el Virrey—, antes de que pierda el juicio.

Ataide se revolvió furioso.

—¡No me pongáis la mano encima! —bramó—. ¡Os acordaréis de esto! ¡Me vengaré! Lo juro por las llagas de Cristo.

Por primera vez, Francisco intervino.

—Os ruego, caballero —dijo—, que no invoquéis el nombre de Nuestro Señor si pensáis vengaros, sea justo o injusto lo que os hayan dicho.

Ya en la puerta, arrastrado a viva fuerza, Don Álvaro de Ataide volvió la cabeza y, rojo de ira, gritó todavía:

—¡Estáis todos confabulados! ¡Todos!... No os olvidaré... ¡Nunca! ¡Nunca!

—Lamento que hayáis tenido que contemplar tan penosa escena —dijo el Virrey a Francisco cuando hubieron cerrado la puerta—, pero quería que vierais que era interrogado sin violencia. Es un asunto muy sucio, Eminencia... Parece ser que mi predecesor, Don Esteban da Gama, pretendía que no llegáramos nunca a la India, lo cual le permitiría prolongar su mandato indefinidamente... Un caso claro de mala conciencia. Las cartas a su hermano no son del todo claras, pues solo contienen insinuaciones y frases escritas probablemente en clave. Sin duda pensó en la posibilidad de que cayeran en mis manos.

—¿Podré visitar a los prisioneros? —preguntó Francisco.

El Virrey reflexionó unos instantes.

—Tal vez quieran confesarse —dijo por fin—. Lo cual imposibilitará que actuéis como testigo en el juicio, si llega a ser preciso... No obstante, como seréis el único sacerdote que viajará en este barco, no puedo prohibíroslo.

—¿El único sacerdote?... Entonces, mis compañeros...

—Lo lamento, pero no podrán venir con nosotros. El barco es pequeño. Nos seguirán en el *Santiago*, dentro de un par de meses. Me hubiese gustado dejaros viajar juntos, pero, francamente, no me resigno a prescindir de vos... El viaje será muy peligroso y, si los piratas turcos nos atacan, quiero tener a alguien que nos absuelva y nos bendiga antes de que esos perros infieles nos degüellen. Apenas llevamos armas, así que no navegaremos por la ruta directa. Costearemos hasta Malindi y de allí iremos a Socotora. Con un poco de suerte y con sus oraciones, lo lograremos. ¿De acuerdo?...

Tendría que despedirse del Padre Pablo y de Mansilla. Tendría que decirle al Padre Pablo que siguiera explicando a Mansilla las lecciones de teología a partir del punto en que él las interrumpía... En cuanto al Doctor Saraiva, ¿cómo lo tomaría?... Y los enfermos del hospital... Había cuatro por lo menos que debían confesarse, ya estaban casi a punto... Sí, tendría que explicárselo a Camerino... Al anciano Morao había que

hablarle con firmeza, era de esa clase de hombres que no se deciden a menos que se les empuje, porque en el fondo lo desean. Sí, iba a echar mucho de menos al Doctor Saraiva. Y a Mansilla. Y al Padre Pablo, desde luego...

Francisco asintió.

—De acuerdo, Excelencia —dijo.

* * *

Una cruz. Una gigantesca cruz dorada. Eso fue lo primero que vio cuando, con las primeras luces del alba, el *Coulam* se aproximó al puerto.

Profusamente conmovido, rezó en medio de un silencio cristalino, mientras las palmeras de Malindi salían a su encuentro.

Era un mundo de encantamiento. Más allá de las gaviotas, que trazaban amplios círculos en torno al navío, volaban los «ángeles de Dios», pájaros arquetípicos de colores vivísimos. La tierra, al fondo, marcada ya por «la locura de la Cruz», no podía perderse, pues armonizaba con el azul del cielo.

—La plantó Vasco da Gama —dijo alguien a su espalda.

Acabó su plegaria y miró hacia atrás: era Marcelo, el ayudante del Virrey, su mano derecha; un hombre alto y corpulento, con cuello de toro y tuerto; había perdido un ojo en Brasil... una flecha india, gracias a Dios no envenenada.

—Vasco da Gama... —repitió Francisco.

Y su pensamiento volvió hacia atrás, a las incidencias del viaje: la confesión de Ataíde y de Vasconcellos, la súbita muerte de este... Una apoplejía, había dicho el médico... Extraño personaje: astuto, precavido, de corta talla y con una curiosa voz aguda y lastimera...

—Ojalá pudiera estar tan orgulloso de sus hijos como de sus hazañas en vida —comentó Marcelo—. Ninguno vale nada. Él, sin embargo... Siempre plantó una cruz en los lugares que descubría... Una cruz nuestra, portuguesa. Allí donde hay una, allí está Portugal, aunque los nativos no la reconozcan... Aquí, sí, desde luego. El reyezuelo de Malindi nos ha jurado eterna lealtad... ¡Sabía lo que se hacía! Hubiésemos podido reducir a polvo sus murallas de adobe con solo un par de cañonazos.

—¿Son cristianos los nativos?

—No, Padre... perdón: Eminencia. Son infieles: musulmanes.

—Moros... —musitó Francisco.

Su rostro se ensombreció un poco, como el de todos los españoles al pronunciar esta palabra. Y es que ni los franceses, ni los alemanes, ni los italianos, a pesar de las Cruzadas, podían imaginar lo que ese vocablo significaba para los españoles, que habían tenido que luchar durante siete siglos contra los invasores musulmanes... Setecientos años de ocupación, setecientos años oyendo la ronca voz del almuédano convocando al

pueblo cinco veces al día para rezar a un Dios que, según el profeta Mahoma, ordenaba extender el Corán a sangre y fuego... Un profeta que decía que matar a un cristiano era algo en lo que Dios se complacía, asegurando al asesino un lugar en el paraíso... Setecientos años en los que la mujer (elevada por el ejemplo de la Virgen María a una dignidad y a un honor hasta entonces desconocidos) había estado sujeta, bajo el dominio moro, a una abyecta sumisión, sin otra tarea que traer hijos al mundo y privada de todo derecho, pues, según algunos intérpretes del islamismo, ni siquiera tenía alma... La resistencia de una raza más débil, más sumisa, se hubiese quebrado bajo el yugo de semejantes invasores, pero la del pueblo español no solo no se había debilitado, sino que se había ido fortaleciendo...

—En cuanto el barco atraque —dijo Francisco, como ausente— descenderé a tierra para preparar las exequias de Don Luis Méndez de Vasconcellos.

Marcelo asintió con la cabeza.

—Hay un cementerio a las afueras de Malindi —dijo—. Os proporcionaré una escolta de treinta hombres. No es que los moros vayan a atacaros, son gente pacífica. Sin embargo, conviene impresionarlos. Hay que mantener nuestro prestigio y el del puñado de mercaderes que vive en la ciudad... Eso les ayudará en sus negocios. Los moros harían lo mismo, si pudiesen...

Hizo una breve pausa y añadió:

—Atracaremos dentro de media hora. Procuraré que todo esté dispuesto. Yo mismo os acompañaré.

Las gaviotas, acompañando al navío, lanzaban roncosp graznidos y descendían en picado a recoger los restos de comida que flotaban en el agua.

* * *

El cadáver del Capitán Don Luis Méndez de Vasconcellos acababa de recibir cristiana sepultura. El Padre Francisco Xavier, con estola y sobrepelliz, rezaba un último responso.

Alrededor del cementerio, centenares de hombres, ataviados con albornoces blancos, contemplaban la ceremonia. Cuando Francisco concluyó y abandonó el cementerio, acompañado de Marcelo, uno de aquellos hombres —un anciano de rala barba blanca— salió a su encuentro.

—Lo conozco —susurró Marcelo—. Es Alí ben Mottaleb... Y el que le sigue, un imán, una especie de sacerdote.

El anciano se detuvo ante ellos y se les quedó mirando fijamente con sus ojos pitañosos.

—Que la paz sea con vosotros —saludó—. ¿Permitirá el *khassis* que un anciano como yo le pregunte unas cuantas cosas?

No esperó la respuesta, sino que estalló en un torrente de lamentaciones: Alá era testigo de que las cosas marchaban mal, muy mal. Era ya muy viejo, pero nunca había pensado en que llegaría a ver tales cosas... Diecisiete mezquitas había en Malindi, pero solo tres estaban abiertas, pues descendía sin parar el número de creyentes. ¿Por qué? No lo sabía, no podía entenderlo... ¿Por qué ese endurecimiento de los corazones? ¿Por qué tanta indiferencia? Sin duda era a causa de algún gran pecado que habían cometido.

—El pecado que habéis cometido —dijo Francisco— es que no habéis aceptado la revelación divina que nos trajo Nuestro Señor Jesucristo.

—Isa ben Maryam[1] —musitó el anciano— fue un gran profeta, pero no tanto como Mahoma.

—Ese es vuestro pecado —insistió Francisco—, el de todos vosotros, árabes, turcos, moros y sarracenos. No sois como esos pobres paganos que jamás han oído hablar de Jesucristo. Vosotros sabéis quién es y lo habéis rechazado... Era el Hijo de Dios y vosotros creéis más en un simple profeta. Nada tiene de extraño que Dios os rechace y no escuche vuestros rezos.

El anciano negó con la cabeza.

—Alá es misericordioso —exclamó—. No puede hacer eso.

El imán, de tez oscura y barba teñida con henna[2], alzó los brazos al cielo.

—Mahoma nos ha prometido enviarnos al paráclito, el Mahdi —murmuró—. Año tras año aguardamos su venida... Pero no viene. Y nuestra comunidad languidece. ¿Cómo permanecer fieles si no se cumple la palabra del Profeta?...

Alí ben Mottaleb quedó estupefacto al oír hablar así a un ministro de su propia religión. Se le encaró y, durante unos instantes, hablaron acaloradamente en su propia lengua. Por fin, el imán sacudió la cabeza y volvió a hablar en portugués.

—No, no... —exclamó—. Era una firme promesa que no se ha realizado. Si el Mahdi no aparece pronto, nadie creerá ya más. Alá no puede probar a nadie más allá de sus fuerzas...

—Dios ha revelado lo que quiere que creamos —afirmó Francisco—. Y Nuestro Señor ha dicho: «Quien no está conmigo está contra mí».

—Tenemos que regresar al barco, Padre —susurró Marcelo—. Seguirían discutiendo durante días y días. No vale la pena perder el tiempo con ellos. Y Su Excelencia nos está esperando...

No le fue fácil a Francisco dar por terminada la conversación, pero recordó que el Virrey, en efecto, tenía prisa.

Los dos musulmanes despidieron con zalemas a los asistentes al entierro y permanecieron silenciosos hasta que los cristianos se alejaron.

—Tiene ojos de profeta —comentó Alí ben Mottaleb—, pero se ha portado mal con nosotros. No ha sido capaz de dirigirnos una palabra de aliento... El viernes pasado solo

había un puñado de fieles en la mezquita de Ornar... ¡Doce! Ese nazareno hubiese debido ser más amable... Pero así son los cristianos: todo o nada.

El imán sonrió amargamente.

—Estás equivocado, Alí... Y él está en lo cierto.

El anciano se le quedó mirando boquiabierto.

—¿Cómo... cómo podéis decir eso?

—Porque es la verdad. Cuando éramos pequeños aprendimos que dos y dos son cuatro, no cinco o tres. Ni siquiera cuatro y medio. Cuatro y nada más que cuatro. Y cuando el maestro nos preguntaba cuánto sumaban dos y dos, teníamos que contestar que cuatro y, si no, nos castigaba, porque nos habíamos equivocado. Pues bien, si eso es así, y no tiene vuelta de hoja, ¿cómo no va a ser lo mismo con las cosas de Alá?... Lo cual quiere decir que o bien nosotros estamos en lo cierto y los nazarenos no, o bien los nazarenos están en lo cierto y nosotros en el error. Lo que no puede ser es que ellos y nosotros tengamos razón... Que Mahoma sea más grande que Jesús y Jesús más grande que Mahoma...

—Sí, así debe de ser, pero...

—Por eso, si ese nazareno está convencido de que conoce la verdad, tiene que decirnos que nosotros estamos equivocados. Estás en lo cierto al decir que ese hombre tiene ojos de profeta... los tiene, sí, porque transparentan lo que lleva en el alma. Está seguro de que ha encontrado la verdadera respuesta... ¿Cómo iba a hacernos concesiones?... ¡Imposible!... ¿Sabes lo que nos pasa a nosotros?... Que no tenemos fe. Si la tuviéramos, no le hubiésemos preguntado nada. Habríamos tratado de ganarle para nuestra causa y le habríamos matado si se hubiese resistido...

* * *

Cuatro semanas más tarde, el *Coulam* llegaba a la isla de Socotora, en el extremo suroriental del Mar Rojo, a las puertas del Océano Índico.

Cuando Francisco desembarcó, Marcelo dirigió al Virrey una mirada burlona.

—Ya sé lo que va a suceder —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Que querrá quedarse aquí.

—¿Aquí?... Pero si no hay más que dátiles, áloe, un poco de ganado y socotoranos...

—Eso es: socotoranos. No querrá dejarlos... Hubo un momento en Malindi en el que pensé que no podría apartarle de ellos. Está tan sediento de almas como otros hombres de placeres, riquezas o títulos... Tal vez más.

Lo primero que descubrió Francisco fue que muchos nativos llevaban cruces colgadas del cuello: cruces de coral, de madera, de madreperla, de metal...

Les habló en portugués y ellos le contestaron en la misma lengua. Sí, eran cristianos,

desde luego... ¿Y él? ¿Acaso era un sacerdote cristiano?... En cuanto les dijo que sí, se irguieron, adoptaron una postura solemne y empezaron a recitar oraciones...

Francisco no entendía una sola palabra. No era portugués, ni español, ni ningún idioma conocido... ¿Qué lengua era aquella? Ellos no lo sabían. Solo sabían que sus *khassis* les habían enseñado a rezar así siendo niños, lo mismo que otros *khassis* a sus padres y otros a sus abuelos y otros a sus bisabuelos, y así hasta llegar al Apóstol Tomás...

Francisco les dejó que terminaran sus rezos y escuchó atentamente hasta el final. Luego les pidió que se lo tradujeran al portugués.

—No podemos, Padre —dijeron a coro, compungidos.

—¿Es que no conocéis el significado?

—No, Padre... Pero son las santas plegarias que nos enseñaron nuestros abuelos...

Y tranquilamente, sin inmutarse, reanudaron la salmodia.

De repente, Francisco captó una palabra conocida que pronto volvieron a repetir una y otra vez: *Alleluia*. Sin embargo, el resto de los vocablos seguía siendo un enigma. ¿Acaso tal vez... caldeo... o arameo?

Siguió a un grupo de ellos, que se había arracimado en torno suyo, y entró en uno de sus templos.

Los nativos iban a la iglesia cuatro veces al día, pero no había Misas. Tenían, sin embargo, una gran veneración a la Cruz, que incensaban solemnemente y ungían... con manteca derretida.

Parecían encantados con la presencia de un sacerdote. De todas partes venían socotoranos con presentes, dátiles sobre todo, y, cuando Francisco se ofreció a bautizar a sus hijos, se pusieron a bailar, entusiasmados.

Los niños eran encantadores, con ojos negros, enormes, y una sonrisa invariable. Solo una vez surgió un pequeño incidente: un día en que una docena de chavales se arracimaban en torno suyo, llegó una mujer adornada con enormes aretes de oro y empezó a gritar diciendo que no quería que bautizaran a sus hijos. Hablaba en árabe y tuvieron que traducirle sus palabras. Le dijeron que era musulmana.

—Tiene razón, Padre —dijo un hombre ya maduro—. Que se lleven a sus crios... Los musulmanes no se merecen el bautismo.

A Francisco le impresionó este punto de vista. En realidad, era bastante arriesgado bautizar a los niños, fueran o no musulmanes, si él no podía permanecer en la isla e instruirles en la verdadera fe, de tal forma que luego, ellos, pudiesen transmitir sus enseñanzas a otros.

—¿Os gustaría que me quedase aquí? —preguntó Francisco.

Un ruidoso estallido de entusiasmo fue la respuesta.

—Eso ser muy bueno —dijo el hombre maduro en un latín macarrónico—. Muy

diferente... Los musulmanes nos acosan... Llegan en faluchos y *dhans* desde las costas de Arabia... Se llevan todo lo que pillan, nos amenazan y nos maltratan si decimos que no somos mahometanos... Cuando vivía mi padre las cosas eran diferentes... Vino el General Alburquerque, expulsó a los musulmanes —pum, pum, bang, bang— y nos trajo la seguridad y la calma. Ahora malo, muy malo... Quedarse, Padre, bautizarnos y todo lo demás...

Cuando Francisco regresó al *Coulam* pidió ver inmediatamente al Virrey, lo cual hizo que el rostro de Marcelo adquiriese una extraña expresión de complicidad.

Francisco, sin rodeos, dijo que quería quedarse en la isla, al menos por algún tiempo.

—Hay una rica cosecha aquí... —terminó diciendo.

El Virrey hizo una señal de inteligencia a su ayudante.

—Tal vez sea así —replicó—, pero faltan los silos para almacenar el grano... Las primeras lluvias lo pudrirían, Eminencia. Unas lluvias procedentes de Arabia, las únicas que recibe esta maldita isla... Saqueo, pillaje... Son extremadamente crueles, esos árabes... Y no hay guarnición portuguesa en Socotora, Padre. Los árabes, que se presentan de improviso, en cualquier momento, darían buena cuenta de vos, incluso si los nativos intentaran protegeros... Tienen muy buenos informadores.

—Pero... pero... es absurdo —balbució Francisco—. Hay miles de hombres, mujeres y niños que se sienten cristianos, que quieren ser cristianos. ¿Por qué no dejáis una guarnición en Socotora?...

El Virrey sonrió con indulgencia.

—Cuando llevéis algún tiempo en Oriente, Padre, os daréis cuenta de lo que cuesta mantener unas colonias... Por cada soldado portugués hay miles y miles de nativos. No podemos estar en todas partes al mismo tiempo. Esto no es Portugal. Yo soy militar, Padre, pero también quiero que nuestra Fe se propague. Vos sois sacerdote, pero tendréis que adoptar métodos militares...

Francisco pensó en lo que decía el Padre Ignacio y no hizo ningún comentario.

—Proseguid, Excelencia —dijo por fin—. Os lo ruego...

—Estrategia —continuó Don Martín—. Eso es lo que quería decir. No es buena estrategia atacar el primer objetivo con todas las fuerzas disponibles. Hay que atacar allí donde el éxito pueda ser decisivo y duradero. Quedarse en Socotora sería perder el tiempo... Venid a Goa, y, cuando hayáis visto lo que es aquello, yo os indicaré un objetivo que merece la pena: la región del Cabo Comorín, al sur de la India. Allí sí que hay cientos de miles de nativos que os esperan: los paravas. Son gente pobre, muy humilde, la mayoría de ellos pescadores de perlas... Una casta aparte. Muchos de ellos recibieron el bautismo hace ya algunos años, de manos de unos frailes que enviamos desde Cochín... franciscanos, creo. De todas formas, no os fiéis demasiado, porque algunos se bautizaron pensando que así los protegeríamos... Y a fe mía que necesitan

protección. Los musulmanes por una parte y los hindúes por otra los hostigan y los explotan... Hay como treinta pueblos y ciudades de paravas a lo largo de la Costa de Coromandel y poco después de que llegaran los frailes se presentaron los árabes con una poderosa flota y lo arrasaron todo... Los pobres paravas solicitaron desesperadamente nuestra protección, pero...

Marcelo, gesticulando, interrumpió al Virrey.

—Perdón, Excelencia —dijo con calor—. Permitidme, os lo ruego, que sea yo el que cuente lo que sigue al Padre Francisco. Fui testigo directo de lo que ocurrió.

Don Martín, un tanto embarazado, sonrió.

—Está bien, Marcelo —dijo condescendiente.

—Por entonces —comenzó Don Marcelo—, Vuestra Excelencia era Capitán General de los mares de la costa malabar. Mandabais una flota que, en realidad, no merecía el nombre de tal. Un galeón y tres carabelas, no más... Los infieles, por el contrario, disponían de unos cincuenta faluchos. Pues bien, cuando llegamos a la región de los paravas, nos encontramos con que una docena de aldeas habían sido quemadas y arrasadas. Muchos nativos habían sido asesinados y otros apresados por los árabes, para venderlos luego en los mercados de esclavos de Mascát, Bagdad y otras ciudades musulmanas. Así pues, embarcamos de nuevo y, a toda vela, emprendimos su persecución... ¡Ah, Padre! ¿Sabéis lo que es perseguir una flota de faluchos con tres carabelas y un galeón?... Felizmente era tal la carga que llevaban, a causa de su codicia, que avanzaban muy despacio, pegados unos a otros. Así que los alcanzamos. ¡Qué batalla! Cuatro contra cincuenta... Pero vencimos. Aquel fue el día más glorioso de mi vida, no recuerdo otro semejante. Hundimos a la mitad de los faluchos, rescatamos a los paravas, rechazamos a las demás embarcaciones y una docena de ellas fue a estrellarse contra los arrecifes... Recogimos a los paravas y matamos a los moros. Luego...

—Ya está bien, Marcelo, ya vale —dijo Don Martín, ansioso de reanudar él el hilo del relato—. Esa batalla fue la que me valió el cargo de Virrey: la Batalla de los Paravas... Pues bien, ahora esa pobre gente no dispone de ningún sacerdote. Tuvimos que retirarlos, porque, si volvían los árabes, los matarían a todos.

Hizo una pausa y añadió:

—Ya veis, Padre, que también en la India os espera una buena cosecha... Y no es la única, por cierto. ¿Estáis ahora más tranquilo?

Francisco se quedó mirando al Virrey, absorto.

—Iré con vos a la India —dijo resueltamente, por fin.

—¡Espléndido! —repuso Don Martín. Y, dirigiéndose a Marcelo, añadió: Id a ver cómo va la carga de agua y provisiones, por favor.

Marcelo salió del camarote del Virrey, seguido por Francisco.

—No creáis, Padre —comentó el ayudante del Virrey— que el viaje hasta Goa vaya

a ser un paseo... Está bastante lejos y, además, podemos encontrarnos con los piratas turcos... Sería muy peligroso, pues el *Coulam* casi está desarmado.

—Cuando partimos de Lisboa —repuso Francisco con sosiego— ya sabía que correríamos riesgos... Como vos, amigo mío.

Marcelo sonrió, mostrando una blanca fila de dientes, y se alejó presuroso.

Francisco se dirigió a su camarote. Sabía que el viaje duraría un mes, que podía haber más tormentas, más calmas, más huracanes... Sería mejor, pues, empezar ahora mismo. Tomó pluma, papel y tintero y se puso a escribir una larga carta al Padre Simón Rodríguez, Rector del Colegio de Coimbra, para suplicarle que fuera a ver al Rey y le pidiera permiso para enviar un par de sacerdotes a la isla de Socotora.

[1] Jesús el de María (Nota del traductor).

[2] Arbusto espinoso, originario de Arabia, del que se extrae un tinte para el cabello (N. del traductor).

LIBRO CUARTO

La India entera reposaba en silencio cuando el *Coulam* hizo su entrada en el puerto de Goa. No se divisaba ni una lucecilla. Los millones y millones de seres humanos que rezaban a Brahma, a Visnú y a Siva, a Laksmi y a Gamsha, a Hanuman y a Durga, así como a la terrible diosa Kali, la de los seis brazos vengativos, descansaban o dormían. Y también aquellos hombres, mujeres y niños que creían en las ocho reencarnaciones del Gautama, y los que habían mezclado las dulces enseñanzas de Buda con la adoración de los demonios y los malos espíritus: yoguis y sannyasis, bailarinas sagradas y errantes faquires, ricos rajás y miserables leprosos, brahmanes y harijanas, mercaderes y prostitutas, soldados y cazadores, pescadores de perlas y cuatreritos, parias, esclavos y campesinos... Todos, todos dormían.

El *Coulam* ancló en el puerto, pero nadie desembarcó: había que esperar a que amaneciera... Ni siquiera el chirriar de las cadenas o el chapoteo del agua al caer las anclas provocó en tierra el menor movimiento: La Ciudad Dorada continuaba durmiendo...

Durante un buen rato, Francisco permaneció acodado en la barandilla del puente, contemplando el cielo. Las únicas luces que se veían provenían de las estrellas, que parecían constituir un glorioso séquito de la Cruz del Sur, la «Cruz pectoral de Dios», como Mansilla la había bautizado.

Trece meses de viaje, de inquietante espera... No, nunca en todo ese tiempo sus ansias de pisar el suelo de la India habían sido tan acuciantes como ahora, cuando precisamente tenía al alcance de la mano esas tierras...

¡Qué larga noche, la que separaba el pecado de Adán y Eva del advenimiento de Dios encarnado, Nuestro Señor Jesucristo!... Miles y miles de años... Tantos como esas estrellas.

¡Qué larga espera la de estos hombres y mujeres de tez aceitunada o cobriza que seguían durmiendo!

Francisco suspiró hondamente. Un suspiro de amor, de amante enardecido.

Así como en los juegos Olimpia, en la antigua Grecia, los corredores se pasaban la antorcha unos a otros, así Ignacio le había transmitido a él la antorcha del Evangelio... «Ve y prende fuego a todo».

Pero la India seguía durmiendo y él tenía que esperar a que despuntase el alba...

* * *

La llegada de un barco era siempre un acontecimiento. Traía correo, caras nuevas, noticias de la metrópoli, o de Cochin, o de las Molucas, o de otros sitios. ¿Quién vendría a bordo? ¿Con qué noticias?...

Las primeras en saberlo eran siempre las mujeres, mestizas en su mayoría, que permanecían sentadas a la puerta de su casa y se ataviaban con blusas de gasa, faldas estampadas de vivos colores y chinelas. Sus informadores eran los cocheros, los lacayos que llevaban los palanquines, los ruidosos soldados y la gente de la calle. Eran mujeres generalmente hermosas, de piel mate y oscura, ojos almendrados y nariz chata y pequeña. Vivían con los soldados de la guarnición y cocinaban para ellos, les lavaban la ropa y les pagaban las deudas. La vida en Goa no era cara, pero la paga de un soldado no daba para mucho.

No, no era la Real Flota de Indias la que había llegado, sino un solo navío, el *Coulam*, que regresaba de Mozambique... En él venía el nuevo Virrey, y el cesante había acudido a recibirle. Ambos se habían saludado muy cordialmente, como buenos amigos... ¡Ah!, también venía a bordo el nuevo Nuncio Apostólico, enviado especial del Santo Padre en Roma, y, cuando lo habían sabido en el Palacio episcopal, habían enviado una delegación para recibirlo. ¡Qué espectáculo, todos esos palanquines, con el Gobernador vestido de verde y rojo, lo mismo que las libreas de sus lacayos! Y los del Obispo, con sus libreas blancas y las llaves de San Pedro bordadas en el pecho y en la espalda... ¿Y el enviado del Papa?... No se veía a ningún Obispo o Arzobispo, ni siquiera a un modesto prelado; solo un fraile, y muy zarrapastroso, por cierto; y no iba en palanquín... ¡Pobre hombre! Sin duda temía que tuviese que pagar el alquiler, o que los portadores le tiraran al suelo... En fin, fuera lo que fuese, se había negado a montar en uno y caminaba a pie, junto a Don Marcelo, el tuerto, convertido ahora en lugarteniente del Virrey... ¡Con qué altivez y gallardía caminaba!

La segunda racha de rumores aseguraba que había un prisionero a bordo del *Coulam*, pero que nadie lo había visto. El nuevo Virrey y el cesante habían mantenido una larga, larguísima conversación, probablemente sobre ese tema.

Esa racha de rumores había sido barrida por la noticia de la muerte del joven Terreiro, el «marido» de Inesita, la cual, por supuesto, estaba tan apenada como la situación lo requería. La justicia se había ocupado del caso al principio, pero luego se había desinteresado: otro joven intoxicado por exceso de datura^[1]... Las señoras intercambiaban sonrisas y miradas de complicidad, pues pocas eran las que no habían echado datura en la comida de sus amantes; no mucha, claro, solo la porción justa para colocarlos en ese maravilloso estado de euforia y olvido que causa la datura, el cual permite a una joven gozar del abrazo de otros hombres... Hay que tener cuidado con la dosis, y la pobre Inesita no era nada cuidadosa... Pero ¿quién podría culparla? Terreiro era tan pesado, tan cargante, que siempre andaba pegado a ella, sin alternar con otros

jóvenes, sin frecuentar las casas de juego o las peleas de gallos. Además, era sumamente celoso.

Por cierto: Andrés de Castro tenía una nueva amante... No, no, las otras dos seguían viviendo con él, sabía cómo manejarse en esos casos... Era un hombre de suerte, y no solo en amores. Más de doce mil *fanams* había ganado en el trato que había hecho con el Capitán de Paiva, allá al sur, en Tuticorin. Y no es que de Paiva hubiese ganado menos, no, aunque era todo un caballero, con ese chalecho abotonado con rubíes —auténticos rubíes de Birmania—, y esa espada con empuñadura de plata incrustada de pedrería, y esa noble hilera de perlas alrededor de su cuello... perlas finísimas, claro, de la mejor calidad... ¿Cómo no iban a serlo si mandaba en todo el distrito de la Costa de los Paravas?...

Y luego estaban los musulmanes de la ciudad, de nuevo arrogantes y pagados de sí mismos, porque las tropas portuguesas no habían llegado a partir para combatir contra el Rajá de Bijapur. La contraorden se había dado esa misma mañana y todo el mundo sabía lo que eso significaba...

El tema se discutía en toda la ciudad; en los cuarteles, en las casas de juego, en los prostíbulos... ¿Por qué el nuevo Virrey había llegado mucho antes de lo previsto?... Don Esteban pensaba que llegaría un par de meses más tarde, todo el mundo lo sabía: su ayuda de cámara se lo había dicho al Mayordomo de las Caballerías y este, a su amante, Ana de Figueroa, y, cuando esta señora se enteraba de algo, Goa entera estaba al corriente en un par de días. Sí, Don Esteban había lanzado venablos por su boca cuando le anunciaron la llegada del *Coulam*... Mejor dicho: cuando le dijeron que Don Martín iba a bordo del *Coulam*... Y es que, fuese lo que fuera a hacer Don Martín, una cosa estaba clara: que la era de Don Esteban había terminado. Por eso las tropas no habían partido...

* * *

Doña Ana de Figueroa asistía a Misa en la catedral. Llevaba un traje de brocado de seda que resplandecía bajo un manto de gasa bordado con hilos de plata, y se arrodillaba sobre una alfombra de seda de Bojara. Detrás de ella, a corta distancia, se mantenían sentadas en el suelo cuatro esclavas vestidas con faldas escarlata y blusas amarillas que llevaban el libro de horas de la señora, su pañuelo, su sombrilla y su abanico.

La iglesia era bastante oscura. Las ventanas, con celosías de madreperla, transformaban la cegadora luz del sol en una suave penumbra opalina sumamente favorecedora para aquellas damas que, como Doña Ana de Figueroa, usaban gran cantidad de afeites.

Era la Misa que el nuevo Virrey oía, con sus hombres, para dar gracias a Dios por haber llegado sano y salvo, y una excelente oportunidad para ver qué clase de hombre

era Don Martín, y también las personas de su séquito.

Pedro había tenido tan buenas relaciones con el Virrey cesante que no era probable que el nuevo le mantuviera en su cargo, aunque quizá no prescindiera de sus servicios hasta que encontrara una persona apta para sustituirle. En unas cuantas semanas — cuatro, cinco o a lo sumo seis— sería reemplazado, seguramente, por uno de esos caballeros que se agrupaban en los bancos detrás de Don Martín. Y lo mismo les sucedería a la mayoría de los cortesanos, que, una vez perdido el favor del Virrey, tendrían que regresar a Portugal o quedarse en Goa viviendo del dinero obtenido antes... Don Carlos Gómez, por ejemplo, no iba a tener problemas; tras tres años como jefe de la Casa del Virrey y absoluta autonomía en la administración de la misma, era impensable que no hubiese hecho su agosto...

La Misa ya había comenzado: *Introibo ad altare Dei...*

«Confíteor Deo omnipotenti...».

No, Don Carlos no era ningún tonto... Lo malo era que Lolita Pérez le tenía sorbido el seso y no le iba a ser fácil quitársela de encima...

Doña Ana de Figueroa se puso en pie para rezar el Credo y la gracia felina con que lo hizo no pasó inadvertida, sobre todo porque se incorporó cuando todos los demás fieles ya lo habían hecho. Fue como si hubiese hecho su entrada de pronto, con encanto y al mismo tiempo con modestia, casi con sobresalto: ¡Virgen Santa, todo el mundo de pie y yo en las nubes!

En el Ofertorio, cuando el templo ya se había llenado del todo, Doña Ana de Figueroa pidió el abanico a una de las asustadas criaturas vestidas de amarillo y rojo que la acompañaban. Para entonces, estaba ya completamente segura de que Don Martín había reparado en ella y de que algunos caballeros de su séquito ya estaban pensando en informar al Virrey sobre la dama con traje de brocado... Porque Pedro era encantador, pero demasiado confiado. Daba por supuesto todo... Si no había venido a Misa, peor para él.

En la tercera fila de bancos, empezando por atrás, estaba Doña Violante Ferreira con su hija Beatriz. La señora Ferreira era una viuda de cuarenta y cinco años, pero parecía mayor, no solo porque tenía el pelo gris —ahora oculto por el velo—, sino por las muchas arrugas que surcaban las comisuras de sus labios y las patas de gallo que orlaban sus ojos; arrugas de risas lejanas y sufrimientos próximos...

Beatriz compartía con su madre una expresión de apacible nobleza avivada por su frescura juvenil. Con todo, se percibía claramente que la madre, a su edad, debía de haber sido más hermosa.

Ambas iban vestidas de la misma manera, con trajes negros, sin joyas ni adornos, excepto una pequeña cruz de oro que colgaba del cuello de Doña Violante con su fina cadena y otra cruz igual, pero más pequeña, prendida en el traje de Beatriz.

Como otras muchas veces, la señora Ferreira no había sido capaz de esperar a que llegase el «Memento de los vivos» para iniciar sus peticiones personales... ¡Tenía tantas cosas que pedir y era tan corto el memento!... Era su pierna enferma la que le hacía tan penoso hacer tantas mandas y recados para tanta gente... «Señor, también os pido por Beatriz y por mí... No quiero aparentar con Vos un desprendimiento que no tengo...». Pobre Beatriz, con casi veinte años y todavía soltera y sin compromiso... Pero ¿quién se iba a casar con una mujer sin dote en Goa? Los jóvenes se gastaban todo su dinero en mujeres de vida alegre con las que no pensaban casarse nunca, y Beatriz había hecho bien en no aceptar al señor Portao, con sus cuarenta años a costas y sifilítico, según decía todo el mundo... «Señor, Señor... ¿no habrá otro hombre en Goa para mi hija»?

Desde la Pascua de Resurrección no había vuelto a ver la catedral tan llena de gente... Sí, tenía que ser por el Virrey, desde luego. ¡La gente es tan curiosa!... No debía haber pensado eso, era poco caritativo. «Perdonadme, Señor, hubiese debido recordar que la única alma que conozco es la mía, la más pecadora». Se prohibió a sí misma, con energía, pedir por la resolución de sus propios problemas, y, elevando su corazón a Dios, empezó a escucharle en lugar de marearle con sus súplicas.

A su lado, Beatriz le pedía a Dios que curase a la anciana Inés López para que pudiese volver a trabajar y su madre no tuviese que atravesar la ciudad entera todos los días en busca de comida, con su pierna enferma. O, si no, que le curase la pierna... Y que le diese a ella las gracias necesarias para no distraerse en la Misa... Y que el señor Portao no lograra convencer al Administrador de Pensiones del Virrey para que le quitase a su madre la suya, como había insinuado cuando ella lo había rechazado... Y que encontrase un hombre bueno, no demasiado viejo ni demasiado feo, antes de que fuese demasiado tarde... porque, además, ¿en qué convento iban a admitir a una postulante incapaz de concentrarse al rezar, ni siquiera durante unos minutos...?

La Misa terminó por fin, pero nadie se movió, pues la cortesía exigía que el nuevo Virrey saliese el primero, lo que, además, permitía verle bien.

Tal vez fuese natural que las damas y caballeros de las primeras filas se precipitasen a salir detrás del Virrey; al fin y al cabo, no era fácil saber si pertenecían o no a su séquito. Así, Doña Ana Figueroa abandonó la catedral antes que la señora Ferreira y mucho antes que la masa de gente, de tal forma que los del séquito del Virrey —y tal vez el mismo Don Martín— tuvieron ocasión de contemplarla a placer cuando descendió las gradas del templo y se dirigió airoso hacia su palanquín, mientras los dos portadores negros la saludaban con gesticulantes zalemas. Luego, las cuatro esclavas ayudaron a su ama a subir al palanquín.

Estaba a punto de tirar del cordón de seda cuyo otro extremo pendía del dedo meñique del porteador delantero cuando vio salir de la catedral a la señora Ferreira.

—Dile que se acerque —ordenó rápidamente a una de sus doncellas.

La señora Ferreira se aproximó al palanquín.

—Me alegra veros —dijo Doña Ana—. ¿Qué, a ver a nuestro nuevo amo y señor? —preguntó irónicamente.

—El Señor que yo he venido a ver, señora —repuso Violante serenamente—, es el mismo de siempre...

—¿De verdad? —preguntó Doña Ana Figueroa fingiendo asombro—. Pero el antiguo Virrey no estaba en la catedral... ¡Oh, qué estúpida soy! Vos queríais decir... comprendo... bonita contestación... ¡Sois tan buena! Me gustaría ser como vos... Y tan hábil. Este traje que me hicisteis quedó precioso... Por cierto, tengo que encargáros otra cosa. Venid a verme la semana que viene. Tengo una idea maravillosa para un velo... El nuevo Virrey impresiona, ¿verdad?... Es muy apuesto. Lo que no comprendo es por qué ha sido nuestro querido y anciano Obispo Albuquerque quien ha dicho la Misa y no el nuevo Nuncio Apostólico... Dicen que no es nada amigo de ceremonias y boatos, que solo se interesa por la... plebe, pero eso no quita que sea una descortesía y una falta de tacto brillar por su ausencia en esta ceremonia, ¿no os parece?

Doña Violante Ferreira, entre interesada y sorprendida, dijo que no sabía nada de la llegada de un nuevo Nuncio Apostólico.

—Pero, querida, ¿cómo es posible que no sepáis nada?... ¡Si es la comidilla de toda Goa! Enviaron una delegación al puerto para recibirle, todo muy solemne, con el nuevo Virrey que llegaba... Estaban presentes todos. Don Pedro, por supuesto, y Don João y Don Felipe... El Obispo envió un prelado, no recuerdo cómo se llama... Se organizó una comitiva, todos en palanquín. Habían reservado el mejor para el Nuncio, y ¿a que no sabéis lo que sucedió?... ¡El Nuncio no aparecía! Solo vieron a un monje desaharrapado al que preguntaron dónde estaba el Nuncio... ¿Y sabéis lo que contestó?... «El Nuncio soy yo». ¡Casi se desmayan del susto! Me lo ha contado Don Pedro, que lo vio con sus propios ojos... Fijaos, querida: todos esperaban un Cardenal, o al menos un Obispo, y se encuentran con un frailecillo... ¡Menuda sorpresa!

—Si no es más que un fraile, como decís, tiene que ser un hombre excepcional para que el Santo Padre le haya nombrado Nuncio —repuso la señora Ferreira, con muy buen sentido.

—Sí, debe de serlo —dijo Doña Ana—. Al menos distinto, porque se negó en redondo a subir al palanquín. Entonces, muy cortésmente, le dijeron que le acompañarían a pie, procesionalmente, hasta el Palacio episcopal, donde le habían preparado alojamiento a pesar de que apenas habían tenido tiempo, pues hacía menos de una hora que el Virrey les había anunciado su llegada mediante un mensajero. Pues bien, ¿sabéis lo que ocurrió?... No vais a creerlo: ¡El Nuncio se negó a acompañarlos! Dijo que lo único que quería era que le indicasen el camino más corto para ir al hospital... Naturalmente, pensaron que estaba enfermo, y el Padre Almeida le dijo que sería mejor

que Su Eminencia fuese con ellos al Palacio, donde podría atenderle el físico del Señor Obispo y estar mejor cuidado, pues el hospital era impropio de un hombre de su rango, ya que allí solo iban a parar los enfermos más pobres y desheredados. Pues bien, ¿sabéis lo que el Nuncio contestó?... Que esa era una razón más para alojarse allí... ¡Imaginaos! ¡El Nuncio en ese sucio, miserable y horrible hospital!

—¿Entonces...? —preguntó la señora Ferreira con asombro y admiración.

Doña Ana estaba encantada de haber logrado interesarla. Violante Ferreira no era más que su costurera, pero, aparte de que cosía excepcionalmente, había en ella algo que la fascinaba, aunque no sabía lo que era. Tal vez su sosiego, su aire de lejanía y una especie de... de modesta seguridad, si tal cosa existía. De ordinario, a la señora Ferreira no parecía interesarle el comadreo y solía responder con un «sí» o un «no» o un «¿creéis vos?», como si el que Lolita Pérez tuviese un nuevo amante o Don Pedro otra querida no fuese con ella. Ahora, sin embargo, parecía intrigadísima.

—Entonces, querida, insistió en ir al hospital y se quedó allí... Un lugar peligrosísimo, lleno de leprosos y cosas peores. Ha ido a ver al Obispo, desde luego, pero no creo que al anciano Alburquerque le haya gustado nada abrazar a un hombre que vive con los apestados. No me extrañaría nada que ya tuviese piojos o chinches, o algo peor... ¡Todo un Nuncio!... Pero en el hospital sigue. Dicen que celebra Misa en Nuestra Señora del Rosario, cerca del hospital, y que enseña el Catecismo a los golfillos que encuentra en la calle.

¿Sabéis lo que os digo, querida? Que no ha habido nunca un Nuncio como este, en ninguna parte...

—Estoy de acuerdo con vos —dijo la señora Ferreira con un tono de voz que hizo que Doña Ana la mirase asombrada.

—Al principio pensé —prosiguió esta, tras comprobar que la cara de su costurera seguía siendo inexpresiva y digna— que todo había sido una equivocación o un engaño... Bueno, quiero decir que no era Nuncio, que había habido algún malentendido. Pero, cuando fue a ver al Obispo y este le trató con toda consideración y lo llamó Eminencia, según dicen, me convencí de que era lo que decía, aunque, tal vez, esté un poco... ¿cómo diría yo?... Perturbado. ¿Qué pensáis vos?...

—Que es lo que dice —repuso Violante—. Tal vez, un poco más.

—¿Más?... ¿Qué queréis decir con eso?

La señora Ferreira no contestó ya nada. Saludó cortésmente con una inclinación de cabeza —cortésmente, sí, pero no servilmente— y se alejó. Doña Ana Figueroa, entonces, tiró del cordón de seda atado al dedo meñique del porteador y el palanquín se puso bruscamente en movimiento. ¡Más que Nuncio! La señora Ferreira debía de ser más estúpida de lo que parecía. Por eso se mostraba tan reservada... ¿O se habría burlado de ella? Pues que se ándase con ojo, porque de Ana Figueroa nadie se burla... ¿Quién

pretendía hacerle creer que era ese hombre el Papa en persona?

* * *

Doña Ana Figueroa y las mujeres de su clase no eran las únicas que murmuraban sobre el nuevo Nuncio en Goa, ya que, en realidad, estaba en el centro de todas las conversaciones. Hasta los rumores que corrían sobre las relaciones entre el nuevo Virrey y el cesante ocupaban un segundo plano; aunque algunos decían que habían tenido un serio altercado, no debía de ser cierto (o lo disimulaban muy bien, o se habían reconciliado), pues habían asistido juntos a varios banquetes, y en al menos un par de discursos se habían llamado respectivamente «mi muy altamente estimado predecesor» y «mi famoso y renombrado sucesor, el mejor caballero que Su Majestad podía haber escogido para un cargo de tanta responsabilidad».

Ya había un nuevo Recaudador de Contribuciones y pronto habría un nuevo Jefe de Caballerizas y un nuevo Jefe de la Casa del Virrey. Se hablaba también de otros cambios, pero, en conjunto, las cosas estaban más o menos como antes, y hasta algunos decían que el Virrey cesante no viajaría en el *Coulam*, sino que esperaría la llegada de la Real Flota de Indias para regresar a la India en uno de sus navíos.

Pero el Nuncio...

El Padre Almeida le contó al Padre Campos que había hecho otras cincuenta visitas a sus feligreses en los últimos diez días y que había conseguido recolectar infinidad de niños para sus clases de catecismo.

—¡Cincuenta visitas! No puede haber hecho eso solo en las horas frescas del día...

—Claro que no. A pleno sol. Jamás he sudado tanto en mi vida... Si me descuido, me veo tocando la campanilla...

—¿La campanilla?... ¿Qué campanilla?

—¿Es que no lo sabéis?... Su Eminencia va por las calles haciendo sonar una campanilla, como un charlatán de feria, y, cuando la gente se arremolina junto a él, se dirige a los niños y les dice: «¿Queréis venir a escuchar la historia más maravillosa que jamás habéis oído?».

—¡Virgen Santísima!

—Los chiquillos, naturalmente, dicen que sí. Entonces se los lleva a la iglesia de Nuestra Señora del Rosario y les cuenta escenas del Evangelio... ¡Qué digo! No se las cuenta. ¡Las canta! Las versifica, para que a los chavales no se les olviden...

—¿Sabe eso el Obispo?

—Yo mismo se lo he contado.

—¿Y qué dijo?

—Nada. Se sonrió.

—¿Y es cierto que va descalzo?

—Lo es. Y eso escandaliza a algunos de nuestros queridos feligreses... Pero tengo que deciros, Padre, que son precisamente los que no dan ejemplo de buena conducta. Por eso estoy preocupado...

—¿Preocupado?...

—Sí, porque pienso, Padre, que estoy equivocado.

—¿Equivocado vos, Padre Almeida?

—Sí, creo que sí. Ahora tengo veintidós niños en mi catequesis y hace unas semanas eran solo siete... Alborotan mucho, pero están deseosos de ser instruidos en la fe... Lo necesitan tanto... Pienso que estábamos dormidos, Padre. Por cierto, ¿vos todavía no le conocéis?

—No. Y no creo que pudiera ayudarle mucho. No sé cantar ni hacer versos...

* * *

Cuando el Sargento de armas João da Silva le dijo al Padre Campos que quería casarse con Lucía Gonzáles y le pidió que hiciera públicas las amonestaciones, el anciano sacerdote se le quedó mirando con desconfianza, pero pronto comprobó que no estaba borracho.

—Hace tiempo que conocéis a esa joven, ¿no?

—Sí, Padre.

—Tenéis tres hijos, ¿verdad?

—Sí, tres —dijo da Silva con orgullo de padre—. Dos chicos y una chica que está echando los dientes...

—Y ahora queréis casaros... Un poco tarde, ¿no os parece?

—Eso es lo que yo le dije al Padre Francisco —comentó el sargento.

—¿Y qué os dijo él?

—Que más vale tarde que nunca... Que, como pronto iba a ser mi cumpleaños, era un buen momento...

—¿Y qué aportáis a la boda?

—Bueno, le dije al Padre Francisco que no tenía nada que regalarle a Lucía y él me contestó que el mejor regalo que podía hacerle era casarme con ella... Creo que tenía razón, ¿verdad, Padre?... Es una buena chica. Le dije que nos casara él, pero me dijo que no, que debía casarnos el cura de nuestra parroquia. Así que aquí estoy.

—¿Y quién es ese Padre Francisco? ¿Don Francisco Gu-maya, el párroco de San Pedro?...

—No, no... El Padre Francisco... Francisco Xavier. El nuevo. El Nuncio... Estuvo cenando ayer con nosotros.

El Padre Campos tragó saliva y se sentó presuroso, para no caerse de espaldas. Por fin habló:

—¿Y por qué no vinisteis a verme hace años, cuando... cuando os enamorasteis de esa joven, o, al menos, cuando la dejasteis embarazada por primera vez?

El sargento hizo una mueca borreguil.

—Me hubierais echado a patadas, Padre. Además, nunca había pensado en casarme. ¿Para qué?... Vivíamos bien y ella no podía quejarse, pues le daba la mitad de mi paga... Pero, cuando el Padre Francisco sugirió que nos casáramos, ella se puso tan contenta... ¡qué demonios! —perdón, Padre—, pensé que debíamos hacerlo.

El Padre Campos tomó una pluma de ave, la mojó en el tintero, probó la finura del corte en la yema del dedo gordo y musitó:

—Dadme vuestro nombre completo, vuestro destino y vuestra graduación...

* * *

En los días que siguieron, no menos de catorce parejas fueron a ver al Padre Campos para decirle lo mismo. Todas ellas llevaban largo tiempo viviendo maritalmente y casi todas tenían descendencia. Estaba claro que el Padre Francisco no podía haber comido o cenado con todas ellas, pero sí que el ejemplo de João da Silva y Lucía Gonzales había espoleado a otras muchas. La joven Lucía no cesaba de proclamar su triunfo entre sus amigas, así que —pensó el Padre Campos— tal vez no fuese mala idea visitar a aquellas mujeres que ella no conocía y animarles a seguir su ejemplo.

Dicho y hecho: empezó a visitarlas una por una y, en menos de una semana, otras tres parejas estaban dispuesta a casarse como Dios manda.

No sin un punto de orgullo, se lo dijo al Padre Almeida.

—Así que por fin os ha hecho cantar... —comentó este con ironía.

—¿Quién?

—El Padre Francisco, naturalmente. Y eso, sin conocerle... Es algo increíble. Se ha ganado al Padre Borba en un momento.

—¿Al Padre Diego de Borba?

—El mismo. ¿Sabíais que había fundado una escuela? Ya tiene en ella unos cincuenta o sesenta alumnos de trece a diecisiete años.

—Sí, pero no tiene dinero.

—Cierto. Pero tiene coraje. Incluso empezó a construir una iglesia junto a la escuela y a soñar con otras cosas... Por eso, tal vez, cuando oyó hablar del nuevo Nuncio y de lo que estaba haciendo, fue corriendo a verlo... Fue como echar leña al fuego. ¿Una escuela?... Había que convertirla en seminario, pues era preciso contar con sacerdotes nativos... Luego le preguntó al Padre Borba sobre la procedencia de sus alumnos y este le dijo que había de todo: bengalíes, cingaleses, malayos, paravas... Hablaban muy diversas lenguas, pero él les enseñaba en portugués y en *konkani*... «Excelente —repuso el Nuncio—. Ahora lo único que necesitamos es dinero y profesores...».

—Casi nada —comentó el Padre Campos irónicamente.

—Así que ha escrito al Papa y al Rey, y a no sé cuántas personas más, para que le envíen profesores... Y los obtendrá. Seguro. Logra todo lo que se propone. Dios sabe cómo, pero lo consigue...

—¿Y el dinero?

El Padre Almeida se echó a reír.

—Esa misma pregunta me hice yo, antes de saber que había ido a ver al Virrey... Estuvieron reunidos más de una hora, pero el Virrey se lo dio. No sé cuánto, pero al parecer una fuerte suma. También puso a su disposición trescientos peones y el material necesario para concluir la iglesia...

—¡En poco más de una hora! —musitó el Padre Campos.

—En dos, el Santo Padre pondría a su disposición una docena de cardenales...

—Pero ¿cómo lo logra?

—Eso quisiera saber yo.

—Supongo que a base de zalemas y carantoñas...

—No, no lo creo... Aunque a veces usa esos trucos.

—¿Habéis sido testigo?...

—Sí, una vez le oí decir a un caballero que conozco que el Padre Francisco le había dicho que parecía mentira que un hombre tan inteligente como él, tan apuesto y tan hábil, perdiese su tiempo en las mesas de juego... Acababa de perder ochenta *fanans*, todo lo que tenía. Así que el Padre Francisco le dijo que le iba a avalar durante otra media hora, pero que tenía que prometerle que, tanto si ganaba como si perdía, cambiaría de vida y renunciaría al juego.

—No es posible. ¿Dónde sucedió eso?...

—En el garito de Tumala, a orilla del río.

—¿Queréis decir que el Nuncio Apostólico estaba allí...?

—Así es. Allí estaba... Pues bien, el caballero aceptó el reto, porque estaba dominado por la pasión del juego. Entonces, el Padre Francisco le dio dinero para que siguiera jugando y, al cabo de media hora, no solo había recobrado los ochenta *fanans* que había perdido, sino que había ganado cincuenta más.

—¿Y...?

—Pues nada. El Padre Francisco mandó interrumpir la partida y el caballero se levantó de la mesa... Uno de los presentes me ha contado que vio luego a los dos en la terraza y me ha jurado que el caballero estaba arrodillado, confesándose con el Nuncio...

—No me extraña que la gente se escandalice... ¡En un garito de juego! —exclamó el Padre Campos.

—Como podéis imaginar, la noticia corrió como reguero de pólvora, y unos cuantos devotos, llenos de santa indignación, fueron a ver al Obispo...

—¿Y qué les dijo?

—Que fuesen a su casa y consultasen el Evangelio de san Lucas, capítulo quinto, versículos treinta, treinta y uno y treinta y dos. Fue lo que me dijo el Obispo que el Nuncio le había dicho a él cuando le preguntó sobre su visita a Tumala...

—El capítulo cinco... —murmuró el Padre Campos...

—No lo recordáis, ¿verdad?... Yo me lo he aprendido casi de memoria —dijo el Padre Almeida sonriendo—: «Se acercaron los escribas y fariseos y se quejaron a sus discípulos: ¿Cómo es que coméis y bebéis con los publicanos y los pecadores? Y Jesús, tomando la palabra, dijo: No son los sanos, sino los enfermos, quienes tienen necesidad de médico. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores que tienen necesidad de penitencia...».

—Al Obispo no le haría ninguna gracia que lo comparasen con los fariseos —comentó el Padre Campos.

—No se trataba de eso —repuso el Padre Almeida con aspereza—. El Obispo no se había quejado de la conducta del Padre Francisco. Solo le había preguntado si era cierto que había visitado el garito. Él respondió que sí y citó el Evangelio de san Lucas en su defensa.

—Entonces, ¿no tuvieron roce alguno?

—En absoluto. La primera vez que el Padre Francisco visitó al Obispo se arrodilló ante él, le besó el anillo y le dijo que no tenía intención de hacer uso de sus poderes como Nuncio más que de acuerdo con sus deseos. Incluso le dijo que prefería que no se supiera...

El Padre Campos sonrió irónicamente.

—Como si eso fuera posible en Goa... —dijo—. Sería más fácil convertir en santas a todas las mujeres de la colonia.

El Padre Almeida asintió.

—Sí, era imposible. Ni él mismo lo habría conseguido... Lo que sí ha conseguido es convertir en esposas a muchas concubinas. Vuestra parroquia no es la única donde ha sucedido eso, ni otras muchas cosas... Está formando un grupo de catequistas y ya ha enviado a algunos a predicar por las calles, con una campanilla. Hasta hay una mujer, aunque con ellas es muy precavido... Pero ha hecho una excepción con la señora Ferreira. La conozco bien y creo que ha acertado...

—¿Y dónde creéis que estará ahora nuestro hombre?

—¿Ahora?... ¿Qué hora es?... Las nueve. Seguramente estará en la *Sala das bragas*...

—¿En la cárcel?

—Sí, las visita a diario... Unas veces va a la *Sala das bragas* y otras, a *Al Jabir*.

—¡Santo Dios! En Al Jabir no hay más que forzados a galeras y criminales

convictos...

—Cierto. Un lugar peligrosísimo. La primera vez que estuve allí creí que no saldría vivo... Solo el olor es capaz de matarlo a uno... Pero, como veis, he sobrevivido.

—¿Habéis vuelto a ir...?

—Bueno —murmuró el Padre Almeida, un tanto embarazado—... No podía dejarle que fuese él solo, así que me ofrecí a acompañarle y él aceptó mi ofrecimiento... Ahora, cuando yo voy a Al Jabir, él visita la *Sala das bragas*, y al contrario... Como veis, me ha engatusado...

—Y ahora os obliga...

— ¡No, por Dios! Nada de eso. Nunca reprocha nada, ni amonesta, ni sermonea... Se limita a hacer las cosas, y, al cabo de algún tiempo, uno se siente como un cerdo si le deja solo... «Estuve prisionero y no me visitasteis...». ¿Os dais cuenta?...

* * *

El Padre Campos no sabía si deseaba o no conocer al Nuncio, pero fue a la *Sala das bragas* y esperó a que saliera. Varias veces se dijo que era una tontería, que se estaba comportando como un estúpido, pero, a pesar de todo, se quedó. Y, cuando Francisco salió —alto, delgado, el pelo negro y espeso, la barba también negra, una sotana raída y un hatillo bajo el brazo—, no se atrevió a abordarle; corrió tras él, para ver adónde iba... ¿Al hospital? ¿A la iglesia de Nuestra Señora del Rosario?... En uno de esos lugares podría hablarle a solas y averiguar qué clase de hombre era...

Pero, al parecer, el Padre Francisco no se dirigía a ninguno de esos sitios. Rebasó el palacio y los muelles y traspasó la Puerta Norte, donde habló brevemente con uno de los soldados, el cual se arrodilló para que Francisco lo bendijera... Hacía un calor espantoso, y el Padre Campos sudaba a chorros, pero su obstinación le hizo proseguir. Quería saber a toda costa dónde se dirigía el Nuncio.

Francisco pasó junto a unas cuantas chozas que había cerca de la puerta y se internó por un sendero, en dirección oeste. El Padre Campos no había ido nunca por ese camino y no sabía adónde conducía, pero, en cualquier caso, el Nuncio tendría que regresar y entonces podría hablarle. Una y otra vez se dijo a sí mismo que era una locura caminar descubierto a pleno sol, pero continuó caminando a pesar de todo.

Hasta que descubrió el campamento. No tenía muros ni puertas. No era más que un amasijo de viejas chozas desvencijadas junto a las cuales permanecían en pie, o sentados, hombres y mujeres de distinto pelaje, en su mayoría envueltos en vendas que cubrían sus pies, sus manos e incluso su cara.

De repente, oyó un tableteo que le hizo pararse en seco. La sangre huyó de su rostro, la lengua se le pegó al paladar y sus rodillas entrechocaron... Pero Francisco siguió avanzando, sin hacer caso de aquel siniestro tableteo. Y, de pronto, aquellos

desgraciados le reconocieron: empezaron a lanzar roncós sonidos y a arremolinarse en torno a él; otros salían presurosos de las chozas. Serían ya un centenar o más, y todos agitaban los brazos, saludándole... Entonces, Francisco se subió a lo que parecía ser un montón de piedras, se sentó encima, dejó el hatillo en el suelo y deshizo los nudos.

Con el corazón en la boca, el Padre Campos se acercó un poco más, viendo cómo el Nuncio sacaba del hatillo un alba, un manipulo, una estola y una casulla y empezaba a revestirse...

Sí, el Padre Francisco se disponía a celebrar la Santa Misa para los leprosos.

El Padre Campos estaba ahora tan cerca que podía ver manos hinchadas hasta doblar su tamaño natural, rostros con dos agujeros informes en lugar de narices, hombros y pechos cubiertos de úlceras, brazos y piernas como deformes muñones...

Se detuvo de nuevo. A pesar del calor sofocante, temblaba como el azogue.

El Padre Francisco ya había comenzado a celebrar la Santa Misa; un muchachito con las manos vendadas hacía de monaguillo. El Padre Campos se santiguó y empezó a rezar, pero extraños pensamientos le asaltaron de pronto... Todo el mundo estaba leproso, y los peores eran los que no sabían que lo estaban. Porque en muchos de ellos la enfermedad no se manifestaba por fuera, en la piel, en los miembros mutilados o deformes, como los de estas pobres gentes, sino por dentro... Sí, había hombres apuestos y mujeres hermosas que, en su interior, ofrecían un aspecto más horrible que el de ese pobre anciano cuya cara era una masa putrefacta... Él mismo estaba podrido por dentro, cubierto con las úlceras de la indiferencia, de la falta de caridad, de la pereza... con las pústulas de la autosuficiencia... con las llagas de la tibieza en el servicio de Nuestro Señor. Y se reconocía pecador, y se confesaba a Dios Todopoderoso, a la Bienaventurada Virgen María, al bienaventurado san Miguel Arcángel, al bienaventurado san Juan Bautista, a los santos Apóstoles san Pedro y san Pablo, y a todos los santos, y al Padre Francisco Xavier, que había pecado mucho, de pensamiento, palabra y obra, por su culpa, por su culpa, por su grandísima culpa...

Y la Misa prosiguió y él se preguntaba si sería capaz de arrodillarse en un lugar hollado por cientos de leprosos sucios y harapientos, pero, cuando todos se pusieron de rodillas o se inclinaron y el Padre Francisco consagró el Pan y el Vino, y la Segunda Persona de la Santísima Trinidad descendió al montón de piedras —es decir, al altar—, el Padre Campos se olvidó de todo y cayó de rodillas, y besó el suelo, y postrado quedó...

Y luego, cuando vio que se acercaba el momento de la Comunión, comprendió que debía hacer algo, aunque tenía miedo, un pánico terrible que no había sentido jamás... Pero, al mismo tiempo, supo que aquel momento era decisivo para él, por lo que, sacando fuerzas de flaqueza, avanzó tembloroso, hasta alcanzar el espantoso círculo que formaban los leprosos en torno al altar... Entonces, una vez más, una extraña idea le

asaltó: pensó que tal vez no le dejarían pasar, que quizá le expulsarían, como si el leproso fuera él...

Pero no: se apartaron un poco, a derecha e izquierda, y él pasó entre ellos y llegó hasta el altar en el mismo momento en que el Padre Francisco se volvía hacia los leprosos con el copón en la mano...

El Padre Campos se volvió a arrodillar. Luego, tomó la bandeja de manos del monaguillo, que se le quedó mirando con sus enormes ojos asustados, y la colocó bajo las bocas abiertas de los que se acercaban a recibir la Santa Comunión... Bocas sin labios, caras de pesadilla, ojos sin párpados, miembros purulentos, cuerpos llagados, lenguas ulceradas en las que el Padre Francisco depositaba la Sagrada Forma con un gentil y rápido movimiento... Hombres y mujeres, ancianos y niños... Todos se acercaban a recibir la Santa Comunión. Cientos y cientos de leprosos, tal vez miles, en un desfile que no parecía tener fin...

Pero lo tuvo, y el monaguillo recobró la bandeja, y la Misa terminó, y el Padre Campos ayudó a Francisco a quitarse los ornamentos, y a rehacer el hatillo, y a rezar las oraciones de acción de gracias. Luego, los leprosos rodearon al Padre Francisco, y él habló con ellos, y los consoló, y los bendijo. Y, finalmente, ambos sacerdotes se despidieron y regresaron juntos a la ciudad...

No hablaron por el camino. No dijeron una sola palabra. Pero, cuando traspasaron la Puerta del Norte, el Padre Campos se detuvo y, súbitamente, murmuró:

—Padre, una sola cosa quiero decirle: que hoy he comprendido, por primera vez, lo que significa la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo...

* * *

—Siempre estamos en guerra —dijo el Virrey, ceñudo—. Ayer mismo tuve que enviar seiscientos hombres contra el gobernador de Bijapur. No disponía de más... Las cosas han ido mal aquí, y, en los pocos meses que llevo como Virrey, no he tenido tiempo todavía de limpiar los establos de Augías... de Don Esteban, quiero decir.

Francisco repuso que todo el mundo estaba satisfecho, porque las... «diferencias» entre Su Excelencia y Don Esteban da Gama parecían superadas, sin graves consecuencias.

—Sí y no —dijo Don Martín, un tanto enigmáticamente—. En cualquier caso, no han trascendido a la calle. Fue una suerte que llegase antes de lo previsto. Padre. Puse en libertad a Don Álvaro de Ataíde, claro... Anda por ahí, tal vez le hayáis visto... Así, como vos habéis dicho, superamos las «diferencias». Porque espero que los da Gama mantengan la boca cerrada cuando regresen a Portugal. Aunque no estoy seguro de que Don Álvaro regrese... Su hermano mayor, sí. Seguro. Permanecer aquí, habiendo sido Virrey, le haría mala sangre... Pienso dar a Don Álvaro algún cargo en un próximo

futuro, aunque todavía no sé cuál... ¿Un poco de vino, Padre? Voy a sentir mucho que os vayáis de Goa... ¿Estáis realmente decidido?

—Sí, Excelencia —contestó Francisco, sonriendo—. Recordad que fuisteis vos quien primero me habló de los para-vas y de la Costa de los Pescadores, próxima al Cabo Comorín.

—Cierto. Pero desde entonces he sido testigo de lo que un hombre puede hacer en este increíble nido de vicios y de traiciones que es para el Rey la «fiel» y «gloriosa» ciudad de Goa... Porque vos le habéis dado la vuelta como a un calcetín... Ahora soplan vientos más suaves. Parece como si todas esas gentes se hubiesen dado cuenta, de pronto, de que son católicos y de que ya es hora de demostrarlo... ¿Seguís recorriendo las calles tocando la campanilla?... Porque ya veo que seguís sin utilizar sandalias ni ninguna otra clase de calzado. Pero no podéis emprender viaje así, descalzo. Seríais hombre muerto en la primera jornada. Las costas del Sur están plagadas de serpientes e insectos venenosos de todas clases... Calzaos, Padre... Yo os regalaré un buen par de botas.

Pero Francisco declinó el ofrecimiento. Tenía —dijo— un par en alguna parte, y, aunque estaban un poco gastadas, podía remendarlas... Por cierto, ¿querría el Virrey prometerle que haría enviar al Padre Pablo de Camerino y al Hermano Mansilla al Cabo Comorín tan pronto como llegase la Real Flota de Indias?...

—Desde luego, desde luego... Pueden llegar en cualquier momento. En realidad ya deberían haber llegado... Por cierto, conviene que sepáis una cosa: mi administrador en el país de los paravas es el Capitán Cosme de Paiva... *Paiva*. No os va a ser fácil manejarle. Lleva varios años allí y se ha acostumbrado a hacer las cosas a su manera... Una manera que no os va a gustar nada. Los que viven en esa región hacen cosas inimaginables con tal de sobrevivir ellos mismos y de defender sus intereses. El distrito de Parava no es Roma o Lisboa... ni siquiera Goa. En fin, vos veréis lo que podéis hacer. Desgraciadamente, yo no podré ayudaros mucho... Doscientas leguas no parecen una distancia excesiva, pero doscientas leguas de jungla... Todo son trampas y peligros y sorpresas... No, Padre, no vais a encontrar allí un lecho de rosas...

El Virrey miró al techo. Unas cuantas salamanquesas, enormes y translúcidas, correteaban de aquí para allá.

—No son dañinas —comentó Don Martín—, pero me gustaría saber cómo pueden sostenerse pegadas al techo, boca abajo. Increíble país... Y loco, como la gente. ¿Sabéis lo que el primer Virrey, Alburquerque, decía en una carta al Rey?... «No hay un solo hombre en la India en el que se pueda confiar, ni uno solo que no sea capaz de contar mil mentiras por un rubí o de romper un juramento por una pieza de seda...». Sigue siendo verdad, tal vez más que nunca.

—Yo he encontrado aquí mucha gente digna de confianza —repuso Francisco

sosegadamente.

Don Martín se le quedó mirando fijamente.

—Os equivocáis —dijo—; vos los habéis hecho dignos de confianza... No sé cómo lo habéis conseguido, pero confían en vos... y yo también. No me importaría contarle a Don Esteban tantas mentiras como moscas hay en Goa, pero no sería capaz de deciros una sola a vos... ¿Cuántos hombres os acompañarán?

—Solo tres estudiantes tamiles de la escuela del Padre Borba.

—¿Solo tres?... Bien, vos sabréis lo que hacéis. Aunque no me sorprende. Desde que he oído a la gente por la calle —incluso a soldados— cantando en voz alta el *Credo* y los diez mandamientos nada, me sorprende, porque sé que eso es obra vuestra... No, no digáis nada. Os volveré a ver antes de que os vayáis... Necesitaréis algún dinero, ¿verdad?... Espero que me daréis vuestra bendición antes de partir.

Al retirarse, Francisco tuvo que atravesar el salón de audiencias, donde cientos de personas aguardaban que saliera el Virrey. A un lado y a otro, un centenar de soldados con relucientes alabardas y uniformes grises se alineaban en la escalinata.

Volvería a escribir al Padre Ignacio esta misma noche; tantas cartas enviadas y ninguna contestación... Pero era natural: ningún barco había venido en todo este tiempo y probablemente ninguna carta suya habría llegado todavía a Roma. Pero, a pesar de todo, escribiría. ¡Se sentía tan solo! Solo y olvidado...

Doscientas leguas de jungla. Otro país desconocido, lleno de peligros e infestado de fantasmas y demonios, como decía todo el mundo. Y él no era, en realidad, más que un niño perdido en el bosque, un niño indefenso con un crucifijo al cuello.

Sí, escribiría al Padre Ignacio. Pero, antes, remendaría sus viejas botas...

* * *

Otra vez un barco. Un pequeño mercante construido en Goa, que hacía la ruta de cabotaje. La nao de la pimienta, lo llamaban, porque transportaba esta especia de Cochín a Goa... Pimienta: preciosa mercancía; todo el Imperio portugués en las Indias Orientales se basaba en la pimienta. Existían otras especias, claro, y piedras preciosas, y la seda procedente de aquel lejano país inaccesible llamado China... inaccesible porque quien osaba adentrarse en él era inmediatamente ejecutado por orden del Emperador... La pimienta, sin embargo, era lo más importante.

Los únicos pasajeros de la nave eran Francisco y los tres estudiantes tamiles, que casi se habían echado a llorar cuando Goa se desvaneció en la bruma matutina. El rumor de su marcha había corrido como la pólvora y una gran multitud se había congregado en el muelle para despedirlos: el Padre Almeida, el Padre Campos y otros sacerdotes, y Violante Ferreira con su hija Beatriz, y el Padre Diego de Borba con sus alumnos, y cientos y cientos de goeses portugueses y de nativos. Y cuando el barco levó anclas,

todos entonaron el Credo, en verso, como el Padre Francisco se lo había enseñado a los niños. ¡Cómo les gustaba cantar a esas gentes! Cantaban arando las tierras, y sembrando, y cargando fardos en el puerto, y recogiendo las cosechas... Y los niños lanzaban flores al barco, se balanceaban y reían...

Dejarlos era como morir un poco. Y ahora comenzaba el viaje al purgatorio...

El Padre de Borba —que había estado allí ocho años antes, durante la Guerra de la Oreja— le había contado un montón de cosas sobre los paravas, todas ellas valiosísimas...

A las jóvenes de la Costa de los Pescadores de Perlas les agujereaban los lóbulos de las orejas para introducir en ellos piezas de plomo cada vez más grandes, hasta que el agujero fuese capaz de dar cabida a dos enormes aros de oro macizo que habrían de llevar el día de su boda. Esos aros eran la señal de su estado y, para una mujer parava, un timbre de dignidad y un motivo de orgullo.

Un rudo y avaro mercader árabe —uno de los muchos que arrebatában a los pobres pescadores de perlas su preciosa mercancía, lograda con tanto esfuerzo y tantos peligros— arrancó uno de esos aros de oro a una joven parava, rasgándole el lóbulo de la oreja. Indignados, los paravas lo mataron, así como a los demás mercaderes que cayeron en sus manos. Entonces, los árabes se vengaron: llegaron con sus faluchos, armados hasta los dientes, desembarcaron y quemaron y saquearon varias aldeas paravas. Estos pidieron a los portugueses que acudieran en su ayuda, y Don Martín de Sousa, Gran Capitán de los Mares por entonces, llegó con su flota... Francisco ya se lo había oído contar a Marcelo, pero el Padre de Borba completó algunas cosas: Él y un puñado de franciscanos —seis en total— habían desembarcado con las tropas portuguesas y habían bautizado a veinte mil nativos. Empezaron también a instruirlos en la fe católica, pero la flota no tardó en regresar a Goa y ellos tuvieron que irse... Desde entonces, los paravas estaban sin clero, excepto unos cuantos sacerdotes procedentes de Cochin que les visitaban por Pascua todos los años, ocho desde la Guerra de la Oreja...

La nao de la pimienta tenía buen cuidado de navegar cerca de la costa, sin internarse en las peligrosas aguas del Océano Índico. La que conducía a Francisco hizo escala de un día en Mangalore, de dos en Calicut y de otros dos en Cochin. Luego, navegó a lo largo de la costa de Travancore, dobló el cabo Comorín y llegó a Manapad. Allí, Francisco y los tres estudiantes tamiles desembarcaron.

—Esta tierra es muy llana —comentó Coello, el mayor de los tres estudiantes, que había recibido órdenes mayores y era ya diácono—. Lo bueno es que hay muy pocas alimañas salvajes... Lo malo, que en muchas leguas no hay ni una sombra bajo la cual cobijarse —añadió abriendo su parasol.

Tuvieron suerte, porque no tardaron en encontrar una especie de viejo cobertizo abandonado en el que Francisco celebró la Santa Misa. A lo lejos, en el mar, hacia el

Norte, se veían unos cuantos catamaranes.

—Barcas de pescadores de perlas —explicó Coello—. Uno de ellos acaba de lanzarse al agua. ¿Lo veis, Padre?...

—Sí. Lleva algo en la boca... algo brillante...

—Un cuchillo, para los tiburones...

Terminada la Misa, Francisco reanudó su hatillo y se lo echó a la espalda.

—Bien. Vamos a Tuticorin —dijo—. Conoces el camino, ¿no?...

—Sí, Padre —repuso Coello—. Así lo espero...

Caminaron bordeando extensos arrozales en los que trabajaban algunos campesinos y niños completamente desnudos se entretenían arrojando piedras a unos extraños pájaros de vivos colores.

—Papagayos —explicó Coello—. Los echan de las tierras para que no se coman el grano.

Cocoteros y bananeros, limas y mangos. Con el fruto de esos árboles y los peces que pescaban podrían alimentarse, pensó Francisco. Al menos no pasarían hambre, aunque el pescado no lo podrían almacenar, porque con el calor se pudriría en el acto...

De repente, apareció una vaca; aquellos campesinos se volvieron hacia ella y, respetuosamente, se inclinaron.

—Es un animal sagrado —explicó enseguida Coello—. Lo veneran y creen que sus excrementos curan muchas enfermedades. Por eso los mezclan con lo que comen...

Francisco le miró, horrorizado.

—Es una creencia hindú... —añadió Coello, como disculpándose.

—Pero... ¿estos paravas no son cristianos?...

—Algunos, Padre. No todos. Además, aunque lo sean, carecen de sacerdotes y no tienen las ideas claras...

—¡Adorar a las vacas! —musitó Francisco.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no correr hacia aquellos hombres y empezar a adoctrinarles sobre la marcha. Pero hubiese sido una locura... Lo sensato era adentrarse en el corazón del país y, desde allí, conquistarlo poco a poco, del centro a la periferia. Eso, al menos, haría el Padre Ignacio...

Por fin, entraron en un bosque, si es que aquella masa inextricable de árboles de todas clases, matorrales, lianas y plantas tropicales podía llamarse bosque.

—Cuidado con las serpientes, Padre —advirtió Coello—. La mayoría no atacan, pero debéis tener cuidado de no pisar alguna. Nunca creerá que no lo habéis hecho aposta...

Un comentario digno de Mansilla... Por cierto, ¿habría llegado ya a Goa, con el Padre Pablo...? ¡Cómo se demoraban!

De pronto, se detuvo. De las ramas de un árbol colgaba algo, boca abajo... Algo parecido a un enorme murciélago, aunque jamás había visto uno de ese tamaño. Su

cabeza era horrible, negra, y tenía largas orejas puntiagudas. Parecía un diablo.

Uno de los estudiantes dio un salto y lo golpeó con el mango de la sombrilla. Ya en el suelo, lo siguió golpeando hasta matarlo.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Francisco, contrariado.

—Muy bueno para comer —repuso el estudiante—. Zorro volador, Padre. Rico bien asado...

Extraño país este, en el que adoraban a las vacas y se comían tales alimañas...

Sonrió forzosamente y cambió de tema.

—Vamos a repetir el Credo en tamil, Coello —sugirió—. Tengo que aprendérmelo... *Visuvasa manthiram* —*paralogathiyumpulogathiyum-sarvesar-anai athiokia-bhakthiyaga*...

—*Visuvasikirain* —le ayudó Coello.

Francisco suspiró.

—¿Por qué todas las palabras en tamil han de ser tan largas?... *Avurudya-yega-shatanagya-namudaya*...

—*Nathar Yesu* —prosiguió Coello— *Christuvayum*.

—¡Ah!, sí... Ya recuerdo: *athikiya-bhakthiyaga-visuvasiki-rain*— *ivar spirithu sahtuvinalai karpomai urpavithu archa sayitsha kanni Mariyaiyidathilai nindru piranthu*.

—Magnífico, Padre. Hacéis grandes progresos.

—Ya me sé los Diez Mandamientos, y el *Pater*, y el *Ave*, pero se me han atragantado la exposición de la Fe y los relatos evangélicos... Dime, Coello, aparte del hindi y del konkani y del tamil, ¿cuántas lenguas más se hablan en la India?

—Oh, bastantes... Están el pushtu, y el urdu, y el guajaratí, y el telugu, y el kanarés, y el bengalí, y el cingalés, y el malayo, y el gondi, y...

—Basta, basta —le interrumpió Francisco—. Sigamos con el Credo donde lo dejamos: *Ponchu-pilanthikizai-padu-pattu-sivuvaiylai-araiyundu-marith-adakapattur*...

* * *

Los nombres de las aldeas por las que pasaron no eran menos complicados: Alantalai, Periytalai, Tiruchendur, Ta-lambuti, Virapandianpatham, Puaikâyal, Palayakâyal, Ka-yalpatnam, Kombuturé...

Al final, no puso en práctica su primera idea de empezar a predicar al llegar a Tuticorin. No se resignó a esperar... Era espantoso ver esos templos y santuarios con aquellas esculturas de dioses y diosas en actitudes obscenas, aquellos símbolos fálicos, aquellos bajorrelieves representando acciones deshonestas... Y muy triste contemplar a los nativos impasibles viendo a las vacas sagradas comerse sus escasos alimentos... Y amargo escuchar que los pescadores de perlas entregaban la mayor parte de sus

ganancias a los hechiceros a cambio de conjuros y talismanes que les protegiesen de las mordeduras de las serpientes y de otros riesgos y enfermedades.

En Kombuturé les hablaron de una mujer que llevaba tres días de parto y se estaba muriendo, aunque su marido había entregado al hechicero todo cuanto poseía...

Coello hizo un gesto de disgusto.

—Los demonios son más poderosos que los hechiceros y los mantrams, los espíritus buenos... —comentó amargamente.

A Francisco se le terminó la paciencia.

—¿Dónde vive esa mujer? —preguntó a los nativos.

Cuando se lo dijeron, Coello y los otros dos estudiantes trataron de impedir que fuese a verla, pero resultó tan imposible conseguirlo como detener a los vientos monzónicos.

Francisco penetró en la casa y, enseguida, vio que el hechicero, con dos ayudantes, en cuclillas, golpeaban una especie de tambores alargados y entonaban salmodias a voz en grito. Habían colocado en el suelo un caldero lleno de una sustancia inflamable que arrojaba un humo picante y denso. En un rincón del cuartucho, el marido y media docena de chiquillos permanecían también en cuclillas, gimoteando y muertos de miedo.

Una grotesca figura de arcilla y media docena de idolillos colgaban del cuerpo de la parturienta.

Francisco se acercó, agarró el caldero y amenazó con volcarlo sobre el hechicero, que, con sus dos ayudantes, huyó a toda prisa. Luego dio una patada al caldero, desprendió los idolillos del cuerpo de la enferma y los arrojó lejos. Una comadrona, sentada a los pies del lecho, miró a Francisco aterrada, como si fuese el demonio mismo.

La parturienta tenía los ojos cerrados y, ahora que había cesado todo ruido, Francisco pudo escuchar sus débiles lamentos.

No sabía nada sobre partos, pues los hospitales en que había estado eran solo para hombres, pero su experiencia le decía que aquella mujer se estaba muriendo. Así pues, lo único que podía hacer era invocar el santo nombre de Dios...

—Coello, traduce: Dile que vengo en nombre del Señor que hizo el cielo y la tierra...

El estudiante no se movió, pero se puso a temblar como un poseso. Tal vez el Padre Francisco no se daba cuenta del riesgo... Porque si la mujer moría, como sin duda iba a suceder, el hechicero le echaría la culpa, y entonces...

—Traduce —insistió Francisco—. Te lo ordeno.

Coello tradujo y la mujer abrió los ojos. Su mirada quedó clavada no en el joven tamil, sino en la extraña figura de aquel hombre blanco que le sonreía sosegadamente.

—Dile que Dios Nuestro Señor quiere que viva con Él eternamente. Explícale lo que quiere que crea... *Visuvasa manthiram paralogathiyum*...

Los labios de la mujer se entreabrieron, correspondiendo a la sonrisa de Francisco. Sin duda, como madre que era, había reconocido el amor que rebosaba en el pecho del

missionero.

—¿Aceptas lo que acabas de oír? —preguntó Francisco cuando Coello hubo terminado de recitar el Credo—. ¿Crees en ello?

Sí. Creía. Creía... Aquello ya lo había oído antes...

Francisco, entonces, sacó de su bolsillo el Nuevo Testamento y leyó el relato del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, que Coello iba traduciendo.

El joven estudiante sudaba a chorros, pero seguía traduciendo. De vez en cuando, miraba de soslayo a la puerta de la casa, donde se iba concentrando una multitud creciente. ¿Qué ocurriría cuando la mujer muriese?... No saldrían vivos de esta.

—Agua, por favor —pidió Francisco.

Se la trajeron y, rápidamente, bautizó a la parturienta.

Coello, cada vez más nervioso, rezó con todas sus fuerzas. En un estado de terrible desconcierto, imploró a Dios que salvara a la mujer para salvar sus vidas, que tuviera piedad del Padre Francisco y también de ellos.

De pronto, un súbito temblor se apoderó de la mujer, que empezó a contraerse en el lecho. Echó la cabeza hacia atrás, se retorció las manos y lanzó un grito horrendo.

La comadrona se abalanzó sobre ella y Francisco se echó a un lado. Al principio, no comprendió que el parto se había reanudado tras largas horas de interrupción, pero pronto se dio cuenta. Minutos más tarde, la mujer daba a luz un niño...

Fuera, a la puerta, los nativos rompieron en alaridos de entusiasmo que hicieron retemblar la cabaña.

Dos horas más tarde, Francisco bautizaba al marido, a tres chicos, a tres chicas y al recién nacido.

La sonrisa de Coello llegaba de oreja a oreja, pero para Francisco no era más que el comienzo. Salió de la cabaña, donde los aldeanos seguían gritando jubilosos, y pidió ver al jefe de la tribu. Coello tenía que decirle, de su parte, que quería que todo el pueblo aceptase a Jesucristo y lo reconociese como su Dios y Señor...

El jefe se rascó la cabeza, pensativo. No tenía ningún inconveniente, es más, estaba deseoso, pero no podía hacer nada sin el permiso del Rajá.

—¿Dónde vive el Rajá? —preguntó Francisco.

El Rajá estaba lejos, muy lejos, pero tenía un representante que ahora se encontraba en la aldea. Había venido a recaudar impuestos...

Francisco pidió verle enseguida.

El recaudador, al principio, se mostró receloso. Si esta gente aceptaba las nuevas creencias, ¿seguirían estando dispuestos a pagar tributos al Rajá?... ¿Sí?... ¿Seguro?... Entonces...

Francisco, ni corto ni perezoso, se puso a explicar al funcionario los puntos básicos del Cristianismo. Este le escuchó cortésmente y, al final, dio el permiso requerido en

nombre de su amo. Y él, ¿no estaría dispuesto a convertirse también?... No, no. Esa nueva religión parecía interesante, pero él no podía aceptarla, porque él era un hombre del Rajá... Sería preciso que su señor en persona se lo ordenase...

—Qué pena —exclamó Coello cuando el recaudador se fue, presuroso—. Le hubiésemos podido imponer el nombre de Mateo...

Cuando se fueron, vieron que la mujer que había dado a luz, con el niño en los brazos, les sonreía desde la puerta de su choza, les despedía con la mano y hacía la señal de la Cruz.

* * *

Los chiquillos acudían en tropel. No había forma de quitárselos de encima. Cercaban la cabaña en Tuticorin, la asaltaban y se arracimaban alrededor de Francisco, parloteando, revolviéndolo todo y sentándose en su regazo. Habían aprendido a recitar rítmicamente el *Credo*, los diez mandamientos, el *Pater* y el *Ave*, y regresaban a sus casas todos los días repitiendo esas plegarias. El aire de Tuticorin estaba impregnado de sus voces.

—Hormigas —solía decir Coello—. Son como hormigas. No hay nada que hacer. O los dejas o los matas...

Francisco no estaba de acuerdo.

—Eso no es lo que te han enseñado. ¿No recuerdas lo que dijo Nuestro Señor de los niños?...

—Sí, que de ellos es el reino de los cielos... Pero podían hacer un poco menos de ruido... Esos diablillos no nos dejan dormir, ni siquiera comer...

—Quieren saber —dijo Francisco, comprensivo—. Necesitan saber, Coello. No aceptan el Catecismo como un decreto del Rajá. Quieren asimilarlo... Que Dios los bendiga.

La verdad es que no podía ir a ninguna parte sin que al menos un centenar de rapaces, con sus cuerpecillos morenos medio desnudos, se arremolinasen en torno de él.

No tardó en escoger a los más avispados y convertirlos en catequistas que enseñaban las verdades de la Fe allí donde él no tenía acceso.

Lo primero que trató de desarraigar de ellos fue el miedo que había visto en sus ojos y en los de sus padres: miedo a los demonios, a los espíritus del bosque, del mar y del aire, miedo al fuego, y a las brujas, y a los hechiceros... Toda una revolución. Jamás, en la historia de los paravas, nadie había tratado a esos «personajes» con menos respeto.

Los chavales disfrutaban informándole de los lugares secretos en que se reunían algunos para sacrificar gallos negros y carneros a Bhawani, la esposa de Siva, siempre sedienta de sangre, y humillarse ante los sacerdotes de la diosa, a los que había dado poder para maldecir a aquellos que no le ofrecían sacrificios y ni siquiera asistían a sus

ceremonias...

Cuando le hablaron de ello por primera vez, Francisco miró a los presentes y les dijo: «¿Quién quiere venir conmigo y ayudarme a castigar al demonio?».

Todos se mostraron tan entusiasmados y decididos que tuvo que imponer un poco de orden: no dirían nada a nadie, no harían nada hasta que él se lo ordenase...

Se reunieron de noche, con el mismo sigilo que los adoradores de Bhawani, y unos sesenta chicos, entre los diez y los dieciséis años, se presentaron en el lugar de la reunión en el momento en que el hígado y las entrañas del carnero negro empezaban a chamuscarse en un caldero de cobre puesto sobre una hoguera que ardía ante la imagen de la vengativa diosa.

Ni cortos ni perezosos, apedrearon la escultura, la emprendieron a palos con los sacerdotes y dispersaron a los adoradores. Francisco en persona se subió al pedestal, empujó la estatua, de seis pies de altura, y la derribó por tierra. Luego, esparció el contenido del caldero ardiente sobre la talla de madera, mientras gritaba enardecido: «¡Este es el poder de Bhawani!... En adelante, ningún parava servirá a falsos dioses o diosas».

Los aldeanos no salían de su asombro. Habían visto cómo sus hijos quemaban *mantrams* y se burlaban de los hechiceros, pero nunca habían sido testigos de un hecho como este. Los sacerdotes de Bhawani habían desaparecido y la diosa no había reaccionado.

De pie sobre la imagen caída de la odiosa rival, Francisco entonó el *Credo*, que todos corearon.

Otras acciones semejantes siguieron. Francisco, con sus jóvenes seguidores, destruyó un templo dedicado a Hanuman, el dios-mono, y otro consagrado a Ganesha, el dios regordete y panzudo con cabeza de elefante.

—Es preciso arar la tierra antes de echar la simiente —comentó con Coello—. Y arrancar las malas hierbas y echarlas al fuego...

* * *

Lo que había sucedido en Tuticorin y en Kombuturé sucedió también en otras treinta aldeas a lo largo de la costa. Allí donde Francisco predicaba, los chiquillos y los jóvenes acudían en tropel, se hacían amigos suyos y terminaban por convertirse en catequistas, embajadores y soldados de Cristo. Gracias a ellos, Francisco pasaba como una tromba, predicando, amonestando, conquistando y bautizando.

Mala racha para los demonios y para quienes estaban poseídos por uno que no tenía imágenes: el demonio del arac o raque, un licor espirituoso hecho con el jugo que los paravas extraían de una cierta clase de palmeras. Cuando Francisco supo que era frecuente que quienes se emborrachaban con raque solían confundir a sus parientes o

amigos con tiburones y los apuñalaban sin más, prohibió el consumo de esa bebida y responsabilizó del cumplimiento de esa orden a los cabecillas o caciques de las aldeas.

Francisco recorrió toda la región de Vêdâlai, al norte del Cabo Camorín, una y mil veces, bien solo, bien acompañado de Coello o de alguno de los otros estudiantes. Era preciso que todos los nativos comprendiesen que podía aparecer en cualquier momento. Su tarea era como la de esos perros pastores que, incansablemente tratan de evitar que las ovejas del rebaño se pierdan, se dispersen... Un perro pastor que ahora tenía ya un rebaño de veinte mil ovejas y corderos bautizados, pastando en una pradera de más de cincuenta leguas de larga...

Sabía perfectamente que su labor era sobrehumana y que los frutos alcanzados eran todavía frágiles y estaban amenazados no solo por la debilidad de la naturaleza humana tras la Caída, o por los viejos hábitos adquiridos, o por el miedo ancestral a los demonios y a los dioses falsos; ni siquiera por el raque y la datura y otras drogas letales que convertían a los nativos en guiñapos... No solo por eso, sino también, sobre todo, porque había una clase de individuos dispuestos a destruir la obra que él había comenzado...

Su primer encuentro con uno de ellos le había revelado el poder y la influencia que esos hombres ejercían sobre los cuerpos y las almas de los paravas. Un día que se encontraba en la calle principal de Puaikâyal —una aldea muy populosa—, hablando con el alcalde, reparó en un individuo alto y delgado que paseaba con indolencia. Tendría unos sesenta años y llevaba una barba gris muy cuidada y la marca de su casta sobre su arrogante nariz. Las personas con las que se cruzaba se apartaban a su paso y se inclinaban, pero él no respondía a sus saludos; ni siquiera parecía verlos. Al llegar junto a un niño de unos dos años de edad, que estaba sentado en medio de la calle jugando tranquilamente con unos palillos, el individuo en cuestión lo miró con desprecio y dio un rodeo para no rozarle.

—No parece que le gusten los niños —comentó Francisco.

El alcalde le miró asombrado.

—¿Cómo un reencarnado dos veces va a acercarse a un simple sudra? —exclamó en voz baja.

—¿Un qué...?

—Un sudra. Hasta la sombra de ese niño lo mancharía. Es un brahmán, un reencarnado. ¿No veis el hilo sagrado que une su espalda con su muñeca?... Ha nacido dos veces.

Francisco observó al brahmán detenidamente cuando pasó a su lado, pero este ni siquiera reparó en su presencia.

En ese mismo momento, Francisco resolvió abordar al «nacido dos veces» en la primera ocasión que se le presentase. No sabía que ya había invadido descaradamente la esfera de influencia de los brahmanes cuando irrumpió con sus muchachos en la reunión

en honor de la diosa Bhawani y había derribado su imagen...

Coello le puso al tanto, con delicadeza, del poder a que pretendía enfrentarse: Los brahmanes constituían a aristocracia espiritual de la India, eran los iniciados en los misterios sagrados; estaban muy por encima de las demás castas y eran los intocables por su alto rango, como los harijanes lo eran por su bajeza. Su pureza era tanta que no podían comer alimentos si la sombra de un hombre de una casta inferior los había contaminado. Sabios, sacerdotes y profetas, su influencia era extraordinaria. En cuanto a los pescadores de perlas, todos ellos eran sudras, una casta inferior hereditaria. Por eso los sudras no podían dirigir la palabra a los brahmanes, ni permanecer en pie en su presencia, ni acercárseles...

—Ya veremos —murmuró Francisco con firmeza.

* * *

El «nacido-dos-veces» fue a visitarle ese mismo día. Los aldeanos, al verle llegar, se alejaron presurosos, y Francisco, entre asombrado y furioso, comprobó que incluso Coello estaba desasosegado.

El brahmán se mostró digno y cortés. Había oído hablar tanto y tan bien del *sannyasi* extranjero que era un placer para él conocerle y darle la bienvenida en el país de los paravas. ¿Era cierto que era un gran maestro y que podía curar a la gente con solo mirarla?... ¡Qué generosidad la del *sannyasi* extranjero, preocuparse de una casta despreciable como la de los paravas!... Ellos, los brahmanes, sabían bien lo difícil que era enseñar a esos perros algo que rebasara sus cortas luces...

Cuatro siervos del reencarnado trajeron cestos llenos de regalos: frutas frescas, pasteles y, en una cajita de marfil, un puñado de perlas preciosas, extraídas del fondo del mar, con riesgos inmensos, por esos «perros» paravas y ofrecidas a los brahmanes a cambio de su bendición o reclamadas por ellos como tributo debido al panzudo Ganesha o a la sangrienta Bhawani.

—Por favor, dignaos aceptar estos modestos presentes en prueba de nuestra admiración y respeto —dijo el brahmán—, y del que, como siervos de los dioses, nos tenemos mutuamente...

—No hay más que un solo Dios —replicó Francisco, muy serio.

El brahmán sonrió irónicamente.

—Para los servidores de Siva solo existe Siva —comentó—. Para los de Ganesha, solo Ganesha... Así debe ser y así los dioses lo han decretado en su sabiduría... Pero reinaría la confusión y el desorden si enseñáramos a esas castas inferiores cosas que no pueden comprender y no dejáramos que creyesen otras... Hemos resuelto, por eso, no contradecir vuestras enseñanzas. Todo lo que os pedimos, gran sabio de Occidente, es que dejéis tranquilos a los fieles devotos que quieren rendir tributo a los dioses en

nuestros templos.

—Dile a ese hombre —repuso Francisco para que Coello se lo tradujese— que no pienso dejarme sobornar por él ni por ningún otro. Que la verdad no puede hacer tratos con el error. Que se lleve sus regalos, que no los acepto. Que no descansaré hasta que todos los paravas se conviertan en servidores del único y verdadero Dios. Y que esos a quienes llama «perros» son más agradables a los ojos de Dios que los que se pavonean como ellos, creyéndose superiores...

—Seguramente —repuso el brahmán cuando Coello, balbuciendo, le hubo traducido sus palabras— no hemos estado acertados... Si esos presentes no son dignos de la grandeza de un *sannyasi* de vuestro rango, os ruego que nos perdonéis...

—Dile —volvió a decir Francisco dirigiéndose a Coello— que todas las riquezas de la India no podrían cambiar la Ley del verdadero Dios ni la resolución de su siervo...

Coello lo tradujo y el brahmán, entonces, se encogió de hombros, saludó cortésmente y se alejó despacio, altivo y sereno.

—Es la guerra —dijo Coello en voz baja.

—No podía ser de otra manera —aseveró Francisco—. No puede haber paz entre la verdad y la mentira... No temas, Coello. Si Dios quiere que prosigamos extendiendo su Santa Ley, todos los brahmanes del mundo no podrán detenernos. Y, si Dios desea que muramos, nada podría mantenernos vivos. Nada pueden esos hombres contra nosotros...

Pero Coello no se quedó tranquilo y recomendó a sus dos compañeros que examinasen detenidamente las vituallas y los alimentos. A Francisco nadie era capaz de sobornarle, pero sí a un pobre parava muerto de hambre... Unas simples briznas de piel de tigre, bien machacadas y mezcladas con la comida, tenían la desagradable propiedad de perforar los intestinos y provocar una penosa muerte tras una larga agonía.

* * *

Los chicos eran los más fieles de todos y los más activos. Les gustaba luchar y les gustaba discutir. Ahora ya los podía enviar a otras aldeas para enseñar a otros chavales y para rezar por los enfermos. Una y otra vez, tuvo noticia de que los pacientes habían sanado gracias a las oraciones de los niños. Dios estaba con los jóvenes, porque los jóvenes estaban cerca de Dios.

Todos, jóvenes y adultos, se reunían los domingos para asistir a la Santa Misa. Todos los días rezaban sus oraciones y cantaban las verdades de la fe mientras trabajaban. Y, sin embargo, la influencia de los brahmanes seguía pesando sobre ellos. Cuando uno se hacía ver, los aldeanos se mostraban reticentes y sombríos. Algunos se negaban a abrir la puerta a los misioneros; otros se resistían a hablarles y a escucharles.

Tras todas estas experiencias, Francisco, un día, se encerró en su cabaña y se puso a escribir una larga carta al Padre Ignacio, volcando en ella todos sus anhelos e

inquietudes. Mientras escribía, el sol, luego de unos instantes de brillante esplendor, se había hundido en el mar como un disco de fuego. La noche, en la India, sobrevinía de repente, como una muerte súbita, y con ella comenzaba el ulular de las aves nocturnas y el lejano aullar de los chacales. Los mosquitos, por su parte, empezaban a zumbar...

«Hay aquí una clase de hombres a los que llaman *bragmanes*. Son el principal sostén del paganismo y tienen a su cargo los templos consagrados a los ídolos. Son la gente más perversa del mundo y de ellos parece hablar el salmista cuando dice: *De gente non sancta, ab homine iniquo et doloso eripe me*. No saben decir la verdad y mienten sutilmente, engañando a sus pobres e ignorantes seguidores... Así consiguen que la gente sencilla crea que los ídolos necesitan comida, por lo que muchos se la llevan y se la ofrecen antes de sentarse a la mesa. Ellos se la comen, al son de tambores de cobre, y hacen creer a la gente que los ídolos están contentos... No satisfechos con eso, los *bragmanes* advierten a sus crédulos y pobres seguidores que, si no ofrecen a los ídolos lo que necesitan, les castigarán con la muerte o con una grave enfermedad, o que enviarán los demonios a su casa... Tienen escasos conocimientos, pero rebosan de malicia y de iniquidad. A mí me consideran como un gran estorbo, porque pongo de manifiesto sus mentiras y sus maldades, pero, cuando hablo a solas con alguno de ellos, admite sus engaños y dice que ellos no tienen otro medio de vida que esos ídolos de piedra y las mentiras que urden sobre ellos. Reconocen que sé más que todos ellos juntos y me han pedido que vaya a visitarlos, aunque quedaron muy contrariados cuando me negué a aceptar los presentes que me ofrecían para taparme la boca...».

Algo se movió, y Francisco alzó los ojos. Era Coello, que se asomaba desde la puerta.

—Han enviado un mensaje —dijo excitado—. Quieren que vayáis a verlos... Si lo hacéis, es la muerte segura.

—¿De qué me estás hablando? —preguntó Francisco, intrigado.

—De los brahmanes, Padre. Están celebrando una asamblea en Tiruchendur. Quieren que vayáis...

—¿Dónde está el mensajero?

—Eran tres... tres brahmanes. Pero no han querido esperar. Ya sabéis cómo son... No vayáis, Padre. Corréis peligro. Además, es una descortesía y una insolencia no haberos comunicado personalmente el mensaje.

—Vamos, que no quieres que vaya —dijo Francisco, sonriendo—. Y así dirán que el *sannyasi* extranjero es un cobarde, un miedoso. Y Dios, que su siervo Francisco, por una falsa prudencia, perdió la oportunidad de exponer la Verdad a todos los brahmanes juntos.

Hizo una breve pausa y añadió:

—Partiré mañana temprano, en cuanto salga el sol. Y viajaré solo.

No terminó la carta aquella noche; cuando volviese de visitar a los brahmanes tendría más cosas que contar, si es que no le mataban... Porque era posible, e incluso probable, que Coello tuviese razón. Que los brahmanes hubiesen resuelto quitarse de encima de una vez a ese estorbo llamado Francisco Xavier.

* * *

Tenía que caminar deprisa, si quería llegar a Tiruchendur antes de que el sol se pusiese. No encontraría obstáculos al principio, pero a medida que se alejase de Tuticorin empezaban los bosques, y «bosques», en la India, quería decir jungla.

A pesar de sus temores, Coello se ofreció a acompañarle, pero Francisco se negó en redondo. No es que quisiera prescindir de sus servicios, sino que prefería ir solo. Ya sabía suficiente tamil —eso esperaba, al menos— como para argumentar con los brahmanes, si es que llegaban a entablar diálogo. Porque no sabía lo que querían de él, y él no quería hacer conjeturas. Solo sabía que tendría que hablar en nombre de Dios. Eso era todo. Y era mucho. Tanto que, ya en la jungla, no reparaba en los peligros. Ni siquiera vio las serpientes que se deslizaban a su paso o las oscuras sombras rugosas, como troncos de árboles, que yacían al borde de los pantanos semisecos. Verdad es que los caimanes no suelen atacar en tierra firme, pero tampoco suele ocurrir que un hombre no repare en ellos. Era tanta la decisión de Francisco, que desconcertó a una enorme hamadría, que le dejó pasar sin problemas. Y eso que las hamadrías —las cobras más peligrosas— tienen muy malas pulgas y atacan aunque no se las provoque...

Los gárrulos papagayos y los charlatanes monos, al verle caminar presuroso y resuelto, guardaban silencio. Miles de ojos contemplaban al viajero, que se abría paso a través de la jungla.

* * *

Estaban esperándole en el gran vestíbulo del templo, que se alzaba a orillas del mar. Doseientos cuatro hombres, todos ellos con el hilo sagrado de los reencarnados, rodeaban a Harit-Zeb, el sacerdote encargado del templo, de ochenta y dos años de edad, y a Devandas, el más sabio de los brahmanes.

Al otro lado de Harit-Zeb estaba Ramigal, recién llegado del lejano Norte. Había hecho voto de visitar la ciudad santa de Benarés, peregrinando a pie a lo largo de la costa. Era un hombre joven, encarnado una sola vez, pues solo tenía treinta y cinco años. Sin embargo, durante más de veinte había sido discípulo de un anciano brahmán que había renunciado a su nombre y a su herencia (era hermano de un rajá) y se había retirado a la soledad de las montañas. Pero el anciano había muerto y Ramigal, piadosamente, había quemado su cuerpo en la pira funeraria... Le había llevado varios días acarrear la leña necesaria hasta lo alto de las montañas, porque quería que su

maestro descansara donde había vivido, un lugar desde el que incluso un alma menos noble que la suya hubiese sido capaz de comprender la insignificancia del ser humano y de sus inútiles afanes.

Ramigal, pues, se había convertido en un *chela* sin gurú[2] por lo que había decidido peregrinar a la ciudad santa para buscar luces en otras fuentes, ya que se consideraba incapaz de continuar llevando, él solo, la vida que había llevado con su maestro.

Al descender a los valles, comprobó que lo que este le había dicho era cierto: los hombres eran esclavos de su avaricia, de su odio, de su lujuria... Y lo que era peor: había hombres que utilizaban su sagrado ministerio para engañar y extorsionar a los ignorantes y a los débiles... «No me he refugiado en las montañas huyendo de los gobernantes y de sus pompas —le había dicho el anciano—, sino de los hombres que mienten...».

Al pasar por Goa y por Calicut, Ramigal había visto hombres semejantes a los *parsis*[3], pero de tez un poco más clara, que se dedicaban a los negocios y gobernaban en aquellas regiones protegidos por soldados con armas poderosas capaces de matar a un hombre a gran distancia. Pasó de largo, porque aquello no le interesó, y llegó a Tiruchendur, donde le recibieron con cortesía, debido a su condición de brahmán. Le hicieron muchas preguntas sobre la vida en el Norte y especialmente sobre sus estudios. ¿Practicaba el yoga? ¿Podía realizar acciones portentosas capaces de asombrar a las castas inferiores?... Esas y otras preguntas —que él se negó a contestar— le habían mostrado claramente la mala fe de esos brahmanes. Sin embargo, no les mostró su disgusto, porque era su huésped y porque estaba mal desprestigiar a los de su casta.

Uno de aquellos hombres se le quejó amargamente de la presencia de un *sannyasi* extranjero que recorría la costa apartando a la gente del servicio a los dioses, por lo que eran cada vez menos los que les hacían ofrendas. «Hemos tratado de sobornarle, pero, como no lo hemos logrado, le hemos convocado para que acuda al templo...».

Y ahora estaban todos allí, reunidos, esperando la llegada del forastero, un hombre que no conocía los *Upanishads*[4], que ignoraba sobre todo los sagrados misterios, pero que era un hábil charlatán, un astuto demagogo...

Pero ¿qué esperaban de él?... ¿Por qué lo habían convocado?... Bueno, iban a hacerle un gran honor, permitiéndole comparecer ante tan docta asamblea...

—Puede ser que sepa algo que nosotros ignoramos —le dijo Devandas, sonriendo maliciosamente—. Pero puede ser que no, y en ese caso...

Devandas se encogió de hombros.

Eran mezquinos, pensó Ramigal. Habían tendido una trampa al extranjero. ¿Esperaban que les revelase algo nuevo o, por el contrario, abrigaban unos planes siniestros?... En cualquier caso, no tenía sentido preocuparse demasiado por eso. Mañana reemprendería la marcha hacia Benarés.

En ese momento —acababa de ponerse el sol y los esclavos traían antorchas—, el *sannyasi* extranjero hizo su aparición en el templo.

* * *

El gran templo de Tiruchendur había sido edificado hacía varios siglos. Ahora que era ya de noche, las mil y una obscenidades esculpidas en los intrincados bajorrelieves de piedra pasaban inadvertidas y los doscientos brahmanes reunidos dentro parecían formar un único cuerpo gigantesco.

El delgado y macilento extranjero vestido de negro avanzó hasta colocarse cerca de ellos, saludó con una leve inclinación de cabeza y, con voz clara y firme, les preguntó qué era lo que, según su religión, consideraban necesario para salvarse y conseguir la felicidad eterna.

El anciano Harit-Zeb alzó una mano, sonriendo. ¿No sería mejor que el *sannyasi* extranjero explicara primero lo que manda hacer el Dios de los cristianos a sus fieles?...

Si había querido recordar educadamente al forastero que no le habían convocado para hacer preguntas, sino para responder a las que ellos le hicieran, estaba perdiendo el tiempo...

—Os lo explicaré cuando hayáis respondido a mi pregunta. Harit-Zeb volvió a sonreír enigmáticamente. —Los dos deberes fundamentales de nuestra religión —dijo— son abstenerse de matar vacas y honrar a los brahmanes. Ramigal le miró asombrado. ¿Era pura ignorancia o deseo de humillar al extranjero? —Si es así —repuso Francisco—, un asesino, un ladrón y un opresor del pueblo puede ser un devoto perfecto... Después de lo que acabo de oír no necesito saber más de vuestra religión. Ramigal dio un respingo. El extranjero había respondido con un mazazo a la sutil humillación. Cuando le había visto avanzar hacia ellos había intuido que se trataba de un hombre sabio y educado, pero ahora se había comportado como un cazurro... —Pero me habíais preguntado —prosiguió diciendo Francisco— lo que manda Dios a aquellos que quieren agradarle... Voy a decíroslo. Y, ni corto ni perezoso, empezó a exponer los mandamientos del Decálogo y a explicarles el Credo. Harit-Zeb no dejó de sonreír durante todo el tiempo, pero Devandas no tardó en dar muestras de cansancio. «Es algo sumamente simple» —pensó Ramigal—. «Bueno para niños». Pero no estaba convencido. Una parte de sí mismo —aunque no era consciente de ello— empezaba a sentir una especie de sosiego ante la sinceridad de aquel hombre, como si su sed se calmara tras beber un sorbo de agua fresca, y otra parte de su ser —no sabía cuál— experimentaba como un suave y creciente anhelo... Solo dos veces en su vida había sentido algo parecido: la primera, cuando por primera vez vio al Anciano, antes de convertirse en discípulo; la segunda, cuando el Anciano murió y él incineró su cuerpo. Entonces su anhelo se había hecho imperioso, por lo que supo que debía partir en busca

de la verdad y llegar a la ciudad santa. La primera vez, el Anciano (o alguien que actuaba a través de él) había suscitado en él aquel anhelo. La segunda —había meditado a menudo sobre ello— tenía que haber sido el alma de su maestro... Pero ¿ahora?... ¿Cuál era la razón de su inquietud, de su ansia, de su indefinible deseo?...

Cuando el forastero terminó de hablar, Harit-Zeb le dio las gracias cortésmente. Lo que había expresado era hermoso y seguramente cierto. La búsqueda de lo sagrado era una acción sagrada que se dirigía hacia la verdad; todas las religiones la buscaban, por lo que todas las religiones, en cierta medida, eran verdaderas...

Entonces, si un brahmán comía los alimentos ofrecidos a Sudra —tras la debida purificación de los mismos, claro—, para él no era falso decir que era el dios quien los comía. ¿Acaso no había en él una chispa divina? ¿Acaso no necesitaba alimentarse mientras fuese prisionero del cuerpo en que estaba encarnado?... Tal vez no lo comprendiera, pero era muy sencillo: el dios se comía las ofrendas. Por eso no era justo que el gran *sannyasi* extranjero fuese por ahí denunciando a los brahmanes, y por eso confiaba en que no seguiría haciéndolo... Como tampoco era justo que el gran *sannyasi* extranjero mandase a sus jóvenes seguidores que destruyesen las sagradas imágenes de los dioses. Después de todo, los dioses hindúes llevaban protegiendo a la India mucho más tiempo que el Dios de los cristianos. Además, los jóvenes sobre todo debían respetar las antiguas tradiciones. También esperaba —y deseaba ardientemente— que en el futuro se abstuviese de destruir nada, porque, si continuaba manteniendo la misma actitud, los dioses mismos intervendrían y ocurrirían cosas que él, Harit-Zeb, y los demás brahmanes no podrían evitar.

Francisco le escuchó atentamente. No pudo entender todo lo que decía, pero sí lo bastante para captar lo esencial y deducir el resto.

—Cuando Dios se encarnó en la tierra —repuso— y nació Jesucristo, mi Señor y el vuestro, dijo a los que le mostraban el gran templo de Jerusalén: destruidlo y yo lo reconstruiré en tres días... Pero Él hablaba del templo de su cuerpo. Y, cuando murió clavado en una cruz y lo enterraron, resucitó al tercer día... Los templos que mis jóvenes seguidores destruyen nunca resurgirán y los ídolos irán cayendo uno tras otro, porque no hay más que un solo Dios y a Él no le agradan los ídolos. Yo he venido a la India porque Él quiere que también aquí se le obedezca y adore. Bajo su Ley no hay diferencia entre un brahmán y un sudra, sino entre quien hace su Voluntad y quien se rebela contra Él... Oyéndoos, se podría pensar que sois justo y equitativo, pero la equidad que proclamáis es la equiparación entre la verdad y el error. La que yo proclamo en nombre de Jesucristo es la igualdad de todos los hombres ante Dios. Y he encontrado más bondad y honestidad, y sobre todo fe y humildad, entre los sudras que en vos, que presumís de sabiduría y de santidad... No temo la venganza de esos demonios a quienes llamáis dioses. Si quisieseis aceptar la Ley de mi Dios, os enseñaría y os bautizaría. Si

no, escuchad lo que dijo Jesús: «El que no está conmigo está contra mí».

Saludó con una inclinación de cabeza, dio media vuelta y se retiró.

Ramigal vio cómo Devandas se echaba hacia adelante y decía algo al oído de Harit-Zeb. Este asintió y entonces Devandas se levantó y salió detrás de Francisco, hasta que lo alcanzó.

—Soy Devandas —le dijo, zalamero—. Permitidme, por favor, acompañaros a la cabaña que hemos preparado para que podáis pasar la noche... Desearía haceros algunas preguntas.

Francisco asintió. Era imposible regresar a Tuticorin de noche, atravesando la jungla. Además, estaba cansadísimo y todavía tenía que rezar el Oficio divino. No se hacía ilusiones sobre las preguntas que le haría Devandas, pero quién sabe... Tal vez...

Tras ellos, los reunidos en el vestíbulo del templo empezaron a dispersarse en pequeños grupos. Luego se dirigieron lentamente hacia el edificio principal.

Un hombre rechoncho y macizo se acercó a Harit-Zeb y le susurró algo al oído. Ramigal vio que ocultaba un cuchillo sacrificial entre los pliegues de la blanca túnica y que Harit-Zeb, con acritud, le respondía en voz baja.

—¿Qué pensáis hacer con el *sannyasi* extranjero? —le preguntó Ramigal.

—No sé qué hacer —contestó Harit-Zeb, sombrío—. Es el primer portugués que se niega a pactar con nosotros... No se aviene a la ley del toma y daca... Pero se avendrá, más pronto o más tarde. Y, si no... hay en la jungla muchas alimañas venenosas.

Ramigal guardó silencio y al cabo de unos segundos preguntó de nuevo:

—¿Qué opináis de lo que dice y de la vida que lleva?

—Pienso que está poseído por algún mal espíritu. Dicen que se alimenta del aire y que solo bebe agua, excepto cuando celebra sus ritos. Va de aquí para allá vertiendo agua sobre la cabeza de los paravas mientras invoca a su Dios. Continuamente se interpone entre los que riñen. Reza cuando alguno cae enfermo y, al parecer, sus demonios lo escuchan y lo sanan... Ha salvado a muchos de la muerte, y eso es particularmente incómodo para nosotros, porque hace mucho tiempo que carecemos de curanderos en este templo y todos acuden a él.

—¿Cobra mucho por las curaciones?

Harit-Zeb torció su arrugado rostro, con fastidio.

—No cobra absolutamente nada. Tampoco por sus enseñanzas... Y esos estúpidos paravas no comprenden que lo que se da gratuitamente no puede tener ningún valor.

—Entonces ¿qué gana obrando así? —preguntó Ramigal.

—¡Ah, si pudiera saberlo!... Pensábamos que buscaba poder, pero el poder va unido a la ostentación y él usa siempre el mismo traje raído y no exhibe ninguna joya... Ha rehusado nuestros regalos, que incluían valiosas perlas... Tampoco acepta regalos de los paravas. Lo llaman padre, Ramigal... Es algo asombroso: trata a esos perros miserables

como si realmente valieran algo... Como si fuesen capaces de comprender lo que solo se puede conocer tras varias reencarnaciones... Les dice que Dios les ama... ¡Imaginaos! ¡Como si fuese posible amar a un sudra!... Hemos seguido de cerca todos sus pasos y no finge en absoluto. Hace lo mismo, le vean o no le vean. Al menos que sus demonios le avisen cuando le vigilamos... No duerme más que dos o tres horas y pasa el resto de la noche leyendo en un libro que siempre lleva consigo o arrodillado en su cabaña, hablando con su demonio...

—Cuando un hombre tiene sed de mando no se arrodilla nunca —comentó Ramigal, casi en un susurro inaudible.

—¿Decíais algo?... Lo que no me explico es qué satisfacción puede haber en que esos miserables sudras le llamen padre... En fin, Devandas ha ido a hacerle unas preguntas. Tal vez saquemos algo en consecuencia. Algunos de nosotros han sugerido formas expeditivas de resolver el problema, pero yo no estoy de acuerdo en...

Harit-Zeb dejó la frase en suspenso. Comprendió de pronto que había hablado demasiado. Después de todo, Ramigal no era más que un forastero. Si Devandas hubiese estado presente, le habría llamado viejo charlatán, el muy impertinente...

De pronto se dio cuenta de que Ramigal ya no caminaba a su lado. Se dirigía hacia el patio interior del templo, con la cabeza inclinada, como sumido en profundos pensamientos.

* * *

—Nosotros sabemos —dijo Devandas con énfasis— que solo hay un Dios, creador de todo cuanto existe. Es uno de los grandes secretos de los brahmanes; nos lo dieron a conocer nuestros grandes maestros. Pero no es algo que deban saber los no iniciados. Estamos obligados a prometer, con juramento solemne, que no revelaremos este gran misterio ni ningún otro. A vos, sin embargo, os lo he comunicado. Os ruego, pues, que vos, en reciprocidad, me habléis de los secretos de vuestra religión. Os juro que no se los revelaré a nadie...

—Con mucho gusto os revelaré los misterios del cristianismo —repuso Francisco—, sin ocultaros nada. Pero tenéis que prometerme que no los mantendréis en secreto, sino que los daréis a conocer a todos los que podáis... El primero de todos es este: «El que crea y sea bautizado, se salvará».

—Lo escribiré, para no olvidarlo —dijo Devandas—. Pondré por escrito todo lo que me digáis, pero no contéis a nadie que me he hecho cristiano.

—No es preciso que yo lo diga, ni vos tampoco. Lo único que tenéis que hacer es no negarlo...

Francisco miró a Devandas y vio que sonreía con expresión astuta y falsa. La sonrisa de un hombre que está acostumbrado a soslayar una situación molesta o desagradable.

—Porque, si negáis a Cristo —añadió Francisco—, Él también os negará.

—Tengo que guardar el secreto —insistió Devandas—. Ningún brahmán se hará cristiano si no le permitís mantenerlo en secreto.

—Entonces —repuso Francisco—, no puedo admitiros en la Iglesia de Cristo. Rogad a Dios para que os ayude a superar vuestros temores... Al menos, decid a quienes os pidan consejo que solo hay un verdadero Dios, creador de cielo y tierra...

—¿Enseñar eso a los sudras? —exclamó Devandas, horrorizado—. Rompería mi juramento y algún demonio me mataría... Siva tiene muchos servidores.

Se encogió un poco de hombros y añadió:

—Rezaré. Os prometo que rezaré... Pero decidme: ¿Qué encantamiento utilizáis para sanar a los enfermos, incluso cuando se están muriendo? ¿Usáis un *mantram* de mucha fuerza?... Dicen que no aceptáis a cambio dinero ni perlas, pero quizá aceptéis niños en pago... ¿Habéis encantado a los que os siguen?...

Francisco se le quedó mirando, atónito.

—Idos, Devandas —dijo por fin, con sosiego y firmeza.

El brahmán rió entre dientes.

—Sabía que no me revelaríais vuestros verdaderos secretos, pero creo que ya los conozco...

Dio media vuelta y se fue.

* * *

Al cabo de un rato, Francisco vislumbró una sombra que se proyectaba en la puerta de la choza. Hizo la señal de la Cruz y se incorporó, pues estaba de rodillas. Debía de ser Devandas, que volvía, ahora con instrucciones concretas...

Pero no era Devandas.

—Me llamo Ramigal —dijo el joven y espigado brahmán—. Y sus ojos quedaron fijos en un rincón de la cabaña, donde, sobre una mesa de latón, había una bandeja con algunos frutos tropicales y un pastel de arroz.

Pero lo que había llamado la atención de Ramigal no era la comida, sino una pequeña y plana cabeza triangular que se erguía al extremo de un fino cilindro multicolor.

Francisco la vio también y ninguno de los dos se movió cuando la víbora saltó de la bandeja y empezó a deslizarse por el suelo.

Tras unos momentos de vacilación, el peligroso reptil atravesó la cabaña y la abandonó. Era una *krait*, cuya mordedura es mortal.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó Francisco cuando la serpiente hubo desaparecido.

El brahmán esperó a que los latidos de su corazón se acompasaran un poco. Luego respondió:

—Cuando explicasteis a esos brahmanes las creencias del cristianismo, pensé que era

algo hermoso, como un cuento infantil, pero luego pensé: ¿Quién osaría engañar a los niños en una cosa tan seria?... Luego me di cuenta de que vos estabais convencido de lo que decíais. Y Harit-Zeb me ha confirmado que vivís con arreglo a lo que creéis... Por la salvación de mi alma y del alma de la India, os ruego, pues, que contestéis a mi pregunta: Si Dios tomó carne humana y vivió en este mundo, y sufrió para redimir a todos los hombres, fueran brahmanes o sudras, ¿se puede salvar cualquier hombre, aunque no haya logrado la perfección por sí mismo?...

—Ningún hombre puede alcanzar la perfección por sí mismo —respondió Francisco—. Pero, si coopera con Dios y se reviste de la fortaleza y de los méritos adquiridos por Jesucristo en la Cruz, puede ser aceptable a Dios.

—Entonces, si puede hacer todo eso, no necesita reencarnarse una y otra vez en la tierra.

—Un ladrón murió en una cruz al lado de Nuestro Señor Jesucristo. Sin duda, no había alcanzado la perfección. Pero suplicó a Jesús que se acordase de él cuando estuviese en su reino, y Nuestro Señor le contestó: «Te aseguro que hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso».

Ramigal respiró hondo.

—Está claro, pues, que vos habéis venido a enseñar al pueblo a cooperar con Dios encarnado. Ya no me sorprende que las bases de vuestra enseñanza sean tan simples. La verdad, por su misma naturaleza, lo es.

—Y Dios también —afirmó Francisco.

El hombre que durante años había estado sentado a los pies del Anciano en el lejano Norte lo comprendió todo enseguida y supo que ya no necesitaba ir a Benarés, porque había encontrado la Ciudad Santa.

—He estado buscando a Dios largo tiempo —musitó gravemente—. Ahora me inclino ante vos y os ruego que me enseñéis la verdad, como a un niño.

* * *

Cuando Francisco regresó a Tuticorin, acompañado de Ramigal, comprobó que tenía muchas cosas urgentes que hacer y que no podía reanudar, de momento, la carta al Padre Ignacio.

Varias semanas transcurrieron antes de que pudiese hacerlo. Por fin, prosiguió escribiendo:

«Los bragmanes me han confesado que saben perfectamente que no hay más que un Dios...».

«He expuesto llanamente al pueblo lo que opinaba de su comportamiento y he puesto de manifiesto cómo engañan a esas pobres gentes, que, solo por el terror, les siguen siendo fieles... Muchos han reconocido sus errores y han abrazado la Fe. Si no fuese por

esos *bragmanes*, ya se habrían convertido todos».

«Desde que estoy aquí, solo un *bragmán* se ha hecho cristiano. Es un joven distinguido, que me ayuda a enseñar a los niños la doctrina cristiana...».

Coello entró sigilosamente.

—Ha regresado el Capitán, Padre.

Francisco se puso en pie. El oficial responsable del distrito de los paravas parecía tener el don de hacerse invisible. Poseía una espléndida casa en Tuticorin —al menos comparada con las demás— y numerosos sirvientes, pero en los meses que él llevaba allí no le había visto jamás; o «se acababa de ir» o «no había vuelto todavía». Francisco le había escrito varias veces, pero nunca había recibido respuesta, así que no pensaba desaprovechar esta ocasión... Se caló su sombrero de paja de anchas alas y salió precipitadamente de la cabaña.

No le fue nada fácil verle, a pesar de encontrarse en Tuticorin. La entrada a su residencia estaba bloqueada por una recua de caballos y unos veinte sirvientes trataban en vano de apartarlos del camino y llevarlos a unos establos próximos a la casa. Les llevó largo tiempo y no pocos gritos, juramentos y latigazos.

Francisco sabía que el Capitán de Paiva estaba metido en numerosos negocios y que uno de ellos era la compraventa de caballos. Sin embargo, nunca había visto juntos tantos nobles brutos ni tan bellos. Según le habían dicho, de Paiva los compraba en Goa o en Cochin y se los vendía a los rajás de los alrededores, especialmente al Gran Rajá o Maharajá de Travancore. Pero ¿por qué había traído tantos caballos a la Costa de los Pescadores? Los paravas no podían comprarlos...

Tuvo que esperar más de media hora a que el camino quedara expedito y, cuando por fin pudo acercarse a la casa, vio al Capitán en la puerta, dando instrucciones a algunos de sus hombres. Pacientemente, esperó a que se fueran, pero, antes de que le diese tiempo a reaccionar, de Paiva dio media vuelta y se introdujo en su casa. O bien no le había visto o no deseaba verle...

Francisco, sin embargo, no se dio por vencido. Echó a correr y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Capitán! ¡Capitán!...

De Paiva se volvió. Era un hombre robusto y rechoncho, de boca carnosa y brillantes ojos negros, muy juntos, y unos cuarenta años de edad. Del lóbulo de su oreja derecha colgaba un enorme diamante.

—¡Ah! —exclamó—. Sin duda sois Mestre Francisco Xavier, ¿no es así?... Me honráis con vuestra visita... Entrad, os lo ruego.

El áspero tono de su voz traicionaba su cortesía.

Francisco entró. No había vuelto a ver una casa semejante desde su partida de Goa. Rebosaba de alfombras, muebles, jarrones, arcones labrados con incrustaciones de

madreperla y toda clase de objetos de oro. Tantas cosas había, que más parecía el almacén de un anticuario que la casa de un oficial del Gobierno.

De Paiva le obligó a sentarse en un cojín de seda y ordenó a un criado que trajera raque y zumo de limón.

—No os habréis convertido al islamismo, Padre —comentó de Paiva cuando Francisco se negó a tomar nada—. Son ellos, los musulmanes, quienes tienen prohibido beber licores, no nosotros. Aunque, como sabréis, beben, y mucho, cuando no los ven sus sacerdotes...

—¿Dónde habéis encontrado musulmanes aquí, Capitán?

—No en este distrito. Pero en Madura hay muchos, y también en Cochin y en Calicut. Hago negocios con los traficantes en caballos. Menuda gentuza, Padre... Los conozco bien. Uno tiene que andar ojo avizor todo el tiempo... Pero salgo adelante. ¡Qué remedio! No se puede ser pusilánime en los negocios... Por cierto, Padre: me han dicho que habéis tenido problemas con los brahmanes... Harit-Zeb parece estar muy contrariado.

Francisco le expresó muy claramente lo que pensaba de los brahmanes en general y de Harit-Zeb en particular.

De Paiva hizo una mueca de desagrado.

—Pura competencia —musitó—. Rivalidad... Os recomiendo, Padre, un poco más de comprensión... Compromiso, si queréis. Personalmente, aprecio mucho a Harit-Zeb. El templo de Tiruchendur recibe las mejores perlas de los paravas... Ofrendas, claro. Se las dan a Harit-Zeb y él me las vende a mí... Os estaría muy, muy agradecido, si le trataseis con un poco más de amabilidad.

Francisco recordó lo que el Virrey le había dicho y, a duras penas, acertó a dominarse.

—Yo no hago negocios —dijo sosegadamente—. Mi única tarea es extender nuestra santa religión, y espero que tanto por vuestra condición de cristiano como por vuestra posición de representante de Su Majestad el Rey, me brindéis vuestra colaboración. Estoy preparando a algunos jóvenes para hacer de ellos *kanakapullai*, es decir, catequistas que enseñen las verdades de la Fe en las aldeas paravas... Pero he de alimentarlos, y eso cuesta dinero.

—Bueno —dijo de Paiva—, no hay problemas: los paravas pueden pagarles con perlas... Yo se las compraré.

—Estoy aquí —insistió Francisco— para traer la Fe de Jesucristo a los paravas, no para ofrecérsela como una mercancía... Mis catequistas tienen orden de no aceptar nada a cambio de sus enseñanzas.

—Grave error, Padre —replicó de Paiva—. Nunca creerán que lo que les predicáis es bueno si no pagan por ello. Los conozco. No contéis conmigo para que os ayude con

subsidios o como queráis llamarlo. Tengo que dar cuenta de mis transacciones al Gobierno de Goa y no quiero tener problemas con el Recaudador... ¡Menudo es!

—El Virrey —insistió Francisco— me dijo que acudiera a vos para que me ayudaseis...

—En tal caso —cortó secamente de Paiva— debería haberme informado... Pero no lo ha hecho. Y, si lo hace, tendrá que enviarme fondos al efecto... Lo siento, Padre, pero no puedo hacer nada por mi cuenta. Los tiempos son difíciles. Algo se está fraguando y se avecina una tormenta. Dejad que los paravas os paguen con perlas. Es el único consejo que puedo daros...

—Eso jamás —dijo Francisco, irguiéndose—. Y, como según decís, no habéis sido informado por el Virrey, permitidme que os diga que he sido nombrado por Su Santidad el Papa Nuncio Apostólico de todas las tierras portuguesas en Oriente...

De Paiva también se puso en pie y saludó a Francisco con una leve inclinación de cabeza.

—Estoy aquí —prosiguió Francisco— por deseo explícito de Su Majestad el Rey, y no tendré más remedio que informarle sobre vuestra actitud.

De Paiva alzó las manos, como expresando desolación.

—No sabéis lo que me gustaría ayudaros, Eminencia, pero ¿qué puedo hacer?... Sin órdenes del Virrey tengo atadas las manos... Por otra parte, sería muy de desear que no complicaseis las cosas con los brahmanes... Eso podría acarrearos infinidad de problemas. No conocéis este país tan bien como yo, Eminencia. El compromiso es algo esencial. Esencial... La dureza es mala para los negocios y —os lo digo con todo el respeto que exige vuestro rango— Su Majestad cuenta con las rentas procedentes de la India... Las necesita... Mi viejo amigo Martín de Sousa acaba de tomar posesión de su cargo y tiene que contar con los informes de sus subordinados... Por cierto, ¿no es un tanto extraño que un Nuncio Apostólico no sea ni siquiera Obispo?... El Virrey no me ha comunicado nada... Tendréis vuestras credenciales, supongo...

—Están en Goa —repuso secamente Francisco.

—¿De veras? —dijo el Capitán con abierta ironía—. Cómo lo siento, *Padre*...

De Paiva dio por terminada la entrevista.

—Adiós, Capitán —dijo Francisco dando media vuelta—. No tardaréis mucho en tener noticias mías.

* * *

Cuando Francisco se presentó inopinadamente en Goa, todo el mundo quedó sorprendido. Era como si hubiese llegado un torbellino. Los que deseaban verlo en el hospital se encontraban con que ya estaba hablando con el Virrey, y los que acudían al palacio del Virrey, con que acababa de ir a visitar al Obispo.

En el hospital, nada más llegar, le entregaron el correo. Una de las cartas era del Padre Ignacio y estaba escrita por él mismo. Se puso de rodillas para abrirla y, durante unos segundos, las lágrimas le impidieron leer lo que decía...

Cuando pudo hacerlo, el cariño que destilaba desde las primeras líneas provocó su llanto de nuevo. Besó la carta repetidas veces, tembloroso, casi incapaz de sostenerla.

Y, de pronto, leyó la asombrosa, la increíble noticia: el Santo Padre, mediante la Bula *Regimini Ecclesiae Militantis*, había aprobado definitivamente la nueva Orden, la *Compañía de Jesús*, y el Padre Ignacio había sido elegido su primer Superior General por unanimidad, con una sola excepción: su propio voto. Entre los votos favorables estaba, naturalmente, el suyo, el de Francisco, depositado en manos del Padre Laynez.

Eso había sucedido hacia ya dos años y medio, cuando él estaba todavía en Lisboa, pero ¿qué importaba?... En momentos como este, de desbordante y mística alegría, uno se sentía, como Dios, fuera del tiempo...

La noticia le inflamó. Toda su amargura, su cansancio y su debilidad se desvanecieron. Bajó a saltos las escaleras del hospital y se lanzó a la calle. Corrió enardecido, como en los días de París, cuando competía en carreras de velocidad con otros atletas... Las gentes de Goa, atónitas, le reconocían y un único comentario corría de boca en boca: «¡El santo ha vuelto!».

Llegó al Palacio del Virrey, y los centinelas, al verle, se arrodillaron para que los bendijera. Jadeante, le dijo al Mayordomo que tenía que ver al Virrey inmediatamente, y el Mayordomo le dijo que estaba ocupado, pero Francisco, con el rostro iluminado y ardiente, respondió que eso era lo de menos, que ocupado o no tenía que recibirle, y el Mayordomo, contagiado por el tono resuelto y alegre de Francisco, respondió que «bueno», sonriendo, y corrió a anunciar al Virrey que estaba el Padre Francisco...

Inmediatamente, el Virrey salió de su despacho y, con los brazos abiertos, corrió al encuentro de Francisco.

—¡Qué alegría veros de nuevo, Padre!

Cogidos del brazo, entraron en el despacho, donde esperaba Marcelo, sonriente.

—No dispongo de mucho tiempo, Excelencia —dijo Francisco—. He de regresar cuanto antes a la costa de los paravas, pero no podía irme sin veros... Necesito dinero. Mucho dinero. Y necesito saber si el Capitán de Paiva es un malvado o solo un pobre avaro...

—Las dos cosas —se adelantó a responder Marcelo—. Como todos... Quizá un poco más que otros. ¿Qué os ha hecho?

Francisco se lo contó todo a ambos.

—Así que, como veis —terminó diciendo—, si vos no me ayudáis, Excelencia...

Don Martín de Sousa sacudió la cabeza y se echó a reír.

—¿Sabéis? —dijo—. Os daría dinero ahora mismo, pero temo que, si lo hago,

corráis al puerto y subáis a cualquier barco...

—No —repuso Francisco—, tranquilizaos. He de hablar antes con el Obispo.

De Sousa y Marcelo estallaron en carcajadas.

—He escrito a la Reina hablándole de lo que pasa —dijo Francisco—. Desde Cochin. Todos los años apartan para ella cuatro mil *fanams* procedentes de la venta de las perlas...

—Eso es lo que ella gasta en escarpines...

—Lo sé —repuso Francisco—. Y en la carta le decía que no hay mejores escarpines para caminar hacia el cielo que ejercer la caridad con los niños de la Costa de los Pescadores.

—¿Eso le decíais en vuestra carta? —exclamó de Sousa.

—Con esas mismas palabras... Pero necesito que me adelantéis esa suma ahora.

—Os prometo, por todos los escarpines de la Reina, que tendréis ese dinero —afirmó de Sousa—. Os lo enviaré esta tarde al hospital. He escrito a de Paiva, naturalmente, pero lo volveré a hacer. Tened cuidado, es un hombre peligroso, ya os lo había dicho. No le importa que haya disturbios, porque «a río revuelto...». Creo que fomenta la antigua querella entre el Rajá de Madura, Vettum Perumál, y el Maharajá de Travancore, Udaya Marthanda Varna.

—No —repuso Francisco—. El Maharajá de Travancore no se llama así. Se llama *Iniquitriberim*.

De Sousa abrió mucho los ojos.

—Iniqui... ¡Oh, ya sé lo que queréis decir! Lo llaman Ennakutamburam, que significa «Nuestro Rey».

—Eso decía yo. ¿Y cuál de los dos tiene razón, *Iniquitriberim* o *Beterbemal*?

—Vettum Perumál, Padre... No lo sé. Creo que ni siquiera un experto en temas jurídicos o políticos podría decírnoslo. Es en extremo complicado. Personalmente, los aprecio tanto como una jaqueca... Lo malo es que no puedo intervenir en la querella. Tengo las manos atadas con ese maldito Rajá de Bijapur. Paiva cree que el anciano Vettum es más fácil de manejar, pero lo dudo... Por cierto, se ha quejado de vos amargamente. Estáis inquietando a todo el mundo, según dice...

—El Capitán de Paiva me halaga —dijo Francisco, irónico—. Ojalá mereciese sus halagos... Lo que dice es lo que los paganos, en Roma, decían del Apóstol san Pablo respecto a los primeros cristianos... ¡Ya quisiera ser yo como san Pablo! El Capitán de Paiva cree que los portugueses están en la India solo para llevarse perlas, pimienta y otras especias, y mucho me temo que algunas personas que ocupan puestos de gran responsabilidad opinen lo mismo. Si así fuese, Dios no permitiría que el Imperio portugués se mantuviese en pie mucho tiempo. La Costa de los Pescadores ganaría mucho si el Capitán de Paiva se fuese... Pero eso no es asunto mío, sino vuestro,

Excelencia... Con vuestro permiso me retiro. Tengo que ver al Obispo.

Cuando hubo salido, Marcelo comentó:

—Ahí lo tenéis, Excelencia. Corriendo como un chiquillo... Al fin y al cabo, os ha sacado cuatro mil *fanams*...

—Pero no gastará ni uno solo en beneficio propio. Lo conozco bien. Y me devolverá el dinero... El de la Reina, claro. ¿Creéis que admitirá lo que le dice en la carta?... Es algo increíble...

—Y muy molesto para la Reina.

—Ya lo creo —asintió el Virrey—. Lo mismo que el Evangelio, y por la misma razón. Creemos en unas cosas y hacemos otras. Pero ¿qué haríamos sin él?... Un hombre como Francisco siempre resulta molesto. Quiere hacer las cosas como se deben hacer.

Su tono era serio y su expresión, sombría.

—Me gustaría poder destituir a de Paiva, Marcelo.

—Él importa menos —repuso este—. Lo malo son los hombres que están detrás de él... No necesito mencionar sus nombres: los conocéis tan bien como yo... Y Paiva les es necesario. Favoreced a Francisco todo lo que queráis, pero no toquéis a hombres como de Paiva. Los da Gama os aborrecen. Si hostigáis a la Gran Red...

—¡Ah! ¿Así la llaman?...

—Sí. Y eso es lo que es. Una inmensa red que envuelve, como una tela de araña, todo el Imperio portugués, desde Lisboa a las Molucas, pasando por Goa y por Malaca...

—Pero yo soy el Gobernador del Rey... El vicerrey...

—Sí, pero ¿por cuánto tiempo?

El rostro de Marcelo se ensombreció. Apreciaba mucho a Don Martín. ¡Llevaba tanto tiempo con él!

—Además, el Rey está tan lejos, tan distante...

No hablaron nada más.

* * *

—He puesto los cimientos —dijo Francisco—. Hay catequistas en treinta aldeas de la costa. Ahora lo que necesito son sacerdotes. ¡Sacerdotes, Eminencia!

Junto al anciano Obispo Alburquerque, arrellenado entre cojines en su macizo sitial, permanecía en pie Vaz, el Vicario general, un hombre alto y delgado, de frente despejada y rasgos agradables y correctos.

—Lo comprendo, lo comprendo —respondió el Obispo tras unos instantes de vacilación—. Hubiésemos debido enviaros al menos uno o dos de los que llegaron con la Real Flota. Ya los habréis visto, supongo...

—Todavía no. No he tenido tiempo de pasarme por el Colegio. Iré desde aquí. Me dijeron que habían llegado cuando mi barco hizo escala en Cochin.

—El Padre Camerino ha estado muy ocupado —dijo Vaz, como justificándose—. Es un maestro tan bueno y hace tanta falta en nuestro seminario... Está hecho para enseñar. Vino como caído del cielo, en respuesta a las oraciones de Su Ilustrísima y de las mías. En cuanto a Mansilla, no podíamos enviaros solo a ese pobre hombre...

—Suponía que era eso —musitó Francisco—. Por cierto, ¿ha recibido ya las sagradas órdenes?

—¿Mansilla?... ¿Ordenado? —exclamó Vaz, horrorizado—. ¿Cómo íbamos a ordenar a un hombre que me ha dicho que está estudiando la diferencia entre pecados mortales y *venéreos*?[5].

—La simplicidad —replicó Francisco— no es ni siquiera un pecado venial. Lo llevaré conmigo... Por cierto, quiero que sepáis que he traído conmigo a dos hombres. Uno es Coello, un tamil que ya está maduro para la ordenación, y el otro, un joven brahmán llamado Ramigal, que ahora se llama Pedro.

Los dos están en el hospital y espero que Pedro también pueda ordenarse pronto... Mientras tanto, espero que la Compañía envíe pronto algunos sacerdotes. Si no los envían, no será por dejación mía, desde luego...

—¡Ah! —exclamó el Obispo tristemente—. Si supieseis la cantidad de cartas que he escrito a Roma...

Los ojos de Francisco centellearon.

—Lo sé, Eminencia. Y la verdad es que, hasta ahora, solo vuestra Orden ha venido en ayuda de Oriente. En adelante, sin embargo, no será así. Cuando el General de mi Orden, el Padre Ignacio, me envió a estas tierras, me dijo: «Ve y prende fuego a todo». En eso estoy empeñado, pero necesito ayuda, y, para lograrlo, necesito encender también a los que están en Europa... Por eso he escrito a Roma para decir que me gustaría recorrer las universidades de la Cristiandad gritando a los cuatro vientos que no podemos dejar que se pierdan tantas almas. ¡Cuántas personas, allí, solo piensan en escalar altas posiciones en la Iglesia en lugar de utilizar sus conocimientos para el bien común! ¡Cuánto mejor irían las cosas y cuánto ganarían sus almas si renunciaran a sus ambiciones y dijeran: «Señor, aquí me tenéis... enviadme donde vos queráis... ¡incluso a la India!»!

—Eso es casi una llamada a las armas —comentó Vaz, con el rostro iluminado.

—Al llegar ahora a Goa —dijo Francisco—, me encontré con una carta del Padre Ignacio en la que me comunica que la Compañía de Jesús ya ha sido aprobada por el Santo Padre. Dejé mis votos en manos de uno de mis compañeros, en Roma, pero desearía renovarlos... Por eso, Eminencia, si me lo permitís, me gustaría que los recibierais en nombre de mi Orden.

—Gracias, Padre Francisco —dijo el anciano Obispo—, por considerarme digno de ello.

* * *

Cuando Francisco regresó a la Costa de los Paravas, dejó a Mansilla en Manapad, y, como no sabía ni una palabra de tamil, puso a su disposición un joven parava bastante avisado para que le sirviera de intérprete. Él, por su parte, acompañado de Coello, siguió hasta Tuticorin, donde enseguida comprobó que su ausencia había afectado mucho a los jóvenes.

En Kombuturú se encontró con que, en una cabaña, habían erigido una estatua a «Kurami», nombre por el que también se conocía a Bhawani. Inmediatamente, ordenó que quemaran la cabaña, amonestó primero a los catequistas y luego a todos los aldeanos, dio instrucciones al cacique en relación con el consumo de raque por las mujeres, casó a catorce parejas, confesó durante horas, rezó ante las tumbas de los aldeanos que habían muerto en su ausencia, bautizó a varios recién nacidos, informó a los contribuyentes de las cantidades que el Gobernador reclamaba —lo cual privaba a de Paiva de la mitad de sus ingresos como recaudador—, puso la primera piedra de una iglesia, celebró la Santa Misa y, antes de que se hiciera de noche, regresó a Tuticorin.

* * *

Los dos estudiantes tamiles que se habían quedado en Tuticorin le acogieron con alegría y alivio. Estaban a punto de rendirse a causa del abrumador trabajo y de la atmósfera de miedo e inquietud que reinaba en la ciudad.

—He tenido antes esta misma sensación —le dijo el mayor de los dos—. Es la que reina antes de un terremoto...

—La tierra puede temblar —respondió Francisco—, pero el cielo, no.

Inmediatamente, se puso manos a la obra. Al día siguiente, por la tarde, fue a ver al Capitán de Paiva, pero, como de costumbre, no estaba en su casa, y los criados le dijeron que no sabían adónde había ido. A Francisco le pareció que estaban tensos y nerviosos; su amo —pensó— debía de haberles reñido por algo.

Camino de la choza de un hombre enfermo que le había llamado, pasó por la calle de los fruteros, donde oyó el grito desgarrador de una mujer. Se paró, para tratar de localizarlo, y, en ese momento, se hizo un súbito silencio. Todo el mundo —vendedores, compradores, niños— enmudecieron y escucharon. Entonces, se volvió a oír otra vez el grito, largo, agudo, espantoso...

En la polvorienta calle, unos doscientos pasos más arriba, aparecieron dos mujeres haciendo tales eses que Francisco, al principio, creyó que estaban borrachas. Pronto, sin embargo, distinguió la sangre que brotaba del pecho de una de ellas y vio cómo la otra caía al suelo. Corrió hacia ellas a toda prisa y llegó justo a tiempo de sostener a la primera antes de que también se desplomara. Con horror, vio que tenía un profundo tajo que afectaba al pecho, la espalda y el brazo izquierdo.

Cuando miró a la otra mujer que yacía en el suelo, observó que estaba embarazada y que le habían dado un tajo tan brutal en el vientre que por un momento creyó que se veía al hijo que llevaba dentro.

La mujer que seguía sosteniendo en sus brazos empezó a gritar de nuevo, pero ahora pronunció una palabra: «¡Vadagars! ¡Vadagars!».

Entre el montón de caras morenas que se habían arracimado en torno a ellos, Francisco reconoció a un hombre que tenía algunos conocimientos médicos y le pidió a gritos que le ayudase a trasladar a la mujer embarazada a la cabaña más próxima.

—Que venga la comadrona... Traed vendas... agua caliente... ¡Pronto!

Nadie se movió. En lugar de obedecer, todos retrocedieron, con el rostro desencajado por el pánico.

—¿Os habéis vuelto locos? —gritó Francisco.

Y, en ese mismo instante, oyó el estrépito: un sordo retumbar de cascos de caballos galopando.

Los aldeanos echaron a correr y desaparecieron.

—¡Vadagars! —gritó la mujer que sostenía en sus brazos.

Entonces los vio: diez, veinte, treinta, cuarenta hombres a caballo, todos con turbantes rojos y blandiendo alfanjes...

La mujer que sostenía en sus brazos se le volvió de pronto enormemente pesada y su cuerpo empezó a deslizarse hacia el suelo. Una flecha se le había clavado en el pecho: había muerto...

—¡En el nombre de Cristo! —rugió Francisco—. ¡Deteneos!

Depositó en tierra el cuerpo de la mujer y blandió la única arma que tenía: un crucifijo. Sintió que una cólera inmensa, como no había sentido en su vida, le dominaba; bajo su tremendo impacto le pareció que su cuerpo se agigantaba, que llenaba la calle entera y que el crucifijo que enarbolaba era el puño de una espada colosal cuya afilada hoja alcanzaba el cielo.

El cabecilla del grupo vio una figura gigantesca, vestida de negro, que le cerraba el paso. Sus ojos brillaban como ascuas en un rostro cadavérico, mientras gritaba algo incomprensible que se le antojó una horrenda maldición o un terrible juramento. Jamás en su vida había visto nada parecido... Picó con las espuelas las ancas de su caballo y el animal clavó en tierra sus patas traseras y, encabritado, alzó las delanteras. Los hombres que le acompañaban hicieron lo mismo y la calle entera retumbó con los cascos de los caballos súbitamente detenidos.

Francisco no abrió la boca. Para él, todos aquellos hombres constituían un solo ente, un ente criminal, inmundo, surgido del fondo del infierno, que no prevalecería frente a la cruz de que era portador.

El cabecilla de los vadagars se mordió los labios. Aquel hombre debía de ser un

demonio o un *sannyasi* de un tipo desconocido, de increíble poder... Si volvía a abrir la boca para maldecir otra vez... Volvió a picar espuelas, obligando a su caballo a dar media vuelta, y huyó, seguido de sus hombres. Al cabo de unos minutos, el retumbar de los cascos se extinguió y se hizo un silencio absoluto.

Francisco, lentamente, dejó caer el brazo que sostenía el crucifijo y miró a las dos mujeres: ambas estaban muertas.

De pronto, oyó gritos salvajes a lo lejos, procedentes de otra dirección. ¿Sería otro grupo de vadagars?... Corrió hacia la cabaña para ver si Coello y los demás estaban a salvo.

Al pasar por delante de la casa del Capitán de Paiva —no estaría, claro, como siempre que hacía falta— vio unos cuantos criados que acarreaban grandes baúles. Uno de ellos estaba entreabierto y le pareció ver algún objeto metálico dentro. Sin duda, los criados del Capitán de Paiva trataban de poner a salvo los objetos de valor. Pero ¿adónde los llevaban?... Al puerto, claro. Uno de los barcos del Capitán estaba anclado en una pequeña ensenada próxima a la casa... Pero, al acercarse un poco más, comprobó que el brillo metálico no procedía de objetos de oro o de plata, sino de armas: armas de fuego... ¡Claro! Los hombres del Capitán se estaban armando para repeler la agresión...

Pero ¿dónde estaban?... Y, si se trataba de eso, ¿por qué habían cerrado precipitadamente el baúl al ver que se acercaba?

De pronto, Francisco lo comprendió: ¡Los caballos!... Los caballos de los vadagars... ¡El caballo bayo que montaba el cabecilla ya lo había visto antes! Pertenecía al Capitán... Así pues, de Paiva les había vendido los caballos y tal vez las armas...

Los criados no estaban transportando los baúles a ningún barco, nadie se estaba armando para defender a los paravas o la casa del Capitán...

Se acercó a uno de los criados y le preguntó qué estaban haciendo con aquellos baúles llenos de armas, pero no obtuvo contestación.

—¿Acaso pensáis dárselos a los vadagars?

Tuvo que repetir dos veces la pregunta antes de recibir contestación.

—Cumplimos órdenes del Capitán...

—Pues bien —rugió Francisco—, a partir de este momento cumpliréis las mías... Cargad con esos baúles... ¡Con todos! ¡Vamos! ¡Deprisa!... Ahora llevadlos al barco del Capitán... ¡Al barco, os digo!... Ya ha habido bastantes crímenes sin necesidad de que esos bandidos utilicen estas armas encima...

Los criados obedecieron impelidos por una fuerza irresistible.

—Cuando todos los baúles estén a bordo, el barco debe zarpar. Os hago responsables de ello. Esas armas no deben caer en manos de los vadagars.

Dejó a aquellos hombres y corrió hacia la misión, donde encontró a sus tres ayudantes cuidando a media docena de heridos, hombres y mujeres.

—Pasaron con los caballos por encima de ellos —dijo Coello con lágrimas en los ojos—. Ahora están saqueando las tiendas...

—¿Cuántos son?

—No lo sé. He visto grupos formados por unos cincuenta hombres cada uno. Son vadagars.

—¿Al servicio del Rajá de Madura?

—Sí, Padre.

—Dejad que las mujeres cuiden de esos heridos. Nosotros tenemos que evitar más derramamiento de sangre. Si al menos pudiésemos atrapar a ese Rajá...

Recogieron a unas cuantas mujeres llorosas en las casas vecinas y las mandaron a cuidar a los heridos. Luego dieron una vuelta por el pueblo.

Algunas casas estaban ardiendo. Otras, saqueadas. En medio de la calle yacía un anciano apretando a un niño contra su pecho. Los habían matado a los dos a cuchilladas.

—Subamos a esa colina. Veremos mejor lo que está pasando...

Era una colina que dominaba toda la comarca, desde la cual había predicado muchas veces a varios miles de personas. Miró alrededor y tuvo la impresión de que todo aquello era una pesadilla. Porque a lo lejos se veía el azul del mar, impoluto, y más cerca las ramas de los árboles se mecían impulsadas por una leve brisa precursora del monzón, pero abajo, en la aldea, montones de cadáveres yacían en las calles y entre ellos galopaban hombres a caballo que abandonaban el pueblo en dirección a Kombuturé. No cincuenta o cien, sino cuatrocientos o más.

—¿Sabéis montar a caballo?

Ninguno sabía.

—Entonces no llegaremos a tiempo a Kombuturé. Pero visitaremos los demás pueblos y avisaremos al Hermano Mansilla...

Una terrible explosión hendió el aire. Francisco dio media vuelta y vio una densa columna de humo que se alzaba en dirección a la ensenada próxima a la casa del Capitán de Paiva. El barco, pensó. El barco ha saltado por los aires... Podía ser que en alguno de los baúles hubiese pólvora y hubiese hecho explosión, pero también podía ser otra cosa...

Descendió de la colina a la carrera, seguido de sus ayudantes, y tuvo que detenerse varias veces para echar una mano a los heridos u obligar a los chiquillos a que se metiesen en su casa.

La misión estaba intacta. Francisco se sentó y, a toda prisa, garrapateó una nota para Mansilla y se la dio a uno de los ayudantes, el más joven.

—Lleva esto a Manapad —le dijo—. Procura llegar cuanto antes. Avisa a los aldeanos de los pueblos por donde pases, pero evita a toda costa toparse con los vadagars, ¿me entiendes?... El Hermano Mansilla debe recibir esa nota a toda costa...

Cuando llegues a Manapad, espera allí hasta que yo te avise. A los aldeanos de los pueblos por donde pases, diles que, si ven llegar a los vadagars, huyan en sus canoas, tónis, catamaranes o lo que sea. En el mar no correrán peligro... Y, si hay cerca alguna isla, diles que se refugien en ella con sus embarcaciones, que yo procuraré ayudarles. ¿Está claro?... Bien, de acuerdo. Ve, pues, y que Dios te proteja.

El joven salió corriendo.

¿Y ahora qué?, pensó Francisco. Era como un general sin tropas ni armas. Hubo un momento en el que pensó armar a los paravas con las que había en los baúles del Capitán, pero eso hubiese sido inmiscuirse directamente en una guerra entre dos pueblos o naciones hindúes. Además, colocar armas de fuego en manos de los paravas, que no habían disparado un tiro en su vida, hubiese sido un crimen y un peligro para ellos mismos. Y, sobre todo, no era esa la manera de responder a lo que sucedía, aunque su instinto militar se lo pidiera.

Pasó otros dos días con sus noches en Tuticorin. La lucha había cesado, porque los vadagars se habían ido, dejando atrás más de treinta cadáveres, la mitad de mujeres... Procuró organizar a los hombres, puso centinelas en los alrededores de la ciudad y les dijo que tocaran sus cuernos de caza si divisaban a los vadagars. Si los hacían sonar, todos los habitantes deberían correr a la orilla del mar y huir en cuantas embarcaciones tuviesen a su alcance. Era, en suma, lo mismo que había recomendado a Mansilla en su nota. Ahora bien, ¿lo harían? ¿Les daría tiempo de huir?...

Pronto pudo comprobar que los paravas eran un desastre en este aspecto. Los centinelas abandonaban sus puestos constantemente y, cuando hizo un ensayo de evacuación, todos se precipitaron a las barcas, hundiendo dos por exceso de carga mientras seis quedaban vacías en la playa.

A los tres días del ataque de los vadagars, recibió una carta del Capitán de Paiva. Por lo que le decía en ella, Francisco dedujo que los vadagars, al no encontrar en el lugar convenido las armas que él les había vendido, habían quemado su casa y luego, en botes de remos, habían abordado el barco y le habían prendido fuego. De Paiva, por supuesto, no decía en la carta que las armas eran para ellos, pero Francisco suspiró aliviado, pues estaba claro que los vadagars, en su furia salvaje, habían hecho volar el barco sin descubrir que las armas estaban a bordo.

La carta del Capitán de Paiva era todo un poema. En lugar de disculparse por su conducta y reconocer su propia culpa, responsabilizaba a Francisco de los sucesos. «A causa de vuestro escandaloso comportamiento —decía—, me encuentro ahora extrañado en un islote estéril próximo a Manapad. No dispongo apenas de comida y mi vida correría peligro si los vadagars me encontrasen...».

Así pues, los vadagars estaban ahora asolando el Sur...

Volvió a enviar una nota a Mansilla, pidiéndole que procurase ayudar al Capitán de

Paiva. «Lleva todos los alimentos que puedas a las islas en que haya fugitivos», decía.

Mientras un rápido mensajero llevaba la misiva a Mansilla, Francisco partió también hacia el Sur, dejando Tuticorin al cuidado de Coello. En Kombuturé supo que los vadagars habían pasado por la ciudad matando y saqueando, como en Tuticorin. Los habitantes habían huido aterrados y muchos ancianos habían muerto en el camino y varias mujeres, dado a luz en pleno campo. Ahora, todos se aglomeraban en torno a él, implorando su ayuda... Él hizo todo lo que pudo, los confortó y trató de organizarles un poco.

Estando allí, llegó un mensajero del cacique de Puaikâyal, portando una misiva. Francisco la leyó y la sangre se le subió a la cabeza. Los vadagars habían pasado de largo, pero unos cuantos caballeros portugueses, cuyos nombres el cacique ignoraba, habían estado en Puaikâyal y habían forzado a cuatro jóvenes nativas a cohabitar con ellos. Familiares de las jóvenes habían tratado de impedirlo, pero los caballeros los habían rechazado a pistoletazos. A la mañana siguiente, los portugueses se habían ido, llevándose a las jóvenes. Habían tomado al parecer dirección oeste, hacia Quilón.

Fue uno de esos momentos en que el humilde miembro de la Compañía de Jesús tuvo que recordar que también era Nuncio apostólico del Papa. Así que tomó asiento y redactó dos breves notas dirigidas a los Vicarios Generales de Quilón y Cochin, respectivamente.

«Estableceréis —decía en ellas— la identidad de los raptos, amenazándoles con la excomunión mayor desde el pulpito, a menos que confiesen su culpa y liberen a sus víctimas, dejándolas en manos cristianas».

Estaba fuera de sí. ¡Primero de Paiva y ahora estos canallas! ¿Cómo iba a aceptar la Fe cristiana el pueblo hindú con tales comportamientos?

Fue entonces cuando, por primera vez, pensó en establecer en Goa el Santo Oficio, es decir, la Inquisición, como decía la gente. Porque era necesario disponer de un instrumento eficaz para frenar los sucios apetitos de ciertos portugueses que se decían cristianos. Sí, Vaz era el hombre adecuado para exponerle el tema...

Cruzó nuevas notas con Mansilla. Nuevas oleadas de vadagars habían sido vistas avanzando hacia Cabo Comorín. Los habitantes de pueblos y ciudades habían huido a un rosario de islas próximo a la costa, pero no habían llevado con ellos suficientes provisiones, a pesar de los consejos de los caciques, y ahora se estaban muriendo de hambre.

Francisco se trasladó inmediatamente a Manapad. Reunió a todos los hombres que pudo, formó una flota de unos veinte *tónis*, los llenó de provisiones y zarpó en dirección al Cabo. No pudo alcanzar su objetivo: una semana más tarde estaba de vuelta, impulsado por el monzón, encontrándose con que, durante su ausencia, habían llegado tantos fugitivos a Manapad que tuvo que distribuir entre ellos todas las provisiones.

Desde Goa, le llegó una nota del Virrey: «Travancore —decía— me ha informado. Sería bueno que trataseis de ver al Maharajá y procuraseis establecer una alianza con él. Pero, por favor, no le llaméis *Iniquitriberim*... El portador de esta nota es el Señor Don Pedro Vaz, primo lejano del Vicario General de Goa. Os ruego que me tengáis presente en vuestras oraciones». Pedro Vaz era un joven de cara angulosa y ojos penetrantes e inteligentes. —Hay dos formas de llegar a la residencia del Maharajá —dijo—. Una, por mar, en mi barco, navegando hasta Calicut y caminando luego a pie desde allí; la otra, ir directamente por tierra, lo cual es más corto, pero en extremo peligroso. —Será tan peligroso como lo permita el Señor —respondió Francisco—. Seguiremos el camino más corto. Pedro Vaz hizo un gesto muy expresivo. —Por lo que me dijo Su Excelencia, estaba seguro de que esa sería vuestra decisión. Poco antes de partir, tuvieron noticias de que el Capitán de Paiva había regresado a Tuticorin, donde había capturado a un esclavo del Maharajá de Travancore y se lo había llevado consigo, cargado de cadenas. —¿Será posible? —exclamó Francisco al borde de la desesperación—. ¿Es que ese hombre no va a hacer nada a derechas? ¿Cómo vamos ahora a presentarnos ante el Maharajá? —Nos encerraría en una mazmorra, o algo peor —corroboró Pedro Vaz—. Además, sería inútil tratar de rescatar al esclavo, que probablemente estará ya en poder del Rajá de Madura. —Pero ¿cómo es posible que ese hombre, de Paiva, haga tratos con ese Rajá? —preguntó Francisco indignado—. ¿Acaso no sabe que está en contra del Virrey? —¡Claro que lo sabe! Después de lo que me habéis contado, tal vez sea esa su manera de congraciarse con el Rajá de Madura otra vez... Si él obrase por su cuenta, el Virrey ya lo habría destituido, sin más. Pero, como todo el mundo sabe, no es así. —Pero ¿quiénes están detrás de todo esto? Vaz se encogió de hombros. —Hombres muy ricos y poderosos, Padre. Los virreyes vienen y van, pero ellos permanecen...

—Sí. Y pactan con el Rajá, que envía a esos asesinos a matar cristianos paravas.

Francisco volvió a pensar en la necesidad de establecer el Santo Oficio.

—No —dijo Vaz como hablando para sí mismo—, nunca llegaríamos hasta el Maharajá, a pesar de todo... De Paiva tiene agentes en todas partes y ya estará al tanto de nuestros planes.

No hubiese podido decir otra cosa mejor para decidir a Francisco.

—Partiremos inmediatamente —dijo, resuelto.

* * *

Se pusieron en camino temprano, por la mañana, los dos solos. «Cuanto más fuéramos, más fácilmente nos descubrirían», había sentenciado Francisco. Vaz, por su parte, había sugerido disfrazarse, pero Francisco se había negado.

No tardaron en encontrar un campesino roturando sus tierras; dos cebús tiraban pesadamente del arado, balanceando sus enormes cuernos; el campesino, por su parte,

cantaba el Credo rimado que había compuesto Francisco. Al verle y oírle, se conmovió, y, para ocultar sus lágrimas, aceleró el paso.

Fue esta escena, este detalle mínimo, lo que acabó de convencerle: ver al Gran Rajá de Travancore era algo imprescindible, y le vería... Estaba seguro de ello: era algo tan inevitable como ver a Dios en el día del Juicio.

No se le ocultaban los obstáculos y los riesgos del camino, hasta tal punto que se asombró de que la primera jornada del viaje transcurriese sin incidentes, si se exceptúan las sanguijuelas que se pegaron a sus piernas al cruzar el vado de un río. No les fue fácil arrancárselas, y, cuando lo lograron, ya casi todas estaban ahítas de chupar sangre.

—Esto ha sido como si el Doctor Saraiva me hubiese sangrado otra vez —comentó Francisco, risueño.

Pasaron la noche en casa de un campesino, que les obsequió con una taza de arroz y legumbres con *curry*[6]. *Jai ram huzoor*, les dijo: «Esto es todo lo que tengo».

No quiso aceptar nada en pago, aunque no era cristiano. Algo que habría debido hacerles engendrar sospechas si no hubiesen estado demasiado cansados para pensar en ello...

Francisco se despertó al sentir dos manos que le zarandeaban. Al tratar de rechazar al agresor, vio que era Vaz quien le estaba sacudiendo. Olía fuertemente a humo y su lecho estaba ardiendo... Dio un respingo y saltó de la cama.

—¿Estáis bien? —le preguntó Vaz, inquieto—. No, no tratéis de apagar el fuego. Ha sido provocado aposta... He visto quién lo hacía: el dueño.

—¿Seguro? —exclamó Francisco, perplejo—. Si es así, tenemos que marcharnos ahora mismo. ¿Dónde está ese campesino?

—Por ahí debe andar, rondando... y quizá no esté solo. Os lo dije: de Paiva ya debe de estar al tanto...

—No tenemos pruebas. Además, lo importante es abandonar este lugar enseguida.

Francisco iba a salir ya de la casa cuando Vaz le detuvo.

—Cuidado ahora —susurró—. Ellos tal vez estén vigilando. Es preciso correr a toda prisa hasta alcanzar el lindero del bosque, y correr agachados...

Era noche todavía y había hierba alta en torno a la cabaña, pero, a pesar de todo, debieron de oírles salir, porque escucharon una especie de bisbiseo, un golpe sordo y el gruñido de un cerdo.

Vaz vio cómo Francisco corría agachado entre la hierba, y lo siguió. Ya cerca del bosque, oyeron voces, alguien que gritaba algo y alguien que respondía. Corrieron más deprisa aún y la selva los engulló. Solo entonces aflojaron el paso.

—Padre... Padre... —jadeó Vaz—. ¿Os encontráis bien?

—Sí —repuso Francisco—, pero si fueseis tan amable de sacarme esta flecha del hombro...

— ¡Virgen Santa!

—Chisst... La Virgen os oirá aunque habléis más bajo y esos bandidos no. No es nada, solo un arañazo... ¿Veis? Sale con facilidad... Ahora busquemos un sitio donde pasar la noche sin que nadie prenda fuego al lecho. Y gracias por sacarme la flecha y avisarme cuando ardía mi cama.

Vaz echó un vistazo alrededor.

—Un sitio para dormir —murmuró—. ... No es tan fácil encontrarlo. Además, si esos hombres nos encuentran...

—No nos encontrarán.

—¿Por qué estáis tan seguro?

—No se atreverán a registrar la jungla de noche. Demasiado peligroso. Tigres, leopardos...

—Menudo consuelo, Padre.

Francisco sonrió. De repente, empezó a palpar con las manos.

—Ojalá hubiese un poco más de luz —comentó—. De todas formas, parece que aquí... Sí... ¡Espléndido!

—¿A qué os referís, Padre?

—A este árbol. Está hueco.

—¡Oh, es verdad! —exclamó Pedro Vaz, palpando también.

—Asegurémonos antes de que no está habitado —dijo Francisco tomando una rama seca y metiéndola por el agujero—. Sí, está vacío... y cabemos los dos. No os preocupéis por la herida; la flecha no penetró apenas en el hombro. Yo me introduciré primero...

* * *

Un estridente piar de pájaros los despertó. Estaban entumecidos, agarrotados, y Vaz tuvo que ayudar a Francisco a salir del agujero, porque no podía mover el brazo izquierdo. Encontraron cerca una fuente y desayunaron con agua y tortas de pan sin levadura.

—En mi sotana me he dejado un buen montón —dijo Francisco, risueño.

Vaz lo miró. No dijo nada, pero le preocupaba la herida. Tanto más cuanto que tendrían que dar un rodeo, para despistar...

Evitaron cruzar tres aldeas, manteniéndose siempre en lo más espeso de la jungla, y al menos un par de veces tuvieron que trepar a un árbol para escapar de la embestida de los jabalíes, muy abundantes en aquella selva. Carecían ya de tortitas de pan, pero hallaron abundantes frutos. En una ocasión, Vaz —menos sospechoso— entró en una aldea y obtuvo una buena provisión de alimentos.

En la mañana del décimo día, mientras subían penosamente por las colinas de

Cardamon, vieron soldados. Llevaban turbantes azules y Vaz reconoció el uniforme de los hombres del Maharajá de Travancore.

* * *

—Solo y desarmado —dijo Udaya Marthanda Varna, al que sus súbditos llamaban Ennaku-tamburan—. Debe de tener poderosos demonios para atreverse a viajar así y superar todos los peligros.

—No le han protegido de las flechas ni de la mordedura de un escorpión —replicó Asanga Varna, sombrío—. Para mí, todos los *portugui* son iguales.

—Me alegro de haber nacido antes que tú —dijo el Maharajá secamente—. Si no, Travancore estaría gobernado por un príncipe sin seso. Si los *portugui* cometen tantos errores aquí, es precisamente porque para ellos todos los hindi son iguales... Lo cual terminará por arruinarles. Pero mientras llega ese momento hay mucho que hacer... Y no llegaría si todos los *portugui* fuesen como ese hombre harapiento que parece no haber dormido desde hace siglos.

—Mi querido hermano mayor es un hombre sabio —aduló Asanga Varna mordiendo un jugoso mango—. Supongo que habrá pensado qué hacer...

—Sí, lo he pensado —repuso el Maharajá ásperamente—. Aceptaré la alianza que ese hombre llamado Vaz me ha propuesto, porque Vettum Perumál pedirá la paz en cuanto lo sepa... Y tal vez ya lo sepa, porque los vadagars ya se están retirando... No se atreverá a disputarnos el dominio de esta costa. Además, esa alianza nos proporcionará armas de fuego, cañones más baratos... Siempre es mejor comprarlos en la fuente que no a través de ese bandido de Paiva.

—Me han dicho que está muy alterado —comentó Asanga.

—¿Cómo no va a estarlo?... Pensaba vender armas a los dos bandos y ahora se va a encontrar con la paz.

—Eso mismo dijo el hombre que tanto admiras... El Gran Padre, como dices.

—Sí, he ordenado que en Travancore todo el mundo lo llame así... Incluso tú, Asanga... Y le autorizarás a entrar en tu provincia y a enseñar a los macuas los misterios que predica. Si a los paravas no les ha perjudicado, tampoco les perjudicará a ellos.

—¿Van a tener mis súbditos que abandonar a sus dioses? —preguntó Asanga, ceñudo.

—Si no son lo suficientemente fuertes —repuso el Maharajá— y abandonan a quienes creen en ellos, es que se lo merecen.

—¿Y tú? —preguntó inquisitivo Asanga—. ¿También te vas a hacer cristiano?

—Eso te agradaría, ¿verdad?... Piensas que los santones de los macuas se pondrían a tu lado contra mí, si abandonara las creencias de nuestros padres...

—Jamás he pensado en eso —repuso Asanga Varna, rápido—. Yo soy el esclavo de

mi hermano...

El Maharajá no se inmutó.

—Un buen gobernante debe estar por encima de esas cosas —dijo calmosamente—. Si no, ¿cómo podría utilizarlas?... No, no me haré cristiano. Y no volveré a ver al Gran Padre. Pero tú no te opondrás a nada de lo que haga en tu provincia. Quiero dejarle actuar... de momento.

* * *

Con una campanilla en la mano, recorrió todo el país de los macuas. Primero acudieron los niños, luego sus padres y al final miles y miles de personas.

Pronto se corrió el rumor de que no comía apenas: solo, de tarde en tarde, un poco de sopa y un pedazo de pan sin levadura. Y también se decía que curaba a la gente solo con invocar a su Dios, un Dios que se preocupaba de los macuas tanto como de los *portugui*, y —lo que era más increíble aún— amaba tanto a los *intocables* como a los brahmanes...

También allí fueron destrozados y derribados los santuarios y las imágenes de los dioses y diosas con rostros de simios, con cabeza de elefante o con multitud de brazos.

De nuevo reinaba la paz en la Costa de los Pescadores de perlas, a pesar de las maquinaciones del Capitán de Paiva...

Hasta el pueblo de Vêdâlai y los habitantes del islote de Manar, situado en el extremo sur de la India y la gran isla de Ceilán, habían enviado mensajeros pidiendo sacerdotes que les instruyeran y les dieran a conocer «ese nuevo Dios que nos ama», por lo que Francisco había escrito urgentemente a Goa para que le mandasen algunos.

La carta había llegado una semana después de la ordenación de dos nuevos sacerdotes, uno de los cuales era... Mansilla. Su latín era detestable, pero nadie allí le iba a hablar en latín... El otro era Ramigal, el brahmán, y a él fue a quien, en cuanto llegaron, envió a Vêdâlai y al islote de Manar.

También habían llegado noticias de Lisboa: el Colegio de Coimbra —le escribía Simón Rodríguez— contaba ya con sesenta estudiantes de teología, y tres Padres jesuitas habían partido camino de la India. Tal vez estuvieran ya en Mozambique...

* * *

Chêkârasa Sêkâram, Rajá de Jaffna, en la isla de Ceilán, sabía perfectamente por qué su ministro le había solicitado una audiencia. Le molestaba recibirle, sobre todo porque en ese momento estaba disfrutando de los encantos de una jovencita que se sentaba a sus pies, sumisa, ya que había sido escogida para tan alto honor. Era graciosa y bella —habían sabido elegir para él— y su pensamiento —el del Rajá— no estaba precisamente en los asuntos de Estado.

—Sé breve, Tikal —había dicho, mohíno.

El ministro inclinó la cabeza y le habló durante unos minutos de los súbditos del Rajá que vivían en el islote de Manar.

—No me interesa lo que esos perros crean o dejen de creer —le interrumpió el Rajá —, y me estás haciendo perder el tiempo, Tikal.

Obeso y sentado sobre un cojín rosa, con las piernas cruzadas y vestido con una túnica de seda rosa también, Chêkârasa Sêkâram parecía un inmenso globo de feria.

—Los manareses —prosiguió Tikal— han adoptado la religión de los *portugui* y eso no es una cuestión de creencias, sino de política. Manar es como un puente entre la India y Ceilán, y los manareses buscan con ello obtener ventajas: dinero, comercio y, por supuesto, la protección de Portugal, lo cual quiere decir que los dominarán y les sacarán bien el jugo, porque no he visto jamás un portugués que ofrezca algo a cambio de nada.

El globo rosa se balanceó pesadamente.

—Quieres decir que...

—Que los manareses se rebelarán contra vos... Y, si lo hacen, quiero que me digáis qué debo hacer.

Chêkârasa Sêkâram reflexionó unos instantes, mientras Tikal aguardaba una contestación.

Haciendo un gran esfuerzo, el Rajá se puso en pie.

—Envía tropas —ordenó—. Tienen que retractarse y abjurar de esa nueva religión.

—¿Y si se resisten?

El Rajá miró a la joven.

—No es recomendable resistirse a los deseos del Rajá.

* * *

«La semana pasada ha quedado terminada la iglesia» —le decía Ramigal a Francisco en la carta que le estaba escribiendo—. «También ha concluido la primera etapa de mi labor misionera en esta isla. He bautizado a todos sus habitantes y he instruido en la Fe a los mayores de siete años, unos mil seiscientos. Como frutos maduros caen en las manos de Dios nuestro Señor, a quien sirvo gozoso... Todavía no me he acostumbrado a que me llamen Padre Pedro. ¿Recordáis la primera conversación que mantuve con vos en Tirechendur, cuando os hablé de la reencarnación y vos me dijisteis que, con la gracia de Dios, se puede alcanzar Su beneplácito en una sola vida?... Ahora he comprendido que se puede “reencarnar” uno varias veces sin morir, pues, de alguna manera, una nueva vida comenzó para mí cuando me uní a aquel sabio y anciano brahmán, en el Norte. Y luego, con el Bautismo, renací realmente a una vida nueva; y en la Confirmación recibí la fuerza del Espíritu Santo... No, no es la reencarnación lo que separa fundamentalmente el brahmanismo del cristianismo. La diferencia está sobre todo en

Nuestro Señor Jesucristo y en los mandamientos que nos dio. A nosotros no nos es desconocida la palabra sacrificio, pero ahora sé que lo fundamental no es el sacrificio, sino el amor... Los yoguis buscan su propia perfección, y la buscan con celo, pero un cristiano tiene que amar al prójimo tanto como a sí mismo y extender en todas direcciones el amor que arde en su corazón... No hay que temer que, obrando así, disminuya nuestro amor, porque siempre estará lleno hasta los bordes, por mucho que lo derramemos sobre los demás...».

Ramigal hizo una pausa y alzó los ojos. El cielo era de cobalto, y abajo, como un zafiro, resplandecía el mar... Pero ¿qué eran aquellos puntitos blancos que se divisaban en el horizonte?... Veleros, sin duda. Navíos que se acercaban a la isla. Diez, veinte, treinta y más. Y avanzaban deprisa, procedentes de Ceilán...

* * *

El buen Padre Gaspar, custodio del Santuario de Santo Tomás Apóstol, en São Tomé, recibió a los visitantes con una desbordante alegría no exenta de curiosidad. Hacía años que había oído hablar del extraño Nuncio que iba descalzo y resplandecía por su santidad, pero su primera impresión, al verle, fue un tanto descorazonadora. Se lo habían descrito como un hombre inquieto, alegre y dinámico, infatigable y de un irresistible encanto personal; sin embargo, el que tenía delante era un hombre pálido, macilento, con un pelo negro y fosco entreverado de canas y unos ojos profundos y tristes ribeteados de ojeras purpúreas... Era amable, sí, pero parecía como ausente. Durante varios días apenas abrió la boca; permanecía horas y horas en su cuarto o bien en el Santuario, a donde iba sigilosamente todas las noches. Parecía un fantasma más que un hombre... un espíritu que buscara la compañía del espíritu del Apóstol santo Tomás en el lugar de su martirio. Porque el Apóstol, sin duda, había sido martirizado, ya que la poética narración de los hindúes según la cual había sido víctima casual de una flecha que le había disparado un cazador que perseguía a un pavo real era evidentemente falsa... Mylapore, llamaban los nativos a São Tomé. Mylapore: la ciudad de los pavos reales...

* * *

«Oriéntame, santo Apóstol... Necesito que me orientes en este país que tú evangelizaste... Tú amaste a los hombres y yo también los amo... Pero tú los amaste mil veces más, santo Apóstol, porque tú viste a Nuestro Señor cara a cara, y metiste tu mano en la llaga abierta en su costado, y fuiste el primero en decir las palabras que repetimos todos al recibir su Cuerpo y su Sangre: ¡Señor mío y Dios mío!...».

Así rezaba Francisco en el Santuario de Santo Tomás, en Mylapore.

Cuando, estando en Cochin, le habían informado del desastre de Manar, no podía

creerlo... Sin embargo, no tardó en llegar la confirmación: el Padre Pedro había tratado de evacuar a la totalidad de la población, pero no había tenido tiempo ni suficientes embarcaciones; él mismo y unos seiscientos hombres, mujeres y niños, habían sido asesinados por los hombres del Rajá de Jaffna al negarse a renegar de su Fe. Hubo madres que, mostrando a los hijos en sus brazos, gritaban: «¡Ellos son cristianos también!».

Había momentos en que hecho tan glorioso le llenaba de gozo: seiscientos cristianos hindúes, martirizados, anclaban definitivamente a la India en la verdadera Fe; la sangre de esos mártires sería, como siempre desde los días de san Esteban, semilla de nuevos cristianos, y el nombre de los manars estaría ya escrito con letras de oro ante el trono de Dios. Pero había momentos en que todo aquello le producía un hondo dolor y una punzante indignación...

En cuanto lo supo, había corrido a Goa para entrevistarse con el Virrey. Le dijeron que se encontraba en Basein, y allá se fue...

Cuando de Sousa lo supo, estalló en cólera. Ordenaría formar una flota para atacar y castigar a ese tirano cruel... Se reuniría en Negapatam y Francisco iría con ella. No, no se podía dejar impune un crimen tan horrendo... Si no se vengaba a los manareses, ningún cristiano estaría ya a salvo en la India...

Sí, la venganza solo era atributo de Dios, lo sabía; pero a él, como Virrey, le correspondía velar por la seguridad de los portugueses, de los cristianos de la India y del mismo Francisco. Si el Rajá de Jaffna no recibía el merecido castigo, cualquier principillo hindú haría de su capa un sayo, impunemente...

La flota, en efecto, se reunió en Negapatam. Se supo enseguida, y también que una nao portuguesa, una nave mercante de gran tonelaje, había fondeado poco antes frente a las costas de Ceilán y que todo su cargamento —una enorme cantidad de valiosas mercancías— había sido entregado al Rajá de Jaffna...

Y es que hacía tiempo que los ricos mercaderes portugueses estaban en tratos con el Rajá de Jaffna. Por eso, si ahora se enviaba una flota contra él, se acabaron los negocios. ¡Adiós rubíes, lacas, sedas de la mejor calidad!... Y las mercancías ya en poder del Rajá valían millones...

Hubo reuniones, conferencias, disputas, ruegos, amenazas... Y, al final, nada: la flota no levó anclas. Habían prevalecido los rubíes y las lacas... Y como, mientras la flota permaneciese en Negapatam, el Rajá se negaría a seguir comerciando, debería irse cuanto antes, zarpar y dirigirse hacia el Norte...

Todo el mundo sabía quiénes eran los mercaderes; lo que nadie sabía era quiénes los respaldaban...

«Santo Apóstol Tomás, no osaría decirte que tengo que vérmelas con gentes peores que las que tú conociste, porque tú viviste con Judas Iscariote. Si él vendió a Nuestro

Señor por treinta monedas de plata, ¿qué tiene de extraño que esos mercaderes vendan a los cristianos de la India por un puñado de rubíes o unos objetos de laca?...».

Pero no había dejado las cosas así, por supuesto. Ya sabía quiénes eran sus verdaderos enemigos. No los brahmanes, no aquellos pobres santones hindúes, no las aberrantes costumbres del pueblo, sino una banda de buitres que se llamaban cristianos, pero adoraban a Mammón. Sus dioses eran la pimienta, los rubíes, las sedas, las especias... y sobre todo el oro. Formaban una siniestra camarilla, se protegían mutuamente y usaban a los de Paiva como peones de su juego... Todos, todos se plegaban a sus designios, a sus planes...

Ah, pero había una institución inflexible que tenía armas que blandir contra aquellos que, llevados de su codicia, ponían en peligro la propagación de la Fe y la vida misma de los conversos.

En Cochin, Francisco había celebrado una entrevista con el Vicario General, Miguel Vaz. Le había hablado sin tapujos: era preciso elaborar un plan preciso y eficaz para afrontar el peligro y superarlo. Él —Francisco— no podía abandonar su puesto, pero Vaz sí podía, y debía hacerlo: Tenía que ir a Lisboa y hablar con el Rey. Él —Francisco— ya había escrito a Su Majestad, exhortándole a nombrar un Ministro de las Misiones y a otorgar ese cargo a Vaz...

Francisco le había mostrado a Vaz una copia de la carta y, aunque era un hombre valiente y animoso, se había alarmado al leerla: «Me parece oír voces que se alzan al cielo desde la India en contra de Vuestra Alteza, quejándose de vuestra mezquindad con esta tierra, mientras vuestro tesoro se enriquece con rentas abundantísimas, de las cuales tan poco dedicáis a las necesidades espirituales...».

En otra carta a Simón Rodríguez, le pedía que fuera a Palacio y preparase el terreno a Vaz. «Exponed claramente al Rey —le decía— que no gobierna por derecho propio, sino por voluntad de Dios. Que tendrá que responder ante Él por su administración. Que él es el responsable de lo que sucede aquí, en la India, y que, si no atiende nuestras demandas, solo queda una cosa que hacer: establecer el Santo Oficio en Goa».

—De acuerdo —había dicho Vaz muy serio—. Iré a Lisboa.

Francisco le había abrazado.

—Tened cuidado —le había advertido—. Han intentado matarme quemando mi lecho y a flechazos. También tratarán de mataros a vos...

Y ahora Vaz había partido ya, y él, Francisco, tenía que esperar a que regresara con unos poderes especiales que eran imprescindibles...

No, no podía hacer nada hasta entonces. Pero, cuando Vaz regresase, tendría que actuar deprisa... Así pues, había decidido prepararse para ese momento yendo a São Tomé, porque solo a los pies de la tumba del Apóstol podía paliar su soledad, su inquietud y su angustia.

Los vadagars... Había visto en ellos una calamidad, una plaga de criminales y saqueadores... Sin embargo, de no haber sido por ellos, no hubiese ido a ver al Príncipe de Travancore, y este no le habría autorizado a convertir a los macuas...

Tal pensamiento le asaltó durante la acción de gracias de la Misa. Dios se había valido de los vadagars. Esos eran sus caminos, el «hilo de oro» del que el Padre Ignacio hablaba a veces, el Hilo de la Divina Providencia, ajeno a las tramas y a los planes humanos.

¡Cuánto le hubiese gustado visitar al Padre Pedro y a sus fieles de Manar!... Pero no había podido, y ahora, en Manar, todo era desolación, y Ceilán estaba cerrado para él... ¿También sería cosa del «hilo de oro»? ¿No querría Dios que predicara allí?... Era Nuncio para todos los territorios portugueses en Oriente. Sin embargo, nunca había ido más allá de la India, y el Padre Ignacio le había dicho que prendiese fuego a todo... ¿Acaso no había nada más allá del Cabo Comorín?

Vaz tardaría bastante tiempo en regresar. Entonces, ¿por qué no...?

Ese día, al Padre Gaspar le pareció que Francisco era otro hombre. Estaba locuaz, sonreía, incluso reía a carcajadas a veces. Algo debía de haberle sucedido, aunque no podía imaginar qué era...

Aquella misma tarde, Francisco le preguntó, como de pasada, cuándo creía que zarparía algún barco en dirección a Malaca, las Islas de las Especias y el Extremo Oriente...

[1] Planta de la familia del estramonio, cuyas hojas y semillas tienen poder narcótico (Nota del traductor).

[2] Discípulo sin maestro (Nota del Traductor).

[3] Persas instalados en la India (Nota del Traductor).

[4] Libros sagrados hindúes, escritos en sánscrito (Nota del traductor).

[5] En inglés, «mortal y *venereal* (en vez de *venial*) sins», que explica mejor la confusión del simple Mansilla (Nota del T.).

[6] Salsa muy picante elaborada por los hindúes (Nota del T.)

LIBRO QUINTO

Con una campanilla en las manos, recorría las calles de Malaca; primero se acercaban los niños, luego sus padres y finalmente miles y miles de personas.

Acudían mucho más deprisa que en el país de los paravas, en la Costa de los Pescadores, y que en la tierra de los macuas, al oeste de Travancore. Ya habían oído hablar de él, aunque no sabían cómo. Los barcos, tal vez, habían corrido la voz y los viajeros contado historias sobre un santo varón al que obedecían los rajás y las serpientes, que no comía apenas y que siempre estaba alegre. En cuanto llegó, se había corrido la voz: «El santo está aquí».

Acudían los judíos, y los musulmanes, y muchos que no creían en nada, salvo, ocasionalmente, en un mal espíritu o en un demonio. A los que no creían en Cristo, les había traído a Cristo y a los que creían en Él, conciencia de sus muchos fallos.

Había hecho que las campanas de las iglesias tocasen tres veces al día para que las gentes, allí donde se encontrasen, elevasen sus plegarias al cielo pidiendo por las almas del purgatorio y por aquellos que estaban en pecado mortal... ¿Y quién no lo estaba?... Malaca era a Goa lo que Goa a Lisboa, y Lisboa no era precisamente una ciudad donde los cristianos se comportasen como tales.

Fue para los malaqueses como una descarga eléctrica. Se decía —y era cierto— que el capitán de la nao que le había traído era otro hombre desde que le había conocido. Se decía —y era verdad— que había dicho a un marinero que vivía como un animal —y aún peor— que se confesara y que el marinero le había respondido una sarta de blasfemias; el santo no le había reprendido ni le había dejado por imposible; había continuado paseando con él hasta llegar a un sitio donde nadie podía verlos, y entonces el santo, desabrochándose su tosco cinturón, había empezado a azotarse con él despiadadamente, mientras pedía a Dios que tuviese piedad del marinero. Cuando empezó a brotar la sangre, el marinero se rindió, suplicó al santo que cesase de azotarse y le pidió que lo oyese en confesión.

Se decía también —pero el santo lo había negado al enterarse— que había resucitado a un joven en la Costa de los Pescadores. Fuera o no cierto, no era menor milagro haber logrado la resurrección moral y espiritual de toda Malaca.

Las gentes temían que llegase el momento en que fuera imposible acercársele excepto en plena calle, pero se equivocaron. Siempre estaba disponible en la iglesia de Nuestra Señora del Monte.

Al día siguiente de su llegada, pudo verse a un hombre ya mayor, macizo y de negra

barba, subiendo hacia la iglesia. Se decía que Francisco, al verle, había salido a su encuentro y le había abrazado, mientras los dos lloraban de alegría. Era el doctor Cosme de Saraiva, ex-cirujano del *Santiago*, convertido en el mejor médico de Malaca. Ambos eran ahora huéspedes de otro caballero con el que habían viajado en el *Santiago*: el Señor Don Diego Pereira, uno de los hombres más ricos del Oriente. Los pobres de Malaca estaban de enhorabuena desde que los tres hombres se habían encontrado, y el Dr. Saraiva tomaría el pelo a su amigo Pereira durante años, llamándole Zaqueo, pues había demostrado ser tan generoso como aquel personaje del Evangelio.

Francisco había conocido también en Malaca a Cristóforo Carvalho, un joven apuesto que había triunfado muy pronto. Como tantos jóvenes que iban a la India o a Malaca en busca de fortuna, vivía con una amante. ¿La amaba, realmente? Bueno, no era amor exactamente... No era fácil amar a una mujer malaya, al menos en el sentido que sin duda daba el Padre Xavier a esa palabra... Además, no era ese un tema apropiado para hablarlo con un sacerdote...

—Todo lo contrario, señor Carvalho. Lo es. Porque la cuestión es muy simple: ¿Estáis dispuesto a casaros con ella o no?

—¡No, santo cielo!... Bueno... entendedme... Tengo amigos que piensan de otra manera y se han casado con jóvenes malayas, pero yo... Bueno, quiero tener hijos y no me gustaría tenerlos mestizos... Sí, ya sé que Nuestro Señor murió por los malayos lo mismo que por nosotros, pero esa mezcla... Vamos, que no me gusta.

—Entonces...

—Sé lo que queréis decir, Padre, pero ¿qué puedo hacer? Apenas hay jóvenes portuguesas en Malaca. He pensado a veces regresar a Lisboa para buscar una, pero...

—No tenéis que ir tan lejos. Id a Goa. Visitad a la Señora Ferreira en la Calle de los Armadores. Su hija Beatriz es encantadora, además de piadosa. Llevadle a la Señora Ferreira saludos de mi parte y procurad ver a Beatriz. Cuando la hayáis visto y os hayáis convencido de sus prendas, decidle a su madre que queréis casaros con ella y que yo estoy de acuerdo.

Carvalho se ruborizó.

—Es una buena idea —murmuró, riendo—. Sí, una buena idea, Padre...

—Si sois un hombre como yo pienso —repuso Francisco—, espero que embarquéis en la primera nave...

* * *

Había llegado correo de Roma. Besó la carta y la leyó de rodillas. Buenas noticias. Pierre Favre estaba enseñando teología en Lovaina y en Colonia y todo el mundo decía que era un santo... ¡Claro que lo era! Y qué oportuno que estuviera haciendo lo que hacía... Hasta los más inteligentes y eruditos, si estaban equivocados, se rendirían ante

su sabiduría. Si pudiese estar con él aunque solo fuese un día, una hora...

Correo de Lisboa: El Colegio de Coimbra seguía expansionándose. Pronto saldrían de él más sacerdotes para la India.

Carta de Goa: El mandato de Don Martín de Sousa había llegado a su fin. Iba a ser sustituido por de Castro, que era, sobre todo, un militar. Así escribía el Padre de Borba, que decía que era, a su juicio, «un hombre bueno y honesto, pero poco conocedor de nuestra labor». Y lo mejor de todo: tres padres jesuitas acababan de llegar a Goa: Nicolás Lancilotti, João Beira y Antonio Criminali.

* * *

Otra vez en el mar, navegando hacia el Este. Era como si alguien, quedamente, le estuviese susurrando al oído: Ve más lejos, más lejos... y enseña a todas las naciones.

Nunca había hecho un viaje semejante, entre el cielo y el infierno. Nunca había visto tan espléndidos amaneceres y ocasos, mares tan radiantes, islas tan hermosas, tierras tan lujuriosas y fértiles, con un olor tan embriagador a cinamomo, canela, sándalo y otras especias... Pero tampoco había contemplado nunca nieblas tan espesas descolgándose de las altas cumbres, ni las montañas incendiadas de noche por la lava incandescente, exhalando un espantoso olor a azufre... ¡qué cerca, qué peligrosamente cerca, estaban el cielo y el infierno en estas tierras!...

En Amboina^[1], supo que los musulmanes habían obligado a los nativos a aceptar la fe del Islam por la fuerza de las armas, como quería el Profeta. Los moros, otra vez... Y habían llegado más lejos, hasta un archipiélago al que los nativos de Kerama y Ternate llamaban *Morotai*, tierra de moros...

Le dijeron que no se le ocurriera ir allí. «Nunca regresaríais. Son cazadores de cabezas... y caníbales».

Erigió una iglesia en Amboina, instruyó a muchos y bautizó algunos. Luego partió hacia Morotai.

* * *

En efecto: eran caníbales. Tenían la encantadora costumbre de poner a sus propios padres a disposición de sus amigos,

para que se los comieran, tan pronto como dejaban de ser útiles. Disparaban dardos envenenados con cerbatanas larguísimas. La muerte era segura, si daban en el blanco...

Para llegar hasta ellos, tuvo que atravesar la jungla más espesa y peligrosa que jamás había visto, llena de enjambres de mosquitos, de cocodrilos y de serpientes venenosas — pitones, las más peligrosas de todas— y de panteras. Pero lo peor de todo eran las hormigas, enormes hormigas rojas, marrones, blancas y negras... Se introducían por todas partes, y estaban en todos los sitios.

Mucho antes de descubrir un rostro humano, los tambores ya habían anunciado su presencia. Estaba rodeando un pequeño promontorio rocoso, cuando topó de pronto con unos trescientos nativos, hombres y mujeres, de frentes buidas y hundidos y recelosos ojos. Todos empuñaban cerbatanas.

Llevaba consigo un intérprete, mestizo. Le dijo lo que quería que les dijera, pero fue incapaz de abrir la boca. Francisco, entonces, se puso a cantar. Entonó el Credo, en malayo, como lo había aprendido en Malaca, y aquellos salvajes enseguida se pusieron a bailar, balanceando sus desnudos cuerpos al son de la melodía...

* * *

—Año y medio —dijo el Doctor Saraiva—. Año y medio con salvajes, caníbales y cazadores de cabezas... Y en el mar. No sé lo que es peor... Y ahora aquí está, de vuelta, tan campante...

—Tan campante no —replicó Pereira, sonriente—. Me han dicho que no le dejan vivir, sobre todo en la iglesia. Los penitentes hacen cola día y noche ante su confesonario. Todos aseguran que es un santo.

Saraiva miró a su interlocutor, gruñó y no hizo ningún comentario.

—Pensar que hemos viajado con un santo —prosiguió diciendo Pereira—. Cuando le vi por primera vez, pensé que no era digno de sentarse a la misma mesa que el Virrey... y se lo dije.

De Saraiva apuró un vaso de excelente vino de Oporto y continuó callado.

—¡Por todos los demás santos! —estalló Pereira—. ¿Es que no vais a decir nada?... ¿Pensáis que vuestra opinión no me interesa?

De Saraiva miró a su amigo por encima de sus anteojos.

—Yo soy un simple médico —dijo por fin, desdeñoso—. Eso hace las cosas más difíciles... Pero os daré mi opinión, a pesar de todo. Dicen que nadie debe ser llamado santo antes de su muerte, pero eso es una opinión de los teólogos y yo no lo soy. Yo solo puedo hablar de lo que he visto...

—¿Y qué es lo que habéis visto?

—Me gustaría saberlo —repuso enigmáticamente—. ¡Excelente vino!

—¿Pero vais a hablar o no?

De Saraiva se arrellanó en su asiento y miró al techo.

—Bueno, veréis... Yo ejerzo como médico en el hospital donde está viviendo... Siempre hace lo mismo para estar más cerca de los enfermos... Como sabéis, yo no rezo mucho, pero un día, en Misa... No sé cómo decíroslo... Bien, el caso es que asisto a la Misa que celebra todos los días... Y un día, después de la consagración... vi... me pareció ver que se elevaba en el aire, que sus pies no tocaban el suelo...

—¿No habríais bebido... demasiado?

De Saraiva no lo tomó a mal.

—¿A las cinco de la madrugada? —dijo, sonriendo—. Os aseguro que tal vez sea la única hora en que estoy sobrio. Sí pude tener una alucinación o algo parecido... Tal vez, llevado por el cariño que le tengo... ¿Qué opináis, amigo?

Pereira apuró también su vaso de vino, carraspeó nervioso y guardó silencio.

—Hablad, os lo ruego —dijo Saraiva, irónico—. ¿Acaso pensáis que vuestra opinión no me interesa?...

* * *

Cuando las campanas de la iglesia empezaron a repicar incansablemente antes del alba en una mañana de finales de agosto, todos los habitantes de Malaca comprendieron que no se trataba de la habitual llamada a la oración por las almas del purgatorio y por los que estaban en pecado mortal, sino que algo malo ocurría.

Estaban en lo cierto, porque enseguida empezaron a recorrer las calles voceros que llamaban a las armas a todos los hombres disponibles.

—¡Vienen los *achineses*!

Era un grito de pavor. Todo el mundo conocía, al menos de oídas, a esos piratas del Estrecho y de las Islas, pesadilla de todos los barcos portugueses, incluso de las flotas de galeones o de carracas. Los *achineses* eran musulmanes y siempre estaban dispuestos a enfrentarse con los cristianos y a morir en la batalla, pues sus *mulahs* les habían dicho que, si morían en lucha con el infiel, irían directamente al paraíso.

Esta vez se introdujeron subrepticamente en la bahía con sus ligeras *fustas*, abordaron los navíos allí fondeados, desembarcaron en tierra firme y atacaron «La Famosa», la inexpugnable ciudadela de la colonia. La matanza fue espantosa en las calles próximas al puerto. Los cañones de «La Famosa» abrieron fuego, pero casi a ciegas, porque era noche cerrada todavía. Por fin, tras una breve e intensa lucha, las tropas del Gobernador, Don Simón de Melo, repelieron el ataque, y los piratas desaparecieron tan deprisa como habían llegado.

Iba a empezar a desayunar cuando al Gobernador le anunciaron que el Padre Francisco Xavier quería verle.

* * *

Todos los oficiales de mayor graduación asistieron a la reunión de la Junta militar que tuvo lugar aquella misma tarde.

—Pienso que podemos estar satisfechos —empezó diciendo el Gobernador—. El daño causado a nuestros barcos mercantes es muy de lamentar, y más aún la pérdida de vidas humanas en las calles del puerto, pero lo importante es que hemos repelido el ataque. Espero que a Su Majestad el Rey le agrade el informe que acabo de leeros,

caballeros. La única persona que no parece satisfecha —siento decirlo— es nuestro estimado Padre Francisco Xavier... Vino a verme esta mañana y casi me conminó a perseguir a los piratas —añadió sonriendo—. Le dije que por qué y cómo íbamos a hacerlo...

—¿Y qué contestó, Excelencia? —preguntó un delgado y adusto coronel con bigotes grises llamado Pinto.

El Gobernador se encogió de hombros.

—No creo, Coronel, que la opinión de un sacerdote nos interese mucho.

—No es la opinión de un simple sacerdote, Excelencia. Es la opinión de un santo.

El Gobernador tamborileó nerviosamente con los dedos sobre la larga mesa.

—Los santos, Coronel, no son infalibles. Pero, como veo que os interesa, os diré lo que piensa: cree que el Sultán de Johore estará pendiente de lo que hacemos y que nos atacará si comprueba que hemos dejado que los achineses se vayan sin perseguirlos.

—No es ninguna insensatez —dijo Pinto, cortante.

Ante su sorpresa, Don Simón de Melo se encontró con que los demás oficiales opinaban lo mismo.

—Caballeros, caballeros —intervino—. ¿Cómo podríamos perseguir a esos perros sin buques de guerra?... Pedírselos al Virrey de Goa sería inútil.

—Desde luego. Además, tardarían ocho o nueve meses en llegar, si los enviara —comentó el Coronel Pinto.

—No podemos obtener una flota de la nada —se lamentó de Melo.

—Nosotros no, Excelencia —dijo Pinto—, pero sí el Padre Francisco...

—¿Cómo? ¿Qué queréis decir?

—He estado en casa del señor Pereira hace menos de dos horas —explicó el Coronel—. El Padre Francisco ha conseguido que ponga sus dos carabelas a nuestra disposición, incluidos capitanes y tripulaciones. Lo único que tendríamos que poner nosotros sería unos cuantos cañones.

—¡Pero eso es increíble! —comentó el Gobernador.

—El Padre Francisco no estaba presente —prosiguió el Coronel Pinto—. Había ido a reclutar voluntarios. Le vi un momento en la Calle de los Joyeros, marchando al frente de varios cientos de hombres.

—¡Virgen Santa!... ¿Marchando hacia dónde?

—Hacia el puerto. Tratan de conseguir cincuenta embarcaciones pequeñas... Y creo que las obtendrán.

—Creía —comentó irónicamente de Meló— que el Gobernador de Malaca era yo... Se hizo un ominoso silencio.

* * *

—Y ni una palabra de la flota —dijo Pereira, cansino. El Doctor Saraiva asintió.

—Hace semanas que debería haber vuelto... meses, tal vez... —apuró su vaso de vino—. Pero no importa. Volverá.

—¿Creéis vos?... No estaríais tan seguro si hubieseis oído lo que yo. Corren rumores... Algunos muy desagradables... incluso del Padre Francisco.

—Claro —Saraiva sonrió amargamente—. Siempre lo mismo: primero los «Hosanna» y después la Cruz.

—El Gobernador dijo ayer que él siempre se opuso a esta... aventura —así la llamó—, pero que le forzaron...

Saraiva rió abiertamente.

—Espero que haya dicho eso en presencia de testigos. Así no podrá decir que fue idea suya, cuando la «aventura» termine.

Se puso en pie.

—¿Adónde vais, doctor?

—A ver al Padre Francisco.

—¿Vais a preguntarle si sigue estando convencido de que la Flota volverá?

—No, sé que lo está. Solo quiero verlo. Me sosiega.

—Sí, tenéis razón —dijo Pereira—. Os acompañaré.

Lo encontraron en la iglesia, predicando. Rebosaba de fieles que le escuchaban con lágrimas en los ojos y la cabeza baja.

De pronto, Francisco se detuvo, en medio de una frase.

—Miradle —susurró Saraiva—. Miradle.

Pereira clavó sus ojos en él y, poco a poco, todos hicieron lo mismo. Una especie de hondo y largo suspiro inundó la nave. El rostro de Francisco estaba tan blanco como la cera y sus ojos, brillantes, miraban al vacío... o a algo invisible en el vacío.

De pronto, siguió hablando.

—Hay aquí hombres y mujeres que acuden a echadoras de cartas y adivinos que les dicen que la flota ha sido aniquilada y que sus esposos y sus hijos han muerto... ¡qué mal hacen!... Deberían elevar sus corazones a Dios y darle gracias, porque hoy, hoy mismo, la flota ha obtenido una gran victoria y ha dispersado al enemigo...

Calló y, sin más, descendió del púlpito.

Al oír los comentarios de los que, como sonámbulos, abandonaban la iglesia, Pereira comprendió que la mayoría de ellos no daban crédito a lo que habían oído.

—¿Creéis que lo ha dicho para tranquilizarlos o porque el Gobernador le ha informado? —susurró Pereira al oído de Saraiva.

—Sin duda, alguien le ha informado, pero no el Gobernador —respondió Saraiva.

—¿Qué... queréis decir?

—Nada. Solo que, cuando ocurrió aquello que os he dicho, su expresión era

exactamente la misma.

Pereira resopló.

—¡Mis dos hermosos barcos! —exclamó—. Quiera Dios que esté en lo cierto...

—¿Acaso dudáis?...

—No, no; en absoluto. Pero hoy es cuatro de diciembre. Veremos...

* * *

Una semana más tarde, las campanas de la iglesia volteaban celebrando el triunfo. La ciudad entera era una algarabía. Todos los barcos estaban engalanados y los balcones y ventanas estaban adornados con tapices y colgaduras.

La flota acababa de regresar, sana y salva. El Almirante Ega había tenido que perseguir a los piratas de ensenada en ensenada y de isla en isla hasta encontrar el escondite del enemigo. Arrinconada allí, la flota achinesa había sido destruida. Una docena de barcos habían sido capturados y el resto desarbolados a cañonazos o hundidos. Las bajas portuguesas se reducían a tres muertos y veinticuatro heridos.

La batalla había tenido lugar el cuatro de diciembre.

En medio del desbordante entusiasmo, de la loca algarabía, la llegada de la nao-correo pasó casi inadvertida. Una inmensa multitud se había concentrado ante el hospital y ante la iglesia de Nuestra Señora del Monte para aclamar al santo...

En su cuartucho del hospital, Francisco estaba de rodillas, sollozando, con el corazón afligido. Una larga carta, procedente de Lisboa, yacía sobre su escritorio. Solo había podido leer las primeras líneas...

Pierre Favre había muerto. Pierre Favre había muerto... El alma más pura, más amable, más limpia que había conocido, su mejor amigo...

Desde que partió hacia la India, sabía que no le volvería a ver... Ni a él, ni al Padre Ignacio, ni a Salmerón, ni a Laynez, ni a Bobadilla... Había recortado las firmas de las cartas que le habían escrito y las guardaba, con sus votos, en una bolsita de cuero que llevaba colgada del cuello, junto a su corazón... ¡Sus amigos de la Compañía! Los únicos lazos que le ataban a la tierra...

Y ahora Pierre se había ido... Madre, Madre Santísima... Pierre se había ido.

* * *

¿Se había ido realmente? Lovaina estaba a miles de leguas de distancia, pero ¿estaba ahora tan lejos? El infinito no se mide en leguas, ya no cuenta el espacio ni el tiempo.

Y Pierre era un santo. Lo había sido incluso antes de que el Padre Ignacio le llevase hacia las cumbres de la santidad.

Todavía arrodillado, Francisco se santiguó sosegadamente y rezó: «Pedro, amigo mío, ruega por mí...».

Al punto se sintió fortalecido. Se incorporó y fue hacia el escritorio para recoger la carta y terminar de leerla.

El Padre Laynez y el Padre Salmerón estaban teniendo brillantes intervenciones en el Concilio de Trento. Francisco de Borja, Duque de Gandía, sobrino nieto del Papa Alejandro VI, había solicitado entrar en la Compañía...

¡Qué buenas noticias!

En ese momento, alguien llamó a la puerta y le dijo que el Padre João Beira acababa de llegar, y Francisco corrió a su encuentro. Y es que, desde Amboina, había escrito a Goa y a la Costa de los Pescadores, ordenando al Padre Beira y al Padre Mansilla que se reunieran con él en Malaca.

Francisco abrazó al Padre Beira —delgado, moreno, con un rostro sensitivo— e inmediatamente hizo una pregunta:

—¿Y Mansilla?...

El Padre Beira bajó la mirada y no contestó.

—¿Ha... ha muerto?

No. No era eso. Mansilla se había negado... no había querido...

Había desobedecido. Había roto su voto de obediencia.

Los dos guardaron silencio. Luego Francisco empezó a hablar de la gran cosecha que se vislumbraba en el vasto Oriente, en todo el Archipiélago. Habló de Amboina y de Ternate, con su sinuoso y sensual Sultán, que no había querido renegar del Islam por no prescindir de su harén...

—Pero el pueblo, Padre... El pueblo está dispuesto. Incluso en Morotai...

Le enseñó un breve catecismo en malayo, que —le dijo— había redactado con ayuda de su «topacio».

—¿Vuestro topacio, Padre? —preguntó Beira, extrañado.

—¡Ah, sí! No os sorprendáis... Aquí llaman topacios a los intérpretes, porque casi todos son mestizos y tienen ese color: amarillo mate, casi dorado... Y, si no son tan valiosos como esas piedras preciosas, tienen más utilidad.

El Padre Beira sonrió, aliviado. Gracias a Dios, estaba bromeando, repuesto ya de la penosa impresión que le había causado la actitud de Mansilla. Lo que no sabía era que Francisco había adoptado ese tono, para no disgustarle a él...

* * *

Tenía que volver a Goa, porque el Vicario General, Miguel Vaz, estaría a punto de regresar —si no había vuelto ya—, provisto de poderes especiales. Además, según le había dicho el Padre Beira, otros ocho jesuitas estaban ya en camino. Tenía deseos también de volver a ver a sus hijos de la Costa de los Pescadores y de la región de Macua, y de saber si el cruel Rajá de Jaffna había sido castigado, y de celebrar la Santa

Misa para sus leprosos, y de enterarse de si Cristóforo Carvallo se había casado con Beatriz...

Todavía tuvo tiempo de bendecir otro matrimonio, el de un joven oficial de la triunfante flota con una bella mestiza. ¡Qué cantidad de parientes, qué abundancia de flores, qué ambiente de alegría!... Sonriente, el Padre Francisco acompañó a los contrayentes hasta la puerta de la iglesia de Nuestra Señora del Monte y les dio su bendición.

Un minuto más tarde, el Destino se cruzaba en su camino.

* * *

El Destino, en este caso, tenía el rostro amarillento, y unos ojos rasgados y pequeños y unos pómulos prominentísimos; el pelo, negro como ala de cuervo; las piernas cortas; la talla reducida; el cuerpo musculoso y ligero...

El Destino sonreía y emitía por su boca sonidos agudos, incomprensibles, mientras inclinaba su cabeza y su torso repetidas veces. El Destino era, en suma, un hombre todavía joven, de unos treinta y cinco años, que sin duda pertenecía a una raza desconocida.

Junto a él se encontraba el Capitán Jorge Álvarez, sonriendo. Francisco le conocía bien; le había visto en Goa y en casa del Señor Pereira.

—¡Qué alegría volver a veros, Padre!... Permitidme que os presente a un amigo mío: el Señor Yajiro, japonés...

* * *

Marco Polo ya había hablado de aquellas tierras, aunque nunca las había visitado. «Cipango es una isla que está al Oriente, a unas quince leguas de las costas de China. Dicen que es una gran isla. Sus habitantes son blancos, civilizados y bien parecidos. Son idólatras y no dependen de nadie...».

Habían transcurrido seis años desde que Francisco abandonara Lisboa y, en todo este tiempo, jamás había encontrado un hombre con tal sed de conocimientos. Ramigal, el brahmán, le había comprendido desde el principio, sin demasiadas explicaciones, pues lo sobrenatural era algo familiar para él. Yajiro, sin embargo, nunca se cansaba de hacer preguntas y, tras él, cientos de miles de rostros parecían asomarse ansiosos de recibir el gran mensaje desconocido para ellos.

Pero llegó el momento de que Francisco también preguntase...

—¿Que te hizo emprender tan largo viaje para conocerme, Yajiro?

La sonrisa invariable en el rostro del japonés se distendió un poco.

—Maté a un hombre, Padre...

—¿Y por qué lo mataste, Yajiro?

—Era un samurai... un noble. Y mi mujer era hermosa... Por eso lo maté.

—¿Y a vuestra esposa?

—También. Luego lo sentí, porque era inocente, aunque solo era una mujer... La sangre del samurai empezó a pesarme... Su familia me perseguía. Quería vengar su muerte, así que me escondí. En un monasterio budista... Pero los monjes no pudieron ayudarme... La sangre de aquel hombre era cada vez más pesada para mí... Mucho tiempo después conocí al Capitán Álvarez, que me habló de un Dios que podía perdonarme porque Él mismo había derramado su sangre para rescatarnos... Me dijo también que ese Dios tenía un gran servidor en Oriente, así que vine a veros para que me hablaseis de Él... Un viaje muy largo, muy largo... Y, cuando llegué a Malaca, vos habíais partido en dirección a islas lejanas y nadie sabía cuándo volveríais... Tal vez nunca... Me encaminé a mi patria, triste, pero el barco nunca llegó: Un tifón, una tremenda tempestad... El barco perdió el rumbo, dio vueltas y vueltas y, por fin, regresó a Malaca. Vos estabais ya aquí, de regreso... Entonces me acordé de una canción japonesa, que dice así: *Tomo ni narite / Onaji minato wo / Izuru fune no / Yuku-ye mo shirazu / Kogi-wakari-nu-ru!*... «Esos navíos que parten del mismo puerto, juntos, hacia un destino ignoto, se han ido separando poco a poco...». No ha ocurrido así con nosotros, Padre. Nuestros barcos procedían de puertos muy lejanos y navegaban en distintas direcciones, pero el destino los ha unido en lugar de separarlos...

Durante una larga sobremesa, una noche, el Capitán Álvarez le había contado a Francisco todo lo que sabía sobre el Japón, donde había estado dos veces. Sin embargo, Yajiro, ahora, le había dado a conocer, con sus palabras, muchas cosas más...

«Solo era una mujer»... Eso era lo que pensaban todos estos orientales, que desconocían la existencia de María Santísima, la Madre de Dios. A Yajiro le pesaba tanto en su conciencia la muerte de un hombre que había recorrido miles y miles de leguas en busca de un Dios que pudiera librarle de esa culpa, no de haber matado a su mujer.

—El cristianismo, Yajiro, no es algo que basta con aprender. Hay que vivirlo...

Yajiro asintió.

—Lo comprendo. Es lógico... ¿querréis enseñarme vos?

—Sí, te enseñaré. Y en su debido momento te bautizaré y tu culpa quedará borrada, lo mismo que los demás pecados de tu vida. Pero tendrás que hacer penitencia... ¿Sigues siendo peligroso para ti regresar a tu patria? ¿Te seguirán buscando los parientes del samurai?

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Yajiro—, pero los nobles de mi tierra tienen larga memoria...

—¿Estarías dispuesto a venir conmigo a tu país?... No te pediré que te entregues, pues volverás a tu tierra como un hombre nuevo... Pero, si te reconocen, no podré

ayudarte... ¿Vendrías a pesar de todo...?

Los ojos de Yajiro se iluminaron.

—Sí, iré —afirmó—. Vos seréis el *taishi*, el Mensajero de Dios, y yo vuestro servidor.

—Tendrás que esperar un poco, Yajiro. Antes he de ir a la India, a Goa. ¿Quieres acompañarme?

—Sí, Padre. Sí.

* * *

Un golpe terrible le esperaba en la India. No en Goa, sino en Cochin. Nada más llegar le dijeron que el Obispo Alburquerque estaba allí y que quería verle enseguida.

Había dejado al anciano prelado enfermo y débil cuando había partido de Goa, pero ahora era una sombra de sí mismo.

—¿Os lo han contado ya? —preguntó con voz quebrada.

—Acabo de llegar, Eminencia... ¿Qué ha sucedido?

—Han matado al Padre Vaz...

No le podían haber dado una noticia peor. La siguiente era grotesca.

—Dicen que lo he asesinado yo...

Y el anciano Obispo rompió a llorar.

* * *

Al principio pensó que había perdido el juicio. Francisco trató de reconfortarle, hablándole con la ternura que se emplea con un niño enfermo y dolorido, pero el anciano Obispo empezó a contarle lo que había sucedido —al menos, lo que él conocía— y Francisco comprendió enseguida que todo tenía sentido... Más aún cuando completó su narración con otros detalles que le suministraron el Obispo de Cochin y algunos funcionarios civiles...

Miguel Vaz, el Vicario General, había regresado hacía ya algún tiempo y se rumoreaba que traía poderes prácticamente ilimitados tanto del Rey como de Don Enrique, su hermano, cabeza de la Inquisición portuguesa. Se decía también que ciertos altos funcionarios iban a ser juzgados por él —Vaz— acusados de abuso de autoridad, cohecho, malversación de fondos, asesinato de nativos y seducción y rapto de mujeres nativas. Incluso se susurraban nombres al oído, aunque nadie parecía estar seguro de nada y todos tenían miedo... miedo de lo que podía sucederle al Vicario General, y, de rechazo, a ellos.

Pocas semanas después de su regreso, Vaz cayó gravemente enfermo, con síntomas de envenenamiento: vómitos, convulsiones, miembros rígidos, rostro violáceo... Al cabo de media hora había muerto. La investigación que se abrió chocó con dificultades

insuperables. Por lo menos veinte personas, incluidos algunos altos dignatarios, habían visitado a Vaz aquel día. ¿Cómo acusarlos a todos? Algunos eran magistrados y alguaciles, otros, representantes de distintas ramas de la administración... Así pues, se abandonaron las pesquisas y pronto empezó a correr el rumor (repetido con muchos aspavientos) de que al anciano Obispo Albuquerque le había sentado muy mal el regreso de Vaz, provisto de tales poderes, y que se lo había quitado de encima subrepticamente...

Francisco escuchó el relato sin mover un solo músculo de la cara. Luego se retiró y entró en una iglesia. Necesitaba estar a solas con Dios. No podía soportar ya más tanto cuchicheo, tanta murmuración, tantos aspavientos fingidos o sinceros. No podía soportar tanta maldad, tanta cobardía, tanta alma envenenada con un veneno tan mortal, aunque no tan rápido, como el que había matado a su buen amigo, Miguel Vaz.

Mientras rezaba, una sombra se proyectó en el suelo delante de él y escuchó una voz suave que cortésmente le decía: «Siento molestarle, Padre, pero ¿podría confesarme?».

Francisco se levantó, inmediatamente, hizo una genuflexión ante el altar y se dirigió al confesonario más próximo. Segundos más tarde oía otra vez la voz del penitente al otro lado de la rejilla.

—Benedicidme, Padre, porque he pecado. Fui yo el que mató al Padre Vaz. Es decir, yo fui quién ordenó asesinarle. No me mirasteis, Padre, cuando me acerqué a vos antes... Sin duda no queríais ver el rostro de quien iba a confesar sus pecados... Pero eso es lo de menos. No importa quién sea o deje de ser. Estáis en el confesonario y, si deslizáis una sola palabra, si hacéis la menor insinuación a alguien, seréis excomulgado... Como veis, un santo puede estar en peligro y un pecador, a salvo... Pero no os he dicho esto para satisfacer la comezón de vanagloriarme, como harían otros hombres más débiles, ni tampoco para libraros de dudas respecto a la posible culpabilidad del anciano obispo. El motivo es más grave y os concierne directamente. Lo que le ha sucedido a Vaz puede pasarle a cualquiera que trate de obstaculizar la acción de los que realmente tienen poder en la India. Me habéis oído en confesión, pero no os pido que me absolváis, porque sé que me pondríais condiciones que no cumpliría... Tenedlo presente: Absteneos de dar un solo paso para establecer la Inquisición en la India. Guardad vuestro Santo Oficio para los infieles y herejes... Buenas noches, Padre.

Francisco permaneció inmóvil, sentado en el confesonario, hasta que los pasos del falso penitente dejaron de oírse, pero, cuando abandonó el silencioso y vacío templo, ya sabía exactamente lo que tenía que hacer.

* * *

El Rey Juan de Portugal había recibido ya varias cartas del Padre Francisco en las que le decía las cosas muy claras. Sin embargo, en ninguna de ellas le había hablado con

tanta crudeza, llegando incluso a amenazarle con las penas del infierno si las cosas no cambiaban radicalmente en su Imperio en Oriente. Incluso le conminaba a hacer ciertas cosas...

«Ordenad al Gobernador que os dé cuenta exacta de los convertidos a la Fe de Cristo, y de las perspectivas de conversión que se ofrecen, y decidle que daréis crédito a sus informes con exclusión de cualesquiera otros. Aseguradle que, si descuida el poner por obra los deseos de Vuestra Alteza y no procura promover la extensión de nuestra Santa Fe, estáis resuelto a castigarle. Prometedle con juramento solemne que, si no obra como debe, cuando regrese a Portugal, confiscaréis todas sus propiedades y las donaréis a la casa de la Santa Misericordia y que a él le mandaréis encarcelar. Convencedle de que no aceptaréis excusa ni pretexto alguno...».

Fue la primera de una serie de doce largas cartas que envió en pocos días. En una enviaba un informe sobre su viaje a las Islas de las Especias y de sus resultados, pero, en general, el principal objetivo de todas ellas era provocar cambios drásticos en el gobierno de las Indias Orientales portuguesas.

Era preciso limpiar los establos de Augías. Así pues, se trasladó a Goa, donde se entrevistó con el nuevo Virrey, un hombre inteligente y bien intencionado, pero avejentado para su edad y cansado de intentar sacar partido de unos funcionarios corrompidos por el lujo, la sensualidad y el dinero. De Castro, además, era fundamentalmente un militar que detestaba la sofocante atmósfera que reinaba en Goa, las intrigas, los celos, las rivalidades, las mentiras... Cosas todas que, para él, eran señal de que el Imperio por el que había luchado y al que tanto amaba estaba a punto de desintegrarse.

—No quiero vivir para ver su caída —dijo sonriendo tristemente—. Ojalá Dios me lleve antes.

Estaba de acuerdo en llevar adelante los propósitos de Francisco, pero con una condición:

—Prometedme que permaneceréis aquí por lo menos un año. Los físicos no me dan muchas esperanzas... Probablemente no tardaré mucho en morir y quiero que estéis a mi lado cuando eso ocurra.

Francisco, conmovido, se lo prometió.

No tardaron en ponerse manos a la obra, «para separar el trigo de la cizaña», como decía Francisco. En una carta al Rey, le pedían que promocionase treinta y cuatro funcionarios que se habían mantenido al margen de la corrupción y de las intrigas y, por eso, eran discriminados por la camarilla.

En el Colegio, encontró al Padre de Borba. Estaba tan afectado por la muerte de Miguel Vaz, que él mismo parecía un moribundo. Pero el Colegio seguía floreciendo y, aunque el Padre Pablo de Camerino hacía esfuerzos sobrehumanos para atender a todos

los alumnos, era indispensable contar con mayor número de profesores.

También se encontró allí con Mansilla, que empezó a balbucear en cuanto lo vio.

—Lo... lo siento mucho, Padre, pero... no... no me sentía capaz de ir a esos lugares que vos queríais... no, no podía... Aprisa, siempre aprisa... Sin pausa... sin sosiego... Si ni siquiera era capaz de aprenderme en tamil el *Credo*, el *Pater* y el *Confiteor*... Y, encima, allí no hablaban tamil, sino malayo... No, Padre... No me sentía con fuerzas...

—Yo no dije que quería que vinieses a Malaca —respondió Francisco, severo—. Te *ordené* que vinieras. Has quebrantado tu voto de obediencia...

Mansilla quedó demudado cuando Francisco le dijo que no podía seguir perteneciendo a la Compañía.

—Un ejército sin disciplina no es un ejército... Pero no te inquietes: seguirás siendo sacerdote hasta el fin de tu vida.

—Y yo os amaré y reverenciaré mientras viva —susurró Mansilla—. Rogad por mí...

Francisco le abrazó, conmovido, pero no revocó su decisión.

* * *

Nada menos que nueve jesuitas llegaron con la Real Flota de Indias, entre ellos el Padre Antonio Gómez, escogido por Simón Rodríguez, en Coimbra, para hacerse cargo, como Rector, del Colegio de Goa.

Francisco se alegró mucho con la llegada de estos refuerzos, pero lamentó profundamente que Rodríguez hubiese hecho ese nombramiento sin contar con él. Prefería que hubiese recaído en Pablo de Camerino, que conocía el Colegio, los alumnos y el ambiente de Goa, mucho mejor que nadie. Para colmo, enseguida descubrió que el Padre Gómez tenía una excelente opinión de sí mismo e ideas muy personales sobre la manera de dirigir el Colegio.

—Ya veréis, Padre Francisco... Convertiré este Colegio en la Sorbona del Oriente... Todos sus alumnos terminarán siendo jesuitas.

—Me conformaría —repuso Francisco— con que terminaran siendo cristianos auténticos.

* * *

Cristóforo Carvallo se había casado con Beatriz Ferreira, que ya esperaba un hijo.

—Va a llamarse Francisco —comentó la joven cuando fue a visitarlos.

—O Francisca —matizó su madre.

—Madre, sabéis de sobra que va a ser niño...

—Siempre están discutiendo por lo mismo —observó Cristóforo, satisfecho.

Francisco sonrió.

—Se sabrá a su debido tiempo... Solo quiero que recordéis una cosa: solo los paganos desprecian a las niñas. No olvidéis nunca que Nuestra Señora lo fue.

* * *

De Castro falleció, como él mismo suponía, pero incluso antes de lo previsto. Murió como había vivido: valerosamente; uno de los pocos Virreyes que no había tratado de enriquecerse haciendo uso de sus poderes.

El día de Pentecostés, el anciano Obispo Alburquerque bautizó a Yajiro. Gracias a su actitud y a su influencia, Francisco había logrado que el prelado quedara libre de las absurdas sospechas que le relacionaban con la muerte de su Vicario.

Pero la camarilla seguía actuando bajo cuerda...

Francisco hizo un rápido viaje a Travancore (donde, por culpa de la camarilla, el Rajá había adoptado una actitud mucho menos amistosa) y a la Costa de los Pescadores, para visitar a sus queridos paravas...

Casi lo matan a fuerza de cariño. Allí donde aparecía, miles y miles de nativos se apretujaban a su alrededor, pugnando por tocar su vieja sotana o escuchar unas palabras suyas. «¡Sois nuestro padre y nuestra madre!», gritaban. Tuvo que permanecer más tiempo de lo previsto; no podía defraudarlos...

En Puaikâyal, le llevaron a hombros hasta la nueva iglesia que habían construido.

* * *

A través de un grupo de mercaderes recién llegados de Cochin, por Goa se extendió el rumor de que el Padre Francisco Xavier había muerto. Una tribu de hindúes hostiles le había asesinado a flechazos...

Una invisible nube de tristeza se abatió sobre la ciudad. La gente hablaba en voz baja y muchos lloraban sin recato, en plena calle. Una multitud inmensa se fue congregando poco a poco ante el Palacio Episcopal para pedir que se le declarase santo y se le nombrase patrono de Goa. Todos los lugares de diversión quedaron vacíos y se llenaron las iglesias. Una delegación de ricos mercaderes subió a ver al Obispo.

—Eminencia, todo el mundo está de acuerdo en que Francisco Xavier era un santo, queremos recuperar su cadáver, cueste lo que cueste... Estamos dispuestos a recaudar treinta mil ducados para traerlo...

Fuera, en la calle, la multitud seguía gritando cada vez más fuerte.

El anciano Obispo se asomó a la ventana. Sus arrugados ojos, perdidos en el vacío, se llenaron de vida repentinamente. Sonrió y musitó una oración. Luego, se volvió hacia los delegados...

—Vuestro donativo —dijo serenamente— será bien recibido. Estoy seguro de que, si estabais dispuestos a hacer eso por el cadáver del Padre Francisco, no se lo negaréis si

está vivo...

—Eminencia, ¿qué queréis decir? —preguntó asombrado el jefe de la delegación.

—Quiero decir que el Padre Francisco no ha muerto. Acabo de verle abriéndose paso entre la multitud; viene hacia aquí...

* * *

—Me parece muy bien que les hayáis hecho mantener su promesa —dijo Francisco con una sonrisa ambigua—. Sin embargo, me gustaría saber de dónde partió el rumor...

—No lo sé... Pero en cuanto al dinero —dijo el anciano Obispo— había pensado en dárselo al Colegio...

—No, a la Compañía, no —replicó Francisco abruptamente, moviendo la cabeza.

Y, sin esperar respuesta, preguntó al prelado si había noticias del Rey... / No las había.

* * *

Varias semanas transcurrieron, en medio de una actividad frenética...

Por fin podía enviar sacerdotes a la isla de Socotora. Los que partieron, llevaban con ellos instrucciones concretas:

«... y procurad no criticar nunca a los cristianos nativos delante de los portugueses. Debéis, más bien, poneros de su parte y defenderlos, pues hace poco tiempo que son cristianos y su conocimiento de nuestra Fe es más bien escaso... Procurad sobre todo, Padres, ganaros el favor y el afecto del pueblo; enseñándoles con cariño y dándoles ejemplo... Cuantas limosnas y ofrendas recibáis de hombres y mujeres, entregadlas a los pobres, sin reservaros nada...».

Luego, escribió una vez más al Rey, quien, al parecer, no había reaccionado con sus anteriores cartas.

«Señor... Es una especie de martirio esperar pacientemente, viendo cómo se destruye lo que se ha construido con tanto esfuerzo... La experiencia me ha enseñado que Vuestra Alteza no tiene poder en la India para extender la Fe de Cristo, pero sí para llevaros las riquezas temporales de este país y disfrutar de ellas. Perdonadme por hablaros con tanta franqueza, pero el desinteresado afecto que os tengo me obliga a hacerlo... Sabedor de lo que aquí sucede, Señor, no tengo la menor esperanza de que se pongan por obra las órdenes y provisiones a favor de la Cristiandad... Por eso, estoy dispuesto a marchar al Japón, para no perder aquí más tiempo... Quiera Dios nuestro Señor daros a conocer Su Santa Voluntad y la gracia necesaria para cumplirla, como desearíais haber hecho a la hora de vuestra muerte... Esa hora está más próxima de lo que Vuestra Alteza imagina... Preparaos, pues, ya que los señoríos y los reinos terrenos se acaban y llegan a su fin. Sería una terrible experiencia, que Vuestra Alteza ignore, verse desposeído de esos

reinos y señoríos y encontrarse —Dios no lo quiera— excluido del Paraíso...».

El domingo de Pascua de Resurrección, tras celebrar una Misa solemne, Francisco partió hacia el Japón.

* * *

—Continuemos escribiendo los signos de vuestra lengua, Yajiro —dijo Francisco—. Si el tiempo cambia, no podremos hacerlo... ¿Cuál es el siguiente? Ah, sí, el de más abajo. ¿Por qué no escribís como nosotros, de izquierda a derecha, en vez de hacerlo de arriba abajo?

—¿Y por qué los occidentales no lo hacéis como nosotros?... Es mucho más natural. Cuando describís a un hombre, Padre, lo hacéis de arriba abajo, descendiendo poco a poco. ¿Por qué no íbamos a hacer lo mismo al escribir?...

—Tienes razón, Yajiro —dijo Francisco, sonriendo convencido.

En la proa del barco, los dos jesuitas españoles que había escogido para que le acompañaran compartían un parasol.

—Me alegra verle tan contento —dijo el Padre Cosme de Torres.

—Y a él le alegra ver contentos a los demás —corroboró el Hermano Juan Fernández—. Es curioso: Cuando alguien habla de él, aunque esté a miles de leguas de distancia, parece alegrarse, como si su sola evocación le refrescara... Así le ocurre al padre Rodríguez en Coimbra, por ejemplo...

—Estudiasteis allí, creo, ¿cómo no os habéis ordenado?... Debéis tener ya veintiséis o veintisiete años...

El Hermano Fernández esbozó una sonrisa.

—El Padre Francisco me ha preguntado lo mismo y yo le he dicho que no he querido ordenarme, de momento. Alguien tiene que llevar a cabo los trabajos manuales, y eso es lo que yo deseo. Soy de Córdoba y mi padre es muy rico... ¿queréis saber algo más?

—Sí —repuso el Padre Torres.

—Está bien: Siempre puso a mi disposición demasiado dinero y yo lo gastaba en trajes, en perfumes y en joyas. Era un pisaverde, un petimetre, un lechuguino... Tan pagado de mí mismo estaba, que no me apartaba del espejo... Hasta que conocí al Padre Estrada, de la Compañía de Jesús, y me hizo mirarme en otro espejo, que reflejó mi verdadera imagen. Así que fui a ver al Padre Rodríguez y le pedí que me admitiese en la Compañía... Pero tal vez os esté cansando...

—Proseguid. No hemos tenido oportunidad hasta ahora de hablar más de cinco minutos seguidos.

—El Padre Rodríguez prometió aceptarme, con una condición: que me pusiese mis mejores galas y pasease por las calles de la ciudad montado en un asno, pero hacia atrás y agarrando la cola con las manos.

El Padre de Torres se echó a reír.

—¿Y lo hicisteis?

—¡Claro que lo hice! Me habría comido la cola del burro, si me lo hubiese pedido. Los golfillos se divirtieron mucho y mis amigos pensaron que me había vuelto loco.

—Sí, suelen pensar eso cuando uno se vuelve cuerdo.

—Tenéis razón... Así que aquí estoy... ¿Y vos?... Tendréis unos treinta y cinco años, ¿no es cierto?... Pero nunca os he visto en Coímbra. ¿Estabais en Roma?... No, claro; os hubiese visto en Lisboa, antes de embarcar en distintos navios de la flota...

—Estaba al otro lado del mundo, Hermano Juan. He rodado por las Indias Occidentales durante más de diez años... Primero en Nueva España, en México, y luego como capellán de la flota del Almirante Rodrigo López de Villalobos. Exploramos el mayor de todos los mares, el Océano Pacífico... Vuestro rostro debía de tener una expresión curiosa cuando montabais aquel burro, pero deberíais haber visto el del Almirante mientras mezclaba su sangre de puro hidalgo con la del cacique indígena de una isla del Pacífico... Tenía la nariz atravesada por un hueso de un codo de largo y el pelo, encrespado y sucio, parecía una montaña sobre su cabeza. No he visto en mi vida a nadie más parecido al diablo, aunque no era malo... Luego, una tempestad nos lanzó hacia el Oeste y arribamos a Ternate.

Al zarpar, nos topamos con una flota portuguesa y hubo una gran pelea. Mi navío fue capturado y lo llevaron a Amboina. Allí encontré al Padre Francisco, que cuidó de todos los prisioneros. No tardé ni un par de días en darme cuenta de que aquel hombre era un santo; al cabo de una semana ya sabía que le seguiría a donde quiera que fuese, y a los quince días me atreví a decírselo. «Buscadme en el Colegio jesuita de Goa», fue su respuesta.

El Hermano Juan Fernández reflexionó unos instantes.

—No sé por qué me ha escogido para hacer este viaje —dijo, pensativo—... Vos, al menos, tenéis experiencia...

—Pero no del Japón... No he estado en mi vida.

—Os tendrá especial afecto...

—No, no es eso... Me lo tiene, sí, pero como a todo el mundo...

—Tal vez sea, entonces, porque sabía que tanto vos como yo deseábamos hacerlo...

El Padre Cosme de Torres alzó la vista y contempló el azul del cielo.

—Para cualquier otro hombre religioso, devoto y bueno, esa tal vez hubiese sido una razón para no escogernos, pero en su caso... Sí, es posible.

* * *

Dos meses más tarde, los tres embarcaban en un extraño navío fondeado en el puerto de Malaca.

—Es imposible que esto pueda navegar —comentó el Hermano Juan—. Lo único que lo asemeja a un barco son esos tres palos... Pero ¿qué son todas esas curiosas y deformes cubas?

—¿Es que no habíais visto jamás un junco? —preguntó el Padre Torres—. Lo único que me preocupa es esa pequeña escultura de un hombre en cuclillas que hay en la toldilla de popa.

—¿Os referís a ese tipo gordo con una sonrisa de oreja a oreja?... Es una escultura de mala muerte. ¿Qué representa?

—El dios chino de los mares, una especie de Neptuno. Invocan su ayuda con toda clase de extrañas ceremonias. Y me preocupa, porque al Padre Francisco no le gusta y, cuando algo no le gusta, actúa. Si arroja ese ídolo por la borda, seguro que no llegamos a nuestro punto de destino.

—Cielo santo, Padre, no... no creeréis que esa imagen tiene poder...

—No se trata de eso. Lo que sucede es que, si se deshace de ella, ningún marinero chino moverá un solo dedo, y el piloto abandonará el timón. Yo no creo en su poder, pero ellos, sí. Y nosotros solos no podemos gobernar el barco.

—Tenéis razón. Yo no podría hacerlo aunque el General de la Orden me lo mandara... Ya decía yo que todo iba demasiado bien. Algo tenía que suceder...

Las cosas, en efecto, habían ido muy bien. El tiempo había sido excelente durante el viaje hasta Malaca: ni mareos, ni piratas... Y en Malaca habían sido recibidos por el nuevo Gobernador Don Pedro da Silva, que se desvivió para ayudarles. No les dio dinero para sufragar los gastos del viaje, pero les hizo un regalo mejor: Cinco toneladas de pimienta, que vendieron en el mercado a buen precio. Además les regaló telas y otros artículos para que se los ofrecieran, como presente, a los gobernantes japoneses. Y lo más importante de todo: les buscó un barco que fuese al Japón, pues ningún navío portugués tenía previsto hacerse a la vela hasta dentro de varios meses.

—El Padre Francisco le ha escrito al Rey contándoselo todo —dijo el Padre Torres—. Hace un gran elogio de Don Pedro...

El Hermano Juan hizo un gesto ambiguo.

—Eso tal vez calme un poco al Rey —dijo—. Porque, al parecer, el Padre Francisco le ha escrito unas cartas nada gratas... En el palacio del Obispo me dijeron que, hasta ahora, nadie que haya osado escribir a un rey en tales términos ha sobrevivido...

* * *

El Gobernador le había dicho a Francisco que no se opusiera a la costumbre china de ofrecer sacrificios al dios de los mares. Desarraigar ese hábito no era cosa de un día y tratar de intentarlo podría acarrearle graves consecuencias. Al mismo tiempo había advertido al capitán del barco —un chino ya entrado en años— que le hacía responsable

de la seguridad de Francisco y de sus compañeros. El viejo gruñón (conocido en Malaca con el nombre de Ladrao —ladrón— porque su nombre verdadero era impronunciable y había sido un famoso pirata) prometió por todos sus antepasados que cuidaría de sus pasajeros como si fuesen sus hijos.

—Serían los únicos que no vendería en el mercado de esclavos, supongo —comentó el Hermano Juan con ironía—. Me alegro de que el Gobernador haya avisado también al Padre Francisco... ¡Cómo le quiere todo el mundo en Malaca! ¿Visteis aquel portugués barbudo que antes de subir al barco le abrazó como si fuese su hermano?

—Sí. Era el Dr. Saraiva. Se conocen hace muchos años. Le comunicó las últimas noticias...

—¿Buenas?

—Sí. El Padre Beira se ha hecho con los caníbales y cazadores de cabezas de Morotai. El Padre Francisco no se sorprendió demasiado porque dice que, en el fondo, son como niños y aceptan el Evangelio como tales...

—Caníbales... —murmuró el Hermano Juan, asombrado—. No envidio nada al Padre Beira y me pregunto si conseguirá evitar que sigan comiendo carne humana... A lo mejor, los viernes...

* * *

Francisco había acabado por apreciar al viejo Ladrao. Con todo, los ritos que se celebraban en la toldilla de popa ante el gordo idolillo le seguían molestando. No solo por lo que tenían de idolátrico, sino porque el anciano capitán, el *ho-chang*, tras quemar ante la estatua palillos de sándalo y hacer infinidad de reverencias, tiraba al agua palitroques de madera para saber la ruta que el barco debería seguir.

—Navegamos siguiendo los caprichos de un diablo, de un ídolo —comentó enfadado Francisco.

* * *

No tardó en cambiar el tiempo. Estalló un tifón y Manuel, el cocinero, que era cristiano, tropezó y cayó por una escotilla a las bodegas, llenas de agua. Francisco saltó tras él y logró sacarle. No fue fácil, porque los marineros chinos parecían temer algo y no le ayudaron; pasaron horas antes de que el cocinero recobrase el conocimiento.

Justo cuando empezaba a dar otra vez señales de vida, se produjo una tremenda confusión.

—Alguien ha caído al mar —comunicó el Padre Torres a Francisco.

—Ha sido una mujer —dijo el Hermano Juan, jadeando.

—¿Una mujer? —preguntó Francisco.

—Sí, la hija de Ladrao. Siempre viaja con él. Lo oí esta mañana.

El junco no llevaba botes salvavidas, pero, aunque los hubiese llevado, el rescate habría sido imposible en medio del tifón.

El anciano capitán se refugió en su camarote y se negó a hablar con nadie. Sin embargo, unas horas más tarde, en cuanto se alejó el tifón, un grupo de marineros ya estaba quemando otra vez palillos de sándalo ante el ídolo, y Francisco no tardó en oír que el dios del mar había dicho que el cocinero debía haber muerto y que, como había sido rescatado contra su voluntad, había tomado a la chica en represalia...

—Hemos de hacer guardia esta noche —dijo Francisco a sus compañeros—. Yo haré el primer turno.

No se había engañado, porque los chinos, en efecto, habían planeado apoderarse de él mientras dormía y arrojarle por la borda para aplacar al dios...

No pudieron llevar a cabo sus planes, pero Francisco observó a la mañana siguiente que lo miraban de través e incluso hacían a sus espaldas gestos amenazadores.

Pocos días después avistaron una isla. Era Saucián.

Francisco tuvo que estar durante una hora rogando y amenazando a Ladrao para que no se detuviese allí. Ahora ya sabía que los chinos no tenían ningún sentido del tiempo y estaba convencido de que, si se detenían en Saucián, muy cerca de Cantón, no podrían aprovechar los monzones que les conducirían hasta el Japón y eso supondría varios meses de retraso.

Lo mismo sucedió cuando se aproximaron a Changchow.

—Este es el puerto que Marco Polo llamó Saytón —explicó el padre Torres—. Aquí es donde tejen esa seda especialmente gruesa y resistente que llamamos saytón o satín.

—Va a ocurrir lo mismo —dijo Francisco, sin hacer demasiado caso—. Si nos detenemos aquí, no llegaremos a Cipango hasta dentro de varios meses...

Pero esta vez no hubo caso. El junco se cruzó con otro junco y el capitán de este último les avisó a gritos: El puerto estaba infestado de barcos piratas... Ladrao, entonces, ante la perspectiva de que capturasen el junco, decidió virar en redondo y regresar a Saucián. Los tres jesuitas estaban desolados, pero, de repente, Ladrao olisqueó el aire varias veces y, al fin, murmuró contrariado:

—Esta cambiando el viento...

Francisco miró hacia las velas y comprendió: el viento, ahora, no iba hacia Cantón, sino que procedía de Cantón... Es decir, les impulsaba hacia Cipango...

Sí, el viento que había alejado a Yajiro del Japón, cuando regresaba a su patria cansado de buscar al santo varón de Occidente, les conducía ahora directamente a ella... Un viento tan fuerte, tan preciso, que llevó al junco a Kagoshima, un pequeño puerto alejado de las principales rutas comerciales, la ciudad natal de Yajiro.

Era, una vez más, el 15 de agosto, festividad de la Asunción de la Virgen María a los Cielos.

Francisco, emocionado, entonó el *Te Deum*. El Padre Torres y el Hermano Juan se le unieron.

El gordo dios de los mares chinos seguía sonriendo con su sonrisa enigmática que, ahora, parecía una mueca.

[\[1\]](#) Pequeña isla del grupo de las Molucas, colonizada por los portugueses (Nota del Traductor).

LIBRO SEXTO

—¿Dónde está el Padre Francisco? —preguntó el Hermano Juan Fernández sosteniendo un panel de una mampara de madera laqueada—. No sé cómo ensamblar este trasto... Parece una alacena, no el tabique de una casa...

—El Padre Francisco ha ido con Yajiro a casa de la señorita Precioso Jade —contestó el Padre Torres—... que si todo va bien se llamará María la semana que viene. Tendremos que apañarnos solos, porque él no podrá ayudarnos... Además, si por él fuese, ni siquiera viviríamos en una casa...

—Tal vez fuera mejor... He pillado un resfriado con tantas corrientes...

—Y yo me he quemado un pie al tropezar con el brasero.

—Pero lo peor de todo es ese maldito bloque de madera que los japoneses usan como almohada... Es una tortura, un invento del diablo.

—Como sentarse en el suelo, sobre las piernas cruzadas...

—Lo aprendió en la India... El Padre Francisco, claro, no el diablo.

—Por eso se encuentra en este país como pez en el agua. Hasta disfruta con ese horrible brebaje...

—El chaa, ¿no es eso?

—Sí, esas malditas bayas diminutas que aplastan y maceran en agua... ¡Cómo les gusta! Ni que fuera vino jerezano...

—Al menos no les emborracha. Pasadme el martillo, Padre.

—Aquí está... Pero tened cuidado. Este material es tan frágil que, si se sopla, se deshace... No, no se emborrachan con *chaa*, pero sí con vino de arroz.

—¿Eso vino?... ¡Una porquería! No me explico por qué el Padre Francisco se encuentra tan a gusto... ¿Cómo se puede confiar en un país en que la tierra tiembla y las montañas arrojan fuego?

El Padre Torres se echó a reír.

—¿Y qué me decís de Italia? El Vesubio, el Strómboli, el Etna... Yo sé por qué le gusta tanto: le recuerda a Navarra.

El Hermano Juan le miró asombrado.

—¿El Japón como Navarra?... No he visto nada más dispar, Padre. En Navarra todo es amplio y derecho, aquí todo diminuto y retorcido... Los árboles, las gentes, las casas...

—Sí, pero no es eso... El Padre Francisco me leyó ayer una carta que había escrito a sus familiares. Rebosaba entusiasmo. ¿Por qué?... Porque los japoneses tienen un

extraordinario sentido del honor; no son ricos, pero no consideran una desgracia la pobreza; los nobles no se casan con mujeres que no sean de su clase, aunque sean ricas; son extremadamente corteses y tienen gran estima por las armas... No soportan los insultos ni las burlas. Son sobrios... Desprecian los juegos de azar, que consideran un robo... Y son monógamos.

—Sí, ya comprendo. Y podía haber añadido que son tan tozudos como los navarros... ¿Cuántos se han convertido?... Un puñado. Tienen la cabeza más dura que...

—El Padre Francisco dice que aquí no podemos pescar con red, que tenemos que hacerlo con caña... Está buscando la forma de llegar hasta el Rey del Japón, convertirlo, y empezar de arriba abajo...

—¿No mencionó eso al Duque el otro día, en la audiencia?

—Supongo que queréis decir el *Daimyo*... No, no lo hizo, aunque parece un caballero culto y bien intencionado...

—Eso parece —dijo el Hermano Juan—. Porque con estos japoneses nunca se sabe... Son impenetrables. Sí, son corteses y amables, tal vez demasiado amables... Tanta inclinación de cabeza, tanto agacharse... Sin embargo, no puedo dejar de pensar que, en el fondo, nos desprecian.

—Desde luego —dijo el Padre Torres—. Excelente cosa para la humildad. La nuestra, claro. Piensan que somos unos bárbaros, sin refinamiento alguno. Carentes de formas y de tono...

—Y a ellos les sobran... Lo mismo que signos en su escritura. ¿Por qué no han de tener un alfabeto decente?... Bueno, ya queda poco. Pasadme ese panel, Padre... Tengo que acabar con el techo... Si lloviera sin haber terminado...

—Me pregunto si es que ellos son demasiado pequeños o nosotros, demasiado grandes... ¡Santo cielo! Tened cuidado... ¡Cuidado!

El Hermano Juan se había sentado en el tejado y este, al presionar en exceso sobre las frágiles mamparas laterales, había hundido todo como un castillo de naipes, acabando en un segundo con un trabajo de horas.

Emergieron de aquel montón de escombros tosiendo y jadeando, pero imperturbables.

—Mi terremoto particular —comentó el Hermano Juan.

—¿Os habéis hecho daño?...

—No. Es todo tan endeble... Pero ¿os estáis riendo, Padre?

—No, no...

—Pues yo sí me reiría si estuviese en vuestro lugar... Por cierto: Ya sé lo que había hecho mal.

—Muchos necesitamos un terremoto para saberlo...

* * *

La flor de loto, sagrada para Sakyamuni, a quien llamaban el Buda, ya no se abría al alba, al primer beso del sol. Sin embargo, las siete fuentes del jardín del monasterio Zen proseguían murmurando y algunos crisantemos todavía tenían flores amarillas, blancas y azules. La esbelta pagoda de brillantes tejados superpuestos carecía de símbolos fálicos y de relieves obscenos. Era el mismo monasterio en que Yajiro se había refugiado varios años antes.

Una serie de monjes, formando una triple hilera, estaban sentados en las gradas de entrada a la pagoda en postura de perfecto reposo, con los ojos cerrados o fijos en el vacío. Francisco se sintió impresionado.

—¿En que están pensando? —pregunto al abad en voz baja.

Yajiro tradujo y Niu-jitsu, el anciano abad, rió secamente.

—Unos —dijo— calculan el dinero de las limosnas, otros piensan en lo que van a comer, o en lo que van a hacer... Ninguno piensa en nada que merezca la pena.

Francisco no hizo comentario alguno. Había paseado ya varias veces por los jardines con aquel monje, cuyo nombre quería decir «Corazón de la Verdad» y había descubierto que se contradecía constantemente. En cierta ocasión le había hablado del *samadhi*, es decir, el fin último de la meditación, el conocimiento directo de la naturaleza del Universo, una especie de participación de la Conciencia divina en su periferia: el umbral de la Felicidad, el grado superior del Noble Sendero óctuple, que propuso Buda. Y ahora...

Pero tal vez el anciano abad había querido burlarse o evocar, desde su madura sabiduría, los tiempos en que él mismo se sentaba en las gradas de la pagoda incapaz de meditar, como ahora...

—¿Qué período de la vida os parece preferible? —preguntó Francisco—. ¿La juventud o la edad que vos habéis alcanzado?

El anciano monje alzó sus temblorosas manos, mientras Yajiro traducía, y luego dijo:

—La juventud, porque entonces el cuerpo es fuerte y se puede ir a donde se quiere.

—¿Y cuándo creéis que es mejor momento para navegar de un puerto a otro?... ¿Cuando arrecia la tormenta o cuando ya se ha calmado el mar y podéis alcanzar fácilmente el puerto que habéis escogido?

El anciano volvió a alzar las manos.

—Ya sé, ya sé lo que queréis decir... Pero yo no sé hacia dónde estoy navegando ni cómo alcanzar el punto de destino...

Yajiro explicó más tarde a Francisco, con bastante esfuerzo, que en el budismo Zen no había nada más allá del nacimiento y la muerte. No ocurría lo mismo con el budismo *Shingon*, ni con el *Shin*, el *Soto* o el *Shinto*... Unos eran mejores y otros peores. Los monjes *Shin*, por ejemplo, se casaban y algunos de los otros cometían entre ellos, o con sus pupilos, acciones deshonestas... Aunque también había quienes llevaban una vida

austera, esforzándose por alcanzar el umbral del más alto Sendero... Ninguno de ellos, sin embargo, sabía que el fin último del hombre no era el umbral, sino el interior del santuario mismo, para gozar allí de una vida propia, sin quedar absorbido por el Todo. No, ninguno sabía que Cristo ha abierto al hombre el Paraíso, la Eternidad, el Cielo, asumiendo el Tiempo, el Espacio y la Materia y muriendo en la Cruz por la humanidad entera... Vivían en un mundo de penumbra, considerándose partículas de un Todo indefinible, gotas de agua que se esfuerzan a tientas en ser absorbidas por el Océano... ¿Y qué queda de una gota cuando es absorbida?...

De pronto, Francisco vio claramente que el Budismo, en el fondo, podía ser cualquier cosa, que por sí mismo no podía satisfacer los más hondos anhelos del hombre y que se podía mezclar fácilmente con toda clase de supersticiones, pero que también podía conducir a la Verdad de Dios... Sí, podía ser cualquier cosa y conducir a cualquier sitio... También al cristianismo. No, no era tan absurdo que el anciano monje se llamase *Corazón de la Verdad*. Había en ese nombre una aspiración, un anhelo, cuyo origen el anciano desconocía...

* * *

«*María*» —dijo Francisco, vertiendo agua tres veces consecutivas sobre el pelo negro y brillante —«*ego te baptizo in nomine Patris... et Filii... et Spiritus Sancti...*».

La delicada joven, ataviada con un kimono floreado, permaneció inmóvil, con los ojos bajos y las manos entrelazadas. Sin embargo, la sonrisa de sus torneados labios no era ya la convencional sonrisa de cortesía que se ofrece a cualquiera y oculta las verdaderas emociones. Era una sonrisa llena de felicidad. Porque la joven, que se había llamado Precioso Jade y ahora se llamaba María, acababa de traspasar el umbral de los méritos de Cristo y por propia voluntad. Pasaría algún tiempo antes de que alcanzara el corazón del santuario, porque ninguna súbita iluminación le hizo ver entonces que doce años más tarde formaría parte de una comunidad cristiana de doscientas almas, y veinte años después sería la única cristiana en Kagoshima, ya que las demás habían muerto o se habían quedado rezagadas... Sí, la única cristiana; insultada, ridiculizada y perseguida por su Fe y, sin embargo, aferrada a ella con la misma fuerza que al Rosario que el Padre Francisco le había regalado al bautizarla y que ella llevaba siempre colgado al cuello, a pesar de las amenazas de los bonzos budistas y las presiones de sus familiares para hacerle invocar a Buda Amida y a los *kamis*, los dioses del hogar. Treinta y tres años más tarde, el Hermano Damián, un jesuita japonés, la encontraría casualmente y, tras informar al Superior de la Compañía en el Japón, se la llevaría a Nagasaki, donde existía ya una floreciente comunidad cristiana. Allí moriría, en paz y gracia de Dios, y allí sería enterrada con el rosario del Padre Francisco alrededor de su cuello.

El *Daimyo* de Satsuma y Kagoshima estaba sentado en un alto estrado cuando Inari, el espía, entró y se arrastró a cuatro patas hasta él.

—¿Qué noticias traes?

—Señor, el Tôdô de Occidente se ha ido a Hirado...

—Eso ya lo sé. ¿A qué ha ido allí? ¿Qué ha hecho?

—Señor, ha ido porque un barco de los bárbaros occidentales ha llegado al puerto, con mercancías...

El *Daimyo* entornó los ojos. Hacía semanas que había advertido al Tôdô de Occidente, el gran sacerdote, que no era conveniente que fuese a Hirado en esta época del año y, aparentemente, le había hecho caso; ahora, sin embargo, se había ido; ¿por qué?; a causa de ese barco... ¿No hubiese venido el barco a Kagoshima si el Tôdô fuese tan importante como él —el *Daimyo*— creía?...

—Continúa, perro. ¿Voy a tener que esperar todo el día para saber lo que ha ocurrido?

—Señor, los bárbaros recibieron al Tôdô con todos los honores, como a un gran jefe. También el Señor Matsura Takanuba le invitó a su castillo. Ha hablado mucho de temas comerciales con los portugueses...

—¿Eso es todo?

—Todo, mi Señor. El bonzo de Portugal ya está en camino, llegará aquí dentro de dos o tres días.

—Vete.

Inari, arrastrándose, se quitó de la vista de su Presencia.

¡Bárbaros insensatos!... ¿Por qué preferían esos puertos del norte al de Kagoshima?... Takanuba, claro, se aprovecharía de ello...

El Tôdô, el bonzo portugués, gozaba de la estima de su pueblo, pero no parecía tener influencia política... Y, si la tenía, prefería a Takanuba, porque a él —al *Daimyo* de Satsuma y Kagoshima—, le había regalado unas cuantas piezas de seda bordada y una imagen de una diosa portuguesa con un niño en los brazos, pero para el *Daimyo* de Hirado eran los acuerdos comerciales y las visitas de los navios portugueses...

Un siervo se postró en el suelo y anunció la llegada de siete bonzos de varias pagodas, que pedían audiencia.

El *Daimyo* accedió a concedérsela.

Humildemente, le daban las gracias... Durante largo tiempo habían guardado silencio, mientras esos bonzos de Occidente seguían predicando extrañas doctrinas y haciendo adeptos entre los necios, pero había llegado el momento de hablar...

—¿Es que la actividad de esos bonzos extranjeros está disminuyendo los ingresos de vuestros templos?...

No era fácil saber si la pregunta era seria o irónica.

Ciertamente, cuando los demonios andan sueltos, la generosidad del pueblo se resiente, pero eso era lo de menos... Verdad era, también, que esos bárbaros extranjeros apenas tenían éxito. Muchos iban a verles llevados por la curiosidad, pero eran pocos los que volvían y menos los que aceptaban su doctrina, que les obligaba a ponerse un nombre bárbaro. Sin embargo, una vez que eran acogidos en la nueva secta, se les iniciaba en ritos espantosos... Entre otras cosas, comían carne y bebían sangre humanas...

«Mendo-kusai»[\[1\]](#), dijo el Daimyo, sin que nadie, al principio, supiera si se refería a las actividades de los bonzos extranjeros o al relato que los monjes budistas le habían hecho.

Sí, no había duda de que esos hombres cometían crímenes espantosos so capa de religión. Por eso —y no a causa de la insignificante disminución de los ingresos de los templos— habían venido a comunicar al gran Señor lo que estaba sucediendo. Y no tenían más remedio que expresarle sinceramente su gran preocupación, ya que deseaban ardientemente evitar las deplorables consecuencias de tales actividades. Si se les permitía proseguirlas y recibir refuerzos, aumentarían los crímenes y las profanaciones, sobre todo si los extranjeros conseguían nuevos adeptos.

—*Ingé* —murmuró el Daimyo— *Ingé*[\[2\]](#)... ¿qué medidas proponéis?...

Que cesara la predicación, que se les prohibiera a los japoneses hacerse cristianos, que, a ser posible, se expulsara a los extranjeros... Si se iban, sus falsas creencias se marcharían con ellos.

El Daimyo sonrió.

—*Tsuyu no jono* —dijo—, *tsuyu no yo nagora-sara nago-ra*... Este mundo no es más que una gota de rocío, pero, a pesar de todo...

Bastaba con eso. Los bonzos comprendieron que sus propuestas no habían sido rechazadas de plano y se retiraron con respetuosa dignidad, sus túnicas color azafrán al viento.

* * *

Dos semanas más tarde, Francisco dijo adiós a Yajiro.

—Nos han prohibido seguir trabajando. Tenemos que irnos. Pero, en lugar de abandonar el país, iremos a la capital para ver al Rey. Ya lo había previsto: solo ganándonos al Rey, ganaremos este país para Cristo... ¿Crees que corres peligro quedándote aquí?... Si no te sientes seguro, puedes venir conmigo... El Hermano Juan podría quedarse. Habla japonés bastante bien. Ya me gustaría tener la misma facilidad que él para las lenguas...

—No —dijo Yajiro—. Esta es mi tierra. Me quedaré aquí, Padre, y cuidaré de los

que han aceptado la Fe... El Hermano Juan os servirá muy bien de intérprete.

—No has contestado a mi pregunta sobre el peligro, Yajiro.

—Todos nosotros estamos en peligro, Padre —respondió el japonés benévolamente—. Vos, tal vez, más que yo mismo...

* * *

Yajiro se despertó a mitad de la noche. Había tres hombres en su habitación. Saltó de la cama, alarmado.

Aquellos hombres sonreían y uno de ellos murmuró: «*Irrashai!*»[3]

—¿Quiénes sois?... ¿Qué queréis?... —preguntó Yajiro.

Llevaban un farol que proyectaba una débil luz, a cuyo resplandor reconoció a uno de los tres: un hombre llamado Inari, que estaba al servicio del Daimyo, según se decía...

—Obedecer es algo virtuoso —dijo uno de aquellos hombres.

Le sacaron de la casa. Las calles estaban muy oscuras, porque había luna nueva, momento propicio para emprender cualquier cosa. Hacía un frío intenso.

En las afueras de la ciudad, cerca de un arroyuelo que murmuraba alegremente, lo asesinaron. Lo hicieron deprisa y con eficacia. Ni siquiera tuvo tiempo de ver que ya habían cavado su fosa. Alzaron su cadáver del suelo, lo dejaron caer en la zanja que habían abierto y lo cubrieron con la húmeda, esponjosa y oscura tierra.

No tardó en extenderse por Kagoshima el rumor de que Yajiro había huido y se había unido a unos piratas; luego se propagó otro: que lo habían matado en una reyerta.

* * *

El Padre Francisco Xavier y el Hermano Juan Fernández iban a ver al Rey. Habían dejado al Padre Torres en Hirado, donde el Daimyo Matsura Takanuba seguía mostrándose amistoso.

Sabían muy pocas cosas del Rey, pues la gente apenas hablaba de él. ¿Era porque lo consideraban un ser sagrado? Eso parecía, ya que lo llamaban «El Hijo del Cielo», descendiente directo de Amaterasu Omikami, diosa del sol. Pero el Daimyo Shimatsu, de Kagoshima, jamás se refería a él y, cuando se le preguntaba directamente, respondía con evasivas. Además, actuaba como alguien que no tiene que dar cuenta a nadie de su administración. Matsura Takanuba les había explicado a dónde tenían que ir si querían verlo, pero nada más.

El Rey era, pues, una misteriosa figura. Como cabeza espiritual del Shinto, tenía un poder religioso; así pues, si fuera posible ganarlo para Cristo... Si fuera posible penetrar en su secreto y conseguir que favoreciese la nueva religión...

Residía en Kyoto, una ciudad con muchos cientos de miles de casas, según decían.

Allí reinaba en medio de un increíble esplendor, solitario y místico, como soberano de los sesenta y seis reinos de un Imperio insular que llamaban Nipón.

* * *

Tenían que pasar las noches bajo techo, porque hacía demasiado frío para dormir a la intemperie. Pero las posadas eran sucísimas y la comida, detestable. Durante días, se alimentaron solamente de arroz. Solo en un monasterio Zen descansaron y comieron bien, pero se negaron a pasar la noche al ver la actitud de los monjes y los manejos que se traían entre ellos. Francisco, por mediación del Hermano Juan, les dijo lo que pensaba de todo ello. Se lo tomaron a chacota.

Cuando abandonaron el monasterio, empezó a nevar. Nieve.

De Moji a Shimoneseki fueron por mar, en un pequeño velero. Parecían mendigos harapientos y los demás pasajeros los miraban con odio o con desprecio. A pesar de todo, descansaron un poco, pues tenían los pies llagados de tanto caminar.

Más nieve... Aquí, en la isla de Honshu, la gente era diferente. No debían de haber visto extranjeros jamás y hasta los niños eran hostiles y recelosos; les tiraban piedras e inmundicias y les dirigían insultos.

Poco quedaba ahora de la pulcritud y el encanto del paisaje japonés, envuelto en un blanco sudario y presa de una especie de rigor mortis.

—Ahora me explico por qué en este país el blanco es símbolo de duelo —comentó el Hermano Juan.

Francisco no le respondió. Caminaba como sonámbulo, encogido y con los ojos bajos. Estaba agotado, sí, pero ¿era solo eso?

—¿Creéis que encontraremos un sitio para pasar la noche, Padre?

Tampoco ahora contestó. El Hermano Juan se detuvo y lo miró. Le pareció que se agigantaba de repente y se puso a caminar a su lado. Era como si avanzase sobre el sudario de ese inmenso cadáver que era el Japón. El Padre Francisco caminaba descalzo y las huellas que iba dejando en la nieve se teñían de rojo.

Sangre... Estaba regando con su sangre el suelo del Japón. ¿Podría así resucitar aquel cadáver?

De pronto, el Hermano Juan se dio cuenta de que el Padre Francisco se había quedado atrás. Cuando volvió sobre sus pasos y lo alcanzó, vio que sostenía en sus brazos un cuerpo diminuto y consumido. Era el de un recién nacido, una niña, que se estaba muriendo. «Lo mismo que en la India», pensó el Hermano Juan.

Francisco le pidió que la sostuviera y, con su aliento, descongeló un poco de nieve en la palma de su mano y bautizó a la niña.

Murió una media hora más tarde. La enterraron al pie de un arce y rezaron el oficio de difuntos. Luego, siguieron caminando...

* * *

En la ciudad de Yamaguchi, toda ella de madera, el Daimyo Ouchi Yoshitaka los recibió, pero no los autorizó a predicar ni a bautizar.

En las calles, observaron que les miraban con desprecio. Los chiquillos corrían tras ellos y les arrojaban, aquí también, cantos y desperdicios.

—*¡Chikushône Kuso!*

—¿Qué dicen? —preguntó Francisco al Hermano Juan.

—Nos llaman bestias y basura —repuso este.

* * *

Caminaron por la costa hasta Sakai. Sabían que, desde allí, no podrían seguir viajando solos, porque tenían que atravesar la región más solitaria y peligrosa de toda la isla.

Un samurai que se dirigía a Kyoto les autorizó a unirse a sus criados.

El samurai iba a caballo y los criados tenían que caminar deprisa. Era muy duro, pero ya quedaba poco... Un par de días más y podrían ver al Rey.

Francisco se olvidó de su cansancio. A medida que se acercaban a Kyoto parecía recobrar las fuerzas y el buen humor. Se cubría con una capa siamesa que le habían regalado en Hirado y ahora se la colocó de través, como un libertino, ante el regocijo del Hermano Juan.

Los siervos del samurai contemplaban a los dos extranjeros entre divertidos y asombrados. Unos decían que procedían del Siam, el País de los dioses; otros aseguraban que eran bárbaros del Sur y que estaban locos; y, como siempre es gracioso meterse con los lunáticos, uno de aquellos hombres le regaló a Francisco una manzana podrida. Francisco, sin inmutarse, empezó a lanzarla al aire y a jugar con ella, saltando y brincando.

Era evidente que estaba loco de remate. Dando saltos con los pies desnudos, ulcerados, y riéndose a carcajadas...

* * *

El Nuncio Papal para Oriente y Embajador Extraordinario del Rey de Portugal, y su «séquito» —un par de espantajos harapientos—, estaban ya ante el Palacio Imperial de Kyoto, un enorme edificio —más bien un conjunto de ellos— desparramado y ruinoso, rodeado de jardines y protegido por una alta empalizada de bambú. De no haber sido por unos cuantos rostros que asomaban a través de unos agujeros practicados en la empalizada, habrían creído que en aquel recinto no vivía nadie. Todavía no era un conjunto de ruinas, pero casi.

De pronto, se abrió una puerta, chirriando y crepitando, y se asomó un soldado. Cubría su cabeza con un yelmo laqueado, llevaba puesto un peto cochambroso y empuñaba una lanza oxidada.

—¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis aquí? —dijo aproximándose a los «embajadores».

El Hermano Juan le explicó que venían de muy lejos y que querían ver al Rey. —¿Al *Tenno*? —preguntó el soldado—. ¿El *O*? ¿El *Ouiri*?... ¿Y para qué queréis verle? El Hermano Juan dijo que eran enviados especiales del Rey de un lejano país llamado Portugal. El soldado los contempló por delante y por detrás, girando en torno de ellos, y murmuró: —Debe de ser un país muy extraño... ¿Qué presentes traéis? El Hermano Juan estaba preparado para tal eventualidad. —No los tenemos aquí... Se los entregaremos a Su Majestad después de la audiencia. El soldado se echó a reír, con desprecio.

—¿Venís sin presentes y esperáis que os reciba...? Ni que fueseis chinos...

—¿Chinos?... ¿Por qué chinos?

—Porque piensan que todas las puertas han de abrirseles por el hecho de serlo...

El Padre Francisco escuchó atentamente la traducción que el Hermano Juan le estaba haciendo.

—China es el país del Gran Dragón —continuó diciendo el soldado—, el corazón de la tierra. Hasta el Hijo del Cielo habla del soberano de la China como de su hermano mayor. Todo lo bueno viene de China... ¿Cómo es posible que ignoréis lo que hasta un niño sabe?

—Dile —intervino Francisco— que ni siquiera China puede traer al Hijo del Cielo tantos beneficios como los que nosotros traemos.

El soldado hizo un gesto de asombro.

—¿Traéis mucho dinero? —preguntó—. Por quinientos *taels* de plata, tal vez el Hijo del Cielo consienta en venderos uno de sus poemas... Por mil, no dudaría en hacerlo... Pero, si no tenéis dinero, *baka*, estáis perdiendo el tiempo...

Dio media vuelta y se introdujo por la puerta de bambú, que cerró de golpe.

—Ahora lo comprendo todo —dijo el Hermano Juan—. El Rey ha perdido su autoridad. Kyoto es una ciudad olvidada. ¿No os habéis fijado? Casi todas las casas están en ruinas... No creo que haya más de cincuenta personas en ese palacio... El pobre Rey se dedica a vender poemas... ¡Y para eso hemos venido hasta aquí!...

Francisco sonrió enigmáticamente.

—Merecía la pena solo por haber bautizado a la niña que encontramos abandonada en la nieve. Pero hay algo más, Juan. Tal vez el soldado esté en lo cierto...

—¿Qué queréis decir?

—China... —repuso Francisco.

* * *

Todo lo bueno procedía de China. El soberano de la China era el hermano mayor del Hijo del Cielo. El soberano de China era un auténtico rey, obedecido y respetado por sus súbditos...

Si el rey del Japón se hacía cristiano, sus súbditos no seguirían su ejemplo, porque quienes en realidad mandaban en el país eran los *daimyos*. Pero, si el rey de China se convertía al cristianismo, sus súbditos también se convertirían, y entonces la Fe de Cristo, adoptada por China, de donde procedía todo lo bueno, se extendería al Japón...

Merecía la pena, sí, caminar durante semanas y meses para bautizar a una japonesita moribunda, pero, solo si la China se convertía primero, el Japón entero podría recibir las aguas del bautismo...

¿El Padre Ignacio opinaría lo mismo? Seguro que sí...

Una y otra vez, había oído hablar de China a los japoneses con admiración y respeto. Sin embargo, había sido aquel soldado el que le había abierto los ojos.

China, China...

* * *

Tras descansar unos días, abandonaron aquel pozo de miseria y ruinas que era Kyoto.

El viaje de regreso a Hirado fue aún más penoso que el de ida, pues el invierno estaba en su apogeo.

Un día, mientras seguían caminando en medio de la ventisca, el Hermano Juan observó que Francisco sonreía.

—¿Qué os hace sonreír, Padre? —preguntó.

—La primera iglesia de Kyoto —dijo, como ausente— se llamará *La Asunción de Nuestra Señora*.

El Hermano Juan se quedó boquiabierto.

* * *

Lo mismo le sucedió en Hirado, cuando Francisco dijo que pensaba volver a Yamaguchi antes de abandonar el Japón.

—Pero... pero allí nos trataron muy mal... Nos echaron con cajas destempladas...

—Por eso quiero volver —insistió Francisco—. No te preocupes, ahora será distinto... El Daimyo quiere regalos y los tendrá.

Unos mercaderes portugueses, con los que había hecho amistad, le ayudaron a organizar una caravana portadora de una serie de regalos que hasta al Daimyo más opulento le deslumbrarían: un arcabuz, media docena de vasos de cristal de roca, un baúl repleto de brocados, un traje típico portugués, espejos de tocador para las damas, anteojos que facilitaban enormemente la visión, un manicordio que tocaba siete melodías diferentes y, sobre todo, un precioso reloj, con sonería.

Tanto Francisco como el Hermano Juan se pusieron sus mejores galas. Nuevas sotanas, sobrepelliz, y Francisco, una vistosa estola de terciopelo verde...

* * *

No pidieron audiencia. Se limitaron a enviar los regalos por delante.

A Ouchi Yoshitaka todo aquello le impresionó y correspondió enviándole una fuerte suma de dinero.

Francisco se lo devolvió, con una carta en la que decía: «No queremos dinero, sino vuestro permiso para predicar y bautizar...».

Se lo concedió. Y no solo eso: puso a su disposición un monasterio abandonado «para que honraran en él a Buda y extendieran su doctrina».

A Francisco le dio un vuelco el corazón, pero no tardó en comprender: El Daimyo quería cubrirse las espaldas frente a los bonzos.

Se pusieron manos a la obra, y, una vez más, Yamaguchi les volvió la espalda.

El japonés del Hermano Juan no era precisamente clásico y la gente se reía en sus barbas cada vez que abría la boca.

«Deus...», empezaba a decir Francisco, a modo de jaculatoria.

«Dai-uso»[\[4\]](#); repetían los chiquillos gritando por las calles.

Un hombre de rostro embrutecido se paró ante el Hermano Juan y le escupió en la cara. La gente retrocedió, asustada. Aquello era una terrible ofensa que el ofendido debía vengar con la muerte. ¿Lo mataría?...

—Jesús curó al leproso —continuó diciendo el Hermano Juan, imperturbable— y realizó muchos otros milagros. Pero los judíos, en su odio, lo apresaron y, cuando lo tuvieron en su poder, un hombre le escupió en el rostro. Luego lo clavaron en una cruz, pero él no los maldijo. Rezó diciendo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

Después murió y, por su sacrificio, el hombre quedó reconciliado con Dios.

La muchedumbre, formada por gente del pueblo, no reparó en un samurai que trataba de permanecer imperturbable mientras muchos lloraban.

Otro hombre se adelantó, dando extraños bandazos. Era tuerto y calvo y, bajo una nariz diminuta y respingona, tenía una boca tan grande como la de una rana. Sus orejas eran enormes y sostenía entre sus manos una *biwa*[\[5\]](#), que pendía de una cuerda que rodeaba su cuello de toro.

—Yo hago reír a la gente —dijo, gritando—, pero tú la haces llorar... Eres mi hermano mayor.

Nadie se rió y el Hermano Juan vio que aquel hombre tenía los ojos cuajados de lágrimas.

—Los hombres hemos nacido para ser hermanos —dijo, sonriendo.

—Dime —preguntó el extraño bufón—, ¿es cierto que habéis venido del otro extremo del mundo?

Juan trató de explicarle la enorme distancia que separaba Lisboa de Yamaguchi y todos los presentes hicieron gestos de asombro.

—¿Y habéis hecho tan largo viaje solo para hablarnos de vuestro Dios?...

—Solo para eso.

—Hermano —sentenció el bufón—, por fin he encontrado unos hombres que viven lo que creen y dicen lo que piensan. Debéis de estar locos, como yo, o...

—... Ser cristianos —concluyó Juan.

—¿Dónde vivís? ¿En el monasterio de la Colina del Pequeño Faisán?

—Sí, allí mismo.

—¿Me permitiréis ir a visitaros?... Tengo que preguntaros muchas cosas, si tenéis paciencia para escucharme.

—Serás bienvenido... tú y todos los demás.

Cuando regresaron al monasterio, vieron que un hombre les estaba esperando. Tendría unos cuarenta años y su atuendo así como la espada y la daga que llevaba al cinto mostraban que era un samurai.

—Me resistía a venir —dijo tras un cortés y respetuoso saludo—, pero os oí hablar hoy al pueblo y vi lo que pasó. Ante tal ofensa, pensé que solo cabían dos reacciones: la de un cobarde o la de un hombre de honor. Me equivocaba, porque comprobé que había una tercera, que no tiene nada que ver con la cobardía, porque la cobardía hace temblar y palidecer, y tampoco con la honra, porque el Fujiyama no se ve deshonrado si un perro se orina en su ladera. Sin embargo, un samurai hubiese sido incapaz de dominarse como vos lo habéis hecho y por eso he venido: para que me expliquéis mejor lo que predicáis...

* * *

Seis meses más tarde, el Padre Cosme de Torres se trasladaba a Yamaguchi, desde Hirado, para hacerse cargo de una comunidad de quinientos cristianos.

—Hay dos navíos portugueses en el puerto de Hiji —le dijo nada más llegar a Francisco—. Les he dicho que os esperen...

Francisco asintió y luego presentó al Padre Torres a su pequeño rebaño.

—Él y el Hermano Juan cuidarán de vosotros. Pero recordad una cosa: poned toda vuestra confianza en Dios.

Abrazó a ambos, pero sus últimas palabras fueron para un Hermano lego, un japonés con una cara ridícula. Fuerte y con una boca de rana, unas orejas enormes y una diminuta nariz; era horrible, sí, pero Francisco no había encontrado en todo el Japón un hombre con tantos dones naturales como este juglar vagabundo, cantante y bufón.

—Ahora podrás hacer reír y llorar, Hermano Lorenzo —le dijo, conmovido—, si enseñas a la gente lo que te he enseñado yo...

—Lo haré, Padre —afirmó emocionado—. ¿Por dónde queréis que empiece?...

—Por Kyoto —respondió Francisco, sin vacilar.

* * *

En el puerto de Hiji lo estaban esperando.

Los dos navíos portugueses enarbolaron las enseñas y dispararon sendos cañonazos. Luego levaron anclas, izaron las velas y, pronto, las costas del Japón quedaron atrás.

Entregaron a Francisco dos cartas del Padre General. En la primera, Ignacio reclamaba su presencia en Roma; en la segunda, revocaba la orden y le nombraba Provincial de la Compañía en todos los territorios situados al este del Cabo de Buena Esperanza, lo cual significaba que debería ir a Goa.

Habían partido en septiembre, y el viaje sería largo. Su escaso equipaje se había visto incrementado con un libro de hojas amarillentas repletas de extraños signos. Se propuso leer un poco cada día.

Era un libro sobre la lengua china y su complicada ideografía.

* * *

—¿Qué me decís? —exclamó el Doctor Saraiva—, ¿que el Padre Francisco ha estado aquí, en Malaca? ¡Maldito viaje de inspección!... ¿Y hace mucho que se ha ido?

—Hace solo tres días —respondió Diego Pereira—. Iba camino de Goa... Pero no os preocupéis, lo volveréis a ver. Pronto estará de vuelta... ¿Un poco más de jerez?

—Sí; es excelente —gruñó el Dr. Saraiva—, pero no me consuela... ¿Cuándo llegó aquí?

—Hará unas tres semanas. En el *Santa Cruz*.

—Pero ese navío es vuestro...

—Sí, y yo iba en él... Lo recogimos en Sanción, de vuelta del Japón... Tenemos cada vez más comercio con esa isla...

—Ya lo sabía. Como los chinos no os dejan visitar Cantón ni ningún otro puerto de la China, todo el comercio se concentra en Sanción... Es la única concesión que el Emperador ha hecho a los portugueses, creo...

—Así es, de momento. Pero tal vez en el futuro no suceda lo mismo...

—¿Qué os traéis entre manos, Pereira? Os conozco. Estáis planeando algo... Espero que me lo digáis. Pero, antes, habladme del Padre Francisco. ¿Cómo está? ¿Cómo le ha ido en el país del Sol Naciente? ¿Qué os ha dicho?...

—Sería muy largo de contar... Como os he dicho, lo recogí en Sanción. Me lo encontré por casualidad.

—Él no diría eso...

—No, seguro que no. Y tal vez tuviera razón.

—Suele tenerla siempre. Proseguid...

—Bien, me llevé una gran alegría, como podéis suponer. Y él también. Eso le permitió venir derecho a Malaca... Ha cambiado mucho...

—¿Qué queréis decir?

—Ha envejecido... Tiene el pelo blanco y la barba...

—Hace diez años, cuando partimos de Lisboa, no tenía ni una cana... ¿Qué edad tendrá?... Dejadme que lo piense... Cuarenta y cinco o cuarenta y seis... No es edad para...

—Un año aquí es como dos en Occidente, lo sabéis bien... Para él, debe de ser por lo menos como tres. Pero está lleno de fuego, como siempre. Al oírle hablar, volví a sentirme joven de nuevo...

—Ya os vais acercando —dijo el Doctor Saraiva maliciosamente—. ¿Os ha convencido para que os hagáis jesuita o habéis sido vos el que le ha metido en alguna de vuestras empresas comerciales?

—Ninguna de las dos cosas. Aunque, en cierta manera... Veréis: le dije que era una pena que los chinos permanecieran cerrados al mundo exterior. Es imposible pasar de Sancián. Si a alguien se le ocurre pisar territorio chino, lo meten en una mazmorra sin más explicaciones. Conozco a dos individuos que lograron escapar y lo pasaron muy mal... Sin embargo, ¡menudo país sería desde el punto de vista comercial! Un mercado ilimitado. Ni siquiera la India se le puede comparar... Cuando se lo dije al Padre Francisco, se me quedó mirando muy serio y luego me dijo que él también creía que la China era el país más importante de todo el Oriente, pero para ganarlo para la Cristiandad, y que por eso había resuelto ir allí.

El Doctor Saraiva hizo un gesto de impotencia.

—No lo logrará. Lo sabéis muy bien...

—Eso le dije yo... Él, sin embargo, no me hizo mucho caso y me explicó que había logrado algunas conversiones en el Japón, pero no las suficientes, y que estaba convencido de que, si la China se convertía, el Japón se convertiría también, porque los japoneses piensan que todo lo bueno viene de allí. Por eso había decidido ir a la China y tratar de ver al Rey, es decir, al Emperador del Reino Central, a quien jamás llama emperador, ya que para él solo hay un Emperador, como solo hay un Papa...

—Todo eso está muy bien... Pero ¿cómo piensa entrar en la China?

Pereira se rascó la barbilla.

—Tiene una idea —musitó—. Una gran idea que puede tener consecuencias históricas... «Señor Pereira —me dijo—, solo cabe hacer una cosa: Vos y yo tenemos que convertirnos en Embajadores extraordinarios de Su Majestad el Rey de Portugal.

Solo así podremos entrar en China... Hasta el Rey de ese país recibirá embajadas de otros, ¿no es así?...».

El Doctor Saraiva se quedó boquiabierto y no dijo nada.

—A mí me sucedió lo mismo —prosiguió el Sr. Pereira—. Me quedé sin habla... Solo al cabo de un rato pude objetar algo. Le dije que no creía que el Rey estuviese dispuesto a nombrarme Embajador y que, aunque lo estuviera, el nombramiento tardaría años en llegar aquí... Pero el Padre Francisco no estaba dispuesto a arredrarse ante las dificultades y me respondió que no sería preciso acudir al Rey. ¿No había un Virrey en Goa con poderes para nombrar embajadores en nombre del Rey de Portugal?... Iría a Goa y hablaría con el Virrey. Estaba seguro de convencerle, pues no podía desaprovechar la ocasión de abrir la China al comercio portugués... Sobre todo, si los costes de la expedición corrían a cargo de un comerciante llamado Diego Pereira...

Saraiva fue cerrando poco a poco la boca y terminó lanzando un silbido.

—Comprendo —murmuró—. ¿Cómo iba a negarse un comerciante como Diego Pereira a ser el primero en abrir la China al comercio si, además, es nombrado Embajador?

—Exacto. Y, si os interesa saberlo, el *Santa Cruz* irá al frente de la expedición. Llevo tiempo adquiriendo los más maravillosos presentes para el Emperador de la China que podáis imaginar. Ya llevo invertidos más de treinta mil cruzados en la empresa.

—Jamás los he visto juntos —gruñó el Doctor Saraiva—. Pero ¿no habéis arriesgado demasiado antes de saber si el Virrey aceptará?

—El Padre Francisco estaba seguro de lograrlo —respondió Pereira—. No necesito más.

El Doctor Saraiva se puso en pie.

—Yo hubiese hecho lo mismo: Confiar en él...

—Como todo el mundo —confirmó Pereira—. No es solo por la empresa en sí. Es también por él... Me agrada la idea de ser embajador, pero tampoco es eso... No sé cómo explicároslo... Al lado del Padre Francisco uno se siente joven, ilusionado, partícipe de una gran misión...

—Ya veo que también os ha ganado a vos... Conmigo, hace mucho que lo consiguió... Por cierto, ¿sabéis ya quién va a ser el nuevo Gobernador?

—No. No hay noticias oficiales al respecto y, de momento, no he oído ningún rumor.

—Yo sí —dijo Saraiva—. ¿Os acordáis de aquel caballero que Don Martín de Sousa mandó arrestar en Mozambique?

—No recuerdo bien...

—El hermano de Don Esteban da Gama... Un joven pálido, de ojos grandes, muy negros...

—¡Ah, sí! Don Álvaro de Ataide...

—El mismo.

El Señor Pereira miró asombrado a su interlocutor.

—¿Queréis decir que... que ese... individuo es el nuevo Gobernador de Malaca?

—Así es. Y está a punto de llegar.

* * *

Francisco no tardó en llegar, con los dos nombramientos. Pereira, entusiasmado, empezó a cargar el *Santa Cruz*.

—Ni siquiera el Emperador del Reino Central podrá resistirse ante tales presentes — declaró con orgullo.

Francisco, sin embargo, parecía mucho menos ilusionado que unos meses antes.

—¿Sucedé algo, Padre?...

—El diablo va a estropearlo todo —dijo Francisco, sombrío.

«Tal vez —pensó Pereira— el Padre Francisco estaba cansado de tanto trajinar».

No le faltaba razón. Había hecho el viaje de Japón a la India en solo tres meses y, una vez allí, había hecho frente a una serie de problemas administrativos con indomable energía... Como temía, el Padre Gómez había fracasado por completo como Rector del Colegio. Había tratado a los estudiantes nativos con tal severidad que la inmensa mayoría se había ido. Francisco lo había relevado de su cargo y había nombrado otro Rector, el Padre Baertz, que había realizado una gran labor en Ormuz.

Simón Rodríguez, desde Coimbra, había enviado otros doce jesuitas. Francisco interrogó a uno de ellos, el Padre Núñez Barreto.

—¿Qué estudios tenéis?

—Tres años de filosofía y seis de teología.

Francisco sonrió condescendiente.

—Preferiría que tuvieseis menos años de estudios y más años de experiencia...

Le envió a Bassein, para que la adquiriese.

A dos jesuitas que habían abandonado su destino en los Estrechos sin permiso, los expulsó de la Compañía. Lo mismo había hecho con algunos novicios demasiado díscolos.

Había sentido mucho lo del Padre Gómez. Al principio, solo había sido como una corazonada, un vago presentimiento, pero luego, de repente, había tenido la certeza de que iba a morir pronto, en el océano...

Últimamente, esas premoniciones eran cada vez más frecuentes y le hacían sufrir mucho, porque no era bueno saber demasiadas cosas de antemano mientras se vivía en la tierra... No estaba seguro, pero sentía como si le quedara ya muy poco tiempo...

Nuevos cargos, nuevos rostros, citas, peticiones, audiencias, visitas al hospital —no podía dejarlo, nunca—, negociaciones con el Virrey, preparación de un plan de campaña

en el Japón para cuando China cayera como una fruta madura...

«Diez años más, Señor... Otros diez años...».

Diez años más y toda Asia estaría conquistada para Cristo...

Pero el diablo podía estropearlo todo. Y eso era también como una premonición. Sí, el demonio podía hacer una de las suyas...

El Jueves Santo había subido a bordo para emprender el más deseado de todos sus viajes, pero el barco no había podido salir del puerto: No soplaban ni una brizna de viento. Y así durante tres días.

El Domingo de Resurrección pudo, por fin, abandonar la bahía. Era, tal vez, una buena señal. Siempre había partido o llegado en una gran fiesta... Llevaba con él un tamil recién bautizado (con el nombre de Cristóbal) y un muchacho chino, Antonio, que iba a servirle de intérprete. También se llevaba —y eso era un consuelo y una gran alegría— el cariño de todo el pueblo de Goa...

Domingo de Resurrección: Hacía cuatro años, en esa misma fiesta, había partido hacia el Japón...

En Cochín había sabido que los vadagars habían hecho otra incursión en la Costa de los Pescadores y habían secuestrado a un sacerdote. Los paravas los habían perseguido y habían logrado rescatarlo... muerto. Francisco había enviado dos sacerdotes más para sustituirle. Supo también que el Capitán de Paiva había sido destituido y que su sucesor era una excelente persona.

Socotora, Goa, Cochín, Guilón, Macua, la Costa de los Pescadores... La Fe se extendía por doquier, de prisa.

Todo estaba a punto para la conquista de China. ¿Por qué, entonces, se sentía preocupado y triste?...

Antonio, el muchacho chino, contemplaba inquieto al Padre Francisco, que recorría a grandes zancadas, ensimismado, el corredor de la rectoría de Nuestra Señora del Monte. Una semana antes de llegar a Malaca, el barco en que viajaban se había visto sacudido por una tempestad tan violenta que todo el mundo temía por la suerte de la nave. El único que no se había alterado había sido el Padre Francisco, que había asegurado a la tripulación y a los pasajeros que no había nada que temer, que Dios nuestro Señor salvaría la nave; luego, se había encaramado en la popa y, sacando un relicario de su sotana, lo había lanzado al agua, rogando a la Santísima Trinidad que se apiadase de todos. En el acto, el viento había empezado a amainar y la tempestad a deshacerse, aunque él había permanecido allí un buen rato, arrebatado... Siempre parecía ser feliz, pero, entonces, él —Antonio— había tenido la impresión de que el P. Francisco veía el Cielo abierto con todos sus ángeles y santos... Y ahora... Ahora que todo estaba en calma y no amenazaba ningún peligro, parecía tan angustiado...

—¡Padre Francisco!... ¡Padre Francisco!

Se paró de golpe y Antonio vio que estaba sumamente pálido.

Era Don Diego Pereira quien lo llamaba.

—Padre Francisco... ¡Por fin os encuentro!... Ha sucedido algo terrible... El *Santa Cruz*... Don Álvaro de Ataíde lo ha requisado...

* * *

Los días que siguieron fueron de pesadilla.

Don Diego Pereira envió una comisión de comerciantes a pedir explicaciones al Gobernador, y Don Álvaro de Ataíde les dijo que no pensaba que el proyecto de ir a la China fuese de interés para Su Majestad el Rey, y que no estaba dispuesto a permitir que el *Santa Cruz* emprendiese esa loca aventura. Don Diego y los mercaderes, entonces, pusieron el asunto en manos de un juez real, que estuvo a punto de ser agredido por la canalla del puerto. Cuando fue a protestar al Gobernador, este le dijo, sin rodeos, que no admitiría ningún tipo de recursos.

Una noche, Márquez, el Capitán del *Santa Cruz*, fue a ver a Pereira.

—No sé lo que el Gobernador puede tener contra vos —le dijo—, pero quiero que sepáis que ha colocado veinte soldados en el barco... Os llevo sirviendo muchos años, lo mismo que mis hombres, y, a una orden vuestra, echaremos a esos soldados al agua y levaremos anclas, lo quiera el Gobernador o no...

Pereira negó con la cabeza.

—No puedo permitirlos que hagáis eso, Márquez. Os lo agradezco mucho, pero Don Álvaro os ahorcaría si lo hicieseis... y a mí también. Mañana, el Padre Francisco va a enviar otra delegación al Gobernador, presidida por el Vicario General. Le mostrarán los nombramientos del Virrey de Goa... Eso tal vez surta efecto, si es que hay algo que pueda convencer a ese insensato.

—Pensadlo bien —insistió Márquez—. ¿Por qué no venís conmigo y tratamos de convencer al Padre Francisco?... Podríamos partir esta noche, por sorpresa... No hay un solo barco en el puerto capaz de atrapar al *Santa Cruz*...

Pereira quedó pensativo unos instantes. Su espíritu aventurero se sentía atraído... Pero él tenía vastas posesiones en Malaca: Negocios, plantaciones... Si desaparecía, Don Álvaro lo incautaría todo. Y, aunque regresase de China triunfador, lo haría encarcelar en el acto...

—Esperemos a ver lo que pasa mañana —terminó diciendo.

El Capitán Márquez se despidió y se retiró cabizbajo.

* * *

La comisión estaba formada por el Vicario General, João Soares, el Padre Pérez y el juez real, Francisco Álvarez. Francisco Xavier les había entregado todos los documentos,

incluido el decreto que nombraba a Pereira Embajador Extraordinario del Rey de Portugal ante el Emperador de la China.

En el último momento, Francisco decidió escribir una carta al Vicario General, dándole instrucciones concretas.

«Suplicadle (al Gobernador) en nombre de Dios y del Obispo que no desbarate la expedición ni me impida conducirla de la forma planeada por el Virrey, pues, si lo hace, será excomulgado, no por el Señor Obispo ni por Vuestra Reverencia o por mí mismo, sino por el Sumo Pontífice... Decidle que le ruego por la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo que no incurra en tan grave pecado, que le acarrearía, sin duda, el terrible castigo de Dios... Hacedme saber la respuesta tan pronto como sea posible, pues la estación de los monzones se está acabando... Es imposible que rehúse, si ve el decreto y los demás documentos...».

Era imposible, pero sucedió. Don Álvaro de Ataíde escuchó al Vicario General, sin interrumpirle, con sus negros y grandes ojos convertidos en brasas. Luego, saltó de su asiento.

—¡Hipócritas! —gritó—. ¡Mentirosos! ¡Canallas! Los conozco bien. Tuve que soportarlos cuando estaban en el poder... Sabía que llegaría la hora en que les haría pagar muy caro el mal que me hicieron... ¿Esperáis acaso que un Da Gama se crea que el Rey de Portugal aceptaría que le representase un miserable advenedizo como ese Pereira? Su Majestad me estará muy agradecido cuando sepa que he logrado evitar esta afrenta a su buen nombre y dignidad...

Y, arrancando los documentos de las manos de Soares, los rasgó en mil pedazos y los esparció por el suelo.

—Esto es lo que yo hago con las instrucciones del Virrey —dijo escupiendo sobre los fragmentos.

—En cuanto a vuestro admirado Padre Francisco, que se lo lleve el diablo... ¿Nuncio Apostólico esa marioneta de Martín de Sousa?... Dejad que me ría. Un falsario, eso es lo que es... A mí no me engaña... Asunto terminado, Padres y Señores... Podéis retiraros.

Aquella misma tarde, una turba de matones a sueldo se concentraba ante la Rectoría de Nuestra Señora del Monte vomitando insultos y arrojando piedras.

El Capitán Márquez volvió a entrevistarse con Pereira.

—Ya es demasiado tarde —dijo conturbado—. Don Álvaro ha apresado a mi tripulación y se ha llevado el timón y el cáncamo del barco... Los ha mandado colgar sobre la puerta de su despacho, en palacio...

* * *

—¿Qué nuevas me traéis del frente de batalla? —preguntó Don Álvaro de Ataíde, frunciendo el ceño.

El agente hizo una profunda reverencia.

—Hemos conseguido que abucheen e insulten a ese cura en cuanto asoma las narices... Y a Pereira también, claro. No se atreve a salir de casa. El cura, sí. Ha ido al puerto con ese tamil llamado Cristóbal y con el muchacho chino... Ha subido a bordo del *Santa Cruz*.

—¿Qué? —exclamó Don Álvaro, exasperado—. ¿Y los soldados no se lo han impedido?

—No tenían instrucciones de Vuestra Excelencia al respecto...

—¡Imbéciles! ¿Es que voy a tener que pensar en todo?... ¿Y qué está haciendo allí?

—Reza y escribe. Ha enviado una carta a Pereira que mis hombres han interceptado. Dice que todo lo sucedido ha sido por culpa de sus pecados y pide a Pereira que le perdone.

Don Álvaro se puso en pie y empezó a pasear por el despacho a largas zancadas.

—Todo esto es muy desagradable —murmuró—. Trata de hacerse el mártir... Si todo esto se sabe, se ganará a todo el mundo... Y, si muere en el barco, será todavía peor.

Se detuvo de repente y se quedó mirando al esbirro.

—Tenemos que quitárnoslo de encima, Mateo... Lo que no sé es cómo hacerlo...

Volvió a pasear y, al cabo de un rato, se detuvo de nuevo.

—Ya sé —afirmó—. Le dejaremos marchar. En el *Santa Cruz*. Nos mostraremos benévolos... que devuelvan al barco el timón y el cáncamo.

—¿Es que pensáis devolver el navío al Señor Pereira?

—¡Oh, no! Nada de eso. El *Santa Cruz* está ahora al servicio del Gobernador. El Capitán Fernão se hará cargo del mando y de una nueva tripulación. Irá a China, a Sanción. Es todo lo que podemos hacer por ese santurrón. Nadie ha logrado pasar de allí, pero él, sin duda, hará un milagro...

El agente hizo una mueca que quería ser una sonrisa de complicidad.

—Me han dicho que el clima de Sanción es sumamente insano... —terminó diciendo el Gobernador.

* * *

La nueva tripulación se hizo cargo del *Santa Cruz*.

El Vicario-General fue a decir adiós al Padre Francisco Xavier. Estaba preocupado por su actuación. ¿Debía haberse opuesto con más energía al Gobernador?... La verdad es que estaba fuera de sí y él no había sido capaz de reaccionar...

Francisco Xavier lo tranquilizó. Se pusieron a pasear por cubierta y, al cabo de unos instantes, el Vicario preguntó:

—¿Queréis que intente reconciliaros con el Gobernador?...

Francisco se le quedó mirando, ensimismado.

—Yo nunca he reñido con él, ni le guardo ningún rencor. Decídselo si queréis, porque yo ya no volveré a verle hasta el Valle de Josafat.

Una multitud silenciosa y apesadumbrada se había ido congregando en los muelles. El Vicario General se secó el sudor de su frente. Francisco bendijo a la multitud, haciendo la señal de la Cruz y luego musitó una oración. Finalmente se inclinó, se quitó los zapatos y los sacudió, como Cristo había mandado hacer a sus discípulos cuando los rechazasen en una ciudad.

El Vicario General se mordió los labios.

—¿No volveremos a vernos?... —preguntó con débil voz.

Francisco volvió a calzarse y, quedamente, respondió:

—Será lo que Dios quiera.

El Vicario General se despidió.

* * *

Sancián era una especie de exilio. Ningún barco portugués osaba acercarse a las costas de China, que se divisaban a menos de seis millas marinas. Solo algunos juncos chinos lograban llegar hasta la isla —para hacer contrabando—, burlando la estricta vigilancia de los buques de la policía imperial. Algunos chinos, pues, llegaban a Sancián, pero ningún portugués había logrado alcanzar el continente.

Unas cincuenta millas más al Norte, el Chu-Kiang, el Río de las Perlas, conducía derecho a las sólidas murallas —veinte pies de altura y otros veinte de espesor— de la ciudad de Cantón.

Francisco removió cielo y tierra para conseguir que un junco chino le llevase a la costa, a cualquier punto de la costa, hasta que, por fin, el patrón de uno de ellos accedió a llevarle, pero no antes del término de la estación comercial, es decir, en noviembre. Exactamente el diecinueve de noviembre, como acordaron los dos. Precio: doscientos cruzados, que Francisco tendría que pagar por adelantado.

Los escasos portugueses que vivían en Sancián no cesaban de advertirle que iba al encuentro de una muerte segura. Con mucha suerte, podría permanecer un par de días en China, a lo sumo tres, antes de que lo capturasen. Luego, lo meterían en una fría mazmorra y se olvidarían de él... Pero lo más probable era que el patrón del junco lo tirase por la borda en cuanto tuviese en su poder los doscientos cruzados.

El *Santa Cruz* estaba haciendo provechosos intercambios por cuenta de Don Álvaro, y el Capitán Fernão le había dicho a Francisco que no le dejaría partir hacia la costa antes de que el *Santa Cruz* levantara anclas. No quería tener problemas con las autoridades chinas...

Francisco sabía que lo vigilaban noche y día, como sabía también que Antonio, el

chino, y Cristóbal, el tamil, tenían un miedo espantoso, aunque no lo dijiesen. Y que los portugueses tenían razón... Pero, a pesar de todo, iría a la China.

Desde Singapur —*do estreito de Symguapura*— donde el *Santa Cruz* había hecho escala, había escrito una serie de Cartas: al Rey de Portugal; al Obispo Alburquerque, de Goa; al pobre Diego Pereira, que había arriesgado una fortuna en la fracasada aventura; al nuevo Rector del Colegio de Goa; al Virrey...

Ahora solo le quedaba esperar la llegada del junco. Con la ayuda de Cristóbal y de Antonio, había construido una capillita en la que celebraba a diario la Santa Misa, ofreciéndola casi siempre por la salvación del alma de Don Álvaro de Ataíde.

Llegaron las lluvias. Todos los navíos portugueses abandonaron Sancián, excepto el *Santa Cruz*. ¿A qué estaba esperando?...

* * *

El diecinueve de noviembre, Francisco se pasó todo el día en lo alto de un promontorio que dominaba la bahía entera, oteando el horizonte en espera de que apareciese el junco. Cristóbal y Antonio, que le acompañaban, cruzaban de vez en cuando miradas inquietas.

No apareció ningún junco. El patrón chino no había mantenido su promesa.

La lluvia seguía cayendo constante, monótona...

—El cielo está llorando —dijo tristemente Antonio.

Al día siguiente, Francisco se despertó con dolor de riñones y la frente ardiente. Se lavó, se vistió, rezó como sonámbulo. Luego celebró la Santa Misa, con voz clara y firme.

Al abandonar la capillita, se derrumbó. Antonio tuvo que sostenerle en sus brazos y llevarle hasta la choza.

* * *

Durante varios días se mantuvo adormilado, en un sopor solo interrumpido por breves momentos de dolor agudo.

Lo trasladaron a bordo del *Santa Cruz*, pero quien había desafiado valientemente tifones y tempestades no era capaz de soportar ahora el suave balanceo del barco, anclado en la bahía; así que le llevaron otra vez a la cabaña.

No había ningún médico en la isla. Alguien que decía tener algunos conocimientos de medicina le practicó una sangría, y Francisco se desmayó.

Un marinero del *Santa Cruz* le había dado una bolsa con almendras, pero fue incapaz de tragar una.

El patrón chino no había mantenido su promesa... ¿Cómo podría llegar hasta el Hijo del Cielo si no le enviaban un barco? ¿Cómo podría descender a los infiernos de las

mazmorras de Cantón, si no le dejaban desembarcar? ¿Cómo podría hablar al Rey de China, si lo mantenían sujeto con cadenas de hierro?... Eran tan pesadas, que apenas podía moverse, y lo peor de todo era el hierro candente que atenazaba su frente...

El rostro amarillento de Antonio y el tostado de Cristóbal mostraban una extraña ansiedad... Y Cristóbal moriría pronto, muy pronto... ¡Pobre Cristóbal!

«Prende fuego a todo»... «Ve y enseña a todas las naciones»... «Hazlas arder con el fuego del amor a Cristo»...

Las cadenas del mundo tenían que romperse, los grilletes de la ignorancia, del pecado, del demonio... El mundo entero se hundía bajo su peso y solo Cristo podía liberarlo.

Ardía. Estaba ardiendo. ¿Cómo iba a prender fuego a todo si él se consumía?... Pronto sería cenizas, a causa de sus pecados... Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí... Yo he amado el esplendor de tu Casa... He amado mucho... ¿Se me perdonará mucho?...

¿Qué estaba diciendo?... Él no era la Magdalena. La Magdalena estaba en el cielo... Su hermana Magdalena también... Hermana, ruega por mí... He amado mucho. Santa Madre de Dios, no te olvides de mí...

* * *

Durante tres días, no dijo una sola palabra. El cuarto, solo habló de Dios, y el quinto también.

Llegó la noche. De madrugada, Antonio comprendió que el fin estaba próximo. Encendió una vela y la puso en manos del moribundo.

Francisco habló por última vez. Solo dijo una palabra: «Jesús»...

No hacía falta más.

* * *

Lo enterraron al día siguiente, por la tarde. Antonio y Cristóbal no podían comprender por qué el Capitán y la tripulación del *Santa Cruz* no asistieron al sepelio. Un portugués residente en Sancián y su criado los ayudaron a dar cristiana sepultura al cadáver. Decidieron llenar de cal el ataúd; consumiría enseguida la carne, pero dejaría intactos los huesos... Gastaron cuatro sacos de cal en el empeño.

* * *

—Sois un insensato, Capitán —gritó Don Álvaro de Ataide, enfurecido—. ¿A quién se le ocurre traer el cadáver?

El Capitán del *Santa Cruz* bajó la cabeza, compungido.

—Lo siento, Don Álvaro. No pensé que... Al fin y al cabo, el hombre ya está muerto...

—Mateo acaba de decirme que se está organizando una procesión... Enorme. Habéis logrado que ese miserable triunfe, después de todo... Además, habéis cometido una seria infracción: ¡Un cadáver putrefacto a bordo de un navío del gobierno!

El Capitán Fernão tragó saliva. —Esa es la cosa, Don Álvaro: el cadáver no está podrido. Llenaron de cal el ataúd, pero yo lo he abierto y... el cuerpo está intacto. La cal no ha consumido la carne... Durante un instante, Don Álvaro mostró una expresión de miedo, pero se repuso enseguida. —Habrán embalsamado el cuerpo —dijo. El Capitán del *Santa Cruz* negó con la cabeza. —Imposible. En Sancián no es posible hacer eso. Don Álvaro oyó un lejano murmullo y se asomó al balcón. —Ahí vienen —murmuró—. ¡Santo Dios! Van a pasar bajo mis balcones... No esperarán que salga a presentarle mis respetos... Pero... ¿por qué no?... Venid acá, Fernão. Sacad ese juego de damas y sentaos ahí fuera... Vamos a echar una partida al fresco. —Pero, Don Álvaro, yo... — ¡Silencio! Yo soy el Gobernador aquí. ¡Os lo ordeno! Se sentaron en el balcón, colocaron el tablero en una mesita de mimbre y se pusieron a jugar a las damas mientras la procesión desfilaba ante ellos. —Dios mío —murmuró el Capitán, mirando de soslayo—. Es la procesión más larga que he visto en mi vida... ¡Y qué cantidad de velas! —¡Os prohíbo que miréis! —masculló Don Álvaro, indignado—. ¡Jugad y dejaos de gaitas! Pasó el cortejo: sacerdotes, y acólitos, y una interminable riada humana. Seis hombres llevaban a hombros el féretro. —Se dirigen a la iglesia de Nuestra Señora del Monte —comentó Fernão. —¡Que se vayan al infierno!... Pero ¿qué miráis ahora? —Fernão estaba temblando. —Vuestra mano, Don Álvaro... Os... os habéis debido de dar un golpe... Tiene... tiene muy mal aspecto. Demudado, el Gobernador se miró la mano. En el dorso se veía claramente una mancha blanquecina, todavía pequeña, pero que parecía aumentar de tamaño por momentos.

El Capitán se puso en pie, descompuesto.

—Excusadme —murmuró—. Me tengo que ir. No... no me encuentro bien.

Don Álvaro no le oyó, ni le vio irse precipitadamente. Seguía sentado, inmóvil, contemplando la mancha blanquecina en su mano derecha... Ya había visto antes esa clase de manchas, como casi todas las personas que vivían en los trópicos. En las manos, en los brazos, en las piernas, en los rostros... Crecían y crecían y nada era capaz de detenerlas... ¡La lepra!

Un cadáver viviente. Podrido sin remedio...

El cuerpo del difunto que llevaban a hombros estaba intacto. Él, sin embargo, se estaba corrompiendo...

Habría querido levantarse y correr, pero no pudo. El cuerpo le pesaba como si fuese de plomo.

Y la procesión se alejaba, entre los cánticos de la multitud y el humo del incienso.

* * *

El 15 de agosto, Festividad de la Asunción, el Padre Beira llegó a Malaca y fue derecho a ver a Don Diego Pereira. Lo encontró en compañía del Doctor Saraiva.

—Acabo de llegar de Goa —dijo—. Por allí se ha corrido el rumor de que el Padre Francisco Xavier ha muerto...

—Así es —contestó Pereira—. Hace meses. Lo enterramos en la iglesia de Nuestra Señora del Monte.

El Padre Beira se echó a llorar. Cuando se calmó un poco, todavía le temblaba la voz.

—Goa y la India entera reclama el cuerpo del santo...

Se produjo un tenso silencio.

—Es justo —dijo el Doctor Saraiva por fin—. Malaca no se merece tenerlo aquí.

—No dejarán que os lo llevéis —observó Pereira—. Se opondrán...

—El único que podría oponerse —intervino Saraiva— es el Gobernador, pero, al parecer, está muy enfermo... de lepra. Quizá viva varios años todavía, pero no creo que pueda permanecer mucho tiempo en palacio...

—¿Y el pueblo?... —preguntó el Padre Beira.

—Será un golpe muy fuerte para su orgullo, pero si no se entera...

—Tenéis razón —afirmó Pereira—. Lo haremos en secreto, entre los tres.

—Si no hay otro remedio... —murmuró el Padre Beira, resignado.

* * *

El cuerpo estaba sepultado al pie del altar mayor. Lo exhumaron aquella misma noche, iluminados por un farol.

Lo habían enterrado sin ataúd, por lo que llevaba ya varios meses en contacto directo con la tierra. A pesar de todo, se conservaba tan fresco y entero como el día que murió en Sanción.

—Le vi una vez arrebatado en éxtasis, mientras rezaba —dijo con voz ronca el Doctor Saraiva—. Parecía estar suspendido en el aire. Sus pies no tocaban el suelo... Entonces pensé que estaba soñando, aunque no soy un soñador, os lo aseguro... Ahora lo comprendo.

—Francisco bendito —musitó el Padre Beira—, rogad por nosotros...

Extrajeron el cadáver de la tumba, volvieron a colocar la losa y salieron, transportando entre los tres el cuerpo. La noche era muy oscura y nadie reparó en ellos.

Al llegar a casa de Pereira, depositaron el cuerpo en un ataúd forrado por dentro de damasco y lo cubrieron con una rica pieza de brocado de seda.

—La tenía guardada para regalársela al Emperador de la China —dijo el comerciante con una amarga sonrisa—. Para el Emperador era mucho, pero, aunque es lo mejor que tengo, es muy poco para él...

El cuerpo permaneció en casa de Pereira varios meses, hasta finales del año. Hasta entonces, no encontraron ningún barco que fuese a Goa.

* * *

El jueves de Pasión, por la noche, Goa se llenó de rumores. Las gentes se levantaron de la cama, se vistieron y se encaminaron hacia el puerto, primero solos, luego formando grupos y al final multitudinariamente.

Nunca se supo cómo había empezado el rumor, pero, a medianoche, cuando el barco atracó, miles y miles de personas se apiñaban en el puerto.

Alguien entonó el Credo y, en unos segundos, un coro inmenso elevó sus voces al cielo.

Al alba, llegó el Virrey, con su séquito.

El Padre Núñez Barreto mandó que bajasen el cadáver.

Con los primeros rayos de sol, la campana del Colegio empezó a tañer y todas las campanas de Goa la siguieron.

La multitud empezó a cantar de nuevo.

—¡El *Te Deum*! —susurró un joven sacerdote, asombrado—. ¡Y es Viernes Santo!

El Padre Núñez Barreto se inclinó sobre el ataúd abierto en que el Cuerpo de Francisco Xavier yacía en serena majestad.

—Es el recibimiento que hace Nuestro Señor a un santo —dijo convencido—. Muerto... y resucitado.

[1] «Repugnante y penoso»...

[2] Palabra que expresa la relación de causa a efecto.

[3] ¡No te resistas!

[4] Gran mentira.

[5] Instrumento musical semejante a la mandolina.

CRONOLOGÍA DE LA ÉPOCA DE SAN FRANCISCO XAVIER

- 1506.– El 7 de agosto, nace Francisco en el Castillo de Xavier (Navarra). Hijo de Juan de Jassu y de María de Azpilicueta.
Ese mismo año mueren Cristóbal Colón y Felipe el Hermoso, padre del futuro Emperador Carlos V. Fernando el Católico queda como Regente del Reino de Castilla por incapacidad de la esposa de Felipe, Juana la Loca.
- 1512.– El Rey de Navarra, Juan de Albret, lucha al lado de Luis XII de Francia en contra de Fernando el Católico, quien invade, conquista y se anexiona el Reino de Navarra.
- 1516.– Muere Fernando el Católico. Breve Regencia del Cardenal Cisneros. Carlos, hijo de Felipe el Hermoso y Juana la Loca, rey de España.
- 1517.– Martín Lutero fija sus 95 tesis en la puerta de la iglesia del Castillo de Wittenberg, primer paso hacia la reforma protestante.
- 1519.– Carlos I de España, elegido Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico (Carlos V). Hernando de Magallanes inicia su viaje de circunnavegación del Globo. Hernán Cortés emprende la conquista de México.
- 1521.– Guerra entre Carlos V y Francisco I de Francia. Las tropas francesas invaden Navarra. En el asedio a Pamplona, es herido Íñigo de Loyola. Los hermanos de Francisco Xavier luchan al lado de los franceses. Martín Lutero es excomulgado por el Papa. Juan III, hijo de Manuel I el Afortunado, sube al trono de Portugal. Prosigue la consolidación de un gran Imperio colonial en Oriente.
- 1524.– Muere Vasco da Gama, colonizador y primer Virrey de la India.
Francisco Xavier marcha a París para cursar estudios de filosofía en la Universidad más famosa de Europa. Francisco I, derrotado y hecho prisionero por Carlos V en la Batalla de Pavía.
- 1528.– Íñigo de Loyola llega a París y conoce a Francisco Xavier. Avanza el protestantismo en Alemania.
- 1533.– Enrique VIII de Inglaterra rompe con Roma y se erige en Cabeza Suprema de la Iglesia de Inglaterra.
Creación del Obispado de Goa, en la India.
- 1533.– El 15 de agosto, en Montmartre, Íñigo de Loyola y sus compañeros, entre ellos Francisco Xavier, pronuncian sus primeros votos.
Alejandro Farnesio, elegido Papa con el nombre de Paulo III.
- 1535.– Íñigo de Loyola regresa a España.

- Enrique VIII consuma el Cisma de la Iglesia de Inglaterra. Martirio de santo Tomás Moro.
- 1536.– Francisco Xavier y sus compañeros abandonan París en dirección a Venecia, para reunirse allí con Ignacio de Loyola y viajar a Tierra Santa. Nueva guerra entre Carlos V y Francisco I, que se alía con los turcos.
- 1537.– Francisco Xavier es ordenado sacerdote y celebra su primera Misa en Vicenza. Se traslada a Roma con sus compañeros. Empieza a perfilarse lo que será la Compañía de Jesús.
- 1540.– Francisco Xavier es enviado a Lisboa por Ignacio. El Papa Paulo III aprueba la Compañía de Jesús mediante la Bula *Regimini Militantis Ecclesiae*.
- 1541.– Francisco Xavier parte hacia la India (7 de abril).
Calvino se establece en Ginebra.
- 1542.– Francisco Xavier llega a Goa (5 de mayo).
- 1542.– Francisco Xavier evangeliza la Costa de los Pescadores y otras regiones del sur de la India.
- 1545.– Martirio de los cristianos en la isla de Manar.
Se inicia el Concilio de Trento.
- 1546.– Muere Lutero.
Francisco Xavier predica el Evangelio en Malaca y las islas Molucas (Amboino, Témate, Morotai, etc.).
- 1546.– Regresa a Malaca. Visita Goa, Cochín, la Costa de los Pescadores, etc.
- 1549.– Viaja al Japón. El 15 de agosto desembarca en el puerto de Kagoshima, al sur del archipiélago.
Muere el Papa Paulo III.
- 1549.– Viaja por el Japón. Visita Satsuma, Hirado, Kyoto, etc. Primeras conversiones y martirios.
- 1551.– Visita Goa. Regresa a Malaca.
- 1552.– Parte de Malaca hacia la China. Muere en la isla de Sancian el 3 de diciembre.

Índice

Libro primero

Libro segundo

Libro tercero

Libro cuarto

Libro quinto

Libro sexto

Cronología de la época de San Francisco Xavier

Índice

Libro primero	4
Libro segundo	39
Libro tercero	59
Libro cuarto	101
Libro quinto	160
Libro sexto	183
Cronología de la época de San Francisco Xavier	210
Índice	212